

Vuelo **Richard Doyle** Imperial 109

La vuelta al mundo
en alas de la aventura...
mientras el holocausto
acecha.



Lectulandia

El Imperial 109 es un avión de superlujo que despegó en vísperas del estallido de la Segunda Guerra Mundial, para realizar un vuelo épico que lo llevará desde Durban, en Sudáfrica, hasta Nueva York, pasando por Egipto, Grecia, Italia, Francia e Inglaterra.

La tripulación y los pasajeros ocultan, detrás de sus plácidas fachadas, un torbellino de pasiones. El odio, la codicia, la sed de venganza, el fanatismo político, la fiebre erótica, son los elementos que se combinan para convertir el largo viaje en un semillero de sobresaltos, perfidias y violencias que más de una vez parecen presagiar una catástrofe de la que nadie saldrá con vida.

Un millonario que libra una carrera contra el tiempo para salvarse de la ruina, una esposa casquivana, otra esposa cándida y sentimental, un jerarca fascista culpable de actos de genocidio en África, un jeque enigmático, un médico judío y su hija que huyen llevando consigo el secreto de la locura de Hitler, un agente de la Gestapo que debe silenciarlos definitivamente, un copiloto que conspira contra el comandante del avión, un ex piloto despechado que planea una masacre demencial & son algunos de los personajes que proyectan el suspense de esta novela hasta los confines del paroxismo.

Y las bodegas del Imperial 109 transportan, para colmo, un cargamento de oro cuyo valor se aproxima a los dos millones de dólares.

Lectulandia

Richard Doyle

Vuelo Imperial 109

ePub r1.0

Titivillus 13.03.2018

Título original: *Imperial 109*
Richard Doyle, 1977
Traducción: Horacio González Trejo
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre

Quisiera agradecer la ayuda de British Airways y, sobre todo, al señor T. E. Scott-Chard por toda la asistencia prestada durante la investigación para este libro.

A mi hermana, que mecanografió valientemente el manuscrito, muchísimas gracias.

Finalmente, pero no por ello en último término, quisiera agradecer a Desmond Elliott la sugerencia del tema de este libro y su gran ayuda y estímulo.

Primera parte

África

Mensaje radiofónico: 13:10 h. HORA LOCAL. VIERNES 10 MARZO 1939. FORT BELL UGANDA A TODOS LOS AEROPUERTOS: SUDÁFRICA-INGLATERRA - AVIÓN CORREO NUEVA YORK, IMPERIAL AIRWAYS VUELO 109, ENCABEZAMIENTO G-ADHO, CATERINA, SALIÓ DE AQUÍ HACIA MALAKAL-SUDÁN, JARTUM Y EL CAIRO. PREVISTA LLEGADA MALAKAL 17:00 HORAS. FIN.

A mil quinientos metros por debajo del hidroavión, las marismas de Sudán se extendían en todas direcciones hasta el lejano horizonte. Desde la frontera con Uganda, las ciénagas cubren más de seiscientos cincuenta kilómetros a través de Sudán ecuatorial y ocupan una superficie superior a la de Inglaterra, en la que el ancho Nilo prácticamente se pierde en un laberinto de canales tortuosos y perezosos y de riachuelos cubiertos a medias por la vegetación y los bancos de lodo. No es una región de tierra seca ni de aguas abiertas sino de infinitas cañas verdes de papiro y jacintos acuáticos, charcos de agua estancada, arenas movedizas y lodo de río. El impetuoso calor del ecuador, la humedad y el riesgo omnipresente de las enfermedades transmitidas por los millones de insectos pululantes se han combinado con otros peligros naturales para convertir a Sudán en una de las últimas zonas no exploradas de África, y han creado un refugio para una vasta fauna, desde los miles de garzas, aves acuáticas, frailecillos y otras aves, hasta los hipopótamos que se alimentan de la exuberante maleza y los cocodrilos que toman el sol en las riberas.

A primera hora de la tarde se había desatado una fuerte tormenta sobre gran parte de la región, pero ahora las densas nubes se alejaban hacia el este, en dirección a Etiopía, y el hidroavión volaba bajo la brillante luz del sol. Corría el año 1939 y las «naves» S30C clase imperio de la Imperial Airways británica, con su brillante pintura blanca, las proas inclinadas y las elevadas alas que se ramificaban como gaviotas desde las crestas de sus cascos, eran algunas de las máquinas voladoras más hermosas que jamás hayan alzado el vuelo, transportando a sus pasajeros con un estilo y unos lujos no igualados desde la desaparición de los grandes dirigibles alemanes de una década atrás y que nunca volverían a verse. Al abarcar las enormes distancias que separaban los dominios británicos existentes a lo largo y ancho de la Tierra, cumplían normas extraídas de los ociosos y prolongados días del siglo anterior, como si desafiaran el nuevo orden que ya se apoderaba del mundo y que poco después borraría los últimos restos del pasado imperial.

Desde el asiento del comandante en la cubierta de vuelo del *Caterina*, Desmond O'Neill observó la escena que aparecía debajo. Hombre de estructura delgada pero fuerte y nervioso, de un metro setenta y ocho de altura, tenía cabello oscuro, ojos

azules, encanto natural y el carácter irascible de sus antepasados irlandeses. Sudán siempre le impresionaba a causa de su inmenso vacío. En aquel punto, el río tenía más de treinta kilómetros de ancho, pero desde el aire resultaba imposible distinguir los canales principales en medio de la maraña de vías fluviales, lagunas y los manchones verdes de los juncos. Reflexionó irónicamente que tras haber sobrevolado esa zona como mínimo cincuenta veces desde que tomara el mando del *Caterina*, hacía dos años, ya tendría que estar acostumbrado a la panorámica. La zona entre Mombasa y El Cairo, cuatro mil kilómetros de ciénagas, monte bajo y desierto, era la peor parte del viaje de cinco días entre Durban e Inglaterra. Paisajes monótonos e inacabables, las prolongadas horas de vuelo sólo interrumpidas por las paradas para repostar combustible en las estaciones ribereñas mugrientas y contaminadas bajo un calor abrasador. Tanto para los pasajeros como para la tripulación era un alivio llegar por fin al delta.

El hidroplano dio un ligero bandazo en una bolsa de aire y se produjo una momentánea arremetida de poder del motor mientras el autopiloto Sperry corregía la pérdida de altura. La mirada de Desmond se dirigió automáticamente hacia los instrumentos de los paneles de mando y registró las indicaciones.

Uno de ellos llamó su atención: en el indicador principal de gasolina, la gorda aguja blanca señalaba novecientos treinta litros y al instante supo que estaba demasiado baja. Se inclinó hacia delante y golpeó la esfera con la uña. Esta acción era un hábito adquirido en los primeros días de su carrera de aviador en los frágiles biplanos de los años veinte, cuyos instrumentos primitivos habían respondido a ese tratamiento, pero el sofisticado equipo del *Caterina* tenía poco que ver con sus antepasados y la aguja permaneció obstinadamente en el mismo sitio.

—¿Sabes qué significa esto? —preguntó con un suspiro de resignación.

A su lado, en el asiento de primer oficial, Kenneth Frazer se agitó inquieto.

—¿Qué es eso, comandante? —inquirió aparentemente sorprendido.

—Lo sabes condenadamente bien —respondió Desmond, furioso—. Tenemos una pérdida de combustible y sólo puede estar en un sitio, en el tanque del ala de babor. ¿La revisaste como te dije?

Frazer se ruborizó; era un joven alto y corpulento, de rasgos apagados y cabello rubio cuidadosamente peinado que, en opinión de Desmond, estaba más preocupado por su aspecto y prestigio personales que por atender a los detalles menos encantadores, pero sin embargo esenciales de pilotar una nave de pasajeros.

—Seguí exactamente sus instrucciones —respondió Frazer con tensión—. Los mecánicos quitaron los paneles del ala y revisamos con todo cuidado el tanque. Como le dije, sólo encontramos una pequeña pérdida que cerramos herméticamente. Apenas tocamos el tanque.

Desmond guardó silencio. No tenía sentido discutir con Frazer y, de todos modos, la responsabilidad era suya. A pesar de ello, existía una gran posibilidad de que la causa inmediata fuese la negligencia del primer oficial. La tarde anterior, en

Mombasa, en el océano Índico, Desmond había permitido que Frazer dirigiera el amerizaje del *Caterina*, ofreciéndole así una práctica útil. Había conducido bien el hidroavión, tenía que reconocerlo, y realizó un contacto con la superficie perfecto, pero al final de su carrera el aparato chocó con un trozo de madera flotante que se encontraba sobre la superficie del puerto y quedó dañado el flotador del ala de babor. En sí, no había sido nada serio y, aunque molesto, se debió a la mala suerte de Frazer más que a su falta de habilidad. Los accidentes de esta naturaleza eran frecuentes en los hidroaviones.

Una vez en tierra, habían solicitado la presencia de Desmond en el despacho de Imperial Airways, a fin de que respondiera a diversas preguntas sobre los inventarios de la carga y el número de pasajeros. Así que, después de estudiar los daños, había ordenado a Frazer que supervisara la reparación que harían los mecánicos. Posteriormente el primer oficial informó que el daño en el tanque de combustible del ala, por encima del flotador, no era grave y no justificaría una demora significativa. En su momento, Desmond lo aceptó y, tras asegurarse de que el flotador había sido reparado correctamente, volvió a despegar. Ahora parecía que se había equivocado al confiarse de aquel modo. Un vistazo a la expresión de Frazer, que tenía los labios apretados, mostró que él, evidentemente, era de la misma opinión.

Desmond entrecerró los ojos mientras mentalmente hacía cálculos rápidos. El problema consistía en que el trayecto que habían de recorrer era largo —mil ciento cincuenta kilómetros desde Kisumu, a orillas del lago Victoria, hasta Malakal, en el extremo norte de las ciénagas sudanesas— y que, para aligerar peso, el hidroavión sólo transportaba combustible para mil trescientos kilómetros.

—Ralph —llamó al radiotelegrafista instalado en la parte trasera de la cubierta de vuelo—, ¿puedes darme nuestra posición exacta? Quiero controlar las reservas de combustible.

—Sí, señor —respondió el radiotelegrafista por encima del ruido de fondo que reinaba en la cabina del piloto.

Ralph Kendricks, más joven que los dos pilotos, pues aún no tenía los treinta, era un neozelandés lacónico y larguirucho, de un perezoso buen humor que ninguna frustración o crisis podría trastornar. Él también volaba en el *Caterina* desde su entrada en servicio activo, en 1937, porque a diferencia de otras compañías, las tripulaciones de la Imperial seguían adscritas a un aparato y formaban un vínculo entre ellas y las naves que tripulaban.

Ralph se estiró por encima de su cabeza y abrió la pequeña compuerta del techo de la cabina. El viento silbó agudamente a través de la abertura. A su lado había una antena de cuadro para el radiogoniómetro Marconi, una especie de corredera metálica fija al mamparo, en una montura giratoria. La balanceó hacia fuera y la deslizó por la compuerta. El ruido del viento cesó, cortado por la placa de base. Ralph la enganchó en posición y probó el volante de mano. Al rotar la antena según diversas frecuencias, era posible conocer las orientaciones exactas de la serie de radiofaros situados en

estaciones a lo largo del recorrido. Luego, esas orientaciones se marcaban con puntos en el diagrama para conocer la posición exacta de la nave.

—Trescientos cincuenta kilómetros hacia el sur de Malakal —informó— y ciento setenta y seis kilómetros al sursureste de la estación de aterrizaje de emergencia de Shambe.

Desmond calculó brevemente la respuesta. Tenían la cantidad justa de combustible para llegar a Malakal si la velocidad de la pérdida permanecía constante. Miró por la ventana el ala que se extendía a su izquierda. No había señales de gasolina derramada pero eso no era indicativo; y los cuatro motores radiales Bristol Pegasus XII supercargados del *Caterina*, cada uno de los cuales desarrollaba mil caballos de fuerza, tragaban combustible a un promedio de nueve litros por minuto, incluso sin pérdidas extras.

—Controlaremos los indicadores durante los próximos treinta minutos —decidió, y echó una mirada al cronómetro del panel de mandos—. Si durante ese tiempo la posición empeora, tendremos que desviarnos a Shambe.

A sus espaldas, Ralph Kendricks rió entre dientes.

—A los pasajeros les encantará —comentó—. Una parada imprevista en medio de Sudán, con tiempo de sobra para visitar las marismas.

—¡Al cuerno con los pasajeros! —exclamó enojado Ken Frazer—. En Londres se pondrán furiosos si se enteran de que su precioso cargamento está atascado aquí.

Reinó el silencio después de este comentario; Frazer había mencionado un tema espinoso. El cargamento del *Caterina* no era corriente. En este vuelo —el número 109 del horario de la compañía aérea— transportaba en las amplias bodegas situadas detrás de los pilotos, en la cubierta superior, y a popa, en la cola, más de una tonelada y media de oro de las minas sudafricanas; su valor ascendía a dos millones de dólares según el precio internacionalmente acordado de treinta y cinco dólares la onza. Imperial 109 era un vuelo de lingotes.

Todas las tripulaciones odiaban esos vuelos; al margen de la tensión de ser responsables de tanta riqueza en un viaje que duraba cerca de una semana y cubría dieciséis mil kilómetros por encima de algunos de los países más solitarios y hostiles del mundo, una carga de gran valor implicaba muchos trabajos extras e inconvenientes para sus miembros. Era necesario montar una guardia de seguridad cada vez que el avión tomaba tierra, tenían que revisar las bodegas a intervalos frecuentes, preparar informes y solicitar permiso para la más leve variación de la trayectoria normal de vuelo. Si se veían obligados a realizar una parada de emergencia en Shambe, como decía Frazer, la oficina central de Londres enviaría furiosas señales prácticamente antes de que amerizaran.

Habían visto cargar el oro en Durban. En cada cajón iban ocho lingotes de diez libras de peso cada uno; en total eran cuarenta y cuatro cajones que trasladaron al muelle al amanecer en una caravana de camiones sin identificar, cada uno de los cuales contenía un par de policías armados, y a corta distancia los seguía otro con una

patrulla de soldados que portaban rifles y bostezaban en aquella hora temprana. Las medidas de seguridad habían sido deliberadamente recatadas a fin de no llamar la atención; los soldados ni siquiera habían bajado del camión, la operación sólo duró media hora, los cajones de madera se almacenaron con seguridad y fuera de la vista y Desmond firmó el recibo. Más tarde Ian Haggart, el funcionario jefe de la Imperial en Durban —un hombre rígido, reservado y de porte militar—, le entregó una bolsa de lona sorprendentemente pesada.

—Será mejor que se lleve esto —dijo ásperamente y, con cierta incomodidad, Desmond cogió la bolsa sin hacer comentarios.

En el interior de la bolsa, aceitados y envueltos, se encontraban dos revólveres Webley & Scott calibre 38 y una caja de cartón que contenía cincuenta cartuchos de munición. En esos vuelos entregaban armas de fuego a los comandantes y a los primeros oficiales, práctica que no serenaba a la tripulación y sólo servía para poner de relieve los riesgos que corrían.

DURANTE LA MAYOR PARTE de la tarde, el gran cocodrilo había tomado el sol acostado en la orilla de una pequeña isla de barro, densamente cubierta de papiros y hierbas, que se alzaba entre los riachuelos y bancos de arena junto al Nilo Blanco. A su alrededor, tostándose de modo semejante, había otros seis cocodrilos, todos en la misma actitud: panza abajo, las patas regordetas y curvadas apoyadas contra sus costados acorazados, las largas bocas ligeramente entreabiertas que mostraban sus encías de color naranja y las hileras de dientes perversos y relucientes. De vez en cuando, uno de los grandes reptiles resoplaba, gruñía y movía su enorme cuerpo para adoptar una posición más cómoda, lo que hacía que los numerosos frailecillos y aves acuáticas que estaban cazando insectos se dispersaran para protegerse mientras la cola alomada y escamosa se agitaba.

Entre los otros que se encontraban en el barro, el gran cocodrilo no sólo se destacaba por su edad y enorme tamaño —iniciaba su segundo siglo de vida, medía cinco metros y medio y pesaba más de una tonelada—, sino debido a una extraordinaria cicatriz blanca que se extendía desde detrás de la pata delantera derecha hasta casi la mitad del lomo y achataba dos de las placas acanaladas sobresalientes. Esa cicatriz era legado de la escaramuza más cercana a la muerte que sostuvo el cocodrilo, cuando cuatro décadas antes, momento en que ya medía cuatro metros desde el morro hasta la cola, intentó apoderarse imprudentemente de un cachorro de hipopótamo mientras su madre se alimentaba cerca de allí.

Atraído por los gritos aterrorizados de su vástago, el animal enfurecido salió a la superficie y, al descubrir que el cocodrilo arrastraba al cachorro por una pata trasera, lo atacó instantáneamente. El asombro de ver que la gran bestia surgía del agua a su lado paralizó momentáneamente al cocodrilo y por ello tardó en aflojar las mandíbulas y huir. El hipopótamo hembra lanzó un bramido, se acercó dando un

rodeo, cerró sus colosales mandíbulas y atrapó al cocodrilo a la altura del abdomen.

Por fortuna, el cocodrilo pudo agitar la cola mientras las mandíbulas del hipopótamo se cerraban y el golpe, que alcanzó a la madre en la cabeza, la hizo balancearse momentáneamente, lo que permitió al cocodrilo liberarse mientras la sangre corría por su espalda, donde uno de los colmillos de treinta centímetros atravesó la piel acorazada y luego la rasgó durante el forcejeo. El reptil escapó hacia aguas profundas y luego buscó un lugar seguro en los bancos para descansar y curar su herida. Finalmente la piel había vuelto a crecer pero la cicatriz quedó grabada en su espalda, testimonio permanente de lo apurado de su huida.

El hambre había impulsado al cocodrilo a atacar al cachorro y ahora le despertó el mismo impulso. Demasiado voluminosos y torpes para buscar los peces con los que se alimentan sus semejantes más jóvenes, los reptiles más viejos se ven crecientemente obligados a atacar a los animales salvajes que se acercan al río para beber. Habían transcurrido dos días desde que el cocodrilo comiera por última vez. Se alzó en la típica postura de patas encorvadas y erguido caminar característico de su especie; el enorme cocodrilo avanzó los pocos metros de barro que lo separaban de la orilla y se deslizó suavemente en el agua.

En el mundo no hay ciénaga más formidable que la de Sudán: una inmensidad salvaje y hostil de tórrida canícula, moscas, mosquitos, serpientes, barro y enfermedad, que se extiende a lo largo de miles de kilómetros, en una sucesión de interminables juncas interrumpidos por charcas fétidas y torrentes, bancos de barro que apenas asoman a la superficie e islas de vegetación cerrada de seis metros de espesor que van a la deriva por los canales del río. Para el enorme cocodrilo, todo eso no tenía ningún significado, sólo era el ambiente natural que se adecuaba perfectamente a sus necesidades. Con unos pocos y rápidos movimientos de la cola se deslizó hasta la corriente de uno de los canales principales y enfiló hacia el norte. Su destino era el puerto fluvial y estación de amerizaje de Shambe, situada aproximadamente dos o tres kilómetros río abajo.

El pueblo no era grande; a decir verdad, apenas merecía ese nombre, ya que se componía de un puñado de *bungalows* de piedra encalados, que albergaban al reducido número de funcionarios que administraban el distrito y se ocupaban de la estación; una casa de descanso para los pasajeros que hacían escala allí, y las chozas de una aldea de shelluks nativos que se habían reunido en los alrededores. Para el cocodrilo, sencillamente representaba una fuente potencial de alimento, ya se tratara de despojos, de basura arrojada al río, o de algún ser desprevenido que se acercara a la orilla. Sin prisa, siguió nadando rítmicamente.

YA NO QUEDABA NINGUNA DUDA con respecto a la pérdida del tanque de babor. Incluso antes de transcurrida la media hora, era evidente que perdían combustible a un promedio de más de novecientos litros por hora. Llegar a Malakal, que se

encontraba a doscientos veinticinco kilómetros de distancia, quedaba descartado.

—Si la pérdida aumenta, tendremos bastantes problemas para llegar a la zona de aterrizaje de emergencia, y no digamos a Malakal —dijo Desmond mientras las agujas retrocedían implacablemente—. Ralph, dame un rumbo hacia la estación de Shambe, comunícales que llegaremos escasos de combustible y solicita que estén listos los servicios de emergencia. Suponiendo que los tengan —agregó agriamente.

—De acuerdo. Comandante, ya tengo el rumbo —respondió de inmediato el radiotelegrafista—. Diríjase trescientos diez grados al norte; la estación se encuentra aproximadamente a setenta kilómetros. A la velocidad que vamos, deberíamos llegar en veinte minutos.

Por las ventanas de la cabina del piloto, Desmond observó la ciénaga informe que se extendía bajo ellos.

—Será infernal encontrar el sitio en medio de todo este estiércol —comentó irritado—. Podríamos dar vueltas durante horas mientras lo buscamos. Desde aquí arriba, todos los tramos del río tienen el mismo aspecto y no podremos divisar la estación hasta que estemos encima de ella.

A su lado, Ken Frazer no dijo nada pero continuó mirando fijamente hacia delante. Su expresión era dura y furiosa.

Desde lo alto, más que un río, el Nilo parecía una sucesión de lagos. Una interminable serie de lagunas guarnecidas y rodeadas de juncos, que se extendía en la distancia por todas partes, hacía difícil decir incluso en qué dirección se encaminaba el río e imposible distinguir con seguridad cuál era el canal principal. Los indicadores señalaban que en los tanques aún quedaban trescientos sesenta y cinco litros de combustible, lo que les permitía seguir otros cuarenta minutos en el aire antes de verse obligados a amerizar, siempre que la velocidad de la pérdida no aumentara. A pesar de la sombría predicción de Desmond, tendrían tiempo suficiente si lograban utilizar el radiogoniómetro para localizar la estación. A poca distancia, su valor sería limitado pero, al menos, los situaría en la zona correcta y ofrecería una comprobación útil del rumbo dado por la brújula.

Desde luego, en teoría, si les faltaba combustible antes de localizar la zona de aterrizaje, podían amarar el *Caterina* en el tramo fluvial extenso más próximo y esperar a que las barcas de Shambe fueran a recogerlos. No obstante, en la práctica eso podía convertirse en una maniobra sumamente peligrosa. El río era tan perezoso y estaba tan descolorido por el barro que resultaba imposible averiguar si estaba libre de obstrucciones. Inmediatamente bajo la superficie podían encontrarse maderos anegados de agua, bancos de arena e incluso hipopótamos. Durante la estación lluviosa, la corriente arrastraba toda clase de escombros que bajaban desde los bosques hasta el sur y se acumulaban en las ciénagas parecidas a tamices. Los problemas con que ahora se encontraban tenían su origen en una colisión con un obstáculo de madera relativamente pequeño en el protegido puerto de Mombasa. E incluso eso había ocurrido al final de la pista de aterrizaje, cuando el hidroavión

perdía rápidamente velocidad. Si encontraran allí un gran obstáculo al tocar el agua, el resultado sería desastroso; un banco de barro o un árbol de tamaño considerable arrancarían la parte inferior del *Caterina* y arrastrarían con ésta a los pasajeros.

Satisfecho de seguir el rumbo correcto, Desmond alargó la mano derecha y aflojó ligeramente las palancas de aceleración, a fin de reducir la velocidad de la aeronave a 110 nudos para conservar el combustible que quedaba en los tanques. El *Caterina* podía alcanzar una velocidad máxima de crucero de 200 nudos y perderla paulatinamente hasta un mínimo de 73 nudos.

—Shambe informa que la zona de aterrizaje está despejada y todos los servicios listos —informó Kendricks.

—Bien —replicó Desmond—. Bajaremos dos mil pies para tener más posibilidades de divisar la estación sin pasarla por alto —empujó hacia delante la palanca de mando mientras hablaba y colocó la nave en posición de descenso—. De acuerdo, Ken —dijo después de enderezar la nave en la nueva altura—, toma el mando y mantén el avión en este rumbo, pues voy a hablar con Sandy e informar a los pasajeros sobre el cambio de trayecto.

Sandy Everett era el sobrecargo del hidroavión y el miembro más joven de la tripulación del *Caterina*. Tenía un despacho en la sala correo situada inmediatamente detrás de la cubierta de vuelo y era responsable de las necesidades de los pasajeros, además de ocuparse de toda la correspondencia que transportaban. Desmond vio que el primer oficial aceptaba la orden con una señal de la cabeza, por lo que se levantó de su asiento y pasó junto a Ralph y el puesto de la radio.

El verdadero cometido del sobrecargo era el de encargado de la correspondencia, aunque en la práctica siempre lo llamaban de aquel modo, denominación que habían tomado prestada de los transatlánticos, cuyo lujo y elegancia el hidroavión intentaba igualar. Los servicios postales habían sido el verdadero motivo que en el año 1935 hizo tomar a la Imperial Airways la atrevida decisión de encargar a Short Brothers veintiocho hidroaviones S23C, salidos del tablero de dibujo a un precio de cincuenta mil libras esterlinas por unidad sin esperar a probar un prototipo pese a las innovaciones del diseño, además de catorce aeroplanos terrestres Armstrong Whitworth AW27. Según el Proyecto de Correspondencia Aérea del Imperio, iniciado ese año, se había acordado que la flota de nuevos aviones de la Imperial transportaría toda la correspondencia de primera clase a lo largo y ancho del Imperio británico, según las tasas postales vigentes de superficie, a cambio de un subsidio considerable del Gobierno. El objetivo consistía en alimentar el espíritu de unidad entre los miembros del Imperio y desde el principio resultó un éxito rotundo, pues cada semana se transportaban más de quince toneladas de correspondencia, cifra que la Navidad anterior llegó a las cien toneladas y en el proceso estuvo a punto de enterrar a la compañía aérea.

La sala correo era un compartimiento grande de unos seis metros de largo, situado inmediatamente detrás de la cubierta de vuelo y repleta de sacos de lona de color

azul, verde o blanco, según su destino. En el extremo, protegidos tras una malla de alambre con cerrojo, se encontraban algunos de los cajones de madera de aspecto inocuo que contenían los lingotes de oro. El escritorio de Sandy se alzaba en el centro del compartimiento, directamente delante de la compuerta de carga del ala de estribor y junto al portalón que unía la cubierta de vuelo con el nivel de los pasajeros, situado debajo. La lámpara de escritorio montada sobre un resorte estaba encendida, pero no había señales de Sandy; evidentemente, estaba en el nivel inferior. Desmond rodeó el escritorio y comenzó a bajar el portalón.

Las manos de Kenneth Frazer aferraron con fuerza las barras de la palanca de control que tenía ante sí, guiando el vuelo de la máquina de dieciocho toneladas con furiosa concentración. La turbulencia natural de la atmósfera que a menudo se encontraba a poca altura se veía incrementada por las oleadas termales de calor que se elevaban desde el suelo y las corrientes de convección originadas por el sol que evaporaba la humedad de los pantanos, lo que hacía necesario realizar pequeños ajustes constantes de los mandos. Se trataba de un ejercicio que le resultaba particularmente agotador: prever la desviación lateral, la inclinación y el balanceo del hidroavión y cogerlo en el momento preciso con el grado adecuado de corrección.

Algún día, probablemente de un futuro no demasiado lejano, los aeroplanos se construirían con cabinas a presión para los pasajeros y la tripulación, lo que les permitiría volar a alturas de treinta mil pies o más, por encima de la turbulencia normal del aire. Para Frazer esta perspectiva era agradable, ya que lo libraría de uno de los deberes más agotadores del vuelo a larga distancia. Los nuevos adelantos del diseño de máquinas voladoras: los radiofaros, las aletas que funcionaban mediante electricidad, el piloto automático y el equipo de vuelo a ciegas o sin visibilidad continuaban la tendencia al logro de que los pilotos confiaran más en sus ayudas en lugar de confiar en sus capacidades instintivas como aviadores. Los comandantes del futuro serían escogidos por sus habilidades técnicas y su comprensión del equipo del avión más que juzgando solamente su capacidad para volar.

Frazer opinaba que, en justicia, ya debían haberle nombrado comandante y dado el mando de su propio aparato. Estaba convencido de que el hecho de que todavía fuera sólo primer oficial se debía al desdén que sentían los capitanes más viejos de la flota de la Imperial, los frenéticos pilotos de los viejos días de exploración en que se comenzaban a abrir las rutas aéreas, hacia la joven y prometedora generación de oficiales cuidadosamente entrenados y altamente calificados. Frazer responsabilizaba sobre todo a Desmond O'Neill, cuyos informes sobre su actitud para el mando habían sido, suponía, menos que lisonjeros. Desmond era un aviador naturalmente brillante con una captación instintiva del modo de tratar a su nave, además de un enérgico comandante que creía firmemente que los pilotos sólo debían dar órdenes después de una prolongada experiencia en todo tipo de condiciones.

El recuerdo de la furia de Desmond al descubrir la pérdida de combustible hizo que otra oleada de amarga rabia recorriera su mente. Y era aún peor porque sabía que

estaba equivocado. El tanque había resultado bastante dañado en Mombasa, pero una reparación adecuada habría significado una demora de un día y una larga anotación en el diario de navegación, anotación que muy bien podría haber llegado hasta su propio informe y arruinar aún más las posibilidades de un ascenso en un momento crítico. Frazer había convencido a los mecánicos de que realizaran un remiendo rápido que aguantara hasta El Cairo, donde la escala de dos días les proporcionaría tiempo de sobra para una reparación más concienzuda. Parecía que había errado el tiro. Ciertamente, un aterrizaje de emergencia se volvería contra él. Tendría que escribir a su madre de nuevo para averiguar si ella podía ayudarlo.

La muerte de su padre cuando él aún iba a la escuela hizo que Kenneth Frazer fuese criado como el mimado hijo único de su madre, cuyo matrimonio posterior con un acaudalado hombre de negocios londinense no disminuyó en modo alguno la adoración que sentía por su muchacho. Últimamente se había hecho amigo de Jack Priestly, jefe de operaciones de los hidroaviones de la Imperial y enemigo desde hacía mucho tiempo de Desmond, y Frazer tenía la esperanza de que con ayuda de su madre finalmente podría lograr el ascenso que esperaba.

Al principio, el encanto y el misterio que rodeaba a los pilotos resistentes y temerarios y a sus frágiles máquinas le habían atraído hacia el mundo de la aviación. El milagro del vuelo tripulado aún no había cumplido los cuarenta años y aparecía frecuentemente a la vista del público. Los aviadores eran famosos y sus nombres, conocidos. En El Cairo, Desmond O'Neill era amigo del rey Faruk y Ken Frazer estaba decidido a imitarlo.

La realidad que encontró fue mucho más dura, exigente, incómoda y en ocasiones más peligrosa de lo que esperaba. Se exigía un grado de profesionalismo y dedicación que rápidamente le desalentaron. Al carecer de las habilidades naturales de la mayoría de los jóvenes con las mismas aspiraciones, comenzó a quedarse atrás en la lucha por los ascensos y le invadió la amargura. Lo trasladaron de un avión a otro a medida que la tripulación se hartaba de sus quejas y su pereza. Ya no pensaba continuar en la compañía aérea más de lo necesario para obtener sus galones de comandante. Su padrastro ya le había ofrecido un trabajo en su empresa, la oportunidad era ideal y estaba decidido a aceptar. No obstante, primero tenía que demostrarse a sí mismo que no había perdido diez años en el aire, tenía que salir como comandante, alguien a quien respetar y admirar; de algún modo tenía que lograr ese ascenso. Se trataba de un deseo que rápidamente se convertía en una obsesión. Bruscamente volvió a dirigir su atención hacia el presente, controló de nuevo los indicadores de combustible y anotó la hora. La velocidad de la pérdida había aumentado ligeramente; ahora los tanques contenían doscientos sesenta y cinco litros y faltaban diecisiete minutos para sobrevolar Shambe. El margen de seguridad se reducía a doce minutos.

Con excepción de la bodega de carga de la cola y un pequeño espacio en el morro que se utilizaba para almacenar cuerdas y otro equipo de amarre, toda la cubierta

inferior del hidroavión se destinaba a los pasajeros. Contaba con cuatro cabinas separadas, diseñadas de modo tal que acomodaban diverso número de personas según las exigencias de la ruta, y todas las cabinas se podían convertir en cómodos dormitorios en caso de vuelo nocturno. Desde la perspectiva de los pasajeros, la enorme rentabilidad de las cargas postales significaba que viajaban en medio de un lujo muy superior al que podrían acceder de otro modo. El *Caterina* tenía veintisiete metros de largo y en su casco habrían cabido cuatro autobuses de dos pisos, pero en este viaje sólo transportaba trece pasajeros.

Al bajar del portalón, Desmond volvió a sorprenderse de los extremos a los que habían llegado los constructores para asegurar la comodidad del pasaje.

La gruesa mampara doble a prueba de sonidos mantenía el nivel de ruidos muy por debajo del de la cubierta superior y reducía el rugir de los motores a no más que un zumbido de fondo. El suelo estaba generosamente alfombrado en color verde oscuro y ese mismo color sosegado se perpetuaba en los revestimientos de las paredes. Bordes de cromo brillantemente lustrados bordeaban las puertas y los umbrales. El efecto era más parecido al interior de primera clase de un transatlántico que a un aeroplano.

Se encontraba en un pasillo, directamente debajo de la sala correo, en la parte delantera de la nave. A su izquierda, mirando hacia proa, aparecían las puertas de los cuartos de aseo y los lavabos y, a su derecha, la cocina. Delante de él, el pasillo conducía hasta la cabina delantera y el salón de fumar que, como el nombre daba a entender, era el único lugar de a bordo donde se permitía fumar. Las otras tres cabinas, el centro de la nave, el paseo y las cabinas posteriores se extendían hacia el fondo.

La puerta de la cocina, a su lado, se abrió con un chasquido y Sandy Everett salió al pasillo. El sobrecargo del *Caterina* era un muchacho de diecinueve años, entusiasta y afable, que se había unido a la tripulación hacía seis meses, al terminar los estudios. De cara franca y cabello rubio, vestía, al igual que Desmond, el uniforme común de color azul marino de la Imperial Airways, con chaqueta provista de doble hilera de botones y gorra de visera de borde blanco, pero sin las alas de piloto y los galones de oficial que lucía Desmond.

—Andy y yo estamos preparando el té para los pasajeros —explicó con una sonrisa. Andy Draper era el camarero del hidroavión—. ¿Quiere que le suba una taza?

Desmond hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Sandy, será mejor que dejes eso por ahora —explicó—. Perdemos mucho combustible por el tanque que se agujereó en Mombasa y, a este paso, dudo que podamos llegar a Malakal, por lo que haremos una parada de emergencia en Shambe. Aterrizaremos aproximadamente dentro de un cuarto de hora.

—Señor, ¿pasaremos la noche allí?

El joven sobrecargo le miró inquisitivamente.

—No —replicó Desmond—. Bueno, espero que no. Nunca estuve allí pero, por lo que dicen, es la clase de lugar que conviene olvidar, y Dios sabe que Malakal es bastante malo. Si logramos realizar las reparaciones a tiempo, me dirigiré en línea recta hacia Jartum.

—¿Entonces suprimiré Malakal? —preguntó Sandy—. No tenemos que recoger pasajeros allí, pero hay que entregar la correspondencia.

—Podemos dejarla con el resto en Jartum y ellos la enviarán río arriba en el próximo vapor. Sólo se demorará uno o dos días, lo que no tendrá importancia en un lugar así —explicó Desmond—. Y, si es posible, quisiera llegar esta noche a Jartum.

—De acuerdo, señor —dijo Sandy—. Se lo contaré a Andy y luego informaré a los pasajeros de que aterrizaremos dentro de quince minutos.

—Yo me ocuparé de las cabinas de atrás —agregó Desmond—. La mayoría de los pasajeros deben de estar allí. Puedes decírselo a los que están en el salón de fumar y cerciórate de que todos regresen realmente a sus asientos antes de que comencemos a descender.

—De acuerdo, jefe, me ocuparé de ello. —Sandy asintió entusiasmado y Desmond tuvo que reprimir el impulso de sonreír ante el ahínco del joven.

—Olvidaba algo —dijo antes de regresar al portalón—. No comentes con los pasajeros que tenemos poco combustible. Deja que piensen que se trata de una parada rutinaria para poder revisar las reparaciones anteriores. No quiero que se preocupen.

—¡Sangrientamente típico! —comentó Andy cuando Sandy regresó a la cocina y le contó la noticia—. Así son los mecánicos. Remiendan lo suficiente para que lleguemos al corazón de las ciénagas, pero sólo hacen un trabajo chapucero. Ya te dije que debimos quedarnos más tiempo en Mombasa y tratar de que hicieran una tarea correcta.

Andy era un hombre bajo, corpulento, de cabello negro y cuarentón; era del este de Londres tenía una rápida astucia natural y expresaba tan frecuentemente su profunda falta de respeto por la compañía aérea y sus pasajeros, además de por sus superiores, que a menudo Sandy se asombraba de que lograra conservar su puesto de trabajo. Sentía un desdén especial por los pasajeros, a los que consideraba tontos y molestos, pero Sandy había notado que no escatimaba esfuerzos para que los vuelos fueran cómodos y que administraba la cubierta inferior con notable eficacia.

Había cobijado a Sandy bajo su ala desde que el joven llegara, le había cuidado, le había enseñado qué hacer y cómo, y le había dado muchos consejos útiles, en el mismo tono de tolerante desdén con que trataba a todos, Desmond incluido. Andy era experto en prever problemas y evitarlos, en limar asperezas y bloquear las quejas. Sandy lo consideraba inapreciable para tratar con el personal de tierra en las diversas escalas del trayecto; no había truco de los comisarios ordenadores ni de los proveedores que no conociera.

—El comandante dice que Shambe es peor que Malakal —comentó Sandy, y el camarero bufó burlonamente.

—Compañero, te diré que con respecto a Shambe lo sé todo y es peor que cualquier otro sitio —afirmó—. En primer lugar, normalmente no permitimos que los pasajeros desembarquen allí si podemos evitarlo, para que no cojan la fiebre amarilla. Hay unos mosquitos que pican tan profundamente que te sacan sangre, además de inocularte una fuerte dosis de malaria; hace tanto calor como en un baño turco y apesta a barro.

Comenzó a organizar las bandejas con tazas y platos que había preparado.

—¿Entonces mantenemos a los pasajeros a bordo mientras el mecánico revise el tanque? —preguntó Sandy—. No les gustará.

—No se puede, no se puede mientras reparan un tanque de gasolina —replicó Andy mientras se agachaba para guardar una tetera—. Las reglas dicen que todo el personal debe ser retirado de la nave antes de que se empiece a trabajar en un tanque de gasolina ya que existe peligro de incendio —explicó. Andy era un experto en todas las reglas de las compañías aéreas. Continuó—: Esto significa que tú y yo tendremos que desembarcar con ellos y ocuparnos de que no hagan una estupidez como comer la fruta del lugar y enfermarse, lo que de todos modos alguno de ellos hará —concluyó con torva satisfacción.

—De acuerdo —Sandy se acercó nuevamente a las puertas—. Iré a darles la nueva noticia.

—Hay algo más —le gritó Andy—. Cuando desembarquemos, tendremos problemas con las pasajeras. Los nativos de por aquí no usan ropa. No la usan, a menos que consideres como tal una sarta de cuentas que llevan alrededor de la cintura, pero sólo la llevan si están casados. La otra vez que estuve aquí, la esposa de un general se desmayó mientras subía a la lancha y se cayó al río. Después la estúpida vaca dijo que fue a causa del calor, pero yo sé lo que vio.

Andy rió entre dientes y volvió a su trabajo mientras Sandy salía para informar a los pasajeros.

La cabina de paseo, situada a popa de las alas, era la máxima atracción del hidroavión y una de sus características comprensiblemente populares entre los pasajeros. Se trataba de la mayor de las cuatro cabinas y no sólo contenía asientos para ocho personas sino también una amplia zona que ocupaba toda la longitud de babor que se dejaba libre para que los pasajeros caminaran y admiraran el paisaje a través de la hilera de ventanas panorámicas situadas en el casco, a una altura normal. Durante los recorridos largos, esta libertad para moverse y estirar las piernas significaba un gran alivio y la gente solía congregarse allí.

Durante el último cuarto de hora, Laura Hartman había contemplado por una de las ventanas de la cubierta de paseo el paisaje chato y verde que se deslizaba debajo. Era una bonita muchacha de menos de treinta años, menuda y de porte frágil, de cabello rubio y corto que se rizaba prolijamente en su nuca. Su rostro era delgado, de pómulos altos, y estaba bronceado por su reciente estancia en Sudáfrica; era un rostro atractivo e incluso hermoso pero con un halo de tristeza. Llevaba un vestido de

algodón amarillo de manga corta y zapatos blancos. A pesar de que la escasa altura a que volaba el avión le permitía ver la región que sobrevolaban, estaba aburrida.

Laura se había aburrido desde que entrara en la cabina y ahora lamentaba amargamente haber sido tan tonta para abandonar el salón de fumar, donde un rato antes había estado sentada. La causa de su molestia se encontraba a su lado, en la figura de un joven con el uniforme de teniente de la marina real británica. Tenía buen color de cara, ojos saltones y, a pesar de su juventud, una pomposidad insufrible. El oficial Ian Thorne, se había esforzado virilmente por impresionar a la muchacha desde el momento en que ambos subieron a bordo del aparato en Durban, cuando su comentario «estoy seguro de que usted es americana, ¿no?; le diré que lo sé por el acento», había hecho que mereciera una mirada capaz de derribar de su pedestal a un hombre más sensato. A partir de ese momento la había acosado con su atención constante y su interminable conversación cada vez más vacía. O tenía una piel inenarrablemente gruesa, pensó Laura desganada, o era demasiado estúpido para darse cuenta de cuán fría se mostraba con él. Por desgracia, apenas existía modo de evitarlo durante el vuelo.

—Señorita Hartman —decía—, es una pena que yo tenga que abandonar el avión en Alejandría mientras usted continúa hasta Nueva York. Es tan agradable hablar con usted. Propongo —tuvo una idea repentina— que primero nos detengamos un día en El Cairo. Quizá pueda mostrarle los lugares de interés. Sabrá que ya he estado allí —añadió orgullosamente.

—Gracias, pero yo también he estado —respondió Laura cortante—, y, de todos modos, tendré mucho trabajo cuando lleguemos.

Thorne parecía abatido pero, para alivio de Laura, antes de que pudiera responder, otro pasajero se unió a ellos. El doctor Van Smit era un hombre pequeño pero fuerte y nervioso, de alrededor de cincuenta años, vestido con un traje marrón de buen corte. Tenía la cara y las manos muy bronceadas, y era de rasgos inteligentes y afilados. Se presentó como geólogo consultor, aunque parecía ganarse la vida principalmente con los naipes y las apuestas. Tanto su nombre como su marcado acento evidenciaban que era sudafricano, descendiente de los colonos holandeses originales.

—Señorita Hartman, tengo entendido que ha visitado mi país; ¿le ha gustado? —preguntó amablemente.

—Sí, mucho, pero sospecho que vi muy pocas cosas —reconoció Laura—. Sólo estuve una semana y tuve que pasar la mayor parte del tiempo en Durban. Soy secretaria del señor Stewart Curtis —explicó.

—¿Se trata acaso del señor Curtis, presidente de la Compañía Minera Klerksdorp? He oído hablar mucho de él. Supongo que viaja con nosotros, ¿no? —inquirió el doctor.

—Ha tomado un salón privado en la cabina trasera —explicó Laura—. Le gusta trabajar en el avión para no perder tiempo.

—Y los dos han volado de Londres a Durban para pasar una semana y ahora

vuelven a volar; me parece un viaje largo y agotador en tan poco tiempo —continuó el doctor, mientras la observaba atentamente con sus pequeños ojos oscuros.

—Ah, no —Laura meneó firmemente la cabeza—. El señor Curtis ha pasado el invierno en El Cairo, con su esposa, pero tenía algunos negocios urgentes en Sudáfrica y por eso volamos. La señora Curtis no quiso hacer el viaje y se quedó.

—¿Viaja mucho con él? —Ian Thorne intervino en la conversación. Había permanecido tiesamente de pie junto a la ventana, molesto por la intrusión de Van Smit—. Quiero decir, supongo que debe de ser muy interesante.

—Ahora él no realiza tantos viajes; la mayoría de sus negocios están en Estados Unidos y en Sudáfrica y la mayor parte de las veces sólo viajamos entre estos dos países. Supongo que, sobre todo, depende de dónde quiere estar su esposa.

—Si me permite, señorita Hartman —Van Smit miraba por la ventana mientras hablaba—, es excepcional que un magnate inglés tenga una secretaria americana. Normalmente es al revés, ¿verdad?

El tono del comentario irritó un poco a Laura. Resultaba difícil descubrir si contenía alguna insinuación o si era pura curiosidad.

—Mi marido trabajaba para el señor Curtis en Sudáfrica. Era ingeniero minero y el año pasado, cuando murió en un accidente, el señor Curtis me ofreció trabajo como secretaria privada. Dijo que necesitaba a alguien que comprendiera el negocio. Fue muy generoso de su parte.

El tono llano de su voz bastó para indicar a los dos hombres que el tema de la muerte reciente de su marido aún era demasiado doloroso para abordarse con ligereza. Durante un rato, miraron por las ventanas en silencio. Fue Ian Thorne el primero en hablar.

—Doctor Van Smit, ¿le interesa la minería? —preguntó mientras una mueca de reserva recorría la cara del sudafricano.

Sin embargo, antes de que pudiera responder, Desmond O'Neill atravesó la puerta de la cabina y se acercó a ellos.

—Lamento interrumpir su contemplación, pero tendrán que regresar a sus asientos muy pronto —dijo—. Haremos una parada extra durante este trayecto y el aparato aterrizará en Shambe, en el río, dentro de un cuarto de hora.

—Shambe —repitió el doctor—, Shambe es un lugar muy extraño para detenerse. ¿La nave tiene algún problema?

Desmond le tranquilizó rápidamente.

—Sólo queremos aprovechar para controlar las reparaciones que hicimos ayer —explicó—, pero no nos demoraremos mucho.

—Pues yo me alegro. —Laura miró por la ventana—. Parece un lugar bonito, verde y fresco, y en Jartum hará demasiado calor. Será agradable descansar un rato aquí.

—Señorita Hartman, es posible que desde esta altura parezca bastante agradable —comentó seriamente el doctor Van Smit—, pero lo que ve es una de las regiones

más terribles de toda África. Las ciénagas de Sudán. Ciento treinta mil kilómetros cuadrados de fiebres y de ciénagas atestadas de mosquitos. Ciertamente, el comandante O'Neill debe de estar preocupado por llevarnos a semejante lugar. Hace menos de sesenta años, una expedición bien equipada de cuatrocientos hombres fue prácticamente aniquilada por el hambre y la enfermedad.

Desmond le miró bruscamente. Van Smit tenía el arte de hacer comentarios desconcertantes y no era necesario que los demás pasajeros tuvieran presentes las incomodidades de Sudán.

—Doctor, creo que exagera un poco —dijo con tono deliberadamente indiferente—. A decir verdad, Shambe no plantea problemas en lo que se refiere a los hidroaviones, y hace muchos años que la compañía mantiene allí una casa de descanso y servicios.

Van Smit sonrió enigmáticamente y no replicó. Desmond dedicó su atención a los demás ocupantes de la cabina.

A la derecha de la puerta lejana que conducía a la cabina trasera se encontraba una anciana pareja de ingleses, los Finlay, que retornaban al país después de una vida pasada en el extranjero, en los servicios coloniales. Canosos y delgados, ambos parecían resecos por el clima en el que habían vivido durante tantos años. Se sentaban erguidos en los asientos, con un libro abierto delante, y vestían prendas rígidas y anticuadas que no eran idóneas para viajar. Durante la única conversación que hasta el momento había sostenido con ellos, Desmond sintió que su alegría a menudo expresada por volver al fin al país sonaba un poco falsa. Sospechaba que, secretamente, la pareja de ancianos temía la posibilidad de acabar sus vidas en un país que ya no conocían y en el que sus amigos estaban muertos o hacía mucho que los habían olvidado.

Los dos asientos de delante de los Finlay estaban ocupados por una mujer de rostro agradable, cabello oscuro y bastante rolliza, que llevaba un vestido floreado, y su hija de diez años. Desmond recordó con esfuerzo que su apellido era Johnson y que el marido de la mujer, que en ese momento se encontraba en el salón de fumar, en la parte frontal de la nave, era un ingeniero civil de Kenia que llevaba a la familia a su país durante un permiso. Se alegró al ver que la madre no se había perturbado en lo más mínimo por los siniestros comentarios de Van Smit. La niña parecía dormir.

Con una explicación breve, Desmond dio la noticia del inminente descenso a los que todavía no lo habían comprendido al oír su conversación junto a las ventanas. Nadie mostró más que escaso interés, con excepción del señor Finlay, el cual hizo varias preguntas eruditas sobre Shambe y, al ver que Desmond no podía responder, consultó una guía. Satisfecho de que todo estaba en orden, Desmond pasó a la cabina trasera. Ésta era la más lujosa de a bordo y se extendía hasta la cola del aparato. Medía más de tres metros de largo, tenía un techo de dos metros setenta de altura y, dado que estaba más lejos de los motores, también era la más tranquila y la que menos vibración recibía de las cuatro cabinas de la cubierta inferior. En ese vuelo la

habían reservado como camarote privado y su único ocupante era el financiero Stewart Curtis.

Desmond entró en la cabina desde la cubierta de paseo y encontró al magnate sentado ante una mesa, ocupado con algunos papeles. Para sorpresa de Desmond, la noticia del aterrizaje no programado pareció irritar intensamente a Curtis.

—No nos demoraremos mucho —intentó explicar—. Y esperamos compensar el tiempo que perderemos antes de llegar a El Cairo, pero considero aconsejable inspeccionar la reparación.

—¡Dichosa molestia! —replicó Curtis mientras depositaba los papeles sobre la mesa—. Cualquier demora es sumamente inconveniente para mí. Tengo que ocuparme de unos negocios de la mayor importancia. ¿Esta inspección no podría realizarla en Malakal?

Era un hombre corpulento, pesado, con cara cuadrada y de grandes carrillos, rondaba la cincuentena y vestía un traje Savile Row de gruesa tela tropical. Desmond intentó recordar lo que sabía de él: multimillonario con importantes intereses en la minería, el acero y los armamentos, que había subido desde el puesto de meritorio y hecho su primera matanza importante al vender material bélico excedente en los años veinte, sobrevivió la depresión y se convirtió en un destacado industrial y figura clave del nuevo traslado de las casas financieras norteamericanas al mercado minero sudafricano. Deportista, coleccionista de obras de arte y miembro de la alta sociedad a ambos lados del Atlántico; hasta el momento, Stewart Curtis le había parecido un matón arrogante y exigente que aparentemente obtenía un placer perverso aterrorizando a sus inferiores.

—Maldita ineficacia —protestó Curtis—, ninguno de ustedes duraría diez minutos si trabajara para mí. Nos demoramos en Mombasa para que arreglaran los daños producidos por el descuido de su tripulación. Veo que esta excusa se repetirá durante todo el trayecto, hasta Nueva York.

—Señor, nada puedo decir sobre Nueva York —replicó Desmond con los labios apretados—, dado que cambiaré de avión al llegar a Inglaterra, pero, de todos modos, estoy seguro de que ésta será la última demora.

—Mejor que sea así, comandante —respondió el financiero—. Porque de lo contrario me quejaré en Londres y usted volverá al grupo de tierra que carga el equipaje —señaló con un movimiento despectivo de la cabeza que la entrevista había concluido y volvió a estudiar sus papeles.

Desmond, sin embargo, se mantuvo en sus trece.

—Señor Curtis —dijo tranquilamente pero con dificultades para contener la ira que ardía en su interior—, ignoro qué sabe acerca de los modernos aparatos voladores, pero sólo puedo suponer que se trata de un conocimiento muy limitado. Cualquier parada o demora extra se hace en consideración a la seguridad del vuelo y de sus pasajeros. Si decido que esa demora es necesaria, la haré, al margen de lo que usted o cualquier otra persona pueda opinar o hacer. —Curtis lo miraba boquiabierto

de asombro—. Además —agregó Desmond—, si vuelve a mostrarse tan brusco como hace un instante, ya sea personalmente conmigo o con cualquier otra persona de a bordo, haré que descienda en la próxima parada y lo dejaré allí.

Hacía mucho tiempo que nadie se atrevía a hablar así a Stewart Curtis, y el asombro lo dejó sin voz. Al ver en su rostro una expresión de ira y profunda sorpresa mezcladas, Desmond consideró prudente retirarse antes de que el financiero recuperara la palabra. Al salir cerró la puerta suavemente y se abrió paso hasta el portalón de la cubierta de vuelo.

Jamás se había dirigido de ese modo a uno de los pasajeros de la compañía y era bastante probable que Curtis creara problemas por ello. Sin embargo, consideraba que su estallido estaba justificado; por mucho que Curtis deseara llegar a Estados Unidos y, evidentemente, tenía mucha prisa por algún motivo, ello no justificaba semejante falta de tacto. Había experimentado cierta satisfacción al decírselo.

Desmond regresó al pasillo de la cocina, se detuvo al pie del portalón y miró por los umbrales de la cabina del centro de la nave hacia la cubierta de paseo. Reconoció la pequeña figura de Laura Hartman junto a la ventana, oculta a medias por el mamparo que los separaba. Conversaba con el joven teniente naval, y momentáneamente Desmond sintió pesar porque rara vez conocía a la mayoría de los pasajeros. Se recuperó y comenzó a subir la escalera. Incluso después de un año de divorcio, la libertad de la soltería a veces le resultaba inquietante.

Pero quizás estaba bien, reflexionó. En esa profesión, era difícil mantener relaciones estables. En aquel momento todavía llevaba en el bolsillo la última carta de Pamela, dirigida a él a través de la oficina de la Imperial Airways. Incluso después de todo el tiempo transcurrido, la amargura de su esposa seguía intacta. Parecía que ahora había aceptado un trabajo en Londres como directora de modas de una revista para mujeres, y quería vender la casa. Había hecho una tasación y, desde luego, pensó él, solicitó consejos legales. Como de costumbre, Pamela lo había resuelto todo. Había decidido un precio, contratado a un agente inmobiliario y encontrado un comprador; él sólo tenía que firmar un formulario de consentimiento que ella adjuntó a la carta. La carta decía: «Lamento presionarte, pero deseo mudarme a Londres y, sin duda alguna, no necesitas una casa tan grande para ti solo».

Esas palabras eran típicas de Pamela. Al leerlas la había imaginado de pie, con la cabeza imperiosamente echada hacia atrás, la mirada intensamente encendida, el cabello negro azulado que tanto admiraba, despeinado, y su pequeña y decidida boca apretada en una línea. Pamela compensaba su baja estatura con una impetuosa energía que le permitía superar cualquier oposición. Podía oírla enumerar los puntos de su argumento: «En primer lugar, odio Southampton; en segundo, puedo conseguir un trabajo mejor en Londres; en tercer lugar, es ridículo que una pareja divorciada tenga la propiedad conjunta de una casa; en cuarto lugar...»

Al principio, Desmond se había afanado por su matrimonio y responsabilizó a sus frecuentes ausencias a causa del servicio, de las dificultades que surgieron. Sin

embargo, al volver la vista atrás veía que, en realidad, en el corazón de sus problemas aparecía una debilidad mucho más fundamental. Los períodos de descanso entre los vuelos eran generosos, otros pilotos estaban lejos de su casa con la misma frecuencia y sus esposas asimilaban la situación. Comprendió que el problema consistía en que, a pesar de su atractivo, su inteligencia y la elegancia que tantas personas envidiaban, la confianza de Pamela en sí misma era muy superficial. A menos que fuera el centro constante de atención, una inseguridad básica interior crecía y la atemorizaba hasta experimentar salvajes ataques ante cualquier atracción competitiva.

En ese sentido, el trabajo de Desmond resultó ser un rival que ella no podía igualar. Incapaz de entrar en el mundo masculino de la aviación, los aviones y los pilotos, al principio Pamela intentó separarlo de él y, cuando vio que era imposible, se dispuso a destruir su matrimonio. El resultado fue inevitable. Sus discusiones, que crecían en violencia, hicieron que Desmond escapara cada vez más hacia su propio mundo, del que su esposa estaba separada. Esa reacción sólo aumentó el sentimiento de frustración y las quejas de Pamela. Cuando se divorciaron, llevaban casados exactamente tres años. Se preguntaba si Pamela sintió alguna vez los remordimientos que él todavía experimentaba. Probablemente era así, pero resultaba difícil saber, y siempre lo había sido, qué sentimientos la recorrían bajo la eficaz coraza que mostraba al mundo. A decir verdad, a veces añoraba la rápida compañía abrasadora y la vehemente pasión que ella había puesto en sus relaciones sexuales.

Como si los problemas con su esposa no fueran suficientes, al mismo tiempo recibió otra carta. Se trataba de una comunicación del almirantazgo, y aunque en el sobre se leía comandante D. M. O'Neill, la carta iba dirigida al teniente de vuelo O'Neill, reserva del cuerpo de aviación de la marina real. El mensaje explicaba que se había hecho arreglar con la Imperial Airways para que pasara el permiso de verano sometido a un mayor entrenamiento en un portaaviones con la rama aérea de la flota. Según un acta del Parlamento y órdenes del consejo aprobadas el año anterior, el Ministerio tenía autoridad para ordenarle que el 15 de julio se presentara en Portsmouth de servicio durante cuatro semanas. Como regalo, la carta agregaba que durante ese período recibiría una paga de once chelines diarios, además de su manutención.

Al leer las escuetas frases oficiales, súbitamente le pareció muy próxima la amenaza de guerra.

De regreso en la cubierta de vuelo, Desmond supo de inmediato por la expresión de Ken Frazer que no se había producido un cambio positivo durante el poco tiempo que pasó abajo. Ocupó rápidamente su asiento y fijó la mirada en los instrumentos. El margen de seguridad se estrechaba cada vez más.

—He reducido nuestra velocidad a ciento cinco nudos —le dijo Frazer—, pero parece que nada ha cambiado.

Desmond pensó rápidamente. Los tanques se vaciaban a una velocidad creciente, y en el indicador principal de combustible la aguja había rebasado la señal roja de

peligro. Los indicadores eran sumamente inexactos para lecturas muy bajas y existían bastantes posibilidades de que la posición no fuera tan grave como señalaba el indicador, pero los motores también podían quedar sin combustible en cualquier momento.

Una complicación adicional consistía en que al dirigirse en línea recta hacia Shambe, se habían alejado del río principal que durante varios kilómetros había virado bruscamente hacia el este; ahora el aparato volaba sobre una zona en la que el río estaba sumamente obstruido con juncos, barro y otros elementos. No aparecían los espacios abiertos que anteriormente habían ofrecido la posibilidad de un amerizaje de emergencia si de pronto resultaba necesario. Casi con certeza, un amerizaje aquí daría por resultado la destrucción total del aparato y cuantiosas pérdidas humanas entre sus ocupantes.

—¿Cuánto falta para llegar nuevamente al río abierto? —preguntó al relevar a Frazer en el mando.

El *Caterina* todavía volaba serenamente con los cuatro motores sincronizados y sin el menor indicio de los temblores que indicarían la presencia de aire en los conductos de combustible. En cuanto ello comenzara, sólo tendrían uno o dos minutos para elegir un lugar en el que amerizar.

—Sobrevolaremos el río aproximadamente dentro de doce minutos —le gritó Ken —, poco antes de llegar a Shambe.

Eso servía de poco. No había posibilidades de realizar un amerizaje seguro a lo largo de ese trayecto antes de llegar a la estación, y era demasiado tarde para dar la vuelta y dirigirse directamente hacia uno de los canales principales; hacerlo sólo aumentaría los riesgos. Doce minutos. Si la señalización del indicador de combustible era correcta, apenas les quedaban reservas para llegar al río.

—Bajaré hasta los quinientos pies —explicó a los demás—. Envía un mensaje a Shambe para explicar que ahora nuestra situación de combustible es crítica.

Debajo, ignorantes del peligro al que se enfrentaban, los pasajeros miraban entusiasmados por las ventanas a las sorprendidas bandadas de pájaros que aparecían por todos lados y se alejaban rápidamente de ellos mientras el voluminoso avión descendía sobre las marismas.

SIEGRET VIVÍA CON SU PADRE viudo, David Wienzman, jefe de la facultad de medicina de la universidad de Viena y uno de los hombres más respetados de la ciudad. Habían habitado una bonita casa en terrenos de la universidad y, a medida que crecía, Siegret asumió cada vez más las responsabilidades de llevar la casa, atender las necesidades de su padre y actuar como anfitriona cuando él recibía a otros miembros del cuerpo de profesores o a grupos de estudiantes.

Habían sido años felices y Viena estaba libre de muchos de los horrorosos acontecimientos que tenían lugar en los estados vecinos. Tanto Siegret como su padre

tenían numerosos amigos que sostenían muy diversas opiniones. Habían celebrado fiestas, habían intercambiado visitas, realizaron viajes al extranjero. Bruscamente, todo eso cesó un terrible día de marzo de 1938.

Anschluss. En un solo instante, las fronteras del odiado Tercer Reich avanzaron doscientos cuarenta kilómetros para incluir al pueblo de Austria.

Filas de soldados y camiones, motocicletas y coches blindados. Pero no habían desfilado abiertamente por las grandes avenidas principales de la ciudad, confiados en una bienvenida popular. No, eso fue después, cuando estuvieron seguros. Primero se escurrieron en silencio por las calles laterales, camión tras camión de hombres uniformados de gris, de rostro serio y alerta. Todo en un silencio total. Ni los soldados ni las personas que miraban pronunciaron una palabra, y no hicieron un ruido ni un gesto mientras se desplazaban en interminables columnas.

Naturalmente, más tarde se celebró el gran desfile, los edificios engalanados con la inmensa bandera roja de las esvásticas angulosas, la muchedumbre provista de banderas y con orden de agitarlas, cuidadosamente controlada por la policía. La misma Siegret había tenido una banderita en la mano mientras aguardaba en la plaza del Parlamento para ver qué ocurría. Había visto pasar al gran hombre en persona, muy erguido en el enorme vehículo negro y dorado frente a una falange de carros militares. Él había saludado y resplandecía de placer y, para asombro de Siegret, parte de su impetuosa alegría se transmitió a la multitud.

La velocidad de los cambios que se desencadenaron fue sorprendente. De repente, en todas partes y en todo momento se veían uniformes y brazales.

Viena adquirió el aspecto de una ciudad acosada. Publicaron una multitud de reglas que prohibían y gobernaban las vidas de las personas hasta en sus detalles más nimios. Era necesario obtener nuevos pases y carnets de identidad en los despachos gubernamentales donde funcionarios mandones preguntaban hasta el último detalle insignificante de la vida de la gente. Se restringieron los viajes, se censuraron los periódicos, reclutaron a los hombres y a las mujeres jóvenes para que trabajaran en los campamentos estatales.

Los decretos relativos a los judíos comenzaron poco después, cuando las autoridades tenían al país firmemente en su puño. Ya existía un sentimiento de inquietud en algunos sectores de la población; eran corrientes los rumores de lo que estaba ocurriendo en Alemania, donde era evidente que muchos hombres y mujeres de todas las razas que podrían haberse opuesto al nuevo orden habían desaparecido; pero de todos modos fue una gran sorpresa para Siegret conocer los decretos dirigidos a ella y a su padre, descubrir que ya no eran una parte de la masa común del pueblo sino una minoría separada y sospechosa.

Les prohibieron el paso por algunas calles que contenían monumentos o memoriales ante los que todos los alemanes saludaban y, como no se permitía que los judíos hicieran el saludo nazi, se les prohibía pasar. Ahora sus pases tenían el sello con la palabra *Juden* y la letra J impresa en todas las páginas. En la prensa

aparecieron viles caricaturas, respaldadas por artículos delirantes.

La actitud de las personas que los rodeaban también comenzó a cambiar. Ahora era común que Siegret descubriera que los asesinos uniformados pintaban obscenidades en las paredes y los escaparates de las tiendas propiedad de los judíos y viera que sus propietarios, hombres decentes y respetables a los que conocía de toda la vida, eran abiertamente maltratados. También era común oír que los grupos de jóvenes le gritaban burlescamente al pasar: «judiezuela, zorra judía, sucia judía».

Incluso antes de la anexión, su padre se había preocupado por el futuro de ambos si los nazis tomaban el poder en Viena. Recordaba los tiempos difíciles inmediatamente después de la guerra, cuando en el imperio derrotado reinaba el caos. Además, aunque rara vez se refería al asunto, Siegret sabía que en aquella época había tenido algunos tratos con los nazis o sus jefes. Desde hacía seis años, desde el ascenso del hitlerismo, se había negado a entrar en Alemania bajo cualquier pretexto y a permitir que su hija lo hiciera.

Cuando llegó el *Anschluss*, estaba preparado. Aprovechó un día, poco después, en que las pandillas de jóvenes entraban por asalto en la universidad para censurar y quemar todos los libros y trabajos que el partido nazi había declarado de naturaleza degenerada y no aria, y envió una carta de dimisión a los administradores de la universidad.

Mientras las multitudes que cantaban apilaban millares de libros irremplazables en las hogueras, en una orgía de vandalismo, y los profesores miraban sin poderlo remediar, los Wiensman prepararon sus pertenencias y emprendieron el camino de su vieja casa familiar en Sankt Veit. Siegret siempre recordaba aquel viaje con un estremecimiento de temor. Los dos se deslizaron entre la multitud, vestidos tan rectamente como era posible para no llamar la atención y llevando tan sólo unas pocas de sus posesiones más valiosas. La figura pequeña y erguida de su padre, digno incluso con un abrigo viejo y andrajoso, cuando la guiaba sana y salva hacia la estación, mientras aferraba fuertemente contra el pecho el paquete que contenía los archivos de su preciosa investigación, como si temiera que alguien intentase arrancárselos.

El viaje fue largo y agotador. Dada la prohibición de poseer o conducir un coche, el anciano y su hija estaban excluidos de todo medio de transporte salvo los trenes de tercera más baratos, y se vieron obligados a permanecer en pie la mayor parte del viaje, apretados contra otros pasajeros. Parecía que en cada parada la policía subía a los vagones para controlar los papeles, y cada vez hicieron bajar a rastras a algunos desgraciados para un interrogatorio más completo. A fin de conseguir el permiso para viajar a una zona tan próxima a la frontera, eran necesarios pases especiales y Siegret había sentido terror de que los suyos fueran de algún modo defectuosos. Cada vez que uno de los ensoberbecidos guardianes estudiaba los preciosos documentos, se sentía dominada por un miedo paralizante, le temblaban los brazos y las piernas, se le secaba la boca y apenas podía responder a las tajantes preguntas.

Llegaron al pueblo a altas horas de la noche. Siegret estuvo a punto de llorar de alivio cuando se apearon en la vieja y conocida estación y vio los árboles y las casas que tanto conocía, apiñados en la cabecera del valle, bajo las laderas de las montañas. El jefe de estación en persona los saludó y los llevó en su coche hasta la casa. Por primera vez en muchas semanas, esa noche Siegret durmió profundamente y sin miedo.

El hechizo duró unos días más. Parecía que la atmósfera contaminada de las ciudades no había logrado penetrar el corazón y la mente de los montañeses independientes. Los decretos contra los judíos fueron ignorados y olvidados y, de todos modos, la mayoría de las reglas eran inaplicables en el campo. Los funcionarios locales se mostraban amables y serviciales y el grueso de los policías estaba libre de los viciosos asesinos que los habían aterrorizado en Viena. Parecía que después de los sucesos de Munich y la amenaza de guerra en Checoslovaquia, los nazis habían dirigido su atención al este y era posible que en el futuro se preocuparan menos por el fantasma de los enemigos internos.

De todos modos, el respiro fue breve. Como ocurría siempre, las primeras señales de dificultades surgieron entre los niños y los jóvenes. Las pandillas juveniles, sometidas diariamente a una propaganda intensiva a través de las escuelas, educadas en la política del odio y la violencia y estimuladas por los que detentaban la autoridad para someter al sector desvalido del pueblo —que ya había sido intimidado por la acción policial— a todo tipo de vejaciones, llevaron la campaña contra los judíos hasta las zonas más aisladas del país que, hasta ese momento, no habían sufrido sus actividades.

La primera vez que Siegret lo notó fue cuando una pandilla de muchachos de la escuela local le gritó improperios por la calle una tarde que regresaba a su casa. Conocía a los muchachos, la mayoría apenas eran adolescentes, aunque había algunos mayores, y todos habían echado a correr cuando un adulto se acercó. Pero la actitud que tan bien recordaba había retornado. Sobre todo se dedicaron a perseguirla los muchachos mayores que obtenían un placer especial al hacerla sonrojar de vergüenza mientras la seguían y hacían sugerencias sucias e impúdicas o la miraban provocativamente en público cuando salía a hacer compras para su padre.

Pronto la vida de la joven llegó a ser mucho peor de lo que había sido en Viena. Su belleza natural, que el aire puro y la buena comida de las montañas había acrecentado, sólo sirvió como un incentivo más para los patanes que crecieron en cantidad y aparecieron en todos los sitios a los que iba. Siegret temía en especial a un joven. Heinz Gerdler era un rubio corpulento, muy fornido, y jefe de una de las pandillas cuya táctica consistía en perseguirla, rodearla y obligarla a escuchar su relato de lo que le había hecho a otras judías y que pronto le haría a ella. La rodeaban, se burlaban y reían de su humillación hasta que, desesperada y llorando, rompía el círculo y huía a su casa.

Aunque hasta ese momento los jóvenes no se habían atrevido a molestar al

profesor Wienzman, éste había observado con ira la conducta que adoptaban con su hija y se sintió amargamente frustrado al comprender que nada podía hacer para evitarlo. Hans Meyer, el jefe de policía del distrito de Sankt Veit, era un viejo amigo y Wienzman fue a pedirle consejo; aquella mañana alguien había pintado con cal una consigna grosera en la cerca de su casa. ¿No se podía hacer algo para evitar semejante conducta?

El policía era un hombre fornido, de cara cuadrada, de temperamento sereno y flemático acorde con sus ciento treinta kilos. Escuchó en silencio las quejas del profesor.

—Amigo mío —dijo mientras sacudía tristemente la cabeza después de que Wienzman terminara de hablar—, haré lo que pueda, pero debo decirle que es muy poco. Los actos de esos jóvenes patanes —arrastró desdeñosamente la palabra— tienen respaldo oficial. Parece increíble pero es cierto. Si intento detenerlos o incluso ponerles trabas, perderé mi cargo. Sé que eso no debería importarme —levantó una mano cuando el anciano comenzó a protestar—, que debería estar preparado para cumplir con mi deber y lo estoy. Pero aquí, en Sankt Veit, soy responsable de muchas personas. Si me voy, alguien mucho más duro ocupará mi lugar y entonces todo será mucho peor. Nada puedo hacer por usted. Le aconsejo que abandone este país, que se vaya hasta que esta terrible situación haya pasado y las calles vuelvan a ser seguras para las personas decentes.

—Soy demasiado viejo para abandonar mi hogar —respondió el profesor— y no permitiré que esos truhanes me echen de mi propio país. Esta persecución no puede durar eternamente, pasará.

—Profesor —Meyer se inclinó sobre el escritorio y habló con tono apremiante—, todo empeorará terriblemente y con suma rapidez. En las ciudades, todos los días se producen muertes y asesinatos que quedan sin castigo. Este mal se disemina por todo el territorio. Si estalla la guerra, ¿quién sabe lo que los nazis podrían hacer a las personas como usted? Siga mi consejo y márchese mientras todavía tiene tiempo. Si no por usted, hágalo por su hija. Así al menos podré ayudarlo con los documentos para el viaje y los pases.

—Perderemos todo lo que tenemos —replicó el profesor con voz serena—, pues ellos no permiten que uno se lleve nada. Incluso hay que pagar por adelantado los impuestos de un año completo, el siguiente después de la partida. ¿Qué nos ocurrirá a los dos? No tendremos un céntimo.

—Profesor, un hombre de su reputación y su capacidad encontrará rápidamente un puesto en cualquier país. Inglaterra o Estados Unidos darían la bienvenida a un distinguido doctor como usted —intentó tranquilizarlo Meyer—. Si se queda, tarde o temprano los nazis lo tomarán todo y quizá también pierda su libertad, incluso su vida.

El profesor reconoció a regañadientes que las palabras de su amigo contenían un buen consejo y, luego de algunas demoras, comenzó a preparar la partida. No

obstante la ayuda del jefe de policía, las dificultades que planteaban a todo el que deseaba emigrar eran enormes. Era necesario reunir treinta y cuatro permisos, ni más ni menos, y certificados distintos, además de los pasaportes y los visados de rigor, y todos implicaban prolongadas visitas a los despachos del gobierno provincial de Klagenfurt. A veces el profesor iba solo, pero a menudo era necesario que Siegret lo acompañara y formara en las largas colas o incluso aguardara en las atestadas salas de espera. Las entrevistas con funcionarios groseros y altivos resultaban agotadoras y desalentadoras y parecían interminables.

Nada que pudiera tener algún valor podía salir del país, ya que las sumas muy elevadas quedaban confiscadas, por lo que ni siquiera merecía la pena intentarlo. Vendieron la casa de Sankt Veit por una suma nominal a una parienta de la madre de Siegret, ya que, como su familia no era judía, estaría a salvo, con el acuerdo de que los Wienzman seguirían viviendo allí hasta su partida y de que se la revenderían si alguna vez regresaban.

Una vez más, con la ayuda de Hans Meyer, lograron enviar una carta a un viejo amigo del profesor, el doctor Augusto Farenzi, que ahora trabajaba en la universidad de Roma. Gracias a su ayuda consiguieron visados italianos, y también prometió utilizar sus influencias para lograr que la embajada de Estados Unidos en Roma les concediera visados. Los preparativos llevaron todos los meses del invierno, pero en marzo prácticamente todo estaba completo y sólo esperaban que Farenzi les confirmara los visados norteamericanos. Ahora que el momento de la partida se acercaba, el profesor comprendió que la perspectiva le resultaba infinitamente mucho más alarmante que al principio. A pesar de su faceta sombría, Austria era su hogar y lo había sido durante sesenta años. Tenía poca experiencia de viajes al extranjero y abandonar su vida a cambio de la incertidumbre de un mundo nuevo le parecía un riesgo tremendo, riesgo que era reacio a correr a menos que se convenciera de que era realmente esencial.

Pero, al mismo tiempo, sentía que el tiempo se acababa a su alrededor.

Tanto en los asuntos comunes cotidianos como en la prensa oficial, el tono de la actitud antijudía se tornaba más estridente. La persecución a la que Siegret se veía sometida creció tanto que apenas se atrevía a salir de la casa. Incluso en Sankt Veit algunas tiendas ya no servían a los no arios y muchas casas particulares les estaban vedadas. Los decretos que el Gobierno publicaba eran cada vez más severos y sus exigencias más humillantes.

Durante la segunda semana de marzo, sin anuncio previo, mientras el profesor se recuperaba en cama de un resfriado, recibieron un golpe inesperado y devastador que pareció destruir todos sus planes. Llegó en forma de una carta perentoria del nuevo rector de la universidad de Viena. Se trataba de una misiva breve y precisa. Un análisis reciente había demostrado que el programa de investigación del profesor sobre inmunización contra las enfermedades era de importancia nacional y, por ende, se le ordenaba que regresara inmediatamente para continuar su trabajo.

La sorpresa provocada por este mensaje repentino, cuando había comenzado a creer que las autoridades se habían olvidado de su existencia, llenó de miedo y de congoja al anciano. No tanto por él —estaría a salvo mientras su trabajo fuese importante—, sino por su hija. Las autoridades jamás le permitirían enviarla a un lugar seguro; ella se convertiría en rehén de su cooperación. Habían esperado demasiado.

—Tendremos que regresar —le dijo desvalidamente a Siegret y soltó la carta, que se deslizó hasta el suelo.

Siegret recogió la carta y lo miró angustiada. La tensión de los últimos dieciocho meses había dejado huellas en ambos, pero en su padre se notaba especialmente. Su cabello, que antes sólo mostraba mechones plateados entre el gris, se había vuelto totalmente blanco y se le caía con bastante rapidez, lo que dejaba al descubierto el cuero cabelludo. Su rostro, de natural aguileño, siempre había tenido marcas alrededor de la nariz y de la boca y en la frente, pero éstas se habían convertido en largas arrugas al tiempo que sus mejillas se hundieron y ahuecaron. Apoyado en las almohadas que su hija había acomodado y con las manos descuidadamente caídas sobre el cubrecama, comprendió que se había convertido en un anciano.

Preparó en silencio el telegrama de aceptación y se lo entregó a Siegret para que lo enviara.

—Me levantaré y te acompañaré —le dijo amargamente—, ya que no es seguro que salgas sola a la calle.

Pero Siegret se negó.

—No habrá ningún problema a esta hora de la tarde —le aseguró—, además de que con este clima no habrá ningún muchacho al aire libre. Papá, hace demasiado frío para que salgas. —Le acomodó firmemente la ropa de cama mientras hablaba—. Estaré absolutamente segura y está tan oscuro que dudo de que alguien pueda verme.

A pesar de sus protestas, Siegret estaba interiormente bastante preocupada por la perspectiva de una caminata hasta el centro del pueblo. Hacía dos semanas que no se atrevía a ir más allá del final de la calle en la que vivían y en los últimos días había visto dos veces a Gerdler. Se puso las botas, el abrigo y el sombrero gruesos y forrados de piel que su padre le había comprado en Viena el invierno anterior, y rezó para que, tal como había dicho, la penumbra la protegiera de miradas hostiles. El camino de atrás sería el más seguro, existían menos posibilidades de que la vieran y había muchas calles laterales en las que protegerse si oía que alguien se acercaba. Guardó el mensaje de su padre en un bolsillo, se deslizó por la puerta trasera y emprendió el camino.

DESGARBADO Y VULNERABLE en tierra, en cuanto se encuentra en su hábitat natural el cocodrilo es un depredador devastadoramente formidable, tan perfectamente adaptado a su ambiente que sigue siendo una de las creaciones más exitosas de la

naturaleza. Un diseño que prácticamente no ha cambiado durante más de ciento cincuenta millones de años y que se remonta hasta el triásico, en una relación directa con los cocodrilos gigantes de la época de los dinosaurios, cocodrilos de los que se han encontrado restos fósiles cuya longitud supera los trece metros. El cocodrilo, con sus mandíbulas salvajes, su espalda fuertemente acorazada, sus garras y su cola sumamente potente, su tremenda fuerza y velocidad en el agua, sumada a la capacidad de permanecer sumergido una hora seguida o más tiempo, o de flotar en la superficie en perfecto mimetismo con un trozo de madera flotante, es uno de los seres más peligrosos y letales del mundo y cada año cobra una cantidad de víctimas humanas superior a la de cualquier otra especie con excepción de la serpiente.

El gran cocodrilo, con sus mandíbulas de un metro veinte entreabiertas, las membranas de la garganta cerradas para evitar la entrada de agua y su tonelada de músculos acorazados flotando de modo prácticamente invisible, haciendo sobresalir por encima de la superficie sólo las fosas nasales, las protuberancias de los ojos y la cresta de la espalda, se deslizó constantemente corriente abajo y apenas ejecutó movimiento alguno, con excepción de algún que otro balanceo de la cola para corregir el rumbo.

Sus ojos escudriñaban las riberas de ambos lados del canal en busca de alguna presa cercana a la orilla, al tiempo que sus órganos olfativos estaban atentos a la presencia de cualquier alimento dentro del agua. Ahora Shambe se encontraba a menos de un kilómetro y medio comente abajo.

A QUINIENTOS PIES, HASTA el último detalle de las ciénagas era visible desde las ventanas de la aeronave. De vez en cuando, bandadas de ibis, frailecillos y aves zancudas de color escarlata se alzaban del sitio donde se alimentaban cuando la sombra del avión las cubría. En un lugar, Desmond vio un grupo de hipopótamos que se sumergían a toda prisa en aguas profundas. Mantenía la velocidad de noventa nudos mientras el cuentarrevoluciones apenas mostraba dos mil en un intento desesperado por conservar hasta la última gota de combustible que quedaba. El indicador se agitaba en la zona del cero y ya no era posible calcular con exactitud cuánto tiempo más podrían permanecer en el aire.

—Deberíamos ver la estación dentro de tres o cuatro minutos —informó Kendricks—. Según mis cálculos, estamos aproximadamente a quince kilómetros en línea recta hacia el sur.

Quince kilómetros, seis o siete minutos de vuelo, pensó Desmond. Se acercaba el momento en que descubrirían si el rumbo había sido correcto. Si no lo había sido, si no lograban divisar la estación en el momento previsto, no les quedaría más alternativa que amarar y rezar para que ellos y los pasajeros sobrevivieran y que, de algún modo, los encontrara una partida de rescate. Los tres estaban en silencio, concentrados en el terreno que se abría ante sus ojos, y buscaban entre los juncos que

se mecían las primeras señales de la meta.

—¿Debemos pedir permiso a Londres para echar al mar al jefe de la carga? — preguntó Kendricks desde atrás, y todos rieron: la tensión dominante en la cubierta de vuelo desapareció momentáneamente.

Habían volado dos o tres minutos más cuando el motor interior de babor tosió repentinamente varias veces y comenzó a emitir un tartamudeo incisivo e irregular. Debido a la pérdida de potencia, la nariz del *Caterina* se dirigió bruscamente hacia tierra. Instintivamente, todos se sujetaron. Las manos de Desmond recorrieron con rapidez los mandos, tiró hacia atrás la palanca de elevación y abrió el acelerador de los tres motores que funcionaban para compensar la potencia y recuperar el vuelo estable.

Al mismo tiempo, colocó las aspas del motor de babor en banderola, lo cerró totalmente durante un segundo y dejó que la hélice del avión girara libremente en la corriente retrógrada del aire. Luego aumentó la mezcla de combustible y lo puso nuevamente en marcha apretando el botón de encendido. Tenía la esperanza de que de este modo eliminaría cualquier acumulación de aire dentro de los conductos y lograría que el motor volviera a funcionar normalmente. Éste emitió otra serie de toses explosivas y el tartamudeo ruidoso volvió a sacudir el ala. Sudoroso, Desmond lo apagó y repitió la maniobra; una vez más, el motor se negó a arrancar correctamente. La tensión que dominaba la cabina del piloto era intensa. Desesperado, apretó por tercera vez el botón de encendido, mientras esperaba oír el mismo sonido siniestro de los otros motores. El altímetro indicaba que se encontraban a menos de 350 pies. Involuntariamente, Ken Frazer comenzó a buscar un sitio en el que posar el aparato.

Volvieron a oír el familiar tartamudeo mientras el motor intentaba arrancar a pesar de la débil mezcla. La mano de Ralph Kendricks se alargó hasta la palanca de emergencia de la radio para lanzar un PAN, el SOS del aviador, antes de que tuviesen que realizar un aterrizaje de emergencia. Los tres estaban a punto de renunciar a la esperanza cuando súbitamente el motor lanzó un profundo y satisfactorio rugido. Suspiraron aliviados y se relajaron. Al sincronizar el motor con los otros tres, Desmond sabía que el peligro todavía no había pasado. El fallo quizá sólo había correspondido a una acumulación de aire producida por una presión insuficiente mientras las bombas extraían los últimos restos de los tanques, pero a esa altura y velocidad cualquier fallo prolongado del motor podía resultar fatal. A menos que divisaran la estación en los dos o tres minutos siguientes, se vería obligado a amerizar en la mejor extensión de agua disponible, rezando mientras lo hacía para que debajo de la superficie no hubiese sorpresas.

Volvió a controlar los indicadores del cuentarrevoluciones y de la velocidad del avión con respecto al aire. El *Caterina* volaba apenas a poco más que la velocidad de frenado. Desmond tenía la mano preparada para aumentar la aceleración en cuanto sintiera que el morro comenzaba a caer y aguzaba el oído para captar el más débil

indicio de una singularidad en el ritmo de alguno de los motores.

Una exclamación de sorpresa de Frazer hizo que dirigiera su atención hacia el terreno que tenía ante los ojos. El sonido del avión que volaba a poca altura sobre los juncales había sorprendido a un enorme rebaño de elefantes que pacían hundidos hasta los codillos en el barro. Todo el parabrisas pareció cubrirse de lomos grises que se alzaban, manchados de barro y de enormes cabezas que se erguían atemorizadas, cuando las grandes bestias se zambulleron en las ciénagas, lanzando chorros de espuma y de estiércol mientras se dispersaban en todas direcciones.

—¡Jesús! Debe de haber centenares. Jamás he visto tantos elefantes juntos — barbotó Frazer—. ¡Vaya colmillos!

Una enorme bestia, enloquecida de miedo y furiosa por el barro pegajoso que la refrenaba, comenzó a galopar frenéticamente y, mientras los aviadores miraban asombrados, arremetió contra un ejemplar joven y lo hizo caer en medio del estiércol. La desdichada bestia intentó erguirse pero las demás pasaron corriendo a toda velocidad: poco después, varios miembros de la manada cayeron en el lodazal y, atemorizados, agitaban desesperadamente sus grandes patas.

El hidroavión siguió su camino, la amplia manada desapareció de la vista y los hombres de la cubierta de vuelo quedaron aterrados. Los tres ya habían oído hablar de esos rebaños que se encontraban en Sudán, de que a veces vagaban por las ciénagas en grupos de a mil o más, protegidos de los ataques de los cazadores por su impenetrable santuario. El espectáculo que acababan de ver debió de ser común en toda África un siglo atrás, antes de la llegada de los cazadores blancos con sus rifles de caza mayor.

—Si hubiésemos aterrizado en medio de los elefantes... —a espaldas de ellos, Ralph dejó la frase sin terminar.

Si los motores hubiesen fallado un minuto antes y no hubiesen respondido a la colocación de las aspas en banderola, pensó Desmond preocupado, probablemente se habrían deslizado para hacer precisamente eso. A poca altura y sin potencia, no habrían podido prever un espeluznante aterrizaje en medio de la manada. Era bastante posible que, aterrorizadas, muchas de las bestias se hubiesen dirigido hacia el avión siniestrado para atacarlo. Imaginó muy vívidamente a los elefantes enfurecidos que corrían entre los restos del hidroavión caído, aplastando a todo superviviente.

—Pronto veremos la estación —murmuró Ken Frazer—. No puede estar a más de dos o tres kilómetros de distancia. ¿Dónde demonios está?

Volvió a mirar el panel de instrumentos. Velocidad de 81 nudos, altura de 200 pies, cero de combustible y, debajo de los indicadores, una fila de cinco luces de color rojo encendidas señalaban que los cuatro tanques principales y la reserva estaban agotados. Fuera del avión, se abría la inmensidad sin indicios de la estación de amerizaje. Una bandada de ibis escarlata se alzó ante ellos y viró a estribor, ascendió rápidamente y mostró las delicadas plumas inferiores de color rosado en millares de alas.

—Tendremos que amarar —dijo Desmond—, a menos que divisemos la estación dentro de los próximos sesenta segundos. No puedo correr el riesgo de que nos veamos obligados a bajar en el lugar donde se paren los motores. Estad atentos a cualquier extensión de agua que parezca utilizable.

—Sí, jefe —respondió Frazer mecánicamente.

Evidentemente, había esperado esa orden desde hacía cinco minutos. Debajo del hidroavión, los canales del río estaban interrumpidos por cientos de pequeñas isletas y de bancos cubiertos por una densa vegetación, y Desmond no veía ningún lugar lo bastante extenso para arriesgarse a amarar. Se estiró para accionar el interruptor del sistema de intercomunicación de la cubierta inferior y advertir a los pasajeros que era inminente un amaraje de urgencia, cuando a sus espaldas se oyó un ruido de la radio.

—Jefe —gritó Kendricks—, desde Shambe informan que pueden oír el sonido de nuestros motores. Calculan que nos encontramos aproximadamente a tres kilómetros al sureste. La zona de aterrizaje está despejada y hay viento del noreste a una velocidad entre siete y ocho nudos —su voz denotaba alivio.

Por segunda vez en el espacio de pocos minutos, se relajaron un poco.

—De acuerdo. Ahora podremos divisarlos en seguida —no era necesario pedir a los demás que mantuvieran una estrecha vigilancia. A su lado, Ken Frazer esforzaba la mirada a través del parabrisas.

—Allí está —gritó Ken agradecido.

Casi simultáneamente, Desmond y él vieron el grupo de casas bajas de color blanco. A no más de tres kilómetros de distancia, el río se abría y la estación aparecía en la punta de un recodo, oculta a medias entre las cañas y los pocos matorrales y árboles achaparrados que la rodeaban. El emplazamiento constituía una pista despejada en un momento en que el Nilo se convertía en un ancho canal sin obstrucciones. Sobre el río habían construido un estrecho malecón de pilotes de madera, junto al cual aparecían amarradas un par de lanchas motoras de color blanco y en la orilla se amontonaba un grupo de personas.

Desmond movió hacia delante las palancas controladoras de las aletas de las alas que funcionaban eléctricamente, y puso las hélices del avión en un brusco grado de inclinación haciendo descender al *Caterina* en una comba lenta y prolongada hacia el río. Redujo la potencia de los cuatro motores y dejó caer lentamente el aparato los pocos metros que faltaban, al tiempo que controlaba con sumo cuidado si había calculado correctamente la altura.

A la altitud en que se iniciaba el amerizaje, los instrumentos no eran lo bastante precisos para indicar con exactitud al piloto a cuántos metros por encima del agua se encontraba, y se exigía el más cuidadoso de los juicios para posar el pesado aparato en la superficie en el momento adecuado. Bajo determinadas condiciones, podía resultar sumamente difícil, sobre todo en momentos como éste, cuando la superficie del río aparecía muy serena y la luz del atardecer resultaba engañosa. Un pequeño error podía desembocar fácilmente en una catástrofe.

Si el piloto entraba a demasiada altura en el momento en que moderaba la marcha y reducía la velocidad, el hidroavión caería literalmente al agua, sufriendo graves daños y quizás haciéndose pedazos. Después de un accidente de este tipo, ocurrido recientemente, otro aparato de la flota de la Imperial tuvo que ser embalado y devuelto a los fabricantes para que reemplazaran cada uno de los doscientos cincuenta mil remaches de su casco.

El riesgo que implicaba acercarse demasiado rápido y tocar la superficie a una velocidad demasiado elevada o a una altitud errónea era igualmente grave. En este caso, existían muchas probabilidades de que un ala se hundiera y cogiera agua, lo que hacía que la nave zozobrara.

Se oyó nuevamente un sonido ronco en la cubierta de vuelo cuando otro motor, esta vez el del ala de estribor, vaciló. Desmond rezó para que la potencia durara hasta el amaraje, ignoró el sonido y cerró aún más los aceleradores. El agua pasó como un rayo al otro lado de las ventanillas, se produjo una ligera sacudida, un estallido de espuma, un temblor y un siseo cuando la quilla tocó la superficie; el aparato, dejando una larga estela de espuma, acarició el río y se posó suavemente en su base de deslizamiento mientras, uno a uno, los restantes motores chisporrotearon hasta quedar en silencio.

Mensaje radiofónico: CONTROL TRÁFICO AÉREO EL CAIRO A IMPERIAL AIRWAYS LONDRES. 16:40 HORA LOCAL. RETRANSMITIDO DESDE JARTUM. VUELO 109 G-ADHO IMPERIAL AIRWAYS OBLIGADO A ATERRIZAJE DE EMERGENCIA EN SHAMBE-SUDÁN PARA REPARACIONES TANQUE COMBUSTIBLE. PASAJEROS Y CARGA SIN NOVEDAD. DEMORA PREVISTA DOS A TRES HORAS. NUEVO AVISO AL CONCLUIR REPARACIONES. FIN.

Las dos lanchas de la estación comenzaron a cruzar el río antes de que el *Caterina* dejara de moverse: en aquel trecho el canal tenía alrededor de trescientos metros de ancho y el hidroavión se posó a poco más de ciento cincuenta metros de la orilla. Debajo de la cubierta de vuelo, en la proa del aparato, había un espacio semejante a una caja pequeña en el que guardaban cuerdas, defensas y otros aparejos de amarre. Este espacio, al que se llegaba desde la cubierta de vuelo mediante una escala de mano, también contaba con una compuerta que se abría desde la proa y con un bolardo de amarre retráctil que entraba en el casco. Ralph Kendricks levantó el escotillón del suelo de la cabina del piloto, situado detrás de los asientos, y se deslizó. Se oyó un golpe seco y un chasquido mientras abría la compuerta, y llegó hasta la cabina una corriente de aire tibio impregnada de olor a barro y el sonido del agua que chocaba contra el casco.

Sandy Everett llegó corriendo desde la sala postal, aferrando su gorra y un puñado de cartas.

—Señor, ¿hará bajar a los pasajeros? —inquirió.

Desmond asintió y dijo:

—Sí, tendrás que bajar a tierra mientras echamos otro vistazo al tanque. Será mejor que Andy y tú los acompañéis y os ocupéis de que no se metan en líos. Haced que se dirijan directamente hasta la casa de descanso y no permitáis que den vueltas y salgan más de lo necesario.

Dado que Shambe no contaba con los pontones de amarre Braby especiales que permitían a los pasajeros desembarcar directamente en tierra, remolcaron el *Caterina* hasta una boya fija emplazada a treinta metros de la orilla y lo amarraron. Las dos lanchas blancas, sorprendentemente veloces y cuidadas en un lugar tan remoto, comenzaron de inmediato a transportar pasajeros bajo la supervisión de Sandy y de Draper, el camarero de a bordo, mientras en la cabina Desmond y Frazer concluían el chequeo de amerizaje.

—¿Quiere escribir ahora el informe en el diario de navegación? —preguntó Frazer con aparente desinterés.

—No —replicó Desmond—, primero quiero saber qué opina el mecánico.

Una expresión de mal humor recorrió el rostro del primer oficial. Deseaba descubrir qué pensaba decir exactamente Desmond con respecto a las causas de la interrupción del itinerario.

Se acercó una tercera barca cargada de herramientas y de equipo, tripulada por un mecánico que se ocuparía del tanque de gasolina averiado, y Desmond se dirigió al ala para hablar con él, contento de tener una excusa para dejar la cabina. La actitud de Frazer le molestaba, sobre todo porque se basaba en un juicio erróneo. Por mucho que Desmond lo regañara interiormente por su ineficacia, jamás se le hubiese ocurrido, al confeccionar el diario de navegación, hacer recaer la responsabilidad en un subordinado. Como comandante, la responsabilidad era suya. La incapacidad de reconocer este hecho era otro motivo por el cual a Frazer aún le quedaba un largo camino por recorrer antes de que llegara el momento de otorgarle los galones.

El mecánico era un hombre menudo y de piel oscura, con la camisa y los pantalones manchados de aceite, que hablaba una mezcla de inglés, francés y portugués. Desmond supuso que sus tareas de rutina se reducían a reparar los motores de las lanchas o los pocos vehículos a motor de la estación. Durante algunos minutos inspeccionó el tanque con cuidado y luego meneó la cabeza con pesimismo.

—¿Bien? —inquirió Desmond— ¿Cuánto tiempo tardará en tapar la fuga?

El mecánico caminó a través del ala, se agachó para esquivar el cable de la antena de la radio bipolar y ambos hombres quedaron frente a frente sobre el casco del *Caterina*.

—No será fácil, comandante. —El mecánico pronunció su graduación a la manera europea—. Para hacer correctamente las reparaciones, tendré que soldar una pieza nueva a lo largo de la grieta. La que hay ahora es muy pequeña. Ni siquiera así será una reparación permanente, pero durará hasta que lleguen a El Cairo. Allí las instalaciones son mejores. —Como pidiendo disculpas, miró la barca con su equipo, que había amarrado al flotador del ala.

—¿Cuánto tiempo tardará? —le preguntó Desmond impaciente.

El vuelo hasta Jartum, que se encontraba a 885 kilómetros, duraba dos horas y media. Ya eran las cuatro y media de la tarde y, a menos que lograran salir antes de tres horas, tendrían que pasar la noche en Shambe. Aunque partieran, realizarían un aterrizaje nocturno en Jartum y los pasajeros serían afortunados si llegaban al hotel antes de medianoche.

—Tres, quizás cuatro horas. —El mecánico se encogió de hombros—. Es difícil calcularlo. La fuga es bastante seria.

Eso era indiscutiblemente cierto. Desde el lugar en que estaban se percibía claramente el olor a gasolina y cuando abrieron el ala para inspeccionar el tanque, los gases estuvieron a punto de ahogarlos. Seguramente todo el interior del tanque debía estar rebosante de gasolina. Era un milagro que no hubiese estallado un incendio. También tendrían que limpiar el ala y volverla nuevamente segura antes de despegar.

Desmond dejó al mecánico para que recogiera sus herramientas, volvió al interior de la nave a través de la escotilla de la sala postal y regresó a la sala de mandos. Frazer seguía en su asiento y observaba las orillas del río con los anteojos de la cubierta de vuelo.

—¿Ves algo interesante? —preguntó Desmond.

—Un par de canoas con nativos se acercan a nosotros —replicó Frazer, y le alcanzó los anteojos—. Un funcionario de la estación hablaba con ellos, pero acaba de irse. Puedes verle caminando a lo largo de la orilla.

—Probablemente se cercioraba de que las canoas se mantuvieran lejos mientras las lanchas iban y venían. —Desmond giró el regulador de enfoque y súbitamente la imagen se tornó clara y definida.

Se acercaban a ellos dos canoas, en realidad más parecidas a balsas hechas con haces de juncos atados. Los nativos que remaban eran altos, majestuosos, de aspecto orgulloso y, al parecer, estaban totalmente desnudos. En la primera, uno de los hombres se puso de pie y agitó el remo a modo de saludo.

Desde el compartimiento de amarre llegó el ruido de alguien que se movía, y la cabeza de Ralph Kendricks asomó a través del escotillón.

—Todo está seguro abajo —informó al tiempo que salía—. He colocado una defensa bajo la anilla del morro para que el cable no se mueva.

Este tipo de amarre en medio del agua solía hacer que la pintura de la proa del hidroavión se desconchara bastante, debido a que los cables de amarre la rozaban con la marejada, lo que daba al aparato un aspecto desaliñado que Desmond detestaba.

—Tendré que bajar a tierra y enviar un informe a Londres —dijo—, antes de que empiecen a llamarnos. Quiero que ambos permanezcáis a bordo y vigiléis las cosas —no hacía falta explicar el motivo—. Será mejor que cada uno de vosotros coja un arma. —Abrió el armario de metal situado detrás de su asiento y extrajo la bolsa de lona que Ian Haggart le había entregado en Durban.

Frazer y Kendricks cogieron las pistolas sin entusiasmo.

—La demanda de oro debe ser muy alta por aquí —comentó Ralph irónicamente y miró el pequeño caserío y la inmensidad que los rodeaba—. Sospecho que es mayor el riesgo de que nos coman. —Señaló a los nativos que rodeaban el hidroavión al tiempo que emitían agudos gritos.

Desmond sonrió.

—Volveré apenas haya enviado el mensaje —dijo—. Quiero supervisar personalmente las reparaciones.

Este último comentario hizo que Frazer se sonrojara de ira. Mientras bajaba por el portalón, Desmond se dijo para sus adentros que, si el resto del viaje seguía igual, se sentiría realmente feliz al llegar a Nueva York.

La más pequeña de las dos lanchas lo esperaba en la portilla principal de entrada. Medía alrededor de tres metros y medio de largo, debajo de su toldo de lona podía albergar a seis u ocho pasajeros y estaba tripulada por un par de alegres nativos que,

como deferencia a la sensibilidad europea, vestían elegantes pantalones cortos de color blanco.

Desmond se quitó la chaqueta, se abrió el cuello de la camisa y se aflojó la corbata. Calculó que el calor debía rondar los treinta y dos grados, pero era la humedad lo que le hacía sentirse incómodo. Se acababa de iniciar la estación de las lluvias en África ecuatorial, el peor momento para estar allí, pero Desmond se alegraba de tener la posibilidad de verla. Probablemente, esa región de África no contaba con turistas o visitantes regulares. A decir verdad, con la mejora del alcance del transporte aéreo, se detendrían menos aviones.

La orilla estaba llena de canoas, balsas y trozos de madera apilados, evidentemente objetos flotantes recogidos del río. El pequeño embarcadero daba acceso a la casa de descanso; un poco más lejos, atado a los restos de un muelle putrefacto, el casco abandonado de un viejo vapor de ruedas era testigo mudo del desaparecido tráfico del pasado en la historia de la estación.

Había llovido hacía poco —aparentemente en esa época del año llovía a diario— y una hilera de tablas conducía por el terreno fangoso hasta la casa de descanso y el despacho de la compañía aérea. Desmond se apeó de la lancha y despidió a los tripulantes mientras un hombre alto y delgado, vestido con pantalones cortos y camisa de color caqui, se acercaba a saludarlo.

—Keeling —saludó al tiempo que le tendía la mano—. Soy Barry Keeling, el jefe de estación. Bienvenido a Shambe.

Era un hombre de aspecto fornido y nervioso, de alrededor de cuarenta y cinco años, aunque su cabello escaso le hacía parecer mayor, muy bronceado y con los movimientos precisos y ágiles de alguien acostumbrado a una vida activa. Desmond supuso que se trataba de uno de esos hombres que deliberadamente buscaban puestos en lugares remotos como Shambe, en los que podían dar rienda suelta a su pasión por la caza y la exploración, lejos de las obligaciones y las tensiones del resto del mundo.

Desmond explicó brevemente el problema del tanque de gasolina y repitió las palabras del mecánico. Keeling escuchó con seriedad.

—Lamento aumentar sus problemas —dijo cuando Desmond concluyó—, pero sospecho que nos hemos topado con una nueva complicación. El agua de lluvia ha contaminado el combustible de uno de nuestros tanques de almacenamiento. Durante la semana pasada tuvimos fuertes chaparrones y hasta hoy no lo hemos descubierto. De todos modos, el resultado es que aquí no tenemos combustible suficiente para que llegue a Malakal. Me he comunicado por radio con Malakal y nos enviarán dos mil trescientos litros en un Calcutta que tienen allí, pero sospecho que no llegará, como mínimo, hasta las siete de la tarde.

—Hoy todo sale mal —afirmó Desmond exasperado—. ¿Cuántos litros utilizables le quedan?

—Unos novecientos. Uno de los tanques estaba casi vacío, pero el Calcutta transportará la cantidad suficiente para regresar sin repostar aquí, de modo que si

quiere podrá volar sin detenerse hasta Jartum. Puede transbordar aquí la correspondencia para Malakal.

—Sí, en eso estaba pensando —coincidió Desmond—. Si podemos terminar las reparaciones y subir a bordo el combustible para las siete y media, haré el viaje esta misma noche.

Keeling sonrió.

—¿No podremos convencerlo de que se quede? —preguntó—. Mire todo lo que podemos ofrecerle en materia de excursiones y entretenimiento —con un movimiento de la mano señaló las casas próximas.

—Personalmente, no me disgustaría en absoluto y al resto de la tripulación tampoco —Desmond le devolvió la sonrisa—, pero supongo que a algunos de nuestros pasajeros la idea no los haría muy felices.

—No —reconoció Keeling mientras caminaban hacia la casa de descanso—. Es verdad. Una de sus pasajeras ya se ha quejado porque permitimos que los nativos anden desnudos. Pero es una pena que no pueda quedarse, podíamos haberle ofrecido unas partidas de caza, si es que le gusta. Elefantes, leones, gamos, hipopótamos, cocodrilos, búfalos... El paraíso del cazador —sus ojos resplandecían al hablar.

—¿También cocodrilos? —preguntó Desmond mirando hacia el río—. Supongo que éste es un buen lugar para ellos.

—El tamaño que alcanzan aquí es superior al de cualquier otro lugar del mundo —dijo Keeling—. He visto más de uno que medía seis metros, y los de cuatro y medio a cinco metros son bastante comunes. Debido a un cocodrilo, la semana pasada perdimos una mujer de la aldea —agregó—. El cocodrilo la atrapó cuando se bañaba en los bajíos. A veces atacan los botes y los vuelcan con el propósito de atacar a la gente que va a bordo.

Laura Hartman bajó a tierra en la lancha con la pareja madura que había conocido en el avión, el señor Harold King y su esposa, de Phoenix, Arizona. El señor King era un hombre bajo y robusto vestido con pantalón gris, gabardina blanca y camisa del mismo color que llevaba desabrochada en el cuello, y también usaba un sombrero de paja con cinta negra. Su esposa tenía aproximadamente la misma altura, aunque era mucho más menuda. Vestía más formalmente; llevaba un traje marrón impecable pero anticuado y una blusa de algodón. Su cara, marcada y arrugada por los veranos secos de su tierra natal, era astuta pero amable.

El desembarque no había sido tan sereno y sin peripecias como lo fue el de Desmond pocos minutos después. Un pequeño grupo de funcionarios, residentes blancos y curiosos mirones nativos esperaba su llegada en el malecón, de modo que en cuanto bajaron fueron rodeados por una masa entusiasmada que se empujaba. Laura y los King viajaron en la misma lancha que el señor y la señora Johnson y su hija. La pequeña estaba fascinada por la región nueva y desconocida y bailó en la lancha, deseosa de pisar tierra después de haber pasado un periodo tan prolongado en el aire. Al correr por el malecón tras su hija, la señora Johnson se encontró

súbitamente en el centro de un parloteante grupo de nativos de ambos sexos que estaban completamente desnudos. Durante un instante permaneció muda de incomodidad e indignación y después lanzó un grito histérico y se volvió contra el pobre Sandy Everett, que también había viajado en la lancha.

—¿Cómo se atreve a permitir una exhibición tan repugnante? —inquirió furiosa — ¡Es algo obsceno y horrible! Sabía que la niña estaba conmigo. Aleje a esta gentuza de inmediato.

Tenía el rostro encendido de ira y de vergüenza y Sandy sintió que enrojecía cuando el marido, un hombre de rostro serio con sombrero flexible, se unió a sus gritos y amenazó con llevar de regreso a su familia al hidroavión.

—Lo lamento muchísimo —se disculpó Sandy—, realmente no tenía la menor idea. Creo que siempre van así vestidos. Debe de ser a causa del calor —agregó desvalidamente.

Mirara donde mirase, parecía ver pechos y genitales temblorosos que sus poseedores exhibían sin el menor indicio de inquietud. Por si eso fuera poco, muchas de las mujeres eran jóvenes y sumamente atractivas.

—Bien, debía saberlo —dijo el señor Johnson enojado—. No se quede quieto, haga algo.

La señora Johnson rompió a llorar estentóreamente.

Afortunadamente, la señora King salvó la situación; se acercó, cogió del brazo a la sollozante mujer y a su hija igualmente llorosa y las condujo por el camino hacia la casa de descanso.

—Sé lo que siente —afirmó persuasiva mientras caminaban—, pero debe recordar que estas personas son totalmente inocentes, que aún no han aprendido pautas de conducta decentes. Supongo que lo único que podemos hacer es ignorarlas.

Los restantes pasajeros las siguieron por el sendero y Sandy dirigió una sincera mirada de gratitud a Harold King y a Laura. Andy Draper cerraba la retaguardia.

—Ya está —comentó con el joven sobrecargo—, ya te dije que habría problemas. ¡Qué mujer tan estúpida! Por sus gritos, parecía que éramos nosotros los que no lleváramos ropa.

Frente a la franja de terreno despejado y fangoso que bordeaba el río aparecían varios edificios de piedra cuadrada encalados, de una sola planta y con techo plano. El más grande, un *bungalow* en forma de L, con galería cubierta junto a la cual crecía un tamarisco, era la casa de descanso de la compañía aérea y del servicio del río. Los otros pertenecían a los pocos funcionarios locales destinados a Shambe, a los pilotos del río, a la escuela de una misión y a un colmado. Detrás de estas casas se extendía un considerable poblado de cabañas y chozas de barro que habían surgido en torno a la estación. Alrededor del linde de las cabañas habían desbrozado y desecado unos pocos acres de tierra a fin de arrancarle el sustento al suelo poco fértil y complementar los esfuerzos de los pescadores y los cazadores. Más allá, las grandes marismas se extendían hasta el horizonte en un bosque de juncos de color verde

manzana. El aire era caliente y pegajoso, cargado de olor a vegetación podrida y a agua estancada, y de todas partes llegaba el incesante gimoteo de los insectos y los gritos de los pájaros.

PARA PROFUNDO ALIVIO de Siegret Wienzman, las calles que la llevarían hasta el centro de Sankt Veit estaban prácticamente desiertas. Todavía no nevaba pero el cielo, oscuro, amenazaba nieve y un viento terriblemente frío llegaba desde el norte hasta el valle, lo cual mantenía a los habitantes firmemente encerrados en sus casas junto a los hogares. Había elegido aquella hora para salir pues sabía que podía contar con un espacio de media hora entre la salida de las escuelas, al terminar las clases de la tarde, y la aparición de los primeros trabajadores que regresaban a sus casas.

Las aceras y la calzada estaban cubiertas de nieve congelada y de aguanieve fangosa, entre las que se intercalaban traicioneros manchones de hielo negro. Siegret miraba cuidadosamente dónde pisaba, se apresuraba tanto como podía, atenta a ver en cualquier momento una señal de peligro y preparada para escabullirse por un recodo o entrar en un portal en cuanto divisara a alguien que no le inspirase confianza. Pensó que si tenía suerte, con su largo abrigo oscuro y el sombrero de piel podría evitar que la reconocieran si la veían con tan poca luz.

Además del peligro de que la vieran y la persiguieran, su mente estaba ocupada por otro pensamiento: qué harían su padre y ella en el futuro. El telegrama que el anciano le había entregado se limitaba a informar a los administradores de la universidad que había recibido la carta y que regresaría de inmediato a Viena para reanudar su trabajo. Tenía que hacer eso, aunque sólo fuera por ganar tiempo para escapar. A decir verdad, la negativa a emprender un trabajo considerado «de importancia nacional» haría que ambos fueran encerrados en campos de trabajo.

Pero realizar aquel trabajo no supondría necesariamente la seguridad de ambos. Quizá las autoridades cambiaran de idea sobre el valor de la investigación del profesor. Y los nazis también podían tomar la decisión de enviar a Siegret a un campo para tenerla como rehén y asegurarse de la buena conducta de su padre. Ocurriera lo que ocurriese, en el mejor de los casos su padre y ella tendrían que hacer frente a todos los peligros de Viena, de los que habían intentado escapar, y de los que cientos de personas aún huían todos los días. El profesor Wienzman nunca había sido un judío especialmente devoto —realmente, se había casado con una cristiana, la madre de Siegret— y hasta el ascenso de los nazis al poder se había considerado simplemente austríaco, pero la persecución había conducido tanto a él como a muchas otras personas de creencias semejantes a relaciones más estrechas con la comunidad judía, a través de la cual se enteraban de lo que sucedía en las ciudades y en otras regiones del país.

Las noticias de la gravedad creciente de la persecución, de la famosa «Noche de Cristal» en que destruyeron las sinagogas y destrozaron las tiendas judías, de la

cantidad creciente de arrestos, de las palizas, los asesinatos y las violaciones, llegaron incluso a Villach. Siegret sabía que más de la mitad de los judíos de Viena ya habían abandonado la ciudad o sido desterrados.

El profesor había pensado en regresar solo y dejar a su hija al cuidado de alguna familia del pueblo montaños. Había una o dos que todavía se mostraban amistosas y los ayudarían, tal como hacía Hans Meyer, pero Siegret se negó a discutir siquiera esa alternativa. La idea de quedarse sola en Sankt Veit mientras su padre se trasladaba a la capital, la aterraba. Prácticamente no tendría modo de saber si estaba a salvo o cuándo volvería a verlo y tendría que afrontar sola la persecución de Gerdler y su pandilla.

Al llegar a la plaza del pueblo, las calles se tornaron más anchas y menos solitarias. Pasaron varios coches y se cruzó con algunas personas, que pasaban a toda prisa, abrigadas contra el frío. Afortunadamente, todas parecían demasiado deseosas de terminar sus tareas y regresar al calor de los hogares para preocuparse de la pequeña figura que se deslizaba con la cabeza inclinada a fin de ocultar el rostro.

La oficina de correos propiamente dicha era la parte del trayecto que más había temido. En el interior, había tres o cuatro personas, pero estaban ocupadas en sus asuntos y ninguna reparó en ella. Llenó nerviosa el formulario del telegrama, la prisa la llevó a escribirlo incorrectamente y tuvo que hacerlo de nuevo antes de entregarlo y emprender el regreso.

Mientras se encontraba cerca de la zona más activa del pueblo, su corazón latía violentamente cada vez que una figura se le acercaba. A menudo los jóvenes la divisaban en esta zona y luego la seguían hasta su casa. En general, aguardaban que la calle estuviera despejada antes de comenzar con las mofas y los empujones, pero últimamente se habían vuelto más atrevidos y menos temerosos de una reprimenda por parte de un adulto que los escuchara. Si lograba ganar la seguridad de las calles laterales y menos frecuentadas, tendría muchas posibilidades de retornar sin que la vieran. Si Gerdler o algunos otros se encontraban cerca de la casa, simplemente podría correr.

Estaba a mitad de camino cuando los muchachos la vieron. Repentinamente seis de ellos salieron de una travesía situada a su derecha y casi chocaron con ella. Llevaban las camisas y los pantalones pardos de las Juventudes Hitlerianas y, entre ellos, Siegret reconoció como mínimo a tres miembros de la pandilla de Heinz Gerdler. Era evidente que se habían quedado hasta más tarde en la escuela para asistir a una reunión.

Instantáneamente y sin pensarlo, Siegret se volvió y corrió con frenesí en dirección a la calle importante más cercana, donde por mucho que se burlaran de ella y la miraran provocativamente, al menos no se atreverían a molestarla físicamente. Aunque los jóvenes habían quedado momentáneamente tan desconcertados como su presa y reaccionaron con más lentitud, reanudaron la persecución con toda vehemencia. Siegret oyó las rápidas pisadas a sus espaldas y los gritos de sus

perseguidores. La calle por la que huía era larga y estrecha, a un lado se encontraba la parte trasera de una hilera de casas y dos tercios del otro lado los ocupaba una muralla que rodeaba la escuela primaria local, que ahora, terminadas las clases, estaba vacía. Aterrorizada y sin saber qué hacer, Siegret atravesó la entrada del extremo y subió los escalones hasta la entrada principal, mientras el grupo le pisaba los talones. La atraparon cuando apoyaba la mano en el picaporte.

Todos los muchachos rondaban los quince años, dos no eran más que colegiales, y ahora que la habían atrapado parecían no saber claramente qué hacer. Arrinconaron a la temblorosa muchacha contra la puerta de madera mientras recuperaban la respiración, y si en ese momento hubiese tenido fuerza para librarse de ellos y correr, probablemente habría podido escapar después de recibir sólo un susto. Sin embargo, los prolongados meses de miedo y persecución habían socavado profundamente su voluntad hasta el punto en que semejante experiencia la tomaba incapaz de resistir. Estaba tan aterrorizada que los jóvenes tuvieron que sostenerla literalmente para que se mantuviera en pie.

Los gritos y ruidos de la persecución atrajeron a otros miembros de la pandilla y poco después Heinz Gerdler llegó con algunos muchachos mayores. Se abrió paso hasta detenerse delante de ella y sonreírle maliciosamente.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó. Cogió a la muchacha por el mentón y la obligó a volver la cabeza para mirarlo—. Una judiezuela que anda por la calle. ¿Qué hacías, judía? ¿Por qué huiste de nuestra patrulla?

Demasiado asustada para responder, Siegret permaneció en silencio. Gerdler la soltó y comenzó a golpearle ligeramente la cara. El sombrero de piel de la muchacha cayó al suelo. Él se volvió hacia sus seguidores.

—Mirad cuán ricos son estos judíos gracias al dinero que roban a los alemanes honestos —declaró—. Esta judía lleva pieles cuando nosotros apenas tenemos un abrigo para cubrirnos las espaldas.

—Quítaselo y que vea cómo es realmente el frío —propuso alguien.

Se oyó un coro de asentimiento y algunos elementos de la pandilla comenzaron a tirar de su abrigo.

—¡Dejadme en paz! —chilló Siegret— No hacía nada. Simplemente volvía a casa. No tenéis derecho a hacerme esto.

—No tenemos derecho... Pronto te mostraremos cuáles son tus derechos —respondió Gerdler—. Quitadle el abrigo —ordenó.

Se desencadenó una breve lucha, pero la muchacha nada podía hacer contra tantas manos. Poco después temblaba ante ellos con una delgada blusa de algodón. Los jóvenes arrojaron lejos el abrigo con una carcajada.

—Así está mejor —dijo Gerdler y rió burlonamente—. Ahora podemos verte mejor. ¡Oh, no, nada de eso!

En un esfuerzo repentino y desesperado, Siegret se había liberado e intentado recuperar la libertad. Gerdler la cogió de los brazos, la arrinconó contra la puerta y

apretó su cuerpo voluminoso contra el de ella mientras se retorció. Los demás los rodearon sonrientes.

Desvalida ante su fuerza, Siegret sintió que las manos del muchacho vagaban por su cuerpo, tocaban y pellizcaban. Sus forcejeos sólo lograron excitarlo aún más.

—Entrémosla —dijo a los otros— y averigüemos de qué están hechas las pequeñas judías.

Siegret gritó al oír sus palabras pero una mano le tapó la boca. Forcejearon con la cerradura a sus espaldas y la arrastraron al pasillo.

—Aquí, entradla aquí —dijo Gerdler cuando los muchachos se detuvieron—. Acostadla sobre la mesa —jadeó mientras la sostenía con firmeza.

Otros muchachos la cogieron y sintió que la levantaban y la posaban de espaldas sobre la superficie dura del escritorio de un aula. Podía ver las vigas de madera del techo y los rostros de sus agresores que la observaban maliciosamente. Alguien le quitó las botas.

—Arrogante señorita Wienzman, que camina dándose aires y piensa que es demasiado buena comparada con nosotros —siseó Gerdler malignamente—. Ahora te enseñaremos a ser amable con nosotros —cogió el cuello de la blusa y, con un solo movimiento, la rasgó hasta la cintura—. Sujetadla —agregó cuando Siegret se resistió con vehemencia.

Volvió a extender las manos y le destrozó la combinación y el sostén. Los demás muchachos los rodearon, agitados por la excitación y con los rostros sonrojados. Las manos toqueteaban sus pechos.

—Rápido —dijo una voz que no reconoció—. Quitadle la falda.

Unos dedos torpes lucharon con el broche de la falda. Ella intentó patear pero sus piernas estaban fuertemente sujetas contra la rígida mesa. Le bajaron la falda y la combinación y se la pasaron con frenesí a través de los tobillos. Desesperada, mordió con fuerza la mano que cubría su boca y hundió los dientes en la carne. Se oyó un profundo chillido de dolor y la mano se apartó. Instantáneamente, Siegret lanzó un grito.

—¡Putá! —exclamó Gerdler y le pegó violentamente en la cara con el puño—. Mantenedla quieta. Será mejor que no aparezca nadie.

Algún otro le tapó fuertemente la boca, las uñas se hundieron salvajemente en sus mejillas y sus gritos quedaron ahogados. Le daba vueltas la cabeza de dolor y miedo. Unos dedos manosearon apremiantes sus bragas, se oyó el sonido de una tela que se rasga y sintió que el aire frío rozaba su piel. Las manos tocaban y manoseaban todo su cuerpo, y oyó gritar a Gerdler ásperamente:

—¡Abridle las piernas! —La obligaron a separar los muslos. Los demás muchachos seguían manoseándola. Gerdler los apartó—. Seré el primero —jadeó—, los demás podéis seguirme.

Su cuerpo cayó pesadamente sobre el de Siegret y la aplastó contra la mesa. Ella notó la cara de él apretada contra la suya y la respiración del muchacho en su nariz.

La mano que le tapaba la boca se apartó y su boca sonriente se posó ferozmente en sus labios, sus dientes rechinaron juntos, los dedos de Gerdler tantearon entre sus muslos.

Estalló una súbita confusión de ruidos, voces altas, chillidos y maldiciones, gritos de alarma. Las manos que la habían sostenido la soltaron. Oyó el sonido de los pies que corrían. El muchacho que estaba encima de ella se apartó. Enferma y débil, apenas comprendiendo que la habían soltado, intentó soltarse. Un rostro se inclinó sobre ella: un rostro de hombre. Siegret gritó ahogada y se encogió.

—Está bien —le oyó decir—. Soy Stortman, el celador. Se han ido, los eché a todos. Ahora estás a salvo.

Oscuramente, en medio de una bruma de miedo y náuseas, Siegret descubrió que lo recordaba. Estaban solos en el aula. Los jóvenes debieron de huir cuando oyeron que se acercaba, avergonzados de que los descubrieran tratando de violar a alguien, aunque fuese una judía. El celador era un hombre mayor, de aspecto andrajoso, que procuraba ayudarla, incapaz de apartar la mirada de su cuerpo. Siegret se miró y vio que tenía la blusa destrozada, la pechera totalmente rasgada, al igual que la ropa interior y una de las mangas, y que estaba totalmente desnuda de la cintura hacia abajo pues sus medias colgaban rotas a la altura de los tobillos.

Débilmente, intentó cubrirse. Su falda gris estaba hecha un ovillo junto a la puerta, donde la había dejado uno de sus agresores. El celador se la alcanzó y se volvió mientras ella se la ponía y unía los fragmentos rotos de la blusa para cubrirse los pechos.

—Será mejor que te pongas mi abrigo por los hombros —le ofreció el hombre amablemente— y que vengas por la parte de atrás hasta mi cuarto. Allí podrás asearte y luego te llevaré a casa, con tu padre. Esos muchachos deberían ser castigados —agregó mientras Siegret comenzaba a sollozar débilmente y las lágrimas caían por su cara amoratada y llena de rasguños.

El celador logró recuperar sus botas y, con esfuerzo, Siegret se las calzó y recogió los restos de su ropa interior esparcidos por el aula. Su falda estaba bastante destrozada y tuvo que sostenerla con una mano.

—Por aquí —el celador la cogió delicadamente del hombro y la condujo, mientras la joven todavía temblaba a causa de la agresión que acababa de sufrir.

A PESAR DE LOS COMENTARIOS del doctor Van Smit acerca de lo desagradable de las ciénagas y los peligros que albergaban, ni Laura ni los King se molestaron por la parada extra. A decir verdad, Laura estaba intrigada por la idea de visitar una región tan famosa. Aunque el aire era sofocante y pegajoso y el terreno estaba cubierto por charcas de barro, la oportunidad de conocer el poblado la atraía mucho más que la perspectiva de bebidas frías y poltronas en la casa de descanso.

El señor King había llevado consigo su cámara fotográfica y Laura decidió

pedírsela prestada antes de que regresaran al aparato. Acababa de llegar a la entrada de la casa de descanso cuando se topó con la señora King, que salía en compañía del teniente Thorne.

—Laura, querida, tendré que ir hasta la lancha —dijo la señora King—. El teniente Thorne se ha ofrecido amablemente a acompañarme hasta el avión para buscar mi bolso de viaje. Lo he dejado debajo del asiento.

—Señora King, realmente no es necesario que se preocupe —aseguró Thorne—. Si me describe el bolso, lo recogeré.

—No, no, ciertamente debo ir —respondió ella con firmeza—. No sé exactamente dónde lo dejé. Quizá le resulte difícil encontrarlo.

—Señora King, ¿me permitiría que vaya a buscarlo? —propuso Laura—. Sé cómo es su bolso y me parece una tontería que se canse con este bochorno.

—Me parece una magnífica idea —dijo Thorne rápidamente, encantado ante la perspectiva de pasar unos minutos a solas con Laura—. La señora Hartman y yo le traeremos el bolso en un periquete.

El desembarcadero y el malecón estaban vacíos cuando llegaron y en las orillas no había señales de las tripulaciones de las lanchas ni del personal de la estación.

—¿No cree que deberíamos buscar a alguien que nos llevara? —preguntó Laura.

El joven rechazó la idea de inmediato.

—Señora Hartman, sé manejar una lancha —replicó con cierta petulancia y, sin preocuparse de que alguien se acercara a detenerlos, la ayudó a subir a la lancha y luego la siguió.

Con la partida de los pasajeros hacia la casa de descanso, el tropel reunido en la orilla se había dispersado y el río recuperó su serenidad. A esa hora del día, normalmente había pocas personas en movimiento, y las aves acuáticas y los frailecillos, a los que ya no perturbaba el sonido de los motores de las lanchas, habían retornado a los juncales cercanos a las orillas y seguían alimentándose. Un par de garzas grises volaron silenciosamente, agitando sus largas patas, y se posaron cerca de donde estaban varadas las canoas y las balsas del poblado en busca de restos de pescado. Sólo el débil sonido producido por el mecánico y los ayudantes que reparaban el hidroavión en medio de la corriente, perturbaba la quietud de la tarde.

Envalentonado una vez más por la serenidad, el gran cocodrilo abandonó los bajíos donde había esperado y se dejó arrastrar por la corriente a lo largo de la orilla, moviéndose con suma lentitud y en ligero ángulo respecto a la línea del río. Su parecido con un madero a la deriva era total. Sus ojos escudriñaban las orillas en busca de alguna presa. Cerca del río no había nada a la vista. Una o dos personas se movieron entre las chozas de la aldea, un cerdo chilló en algún sitio. Sin prisa, el cocodrilo viró hacia la orilla, con destino al extremo del malecón de madera.

Se encontraba aproximadamente a diez metros de distancia cuando divisó a Laura y a Ian Thorne, que se acercaban. Los músculos de su cuerpo se tensaron instantáneamente y se le aceleró el pulso mientras se disponía a atacar. Observó a los

dos atentamente mientras se aproximaba.

Habían amarrado la lancha a los dos extremos. Thorne se dirigió a proa para quitar la cuerda antes de retroceder para liberar la popa y poner el motor en marcha. La cuerda estaba atada a uno de los pilotes, al mismo nivel que la baja regala de cubierta. Se agachó para soltarla.

Al ver que se agachaba, el cocodrilo tomó impulso, se zambulló bajo la superficie y se lanzó hacia delante.

La cuerda estaba húmeda y engrasada a causa del prolongado uso y la habían atado con firmeza. La punta resbaló entre los dedos del joven y cayó al agua, entre la popa de la lancha y el malecón.

Mientras él se agachaba aún más para recuperar la cuerda, el cocodrilo se deslizó sin ser visto más allá de la cabecera del malecón y vio la figura que chapoteaba a muy poca distancia, con el uniforme blanco a modo de clara señal. Con un potente empuje doble de la cola, se lanzó rápidamente al ataque, y onduló entre el líquido fangoso que rodeaba los pilotes, abriendo las mandíbulas.

Llegó una fracción de segundo tarde; Thorne ya había recogido la cuerda y se erguía cuando se desencadenó el ataque. Sus manos y sus brazos quedaron fuera del alcance del cocodrilo cuando las inmensas mandíbulas estuvieron a su nivel.

Esta vez no podía existir ningún equívoco acerca del peligro. La cabeza del cocodrilo apareció por encima de la superficie del río y el paso del gran reptil que se lanzaba hacia delante y hacia arriba quedó claramente marcado por un extenso remolino y una estela de burbujas. Thorne tuvo una súbita visión de la enorme bestia que arremetía contra él desde el fondo.

Dio un grito de alarma y saltó hacia atrás, y su movimiento repentino alteró el equilibrio de la lancha, que se balanceó violentamente, le hizo tambalearse y le obligó a aferrarse desesperado a la regala, en busca de apoyo. Con esta acción, proporcionó al cocodrilo una segunda oportunidad que no esperaba. Ahora sus mandíbulas estaban demasiado lejos para utilizarlas en el ataque, pero al ver por el rabillo de sus ojos muy angulosos que la figura blanca volvía a agacharse sobre el río, se impulsó hacia afuera y arriba con la cola.

Como una inmensa cachiporra, este arma terrible —un metro ochenta de hueso y músculos rígidos recubiertos por un carapacho de placas acorazadas, formando una sierra afilada, que casi tenía un tercio del peso del animal— azotó al hombre desvalido, lo arrancó de la lancha y lo arrastró hacia el agua, más allá del malecón.

El cocodrilo se arqueó instantáneamente y viró su cuerpo en un giro cerrado contra la embarcación. Con las enormes mandíbulas abiertas, se lanzó furiosamente hacia su presa. Ya no se preocupaba por el sigilo y el silencio; su cola volvía a agitar el agua y sus miembros chapoteaban furiosamente al girar. La superficie del río se convirtió en un estallido de espuma y rocío.

Ian Thorne no tuvo la menor oportunidad. El golpe de la gran cola le había quebrado el brazo izquierdo y dos costillas y lo había dejado casi inconsciente.

Sofocado por el agua que tragaba, forcejeó débilmente por volver a la embarcación pero mientras lo hacía, el reptil se abalanzó sobre él.

Las salvajes mandíbulas se cerraron sobre su muslo izquierdo en un apretón destrozador de huesos que rasgó la carne, cortó los vasos sanguíneos y reventó la arteria femoral. Una oscura huella de sangre comenzó a manchar la superficie mientras el cocodrilo arrastraba a su víctima hacia el centro del río.

El joven condenado lanzó gritos aterradores y agitó los brazos en el agua con todas las fuerzas que le quedaban, en una lucha desesperada por librarse del implacable apretón en la pierna y rechazar el intento del animal de alejarlo de la orilla.

A pesar de que estaba malherido y medio ahogado, quizá Thorne habría podido abrigar algunas esperanzas frente a un animal de menor tamaño. Los gritos de Laura, los de él, el ruidoso chasquido de la cola del cocodrilo en la superficie del río, las salpicaduras y los forcejeos en el agua habían llamado la atención de la gente de la orilla. Con un cocodrilo de dos o tres metros de largo quizás habría podido resistir lo suficiente para que acudieran en su ayuda.

Sin embargo, la fuerza del monstruo con la cicatriz blanca, de una tonelada de peso, lo excedía irremediablemente. Lo sacudió como un perro podría hacerlo con una rata y lo arrastró hasta el canal principal. Pocos segundos después, volvía a estar en agua profunda. Hundió aún más las mandíbulas en el muslo del hombre y se sumergió hacia el lecho del río, a nueve metros de profundidad. Su presa se debilitaba con rapidez y el reptil percibía que la batalla terminaría pronto.

El agua que le cubría la cabeza despertó a Thorne lo suficiente para hacer un último intento desesperado de liberarse, empujando con fuerza enloquecida y aterrada los dientes que lo habían mordido hasta el hueso.

Enfurecido por esta última muestra de resistencia, el cocodrilo realizó su maniobra más temible. Cesó los intentos de arrastrar a su víctima hasta el barro del lecho del río y se dejó flotar hacia arriba. Después, al tiempo que Thorne —que perdía rápidamente el conocimiento— abrigaba esperanzas por un instante, reforzó su apretón y súbitamente realizó un violento movimiento giratorio en espiral, haciendo rotar rápidamente el cuerpo en toda su longitud.

La poderosa fuerza de esta acción astilló el hueso del muslo del hombre desde la cadera hasta la rodilla y lo mutiló de modo que la pierna quedó prácticamente separada del cuerpo. Se alzó una nube de sangre y de fragmentos de carne y hueso. El cocodrilo volvió a girar con toda la potencia de su enorme peso y retrocedió, arrancando del torso la pierna que ya estaba totalmente cortada. Los restos del hombre se habían vuelto invisibles tras una pantalla de sangre y desperdicios que se mezclaban con fango del fondo agitado durante la lucha. Del muñón salía más sangre y el cocodrilo sólo tardó un instante en volver a localizar a su víctima.

Poco importaba: Thorne estaba acabado. La conmoción, la pérdida de sangre y la asfixia habían concluido su trabajo. Murió antes de que el cocodrilo lo atacara por

segunda vez.

Desde la orilla y a bordo del *Caterina*, las personas habían presenciado el ataque horrorizadas y pasmadas. El modo veloz y repentino en que actuó el cocodrilo cogió a todos por sorpresa, incluso a aquellas personas del poblado que no era la primera vez que veían un ataque semejante. Barry Keeling guardaba en su despacho un rifle de caza mayor y en cuanto vio lo que ocurría, lo cogió y se acercó corriendo a la orilla. Desmond ya había llegado al malecón y sostenía a Laura Hartman entre sus brazos. Cuando los primeros gritos le hicieron salir a la carrera de la casa de descanso, la encontró caída y conmocionada en la lancha, y en lo primero que pensó fue en su seguridad. Ahora la sostenía y miraba con furia impotente al cocodrilo que había vencido la resistencia de Thorne.

En ese momento, la estela de agua arremolinada y manchada de sangre recorría un largo camino río adentro. Cuando llegó al malecón, la lucha aún tenía lugar cerca de la superficie, en un furioso oleaje de espuma y chapoteos, en medio del cual Desmond divisó al joven durante un instante. El uniforme se veía muy blanco y marcado por brillantes líneas rojas donde la gran bestia le había desgarrado. Enroscado a su alrededor estaba el enorme cuerpo verdinegro del reptil, que con la cola golpeaba con frenesí el agua y al hombre que había atrapado.

Después ambos desaparecieron de la vista y el cocodrilo ganó las profundidades del canal principal. La espuma y el chapoteo en la superficie cesaron bruscamente y sólo una fuerte agitación del agua señalaba el sitio en el que se libraba la última fase de la lucha y en el que los estertores de la muerte rindieron a Thorne.

Keeling se acomodó el rifle sobre el hombro y el estampido del arma retumbó entre las ciénagas y los juncas. Nubes de pájaros se elevaron chillando en el aire y se alejaron rápidamente mientras él disparaba dos veces más, pero el cocodrilo ya estaba demasiado hundido para asustarse y los ecos de los disparos se apagaron en vano. La superficie del río volvió a quedar en calma, cesó la agitación que provenía del fondo y las huellas sangrientas del agua se desdibujaron y desaparecieron. Antes de que una barca pudiese abandonar la orilla, todos los indicios de la tragedia habían desaparecido y el río había recuperado su tranquilidad anterior.

DAVID WIENZMAN APENAS PUDO reconocer a su hija en la muchacha apaleada que el celador llevó a su casa. Siegret había hecho un valiente intento de arreglarse, pero las contusiones de la cara habían comenzado a hincharse y amoratarse, tenía los ojos inflamados y rojos de llorar y le sangraban los labios. Todo su cuerpo estaba cubierto de profundos rasguños y aún se encontraba casi histérica a causa de lo que había padecido.

El anciano la ayudó a subir hasta su cuarto y pidió al celador que primero fuera en busca de la doctora y luego de Hans Meyer, que se encontraba en las oficinas de la policía. La doctora podría atender a su hija mejor que él.

—Padre, ¿no comprendes? —le preguntó Siegret cuando él le explicó lo que había hecho—. Es inútil recurrir a la policía, es inútil pedir ayuda a nadie. Esos muchachos son de las Juventudes Hitlerianas, pueden hacer lo que quieran con nosotros, somos judíos, no tenemos ningún derecho. Nadie puede protegernos —rompió nuevamente a llorar.

La doctora llegó, la examinó cuidadosamente y le curó las heridas. Donde los jóvenes la habían agarrado aparecían feas marcas en las que se notaban claramente las impresiones de los dedos y las uñas. El golpe que había recibido en el rostro le había partido ambos labios y amoratado un lado de la cara. Marcas y morados lívidos cubrían el pecho, el estómago y los muslos, mezclados con rasguños profundos allí donde los jóvenes la habían pellizcado y manoseado.

—Su hija no ha sufrido daños físicos graves —le explicó la doctora al padre cuando bajó al gabinete—. Por fortuna, la rescataron antes de que esos jóvenes patanes hicieran lo que querían con ella. En lo que respecta a su estado psíquico —meneó la cabeza—, es demasiado pronto para saberlo con seguridad. A veces una persona se recupera rápidamente de una terrible experiencia como ésta y en otras puede producir un daño permanente. Le he administrado un sedante y ahora duerme, pero si ha de tener la posibilidad de llegar a una recuperación completa, necesita descanso, paz y estar libre de temores. Le aconsejo que la lleve a algún sitio donde pueda encontrar estos elementos.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó desvalidamente al jefe de policía una vez que la doctora se marchó y el celador, al que agradeció enormemente lo que había hecho, regresó a la escuela—. Ya ve lo que dice la carta. Tengo que regresar a Viena, quizás incluso ir a Alemania. ¿Qué paz espiritual podrá encontrar Siegret allí? —lanzó un suave gemido de congoja y se dejó caer en la silla.

—*Herr* profesor —Meyer le habló enérgicamente—, sólo puede seguir un camino. Debe irse, abandonar Austria de inmediato. Mañana por la mañana debe coger a su hija y atravesar la frontera con Italia. Desde allí, de algún modo se abrirá camino hasta algún país en el que estará seguro.

—Pero nos detendrán, los nazis jamás me darán un visado. Quieren que me quede —protestó Wienzman.

—Todavía tiene tiempo, pues no han enviado a mi despacho la orden de que se le niegue un permiso de salida. No figura en la lista de buscados y es probable que lo mismo ocurra con la policía de frontera. Ya dispone de los documentos necesarios que certifican que ha pagado los impuestos y que no tiene deudas. Puedo expedirle un permiso y, siempre que no lleve objetos de valor con usted, casi seguramente le permitirán pasar. De todos modos, la frontera con Italia es la más fácil de cruzar.

—No —respondió firmemente el profesor después de una corta pausa—. Es usted muy amable, pero no puedo aceptar su propuesta. Le pondría a usted en un grave peligro y ni mi hija ni yo compraremos nuestra libertad a ese precio.

El policía hizo un gesto de exasperación.

—¿No se da cuenta? Si se marcha de inmediato, no correrá peligro. No he recibido órdenes de detenerlo y estamos autorizados a permitir que personas como ustedes, refugiados y judíos, abandonen el país, siempre que no lleven nada de valor —se inclinó hacia adelante y habló seriamente—. Esta noche ordenaré el arresto de Gerdler y de los demás. Puedo hacerlo porque, según las leyes nazis, están prohibidas las relaciones sexuales entre arios y otras razas, incluso en caso de violación. Dudo que la acusación prospere pero me permitirá mantenerlos quietos mientras ustedes escapan. Las autoridades de Viena recibirán el telegrama y no sospecharán nada, espero que al menos durante dos días, momento en que ya estarán en Italia. Como es lógico, me interrogarán, pero no existirán pruebas de que he actuado de modo incorrecto. Todo se hará exactamente según las reglas. Quizá haya una reprimenda, pero nada más.

El padre de Siegret guardó silencio un momento y, cuando habló, su rostro estaba serio.

—Hay algo más de lo que no le he hablado, otro motivo por el cual temo regresar a Viena o, peor aún, entrar en Alemania —bajó la voz y Meyer tuvo que inclinarse para oírlo—. Hace muchos años, poco después de la guerra, trabajaba en una clínica de uno de los barrios más pobres de la ciudad. Era uno de los tres médicos que todas las semanas pasaban unas horas allí para asistir a los que no podían darse el lujo de ir al hospital para ser tratados de manera normal. Atendíamos a todo tipo de personas que sufrían muchas enfermedades y trastornos distintos. Tratábamos muchos casos de neumonía, tifus, difteria, tuberculosis... —volvió a vacilar pero prosiguió—. Ya me había especializado en infecciones víricas y trataba, principalmente, los casos de venéreas. Un día, un hombre vino a verme para curarse la sífilis. Lo recuerdo muy bien; era el invierno de mil novecientos veinticuatro y se trataba de un hombre extraño, que hablaba de una manera salvaje e irracional. En aquel momento pensé que estaba mentalmente desequilibrado, quizás a causa de su enfermedad.

—¿Y ese hombre? —Meyer notó la boca seca al hablar— ¿Dónde está ahora?

—¿No lo adivina? Ahora es tan poderoso que poseer el conocimiento que yo tengo representa mi muerte segura y debe saber que guardo los datos de todos mis pacientes. Si me obligan a permanecer en Alemania, si la policía me atrapa mientras intento escapar... —se encogió de hombros—, la policía secreta, la Gestapo, tiene archivos. Probablemente ya han comenzado a buscarme, tal vez por eso me ordenaron que regresara a la universidad.

Meyer se irguió en la silla.

—Lo que usted dice hace más imperativa la necesidad de que los dos se marchen de inmediato. Coincido en que si regresa a Viena, probablemente nunca saldrá con vida. Si se marcha mañana, tiene una posibilidad, una buena posibilidad de escapar —agregó severamente.

—Sí, supongo que es posible —el tono del profesor era más esperanzado—. ¿Está seguro de que no tendremos problemas en la frontera? ¿Piensa que nos

encontraremos a salvo en Italia?

Su amigo le dirigió una sonrisa estimulante.

—No es muy probable que tengan demasiadas dificultades. Pónganse la ropa más vieja para parecer muy pobres. Los guardias sólo molestan a los ricos. Por encima de todo, no lleven ningún objeto de valor. En caso contrario, seguramente se lo confiscarán y es muy probable que los arresten. En lo que se refiere a Italia —se encogió de hombros—, no lo sé. No está tan mal como Alemania y Austria hoy pero, si se lo piden, es probable que la policía italiana los arreste y deporte. Tan sólo por ese motivo le aconsejo que se marchen tan pronto como puedan. Allí tiene amigos que pueden ayudarlo, ¿no?

—Sí. En Roma. Un hombre que fue condiscípulo mío y que ahora es médico. Sé que nos ayudará. A través de él conseguí el visado para Italia.

—Bien, no hay nada que le impida marcharse mañana. Yo mismo prepararé sus permisos de salida y podrá recogerlos mañana a primera hora —Meyer se puso de pie y cogió el sombrero.

—Sí, indudablemente. Pero... —el profesor vaciló— ¿y si Siegret no está preparada para viajar? Quizá deberíamos esperar otro día.

—Escuche, ya oyó a *frau* Müller, Siegret no tiene nada que el descanso no cure. Cuanto más pronto la aleje de aquí, mejor será para ambos.

Habló severamente y se alegró al notar que sus palabras surtían efecto. El anciano se puso de pie y caminaron juntos hacia la puerta. Meyer se detuvo un instante en el pasillo y apoyó una mano en el brazo de su amigo.

—Amigo mío —agregó en voz baja—, está mal que esto ocurra, que esos jóvenes asesinos puedan vejar a una muchacha inocente y que la gente decente no tenga poder ni siquiera para castigarlos. Me apena que tenga que alejarse de su hogar cuando mi deber consiste en protegerlo, pero sufriría mucho más si se quedara y soportara cosas peores. De este modo, al menos puedo ayudarlo un poco.

Era poco lo que había que guardar en las maletas. Como Meyer había aconsejado, abandonó todo lo que tenían de valor y guardó las pocas joyas que su esposa había dejado a Siegret en una caja que entregaría a la custodia del jefe de policía. Sólo se llevarían lo que ellos mismos pudieran acarrear en maletas. Contaba con una pequeña cantidad de dinero suizo que había logrado conservar durante el *Anschluss* y, aunque no era una gran suma, les alcanzaría para llegar a Estados Unidos. Ignoraba de qué vivirían cuando llegaran allí, a menos que consiguiera un puesto académico. Era la autoridad más importante en su campo pero no sabía con certeza cuánto interés existía en otros países por su especialidad.

Los objetos más importantes eran sus cuadernos. Tenía alrededor de doce gruesos volúmenes llenos de resultados y de datos sobre los casos de los últimos veinte años. Sintió la poderosa tentación de destruir su peligroso contenido, pero así no salvaría su vida y, si alguna vez reanudaba su trabajo, le resultarían imprescindibles. Pero eran demasiado voluminosos y difíciles de ocultar y seguramente los guardias

cuestionarían su valor. Aún se preguntaba qué hacer con ellos, cuando se oyó una suave llamada en la puerta del estudio y Siegret entró vestida con una bata.

Era impresionante verla incluso después de que hubiera dormido; las magulladuras de la cara se habían convertido en enormes marcas púrpura y azul, tenía la boca sumamente hinchada y sus ojos se habían hundido en el fondo de unos círculos oscuros. Su padre se puso de pie y la cogió de la mano mientras ella se acercaba rígidamente; estaba muy débil y temblaba, pero él no supo si de miedo o de frío.

—Desperté y oí que te movías —le dijo, haciendo un esfuerzo por mantener serena la voz—. ¿Qué haces? —miró aprensivamente los libros y los papeles que cubrían el suelo.

El doctor explicó serenamente el plan propuesto por Meyer.

—Nos marcharemos por la mañana, tan temprano como sea posible —dijo—. Por la tarde estarás sana y salva al otro lado de la frontera, en Italia.

Para consternación de su padre, Siegret se apoyó en su pecho y lloró, al tiempo que sus delgados hombros se agitaban con los incontables sollozos. El anciano le acarició la cabeza, la habló suavemente e intentó tranquilizarla, pero las lágrimas de la muchacha seguían manando intensamente. Durante el último año y medio, Siegret había reprimido sus sentimientos, negándose a aceptar el impacto pleno de la vida que se veía obligada a llevar. Ahora parecía que una muralla había caído y podía comprender cuánto había sufrido y que, al fin, todo eso había terminado. Las emociones reprimidas estallaron en su interior y liberaron la presión de miedo y dolor que durante tanto tiempo había contenido, pero se trataba de lágrimas de alivio que arrastraron gran parte de su angustia y, cuando dejó de llorar, descubrió que había comenzado a recuperar parte de su estado de ánimo anterior y que era capaz de volver a sonreírle a su padre.

Después de que Siegret se secara la cara y se aseara, discutieron los detalles del plan de huida.

—Pon en una maleta tu ropa mejor y más útil —aconsejó su padre—. Lo que nos llevemos quizá tenga que durar mucho tiempo. No prepares más de dos maletas pequeñas, lo bastante livianas para que puedas acarrearlas. Y no pongas nada de valor, ni anillos ni collares ni nada por el estilo.

Siegret se rió.

—Padre, me hablas como si fuese una de tus alumnas —comentó mientras lo besaba—. ¿Cuántos anillos y collares crees que tengo? Mamá tenía unas pocas cosas que tú has guardado y nadie, ni siquiera un nazi, se preocuparía por las tonterías que me he comprado. Ahora dame tus libretas. Les pondré una etiqueta como cuadernos de ejercicios escolares. Nadie sabrá que ya no las uso y supongo que un guardia de frontera no podrá distinguir entre las notas de investigación y las clases de biología de quinto.

La idea era tan buena que el profesor estaba dispuesto a aceptarla. Siegret recogió

la pila de libretas y se encaminó hacia su habitación. Se detuvo en la puerta del estudio y lo miró.

—Padre —murmuró con voz vacilante y tragó con dificultad—, esos muchachos, Gerdler y los demás, no lo lograron, no me... —se sonrojó y buscó una palabra menos emotiva que la que surgió instantáneamente en su pensamiento.

—Lo sé —respondió su padre tiernamente—, lo sé. La doctora me lo dijo mientras dormías. Todo saldrá bien, no temas.

Siegret volvió a entrar en el estudio para besarlo de nuevo y el anciano la abrazó.

EL RESULTADO DEL ATAQUE del cocodrilo despertó un único deseo firme en los pasajeros y la tripulación del *Caterina*: alejarse de Shambe y de la estación ribereña, salir de África ecuatorial tan rápidamente como fuera posible. Si al principio Stewart Curtis fue el único pasajero que se molestó por la parada extra, ahora los demás se unieron unánimemente a él.

Las posibilidades de partir antes del anochecer en ningún momento habían sido buenas y, con la demora impuesta por una prolongada búsqueda del cadáver de Thorne —búsqueda que, quizás afortunadamente, pensó Desmond, no había dado resultados que trastornaran más a los pasajeros— y las complicaciones del informe oficial sobre el incidente que Keeling, el magistrado local y él prepararon, resultaba inevitable pernoctar en el río.

Por último, tras una larga discusión con Johnson —el mecánico civil cuya esposa había aprovechado la oportunidad para repetir sus quejas acerca de la práctica de permitir que los nativos recibieran desnudos a los viajeros en el malecón—, Desmond reunió a todos los pasajeros en el salón.

—Sé que todos están trastornados por el trágico accidente de esta tarde —les dijo— y que, al igual que yo, lo que más desean es salir de aquí y dirigirse a Jartum y El Cairo. Si pensara que existe alguna posibilidad de que el aparato pueda ser reparado y probado en un espacio razonable de tiempo, la aprovecharía, pero los mecánicos me dicen que es imposible que esté listo, como mínimo, antes de las nueve de la noche y sinceramente pienso que un vuelo nocturno sobre las ciénagas sería temerario. Por ello, aconsejo que todos nos acomodemos y pasemos una buena noche aquí.

—Todo eso está muy bien, comandante —Stewart Curtis se puso de pie para hablar y miró a los demás pasajeros en busca de apoyo—, pero en ese caso habremos perdido un día entero aquí. Naturalmente, todos estamos afectados por la tragedia, pero no logro comprender para qué sirve que permanezcamos aquí. Aparentemente, estaba dispuesto a aterrizar en Jartum por la noche, ¿por qué no puede hacerlo ahora? —habló con un tono arrogante que irritó en exceso a Desmond.

—Estaba dispuesto a aterrizar de noche en Jartum únicamente si podíamos salir de aquí, pasar Malakal y abandonar las ciénagas antes de que anocheciera —respondió—. Todos han visto las características de esta región; sería muy fácil

perderse e imposible amarar con seguridad si algo funcionara mal.

Se oyó un ligero murmullo de disentimiento por parte de los Johnson, del señor y la señora Finlay y también de Curtis pero, para sorpresa de Desmond, quedó aplastado por la ayuda del doctor Van Smit.

—Puesto que recientemente hemos sido testigos de los peligros que acechan a los que se descuidan en las ciénagas —comentó con su voz seca—, yo estoy contento de aceptar el consejo del comandante O'Neill y permanecer aquí. Personalmente, no deseo tener que forcejear a oscuras con otro cocodrilo.

Un incómodo silencio acogió esta última declaración y los pasajeros comenzaron a alejarse, mientras Stewart Curtis fruncía el ceño furioso. Van Smit se acercó a la barra y Desmond lo siguió.

—Gracias por su ayuda —dijo a pesar de que se sentía algo tímido al hacerlo.

Por algún motivo que no lograba precisar, a Desmond le resultaba difícil estar cómodo en presencia del enigmático doctor. No había nada que pudiera considerar erróneo o fuera de lugar en él, con excepción quizá de que expresaba verdades desagradables pero, al mismo tiempo, le costaba decirle cosas que no parecieran vulgares.

—No hay de qué —respondió Van Smit—. Se mostraron de lo más estúpidos pero, en momentos así, ese tipo de personas suelen serlo. Además, a pesar de la demostración de esta tarde todavía no han comprendido plenamente los peligros de Sudán. Es mejor llegar unas horas tarde a destino que llegar muerto.

El camarero se acercó para servirles las bebidas y ambos se dirigieron con las copas a la galería. Eran más de las siete de la tarde y anocheecía rápidamente, como siempre en aquella latitud, recordó Desmond. Los gritos de los pájaros, que había oído más temprano, fueron reemplazados por el croar constante e incesante de las ranas en el barro y el agudo zumbido de las cigarras y otros insectos.

La puerta de la galería se abrió y Stewart Curtis salió. También llevaba una copa en la mano y, mientras los otros dos miraban, bebió un largo trago, vació todo el contenido de una sola vez y comenzó a caminar por el extremo más alejado de la galería, con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza caída entre los hombros, ensimismado.

—Ese hombre tiene la mente muy ocupada —comentó en voz baja Van Smit—. Me gustaría saber por qué el señor Curtis está tan deseoso de continuar el viaje.

No tuvo oportunidad de preguntarle a qué se refería pues en ese momento Keeling asomó la cabeza por la puerta.

—Comandante, ha llegado un mensaje de radio para usted —anunció—, nuevamente de Londres.

Era el tercer mensaje que Desmond recibía tras haber enviado su primer informe sobre la muerte de Ian Thorne. Estaba firmado por Priestly, uno de los gerentes más antiguos de la Imperial Airways, y consistía en una descarada solicitud de más detalles sobre el accidente. Puesto que los habían enviado poco antes, una nueva

respuesta parecía superflua, de modo que después de enviar una breve nota de reconocimiento, regresó a la galería para terminar su copa.

La noche había caído totalmente, pero el cielo estaba despejado y la luna llena brillaba vivamente sobre el río, volviendo plateada el agua y resplandeciendo en los juncos. Impulsivamente, Desmond abrió las puertas con mosquitero y salió. El viento era muy suave y tibio y sólo se percibía un débil murmullo y crujidos entre los juncos. El croar de las ranas parecía extraordinariamente ruidoso y próximo.

La muerte del joven Thorne aún pesaba en su conciencia, pese a los repetidos esfuerzos por convencerse de que en modo alguno la responsabilidad era suya. En tanto que comandante de la nave, su deber había consistido en proteger a los pasajeros y prever cualquier conducta que pudiera crearles problemas. Quizá debió advertirles acerca del riesgo de los cocodrilos antes de que desembarcaran u ocuparse de que Keeling destinara una guardia a las lanchas.

Al margen de la tragedia personal del accidente, tenía la certeza de que los restantes pasajeros estarían impacientes, nerviosos e irritables durante el resto del vuelo y probablemente podía decir lo mismo sobre la tripulación. Además, cuando llegaran a Inglaterra, tendrían que afrontar más pesquisas y responder a múltiples preguntas. La casa central de Londres ya quemaba los cables con mensajes y podía esperarse que un incidente como éste desencadenara una reacción inmediata por su parte.

Además, sus relaciones con la gerencia de la Imperial —que no fueron fáciles, ni siquiera en los mejores momentos— últimamente habían alcanzado el punto más bajo. A los ojos de Desmond y de la mayoría de los comandantes y pilotos más antiguos, la compañía trataba a su personal espantosamente mal. Salarios bajos, muchas horas de trabajo y la negativa a no escuchar prácticamente ninguna opinión sobre el diseño de los aparatos o las rutas que recorrían habían sido las reglas a lo largo de la historia de la compañía aérea. Hacía tres años, él y otros compañeros fundaron un sindicato de pilotos e intentaron enmendar algunos de esos errores. Se había desencadenado una larga lucha con los gerentes más antiguos, lucha que se tornó cada vez más amarga. Las exigencias de la instalación de dispositivos anticongelantes y de otras medidas de seguridad había conducido a que varios pilotos fuesen despedidos, aparentemente por cuestiones disciplinarias o de ineficacia, y Desmond tenía plena conciencia de que en lo alto de la jerarquía de la compañía había hombres que aprovecharían una excusa para tratarlo de modo semejante.

A decir verdad, las dificultades dentro de la compañía habían llegado a tal situación que el gobierno se vio obligado a intervenir. Una comisión investigadora había aconsejado la nacionalización y el reconocimiento del sindicato de pilotos. A finales de año, esas medidas tendrían que entrar en vigor pero, en el ínterin, todo indicaba que la junta de la compañía aérea lucharía hasta quemar el último cartucho y haría un decidido esfuerzo por librarse de los críticos más insistentes entre sus empleados.

La pérdida de un pasajero, aunque accidental, sería para la junta una oportunidad enviada por el cielo para despedirlo o para degradarlo destinándole a uno de los trayectos menores; su próximo viaje podía muy bien corresponder al servicio de cruce del canal o a una de las rutas internas hasta Escocia o Irlanda. Si ello ocurría, pensó tristemente, estaría justificado rechazar la exigencia de Pamela de que vendiera la casa.

Un ligero movimiento entre las sombras llamó su atención, una figura se apartó de un tamarisco y se acercó a él. Se trataba de Laura Hartman; la luz de la luna suavizaba sus facciones.

—Todo es tan pacífico —comentó ella cuando estuvo cerca—. No puedo creer que hace pocas horas... —se estremeció, incapaz de terminar la frase—. Siento que de algún modo fue culpa mía, que si hubiese pedido a uno de los barqueros, a usted o a cualquier otra persona que sabía lo que podía ocurrir que me acompañara, el teniente Thorne seguiría con vida.

—Si alguien es responsable, soy yo —replicó Desmond serenamente—. Debí advertir a todos antes de que desembarcaran.

—Ah, no —Laura miró su rostro—, usted no, usted no puede ser responsable. Ignoraba lo que íbamos a hacer. Es imposible que usted sea culpable.

—Lo mismo que usted, estoy de acuerdo —dijo—, pero a juzgar por los cables que han enviado, es evidente que mis superiores no parecen pensar de ese modo. ¿Volará hasta Estados Unidos o se quedará en Inglaterra? —le preguntó mientras pasaban por el desembarcadero.

Le hizo esa pregunta en un intento por apartar su mente de un camino morboso pero, sorprendido, experimentó una momentánea desilusión al oír la respuesta.

—Nosotros iremos hasta Nueva York —suspiró—. En cierto modo, es una pena. Me hubiera gustado pasar algún tiempo en Europa, pero el señor Curtis opina que la situación política es demasiado peligrosa y supongo que tiene razón. ¿Cree que pronto habrá guerra? —preguntó súbitamente.

Esta vez le tocaba a Laura sorprenderse. Desmond se tensó.

—Quizá sea así, señora Hartman —contestó—, pero me parece una pena que, aunque ha pasado poco tiempo desde la última guerra, todavía no hayamos aprendido lo suficiente para evitar otra.

—Puede tratar de decirle eso a los refugiados y a los judíos que encarcelan y torturan en Alemania —respondió bruscamente, enfurecida por el reproche.

—Y usted podría tratar de averiguar cuánta desdicha y cuántas muertes más serán el resultado de otra gran guerra —agregó Desmond—. Quizás existirían más posibilidades de resolver los problemas de Europa si la gente no dijera que la guerra es inevitable.

Durante un instante, Laura le miró furiosa en la oscuridad y después, volviéndose con un resoplido de rabia, emprendió el regreso hacia la casa de descanso.

STEWART CURTIS TENÍA LA MENTE ocupada por muchas cosas. Para él, la demora obligada en Shambe era un motivo de profunda angustia. A lo largo de la noche lo vieron pasear por la galería o en el salón, mientras fumaba sin cesar cigarrillos egipcios, y durante la cena, servida por Andy Draper y el personal de la casa de descanso, bebió mucho y se mostró casi ofensivamente hosco.

Después de la cena, regresó inmediatamente al dormitorio que le habían preparado, se echó en la cama y permaneció con la mirada fija en el ventilador colgado del techo, que giraba lentamente. Estaba cansado del viaje y medio ebrio, pero sabía que tardaría mucho en dormirse. Se dedicó a analizar una vez más los problemas que tendría que afrontar.

El primero, e indudablemente el más apremiante, era la mina de Klerksdorp. ¡Klerksdorp! Maldijo el día en que oyó ese nombre. Sus expertos le habían jurado que allí había oro. Sus pronósticos fueron unánimes. La mina más rica del país, le habían dicho. Ilimitadas reservas de oro que esperaban que las extrajeran. Y les había creído. Invirtió millones en Klerksdorp, contrató a los mejores hombres y compró la maquinaria más moderna y compleja. La máquina trituradora y extractora era la más eficaz jamás instalada en el mundo. Provocaba la envidia de todos los demás explotadores de minas. Sólo le faltaba oro.

Al principio, cuatro años atrás, el proyecto había funcionado bien. Una importante operación superficial a cielo abierto, durante la cual enormes excavadoras levantaron la capa superior del suelo, reveló varias vetas de mineral y las excavaciones comenzaron realmente en medio de una impresionante fanfarria publicitaria. Es verdad que hubo algunos que dudaron, sobre todo entre los miembros más conservadores de la comunidad minera sudafricana, pero la mayoría aclamó a Curtis como uno de los nuevos zares de la Rand y hablaron de él a renglón seguido de Rhodes y Oppenheimer.

Por lo tanto, en Klerksdorp todo continuó con la máxima agilidad. Desde luego, no todo el dinero procedía de Curtis; la empresa era demasiado amplia, pero había invertido en la compañía una parte considerable de su fortuna, era el presidente y la persona cuyo nombre se identificaba con ésta. Había dedicado mucho más dinero a adquirir tierras en los alrededores del terreno de la concesión. Al estudiar la historia de otras grandes minas, había comprendido que ciertamente se podía lograr tanto dinero y probablemente más, especulando con valores inmuebles a medida que la zona se llenaba con los miles de personas atraídas por el oro.

En teoría, Stewart Curtis era uno de los hombres más acaudalados de África. Las compañías que estaban bajo su control se valoraban en miles de millones de dólares. Su prestigio era mayor que nunca pero existía un error fatal que en pocos días haría caer estrepitosamente en ruinas toda la estructura de su imperio.

¡En Klerksdorp no había oro! Faltaba el único elemento crítico del cual dependía todo lo demás. Sin oro, sus acciones de la mina carecían de valor y ya no eran

garantía de los préstamos que había solicitado en base a éstas. Sin oro, su inmenso capital inmueble sólo valía una fracción de su precio actual. En cuanto se supiera la noticia, su inmenso haber se convertiría en nada de la noche a la mañana a medida que le retiraran préstamos y descubiertos, suspendieran los acuerdos y le negaran créditos.

Los filones minerales que al principio parecieron tan prometedores habían desaparecido inútilmente a pocos metros de profundidad. Abrieron nuevos pozos y descubrieron otras vetas, pero el mineral era demasiado inferior para resultar lucrativo incluso con el equipo que habían instalado. Curtis confió en los consejos de sus expertos y ordenó que se abrieran nuevos pozos a profundidades aún mayores, por lo que se cavó una nueva serie de galerías. Contrató más hombres y material de excavación y continuó los trabajos a un paso frenético, con la esperanza de lograr algún indicio de éxito antes de que se conociera la noticia del fracaso. A medida que la situación empeoraba, él recurría a medios cada vez más desesperados.

Poco después hacía a la prensa declaraciones deliberadamente equívocas, se excedía para mostrar la mina y su nueva maquinaria y, por intermedio de una activa compañía de relaciones públicas, logró mantener la ficción de que se producía oro en grandes cantidades.

Más difíciles fueron sus tratos con los organismos oficiales: los bancos, las compañías de seguros, los representantes de los mercados de valores de todo el mundo. En este caso se había visto obligado a escamotear informes de prueba y cifras mensuales de producción, actividades que podrían someterlo a acusaciones legales si continuaba con ellas.

La crisis se había desencadenado quince días atrás, mientras estaba de vacaciones en El Cairo con su esposa. Tuvo que regresar, llamado por un cable urgente de la junta de Klerksdorp, y al llegar descubrió que los principales banqueros de la compañía en Ciudad de El Cabo, insatisfechos con los informes deliberadamente vagos que habían recibido, exigían que les permitieran enviar a su propio equipo de inspectores.

Curtis cerró los ojos y pudo imaginar la escena: la sala de juntas artesonada de los despachos de la mina en Durban y el viejo Stuttenheim —el gordo y calvo presidente del banco— reclinado en la silla, mientras chupaba un cigarro y aseguraba a Curtis con su acento ronco y gutural: «comprenderá que la solicitud sólo es una formalidad en interés de mis accionistas».

Curtis había comprendido perfectamente. La sonrisa de Stuttenheim no había llegado tan lejos como su mirada. El viejo bóer imaginó lo que ocurría y ahora enviaba a sus hombres para cerciorarse. Su solicitud no era urgente y había aceptado rápidamente la sugerencia de Curtis de que la inspección comenzara diez días después. Aquella tarde, después de la partida del banquero. Curtis telefoneó a sus corredores de bolsa para que le confirmaran lo que ya sospechaba. Durante todo el día se había producido una venta tranquila pero persistente de Klerksdorp, nada

importante, nada que el mercado no pudiera absorber, pero allí estaba. En consecuencia, las acciones cerraron a unos pocos puntos menos. Stuttenheim se libraba de sus acciones antes de que estallara la noticia.

En cuanto ello ocurriera, el pánico sería instantáneo, el precio de las acciones se derrumbaría de la noche a la mañana y Curtis quedaría arruinado. No había modo de evitarlo ni de demorarlo mucho más, pero aún quedaba una débil posibilidad de recuperar algo de las ruinas: un consorcio americano de Nueva York pagaba un precio alto por las opciones minerales de sus bienes inmuebles en los alrededores de Klerksdorp. Si lograba completar la operación antes de que se enteraran del fracaso de la mina, le quedaría algo. Stewart Curtis había recorrido un largo y difícil camino hasta llegar a rico. El recuerdo de aquellos primeros y amargos días de pobreza seguía vivo y ahora volvía a cernerse atterradoramente cerca. Tenía que llegar como fuese a Nueva York y completar la venta de terrenos antes de que Stuttenheim hiciera temblar el mundo bajo sus pies.

Junto a la cama había una mesa baja. Cuando se estiró para coger el encendedor, su mirada se detuvo un instante en el retrato con marco de plata de su esposa y volvió a maldecir interiormente. Como si no tuviera bastantes problemas, Charlotte había elegido aquel momento para mostrarse difícil. Ése era otro incentivo para regresar a El Cairo tan rápido como fuera posible. Volvió a mirar el sereno rostro patricio y la nube de oscuros cabellos que lo rodeaba y sintió el aguijón de los celos. Charlotte no era el tipo de mujer a la que se pudiese dejar sola con seguridad. En El Cairo había muchos hombres dispuestos a hacerle la corte a una mujer como ella.

DOS MIL CUATROCIENTOS KILÓMETROS al norte, en medio del esplendor formal de una cena en la residencia del embajador británico en Egipto, Jacquetta D'Este veía coquetear a su marido con Charlotte Curtis.

El día en El Cairo había sido agotadoramente caluroso, con una temperatura excepcional para aquella época del año, cuando el benigno clima atraía a la ciudad que se había convertido en la capital invernal más elegante del mundo a los miembros acaudalados y famosos de la sociedad. Incluso en ese momento, hacia el final de la temporada, los hoteles y palacios seguían llenos. Las estrellas de cine y los millonarios se mezclaban con los pachás egipcios y la aristocracia de Europa en la terraza del hotel Shepherd y se felicitaban de estar bajo el mismo techo que reyes y príncipes.

En el interior de la residencia, las habitaciones de alto techo con los silenciosos ventiladores que giraban lentamente habían logrado mantener un agradable frescor pese al gran número de invitados. En condiciones normales la reunión, a la que asistía la flor y nata de los cairotas y los visitantes, le habría resultado agradable a Jacquetta. El embajador y su esposa eran viejos amigos, conocía a suficientes invitados para sentirse cómoda pero no a tantos como para aburrirse, lucía un nuevo vestido traído

de París y era consciente de que estaba esplendorosa, a lo cual se sumaba una atmósfera carnavalesca de entusiasmo y expectativa que dominaba la ciudad, a medida que los preparativos para el matrimonio de la hermana del rey Faruk con el príncipe heredero de Persia se acercaban a su punto culminante. No obstante, la conducta de su marido echaba a perder el placer de la reunión.

Era una mujer alta y sumamente atractiva cuyo cabello oscuro resaltaba la blancura de su piel; su rostro era redondeado y delicado, tanto que a veces parecía triste, como en aquel momento, aunque en realidad sólo estaba pensativa. Las extravagancias de su marido resultaban molestas más que dañinas. En los diez años transcurridos desde que Luca D'Este se la llevara del hogar de su padre en Toscana, había aprendido a vivir conociendo sus infidelidades constantes, pero le resultaba menos sencillo soportar la indiferencia que mostraba ante el hecho de que la incordiará en público.

Captó la mirada de su marido, que la observaba desde el otro lado de la mesa y levantó burlonamente una ceja a modo de respuesta. A los cuarenta y siete años, el barón Luca D'Este aún creía conservar el atractivo de sus días juveniles y se mostraba sublimemente indiferente ante su cintura cada vez más gruesa y su cabello ralo. El audaz coronel de la caballería italiana había sido reemplazado por un gobernador provincial que envejecía y cuyas maneras se tornaban rápidamente ridículas.

El hecho de que Charlotte Curtis las considerara aceptables, la hacía más detestable a los ojos de Jacquetta, aunque aparentemente el hecho de que Stewart Curtis, su marido, fuese más viejo y menos atractivo que Luca, a pesar de su inmensa fortuna, suponía una diferencia. Sin embargo, pensó Jacquetta vengativamente, no podía negar que la inglesa era hermosa de un modo rígido y superficial. Muchos hombres corrían tras Charlotte y, a juzgar por lo que se decía, ella se dejaba atrapar por demasiados. Esa noche estaba encantadora con un ceñido traje de noche de seda verde de Schiaparelli, diseño de Jean Cocteau, bordado a mano en oro. El efecto de su atuendo, unido a sus ojos oscuros y a su cabello de color negro azabache cuidadosamente ahuecado, resultaba sorprendente.

Se percibió un ajeteo detrás de las sillas y los criados de librea retiraron los platos. En la embajada, la pompa real del esplendor británico imperial era desenfadada. Egipto —nominalmente un estado independiente unido a Gran Bretaña sólo por un tratado de amistad— era, en la práctica, un feudo británico, al igual que la India, Kenia o Hong Kong. Hasta hacía poco tiempo, el embajador fue conocido como alto comisionado y aún era común que la prensa mundial y la cairota se refirieran al «verdadero gobernante de Egipto».

Criados de librea detrás de las sillas, magníficos objetos de oro y plata acumulados sobre la mesa, candelabros, bandejas y floreros, piezas del más delicado cristal resplandecían contra el blanco deslumbrante del mantel. A la altura del hombro derecho de Jacquetta descendió una mano que retiró una copa de vino y la reemplazó

con otra: otro plato, otro vino. Jacquetta había asistido a cientos de cenas semejantes. Cuando Luca era gobernador auxiliar de Trípoli casi todas las noches se celebraban ese tipo de reuniones, pero hoy el lujo deslumbrante y la riqueza la perturbaban.

Los invitados eran fiel reflejo de las galas de la mesa. Blancos cuellos duros y chalecos para los hombres, cruzados por cintas y fajas, con las pecheras de los fracs rebosantes de estrellas y condecoraciones. Algunos invitados, como el pachá egipcio sentado enfrente, también lucían botones y gemelos de diamantes. La riqueza de la ciudad era asombrosa; muchas de las mujeres estaban literalmente cargadas con las joyas más sorprendentes. Una princesa sentada a la derecha del embajador lucía un diamante rosa, parecido a un caramelo, colgado de un collar de brillantes aún más grande. Rubíes, esmeraldas, sargas de perlas... En aquella mesa debía de haber varias fortunas en gemas.

Su marido y Charlotte seguían conversando. La expresión de Luca era ridícula, lasciva, burda y fijaba vorazmente su mirada en el pecho de Charlotte. Quizás era el título lo que la atraía; ciertamente, ni su conversación ni su aspecto podían llamarle la atención. Vio que durante un instante la inglesa posaba delicadamente una mano enguantada en la muñeca de su marido, en un gesto coqueto, y al levantar la mirada y descubrir que Jacquetta la observaba le dedicó una sonrisa demasiado amistosa y complaciente.

Jacquetta se volvió para tratar de ocultar su ira y se dio cuenta de que el hombre sentado a su izquierda le había dirigido la palabra.

—Lo siento —dijo disculpándose e inclinó la cabeza hacia él.

El hombre, un anciano que formaba parte de una delegación francesa, repitió cortésmente su comentario.

—Tengo entendido que el Gobierno está preocupado por la cantidad de miembros de las tribus árabes que han atravesado la frontera para entrar en Egipto. Se dice que recientemente han llegado varios jeques de la gran familia Senusi.

A pesar de que estaba preocupada por Charlotte Curtis, Jacquetta captó la alusión contenida en las palabras del diplomático. Las colonias italianas de Tripolitania y Cirenaica, situadas al oeste de Egipto, se mantenían, pese a una población hostil, mediante la presencia de un ejército considerable. Periódicamente la región entraba en guerra, cuando una tribu u otra se rebelaba contra sus amos europeos.

Los incursores árabes eran hombres duros e implacables, acostumbrados incluso en épocas de paz a una existencia que apenas les permitía sobrevivir. En sus constantes incursiones intertribales no daban ni esperaban tregua. Asesinaban a sus enemigos y abandonaban a los heridos. La lucha contra un enemigo invasor y conquistador era aún más maligna, y los soldados respondieron con la misma moneda. La tortura y la brutalidad eran corrientes y en ocasiones se permitían sangrientas represalias con el propósito de demostrar la inutilidad de la rebelión. En ambos bandos se había fraguado cierto odio que nada podría atenuar.

Luca D'Este había sido gobernador militar auxiliar de Trípoli al principio de su

matrimonio. Para Jacquetta, ese puesto sólo significó la comodidad y la ceremonia de la vida colonial, y la satisfacción de saber que su marido era uno de los funcionarios más antiguos del territorio. El dominio italiano había convertido a Trípoli en una ciudad atractiva y sus alrededores estaban llenos de olivares, plantaciones de cítricos y grandes viñedos. La lucha en el desierto se había librado a cientos de kilómetros de distancia, en lugares muy alejados de la vida tranquila de la capital y de sus rondas de fiestas, carreras de caballos y recepciones.

Sólo más tarde Jacquetta se enteró del papel que Luca había jugado en la represión de una rebelión. De las feroces atrocidades cometidas contra las familias de los jeques gobernantes, llevadas a cabo según sus órdenes para amedrentar al pueblo, pero que sólo lograron crear un legado de odio y un deseo de venganza que estuvieron a punto de hundir a la provincia, hasta que un año antes se hizo volver precipitadamente a Luca y diversas administraciones lograron pacificar la zona.

Evidentemente, el comensal vecino de Jacquetta intentaba tener más información sobre el último estallido de violencia. Todos sabían que los árabes buscaban refugio en Egipto cuando los presionaban y los Senusi eran los enemigos más persistentes del ejército italiano. Habían condenado a muerte a Luca por la ejecución de un anterior jeque de la tribu realizada por la fuerza aérea y la policía según sus órdenes. En aquel momento, los egipcios estaban divididos entre el deseo natural de ayudar a sus hermanos árabes a liberarse del yugo de la colonización, y el deseo de mantener relaciones amistosas con Italia como seguro contra un fracaso británico en cualquier guerra europea futura.

—Ha pasado más de un año desde que mi marido renunció al servicio en el gobierno colonial —respondió Jacquetta al diplomático—. Ahora no estoy al tanto de las noticias de la colonia, pero supongo que actualmente todo está tranquilo. ¿Presenciará la carrera el domingo? —preguntó Jacquetta cambiando de tema, pues ni siquiera había considerado interesante la política cuando ella y su marido estaban implicados en la misma.

—¿La carrera de coches hasta El Faiyum? —el francés bebió un trago de vino—. Desde luego, veré la salida, pero me temo que ya no soy lo bastante joven para seguirlos por el desierto hasta la llegada. Puesto que su marido, el barón, participa en la carrera, supongo que usted la verá completa. Espero, por su bien, que la temperatura siga siendo baja.

—Yo también —coincidió Jacquetta fervientemente—. Por suerte, no seguiremos el recorrido exacto de la carrera sino que acortaremos una vuelta considerable del trayecto oficial y estaremos en la llegada para ver pasar al ganador.

—Deseo buena suerte al barón. Me han dicho que tiene muchas probabilidades de ganar.

—Es usted muy amable —Jacquetta terminó de comer y colocó prolijamente el cuchillo y el tenedor en el plato. En esos banquetes, invariablemente le resultaba imposible comer más de la mitad de los platos que le servían—. Luca se sentiría muy

feliz si ganara. El lunes nos vamos a Nueva York y sería agradable que él concluyera su estancia en El Cairo con una victoria.

Al otro lado de la mesa, Luca y Charlotte Curtis se reían de alguna broma íntima. Era una ironía que Luca le hubiese pedido que invitara a Charlotte a presenciar la carrera con ella. Las dos tendrían que pasar juntas todo el día. ¡Vaya ironía!

Aquella noche, en la *suite* que ocupaban en la legación italiana, los acontecimientos de la cena originaron una amarga discusión.

—Querida mía, no puedo comprender de qué te quejas —replicó Luca suavemente después de que ella protestara de su conducta durante la velada—. Simplemente me mostré amable. Es verdad que Charlotte Curtis es una mujer hermosa y encantadora y es natural que me sienta atraído por ella. ¿Qué tiene de malo?

—Eras digno de compasión. —Jacquetta se cepillaba el cabello y lo miraba por el espejo mientras hablaba—. Despreciable. Ella jugó contigo y cualquiera, salvo un tonto, se podía dar cuenta.

La expresión de Luca se endureció.

—No permitiré que me hables de ese modo —afirmó—. ¿Qué sabes de lo que piensa la gente? Hasta que te casaste conmigo, sólo eras una pequeña zorra de campo que vivía en una choza.

—Y no satisfecho con hacerte el tonto —continuó Jacquetta ignorando su comentario—, haces que yo parezca estúpida al invitar a esa mujer a que siga los coches de la carrera. Todo El Cairo se reirá de nosotros.

—Ramera, cuando te conocí, tu padre era tan pobre que habría vendido a su hija a cualquiera que se hubiese ofrecido para arreglar el techo de su casa.

—Tu dinero, mi educación —respondió Jacquetta afablemente; dejó el cepillo y se acercó a la cama—. Necesitabas a alguien que te enseñara a comportarte después de que el Duce te diera el título y te enviara a hacer el dictador con los árabes.

En cuanto pronunció esas palabras, supo que había ido demasiado lejos. Al igual que la mayor parte de la nueva casta advenediza formada por políticos y jefes de partidos, Luca D'Este era especialmente sensible a cualquier crítica de su origen y antecedentes. Luca maldijo frenéticamente entre dientes, se acercó a ella y la golpeó con fuerza dos veces, tratando de alcanzarla en el rostro. Ella lo esquivó, recibió el primer golpe en un lado de la cabeza y el segundo en el cuello.

Ahogada por la falta de aire, la cabeza zumbándole, Jacquetta cayó al suelo de rodillas mientras su marido liberaba su ira.

—¡Nunca más te atreverás a criticarme a mí ni a mi familia! ¿Has comprendido? No hablarás sin respeto del Duce y de lo que hace por Italia ni dejarás que tus celos infantiles te hagan ser poco amable con mis amigos e invitados.

Su voz sonaba aguda por la furia y estaba acalorado. Seguramente había bebido en exceso durante la cena.

—¿Crees que no sé lo que hiciste en Trípoli durante todo aquel tiempo? —habló

con dificultad pues su respiración todavía era entrecortada— ¿Crees que no oí lo que decían de ti mientras estuvimos allí? «Ese carnicero de D'Este», así te llamaban cuando volvías la espalda. ¡Oh, sí, fuiste tan valiente al luchar con unas pocas bandas tribales desarmadas y exhibir tu uniforme durante los desfiles! Bien, es posible que impresiones a mujeres como Charlotte Curtis, pero para mí sólo eres un fanfarrón descortés.

Jacquetta se preparó para recibir otro golpe pero, extrañamente, la furia de Luca parecía agotada.

—Esta noche dormiré en mi habitación —declaró secamente y se ciñó la bata—. Confío en que por la mañana habrás recobrado tus modales.

Cerró la puerta y desapareció.

AL OTRO LADO DEL MUNDO, donde el hielo y las nieves de los largos meses invernales comenzaban a ceder ante el principio de la primavera, Pat Jarrett se encontraba en la cabecera de un pequeño lago situado en una cuenca entre las colinas cubiertas de pinos de New Hampshire y emitía un profundo suspiro de satisfacción.

Había necesitado un mes de esforzada búsqueda para encontrar lo que quería: el lago Warren, una extensión de ocho kilómetros de aguas transparentes y profundas en las que el hielo ya se había abierto y ahora se derretía rápidamente.

Todas sus características eran perfectas: una buena situación norte-sur, entre colinas que no eran lo bastante altas para plantear dificultades a una máquina voladora y, al mismo tiempo, proporcionaban una protección eficaz del mundo exterior; un camino de tierra lo bastante despejado para permitirle subir con la camioneta pero que no animaría a usarlo a otros conductores. Al alquilar una de las casas, se aseguraría una tapadera legítima entre los habitantes de la población más próxima y, al mismo tiempo, obtendría refugio para sí y para el avión. Por último, y lo más importante, el lago Warren se encontraba a pocos kilómetros de distancia de la ruta directa entre Montreal y la Terminal de Marina de La Guardia, en Nueva York.

Aún había algo de nieve en la orilla y Jarrett tuvo que abrirse camino entre los manchones más profundos al regresar a la camioneta. En cuanto a su aspecto físico, no era un hombre especialmente corpulento, pero se movía con una energía y decisión que lo hacía parecer más robusto de lo que era. Mientras caminaba en medio del aguanieve fangosa, gozó del aire limpio y fresco, sintiéndose vigorizado y nuevamente despejado después del largo viaje en camioneta. Con el descubrimiento del lago, sus planes al fin habían tomado forma real y ahora podía seguir adelante en seguida y prepararse para el primer vuelo.

El camino de tierra serpenteaba a lo largo de la orilla oriental del lago, más allá de la gran casa, en la punta que había escogido como base. Contaba con un pequeño fondeadero natural que entraba unos metros en el agua y que no era visible desde la cabecera del lago, así como con un cobertizo de madera para botes lo bastante grande

para ocultar un pequeño hidroavión, y un malecón largo y en buen estado. Allí viviría y trabajaría durante los ocho días siguientes.

Había aparcado la camioneta bajo los árboles, para que ningún observador inesperado lo viera, aunque en realidad suponía que nadie había visitado el lago durante los últimos cinco meses. Quizás un cazador casual a fines del otoño o un obrero que reparaba algunas de las casas después de la partida de los visitantes del verano pero, sin duda alguna, a partir de entonces nadie había estado por allí.

Abrió impulsivamente la puerta de la cabina y volvió a bajar. Gran parte del terreno que había estado cubierto por la nieve, estaba fangoso y se pegaba a sus botas mientras recorría los pocos metros que lo separaban de la orilla. Esa sensación le evocó una multitud de recuerdos: Francia en 1917 y su primera visita a las trincheras para observar la clase de guerra que se libraba en tierra. El barro y el hedor de aquellos hombres sucios, temblorosos y de rostros grises, estaban tan vivos en su memoria como si hubiese ocurrido hacía pocas horas en lugar de más de veinte años atrás.

Aquellos primeros días fueron buenos, los mejores que jamás había conocido. Un piloto de diecinueve años perteneciente al recién formado Cuerpo Aéreo del Ejército, un as que había puesto fuera de combate a seis enemigos, un héroe juvenil, el preferido de su escuadrón. La familia de Jarrett había estado orgullosa de él, sobre todo su madre, que después de la muerte de su marido luchaba con una reducida pensión para guardar las apariencias ante los vecinos. Incluso cuando tuvieron que vender la vieja casa de Chicago y mudarse a una vivienda alquilada, ella aún tenía la fama de su hijo para mostrar al mundo.

Pero dos años después Pat Jarrett regresó a Estados Unidos desde los campos de batalla de Francia y descubrió que, durante su ausencia, el mundo había cambiado. Con la llegada de la paz, la gente sólo deseaba olvidar la guerra, los héroes ya no le servían y, de todos modos, en cada bar había media docena dispuestos a contar su historia a cambio de un trago. Escaseaban los puestos de trabajo, había poco dinero y Pat Jarrett, ex as del aire, sólo era un veterano más en paro.

Desde luego, había intentado permanecer en la fuerza aérea. Volar era lo único que sabía y la disciplina y las exigencias de esa vida le satisfacían, al tiempo que las horas pasadas en el aire le habían proporcionado la oportunidad de vencer en el combate individual. También había disfrutado de la camaradería y la resistencia de cuerpo y alma que el servicio inculcaba. Al regresar a su patria descubrió que despreciaba a los civiles fofos con sus costumbres relajadas y su fácil existencia. Le molestó tener que acatarlos, pedir trabajo a hombres a los que un año atrás no se habría dignado mirar.

Había sido guapo antes de ir a Europa y más de una muchacha del barrio lloró la noche de su partida. Al regresar, el encanto de sus condecoraciones y de las que recibiera por heridas de guerra se desvaneció en cuanto su bolsillo estuvo vacío. Ahora las chicas querían hombres con coche y billeteras llenas para llevarlas a los

sitios de diversión.

Abandonado y rechazado, Pat Jarrett se ensimismó. Abandonó Chicago y vagó de ciudad en ciudad, se quedó cerca de los campos de aviación, aceptó trabajos temporales, mendigó un vuelo a un piloto amigo cuando ya no podía darse el lujo de pagarlo. Se tornó hosco y amargado, apenas hablaba con la gente, vivía en el mundo cerrado de su propia imaginación y se preparaba para el día en que la fuerza aérea volviera a necesitarlo.

La disciplina, tanto mental como física, se convirtió en una obsesión para Pat. Todos los días hacía ejercicios y, gradualmente, llegó a dedicar más de dos horas diarias a las sesiones de levantamiento de pesas y gimnasia. En cuanto a su aspecto personal, era escrupulosamente prolijo, su ropa siempre estaba limpia y planchada, sus abrigos cepillados y los zapatos limpios incluso cuando apenas podía pagarse la comida. Como recordaba la ignorancia de la mayoría de los pilotos con respecto a la mecánica de las máquinas voladoras que pilotaban, estudió en la escuela nocturna y trabajó en los hangares de reparaciones de las compañías aéreas, en tanto leía ávidamente acerca de las innovaciones de las máquinas voladoras y el vuelo y aprendía las características de todo tipo de avión.

Paradójicamente, la pasión de Jarrett fue el factor que le impidió conseguir trabajo en las compañías aéreas, cuando durante los años veinte y treinta surgió la aviación dedicada a los pasajeros y los vuelos postales. En esa época había muchos pilotos jóvenes y entusiastas disponibles y los directores desconfiaban del veterano taciturno y de rostro severo que estaba tan desesperado por encontrarse en el aire que sus manos temblaban de manera incontrolable durante la entrevista.

El año anterior, Inglaterra había iniciado el rearme como preparativo para otra guerra europea. La crisis se aplacó en septiembre, después de Munich, pero la expansión de las fuerzas armadas continuó y en las salas de los pilotos de Estados Unidos se decía que la Real Fuerza Aérea contrataba aviadores norteamericanos para el entrenamiento de combate. Cuando se enteró, Jarrett se presentó de inmediato y viajó hasta la embajada británica en Washington, pagándose los gastos.

El resultado era previsible y un hombre menos obsesivo lo habría comprendido. Los ingleses buscaban pilotos, pero querían hombres jóvenes, no reliquias de cuarenta y dos años de una guerra anterior con experiencia limitada en lo que se refería a los aparatos modernos. El jurado de entrevistadores se mostró muy amable y se tomó el trabajo de explicarle los motivos por los cuales lo rechazaba. Incluso mencionaron una remota posibilidad de un puesto dentro del personal suplente, «pero me temo que en realidad buscamos pilotos cualificados de compañías aéreas, —le dijo un joven comandante de ala—, ni siquiera reclutamos a los nuestros si tienen más de treinta y cinco años».

Jarrett volvió a escudriñar el lago. Sería mejor que se pusiera en movimiento, pues tenía mucho que hacer y contaba con poco tiempo. Era el sábado, once de marzo; dentro de ocho días, el primer vuelo con lingotes de oro —el hidroavión

Caterina Imperial 109, capitaneado por el comandante Desmond O'Neill—sobrevolaría la zona con destino a Nueva York.

Mensaje radiofónico: CONTROL TRÁFICO AÉREO EL CAIRO A IMPERIAL AIRWAYS LONDRES — RETRANSMITIDO DESDE JARTUM 07:20 HORAS SÁBADO 12 MARZO. VUELO 109 IMPERIAL AIRWAYS — G-ADHO CATERINA SALIÓ SHAMBE. HORA PREVISTA LLEGADA JARTUM 10:15 HORA LOCAL. FIN.

Los pasajeros seguían reuniéndose soñolientos y maldecían la demora nocturna que era responsable del madrugón, cuando Desmond bajó hasta el malecón para trasladarse al *Caterina* en una de las lanchas. Amanecía sobre el río y la escena era de gran belleza.

Los nativos comenzaban a realizar sus primeras actividades cotidianas. Tres pescadores negros y musculosos, desnudos como el día anterior, agitaron los remos a modo de saludo mientras Desmond los miraba.

—Gente de muy buen aspecto, comandante —el sonido de la voz le obligó a volverse sorprendido y vio detrás de él al americano King que le sonreía amablemente—. Discúlpeme si le he asustado.

—En absoluto —respondió Desmond—. Tiene razón, su aspecto es saludable. Diría que envidio bastante la forma en que viven.

Harold King se detuvo y miró a Desmond a la cara.

—Comandante, me gustaría que supiera cuán trastornados estamos mi esposa y yo por la muerte del teniente Thorne. Fue una terrible tragedia, algo espantoso. Mi esposa se siente sumamente responsable de lo ocurrido. Si no hubiese olvidado su bolso en el avión o no le hubiera pedido al teniente Thorne que fuese a buscarlo, aún estaría vivo.

La congoja de King era auténtica.

—Desde luego, en modo alguno fue culpa de su esposa —aseguró Desmond—. Como le expliqué a la señora Hartman, el cocodrilo esperaba agazapado a la primera persona que se acercara al río. Thorne tuvo la mala suerte de quedar atrapado, pero pudo sucederle a cualquier otra persona. De todos modos, hizo muy mal al tratar de coger una barca sin alguien de la tripulación a bordo y, si hubiese estado con otras dos personas, no creo que el cocodrilo le hubiera atacado. Si hubo un responsable de su muerte, creo que, en gran medida, fue él mismo.

Desmond se sintió mal al hablar de Thorne con dureza transcurrido tan poco tiempo después del accidente.

—Es usted muy amable, comandante. —King estaba notoriamente aliviado y reanudó la marcha—. Mi esposa se sentirá mucho más tranquila cuando le transmita

sus palabras. Estoy seguro de que la señora Hartman también se sentirá mejor.

La noche anterior habían quedado terminadas las reparaciones del tanque de gasolina y Desmond lo revisó todo en compañía del mecánico hasta darse por satisfecho. Luego se trasladó con la lancha hasta debajo del ala para buscar indicios de una nueva pérdida, pues habían vuelto a llenar el tanque. Conforme con todo, subió a la nave y se dirigió directamente a la cubierta de vuelo. Se cruzó con Andy Draper, que enviaba a un par de muchachos a limpiar las cabinas antes de la llegada de los pasajeros.

—Todo está bien, jefe —informó el camarero de a bordo—. Están reuniendo a los pasajeros. El comisario los enviará para aquí a las siete y media.

Desmond miró la hora. Como eran las siete menos diez disponía de cuarenta minutos para realizar las comprobaciones previas al vuelo y preparar un informe de radio para que lo transmitieran a Londres.

—¿Hubo quejas por el alojamiento o la comida?

—No, señor, si exceptuamos a la señora Johnson. Todavía estaba agitada por haber visto desnudos a los nativos, señor, si me permite la expresión. Nada le iba bien, no quiso comer y dijo que en su cama había pulgas. —Andy habló dolorido y era evidente que había tenido dificultades—. Al final le preparamos un exquisito plato de sopa y se serenó.

—Me alegro; esperemos que siga así. ¿Servirás el desayuno en cuanto estemos en el aire?

Súbitamente Desmond comprendió que estaba hambriento.

—Sí, señor. ¿Quiere que suba mis especiales?

Los desayunos especiales de Andy, compuestos por bacon, huevos, riñones y todo tipo de complementos, eran legendarios. Desmond hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Puedes servirme uno, pero lo tomaré en el salón de fumar.

La noche anterior había cenado con Keeling, después de confeccionar entre ambos un minucioso informe sobre la muerte de Ian Thorne. Era hora de que se hiciera ver entre los pasajeros, y desayunar con ellos era una buena idea.

—No hay problemas de ningún tipo, jefe —respondió Ralph a la mirada inquisitiva de su comandante—. Andy tiene abajo a un par de muchachos que están limpiando la nave y los vigila. Ken Frazer salió y echó otro vistazo al ala de babor, pero sigue allí y no hay indicios de ninguna pérdida. Hemos comenzado las comprobaciones previas al vuelo. He recibido un pronóstico meteorológico de Jartum y hará buen tiempo hasta llegar al delta.

—¿Cómo está la carga? —inquirió Desmond— ¿Sigue en su sitio?

—¿Se refiere a los ratones? —Ralph rió mientras se abría camino hacia el salón postal— Ni un sonido en toda la noche. Andy armó una cama aquí. Ken y yo tiramos una moneda al aire para ver quien la usaba y perdió. Dijo que nunca en su vida había dormido tan bien. Contamos las cajas en cuanto despertamos para cerciorarnos y me

alegra poder decir que todo está aquí en perfectas condiciones —mientras regresaban a la cubierta de vuelo, Ralph agregó—: Olvidé decir que anoche, a última hora, transmitieron una señal desde Jartum, después que usted se retiró. Parece que los canadienses están preocupados por el retraso. Sea como fuere, Londres recibió algunas preguntas de Botwood, Terranova, para saber si cancelábamos o no esa escala. Londres respondió que compensaremos el tiempo perdido en ruta y nos ceñiremos al horario original. Nos transmitieron el mensaje para pedir información.

—Un modo cordial de decirnos que nos pongamos en movimiento —replicó Desmond pensativo.

No había motivos para que Botwood, un minúsculo campo de aviación en la costa de Terranova, comenzara a preocuparse. El sitio sólo era una parada para repostar destinada a los pocos vuelos transatlánticos, utilizada del mismo modo que Foynes en Irlanda del Sur, como escala técnica en dirección a los principales aeropuertos del continente.

Hasta ese momento había recibido catorce mensajes distintos de Londres, los primeros relativos a la demora causada por la avería y después, más copiosamente, por la muerte de Thorne. A pesar de que había dicho a Laura y a los King que nadie era responsable del accidente, parecía que en la oficina londinense de la Imperial no tenían dudas al respecto. Se suponía que los comandantes de las aeronaves no perdían a los pasajeros a su cargo, por muy estúpida o irresponsable que fuese su conducta. Evidentemente la Armada sostenía la misma opinión, ya que a las once de la noche había transmitido un parco mensaje en el que exigía «el envío inmediato de máximos detalles al almirantazgo». Era evidente que lo pasaría mal en cuanto el hidroavión llegara a Inglaterra. Maldijo a Thorne mentalmente por su estupidez y entró en la cabina.

En el ínterin, Ken Frazer había llegado a la misma conclusión. En otras circunstancias, habría recibido bien cualquier acontecimiento que pudiese dañar la carrera de su comandante y, por ende, abrir el camino de su propio ascenso. Pero este caso era distinto. Sin duda alguna realizarían una investigación sobre la muerte de Thorne. Por desgracia, también estaba seguro de que se descubriría el motivo del aterrizaje imprevisto del *Caterina* en Shambe y la junta podría deleitarse al contar con un segundo chivo expiatorio al que cargar las culpas. En cuanto llegaran a El Cairo, tendría que enviar un telegrama a Londres, a su madre, para pedirle que utilizara toda su influencia para acallar su parte en el asunto.

A última hora de la tarde, Ralph Kendricks y él habían discutido de una manera natural la tragedia y sus consecuencias. Al igual que Desmond, el radiotelegrafista consideraba a Ian Thorne casi exclusivamente responsable de su propia desgracia y le enfurecía la idea de que se responsabilizase a otra persona. El neozelandés había estado nervioso e inquieto durante la noche y tuvo algunos arranques de irritación. De manera excepcional, él también había bebido mucho antes de acostarse; Frazer achacó todo ello a una reacción ante la muerte.

La cocina sólo tenía dos metros y medio de largo y menos de la mitad del ancho de las cabinas principales del aparato, pero el camarero era capaz de preparar, con sólo una hora de anticipación, una comida completa de cuatro platos para un máximo de veinte personas. Organizó mentalmente el desayuno que serviría a los pasajeros.

En primer lugar, zumos de fruta, después huevos con bacon y también riñones, cocinados con los adornos de costumbre: pan frito, tomates y salchichas. Los pasajeros tenían derecho a esperar diversos platos y Andy estaba totalmente convencido de que cualquier viajero con el estómago lleno estaría más satisfecho y plantearía menos molestias durante el resto del viaje.

Algunos pasajeros, sobre todo las mujeres, preferían los cereales, y por ello contaba con siete variedades; todas rematarían el desayuno con tostadas untadas de mermelada o miel. Recordó que la señora Hartman le había dicho que le gustaban los desayunos de tipo continental, y durante la espera en Kenia compró para ella algunos panecillos.

Afortunadamente, Sandy era un joven amistoso y sereno, que siempre estaba dispuesto a compartir las tareas de la cocina. Hacía doce años que Andy trabajaba en la compañía aérea y, con anterioridad, había servido un período de tiempo similar como camarero de camarote en las travesías transatlánticas de la Cunard. Una vida dedicada a la atención de pasajeros ricos le había enseñado a captar la personalidad de cualquier viajero poco después de conocerlo.

En todo vuelo había siempre una persona a la que nada le caía bien y en esta ocasión Andy tuvo menos problemas que nunca para distinguirla. Desde el instante en que subió a bordo, Stewart Curtis le hizo ir de un lado a otro como a un perro domesticado. Arrogante e irritable, Curtis no intentó tener en cuenta el tiempo que el camarero debía dedicar a los demás pasajeros. Quisiera lo que quisiese, debía aparecer de inmediato y, de ser posible, antes incluso de que lo pidiera. Convencido de su importancia suprema, trataba con desdén a los que consideraba inferiores y su actitud hacia todo el que tenía que servirle era la de un hombre que parecía gozar humillando a las personas.

Por el momento, Curtis se había quejado dos veces del servicio a bordo a Sandy Everett y una al comandante. A Andy no le preocupaban las consecuencias de esa actitud, pues conocía lo bastante a su comandante para saber que escucharía amablemente a Curtis y nada más. Desmond consideraba una regla cardinal no intervenir jamás en el trato de los pasajeros, a los que dejaba en manos del camarero. Sin embargo, a Andy le molestaba que el financiero hablase a sus espaldas. ¡Si Curtis hubiese sabido que había logrado asegurarse el máximo de incomodidad e inconvenientes para el resto del viaje! El camarero de un hidroavión estaba en condiciones de dificultar la vida de sus enemigos.

Desmond se sentó ante los mandos del hidroavión y observó la orilla lejana. A pesar de que todas las ventanas que podían abrirse estaban bajadas, la atmósfera del interior del avión era bochornosa y opresivamente densa. A juzgar por las nubes que

se extendían por el cielo desde el este, pronto caería otro chubasco torrencial. Con suerte, se marcharían antes de que comenzara.

Tanto si la panorámica era magnífica como si no, la atmósfera de la cabina estaba tensa y ello no sólo se debía a los factores atmosféricos. Toda la tripulación era sensible al hecho de que habían perdido a un pasajero y tenía los nervios de punta.

Una vez que los pasajeros y las provisiones estuvieron a bordo, sólo esperaban recibir por radio la autorización de la estación para poner en marcha los motores y avanzar hasta el centro del río. Desmond y Frazer habían realizado las gestiones previas al vuelo y trazado el recorrido que seguirían hasta Jartum y El Cairo, a fin de calcular el combustible necesario. Esto era importante, pues un exceso de combustible significaba un mayor peso a transportar por el aire y, por lo tanto, un consumo mayor y costos más altos. En los vuelos realmente largos, por ejemplo en la ruta transatlántica recién inaugurada, el aparato quemaba tanto combustible para despegar que no le quedaban reservas suficientes para llegar a la otra orilla. En consecuencia, salía con los tanques hasta la mitad y repostaba en el espacio con la ayuda de otro aparato, experimento que parecía funcionar suficientemente bien, aunque Desmond recordaba su propia ansiedad durante el primer intento de realizar esa maniobra.

—Es todo suyo, jefe, estamos listos para partir.

Kendricks apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando los dos pilotos ya habían posado las manos sobre los mandos.

—Conecta la maestra.

Ken Frazer se inclinó hacia delante y apretó la palanca maestra de encendido. En un instante, las esferas de los indicadores cobraron vida, mientras las agujas se agitaban tras el cristal.

—La maestra conectada —confirmó Frazer.

—Controla los niveles de combustible de todos los tanques.

Revisaron juntos los diversos indicadores de los tanques principal y de reserva.

—Dos mil quinientos litros en total —respondió Frazer. El *Caterina* había recibido mucho menos que una carga a tope, pero tenían lo suficiente para llegar sanos y salvos a Jartum.

—¿Presión del aceite normal?

—Afirmativo —replicó Frazer.

—¿Funcionan los radios?

Oyeron una serie de chasquidos a sus espaldas mientras Kendricks ponía a prueba los tres equipos.

—Todas las radios funcionan, jefe —tarareó.

—¿Las presiones de combustible son normales?

—Afirmativo.

—Sandy, ¿estás listo con el extintor de pireno?

Desmond gritó esas palabras por encima del hombro y fue Ralph quien respondió.

—Está preparado, jefe, lo veo de pie junto a la escotilla.

—Encendido del motor número dos.

Desmond apretó el botón y oyó que el cercano motor de estribor emitía un martilleo, al principio las paletas propulsoras giraban lentamente y luego se convertían en un único disco giratorio. El aparato se lanzó hacia adelante y comenzó a deslizarse hacia la orilla lejana mientras la hélice cortaba el aire.

En el salón postal, Sandy Everett estaba agazapado junto a la escotilla abierta y miraba hacia el motor encendido. Ése era siempre un momento de angustia para él. Si un motor se recalentaba y se incendiaba, como ocurría a veces a causa de la rica mezcla de combustible que se utilizaba para el encendido, la tarea del sobrecargo consistía en gatear hasta el ala y lanzar espuma hacia cubierta con el extintor de pireno. No era una tarea fácil en el mejor de los casos, ya que el aparato se inclinaba a través del agua y la corriente retrógrada del aire rasgaba sus dedos que aferraban el ala resbaladiza, mientras intentaba sostener el pesado extintor y rezaba para no quedar junto a un motor incendiado después de haber lanzado el extintor al agua.

Para el resto de la tripulación, las cabriolas del sobrecargo en ese momento siempre constituían un motivo de broma, sobre todo cuando hacía mal tiempo, aunque a decir verdad la compañía aérea perdió a un sobrecargo de ese modo: se dirigían a Roma, cuando Bill Claridge se deslizó de un ala y desapareció definitivamente en el lago de Bracciano. La creencia popular era que se ahogó, pues no se había atrevido a soltar el extintor de pireno. En caso contrario, la compañía le habría hecho pagar por ello.

Una vez encendidos los cuatro motores, Desmond probó los reguladores y se cercioró de que todos funcionaban perfectamente, sintiendo la potencia que crecía y se atenuaba bajo su mando.

—Comprueba el calor del carburador.

—Sí, señor. —Se produjo una caída momentánea de las revoluciones de cada motor mientras Ken Frazer accionaba las palancas que enviaban aire caliente de los motores a los carburadores a través de una pequeña escotilla. Ello impedía que, en condiciones de congelamiento o a mucha altura, el hielo se formara alrededor de las bocas de entrada—. El calor del carburador funciona correctamente, vuelvo a conectar normal —Frazer soltó las palancas y la velocidad de la nave aumentó.

—Comprueba la carga del alternador. Presión de aceite. Presión del combustible. Temperatura del aceite. Presión múltiple. Verifica el indicador de succión. Temperatura del escape. Cierra el acelerador. —La potencia disminuyó y el ruido desapareció de la cabina en el momento en que el motor quedaba en punto muerto y las agujas del cuentarrevoluciones descendían por debajo del número quinientos—. Controla las aletas de potencia —con la mano derecha Desmond accionó las palancas de las aletas que funcionaban eléctricamente.

—Las aletas operan normalmente —confirmó Frazer.

—Prepara los giros —era tarea del segundo oficial y Desmond aguardó mientras

Frazer manipulaba el marco de la brújula giroscópica y quitaba la cubierta de la brújula magnética—. Abre el horizonte artificial y el indicador de dirección —estos dos instrumentos, al igual que la brújula montada sobre giróscopos, estaban protegidos por cubiertas de metal. Frazer las retiró—. Controla el indicador de giro y el inclinómetro. Prepararé el altímetro.

Éste era un elemento primordial que Desmond siempre controlaba personalmente con sumo cuidado. En contra de lo que popularmente se creía, el altímetro no indicaba al piloto a qué altura estaba de tierra. Un piloto descuidado podía toparse fácilmente con una colina de trescientos metros mientras su altímetro indicaba cuatrocientos cincuenta. El altímetro proporcionaba una lectura de altura basada en la presión atmosférica del exterior del aparato, pero era esencial que el instrumento se calibrara según la presión de tierra correspondiente a una determinada zona. Una calibración defectuosa o un cambio repentino de la presión general debajo de la nave, como el que podía producirse al dejar de volar sobre tierra para hacerlo sobre el mar, podía provocar una lectura totalmente falsa.

No obstante, Frazer efectuó las lecturas bajo el ojo vigilante del comandante, realizó las calibraciones pertinentes y luego comprobó el funcionamiento correcto del indicador de velocidad del avión con respecto al aire, la velocidad de ascenso y el indicador de descenso, mientras Desmond ponía el morro del *Caterina* de cara al viento y se preparaba para la carrera de despegue.

—Solicita permiso a la estación para despegar —pidió a Kendricks.

El radiotelegrafista se inclinó sobre el micrófono:

—Hotel Oscar a la estación de Shambe, hotel Oscar a la estación de Shambe —repitió—. Imperial 109 solicita autorización para despegar —se oyó un sonido producido por la estática—. Ya está, jefe, estamos autorizados para salir.

El *Caterina* trazó una larga raya de espuma blanca mientras corría por el río. La vibración, fuerte al principio, cesó; el gran avión se elevó lentamente y subió hacia el cielo.

—Retira el elevador.

Los motores hicieron menos ruido cuando Frazer desconectó los motores de alimentación. Al ver que las revoluciones alcanzaban una cifra constante de 2500 por minuto, Desmond se dedicó a sincronizar el funcionamiento de los cuatro motores.

—Señor, ¿conecto el piloto automático?

Frazer había apoyado la mano en la palanca pero Desmond sacudió la cabeza negativamente.

—No —respondió—, pilotaré durante un rato.

A decir verdad, era un alivio volver a posar las manos en los mandos, sentir que la aeronave respondía, atenta al más leve movimiento de los timones de dirección o del volante. Aún ascendían lentamente para alcanzar una altura de crucero. Dado que no había terreno alto entre los pantanos, el monte bajo y las llanuras desérticas que atravesaba el Nilo durante los 3200 kilómetros siguientes, una altitud de 1500 metros

sería suficiente. El sol ya calentaba el aire, creaba poderosas olas térmicas que de vez en cuando cogían al avión, lo elevaban y después, del mismo modo, lo hacían caer treinta metros o más. Prever esas fuerzas y compensarlas para que los pasajeros apenas repararan en algún cambio en el nivel de vuelo era una fuente de satisfacción para Desmond.

—Jefe, vientos este-sureste de doce nudos —le informó Kendricks en cuanto recibió por radio el pronóstico de Jartum—. Les he dicho que nuestra hora prevista de llegada a Jartum son las diez y cuarto.

Poco más de tres horas hasta Jartum, en la confluencia de los dos Nilos, otras siete hasta El Cairo y una parada en Wadi Halfa para repostar combustible. Con suerte, llegarían a El Cairo al anochecer, pero sería un largo día.

Una súbita sacudida cuando el hidroavión cayó en un bache de aire le hizo volver al presente. Durante las próximas horas podría concentrarse en su trabajo y olvidar las preocupaciones sobre el futuro. Se acomodó en el asiento y dirigió la nave hacia su altura de crucero.

La tripulación y los pasajeros, de tácito acuerdo, habían decidido no mencionar la tragedia del día anterior y cubrir la etapa de aquel día como si no hubiese ocurrido nada. Por ello, en cuanto estuvieron en el aire y Andy repartió los menús del desayuno y pasó de camarote en camarote para recoger los pedidos, los pasajeros se movieron y conversaron tanto como el día anterior.

Sandy Everett reparó en esta actitud con alivio mientras ayudaba al camarero a organizar la comida y recorría los camarotes para comprobar que todos estaban satisfechos. Le preocupaban sobre todo Laura Hartman y los King, a quienes resultaba más difícil mantener la imagen de normalidad. A diferencia de las demás personas que se encontraban a bordo, sentían cierto grado de responsabilidad personal que simplemente no podía ignorarse.

Habían vuelto a ocupar los asientos del camarote central de la nave, permanecían en silencio, comían mecánicamente, no reparaban en los alimentos y tenían la mirada fija en las ventanillas. En varias ocasiones Sandy fue a conversar con ellos e intentó quebrar la atmósfera de melancolía que los dominaba. La tragedia pareció unir a los tres americanos y reforzar los lazos naturales de raza y nacionalidad. Hablaban casi exclusivamente de sus hogares y de acontecimientos que ocurrían allí, y sospechó que todos contaban los días que les faltaban para regresar a su país y alejarse de la pesadilla que habían vivido.

Recién iniciado el vuelo a Jartum, Stewart Curtis llamó a Laura a la cabina posterior para trabajar con la correspondencia, y durante la conversación con los King, Sandy notó que la pareja había adoptado una actitud paternal y protectora hacia la joven.

—No me gusta que Laura trabaje para ese hombre —declaró abiertamente la señora King y miró desafiante en dirección a Sandy—. No me importa que sea rico; la hace trabajar demasiado y asumir excesivas responsabilidades.

—Louise, no tenemos motivos para decir nada contra el señor Curtis —la reprendió su esposo—. Es el jefe de Laura y esto es un asunto privado entre ellos.

Louise King dio un desdenoso respingo.

—Un buen jefe no mantiene levantada hasta cualquier hora a una joven ni la hace viajar sola con él. Creo que es demasiado egoísta y, si tengo ocasión, se lo diré. Me sorprende que la compañía aérea permita que un solo hombre ocupe un camarote completo —concluyó mirando con dureza a Sandy.

La señora Curtis se reunirá con su esposo en El Cairo —le explicó a modo de disculpa— y viaja con su criada. Supongo que es más sencillo que dispongan de un camarote separado. Sólo lo permitimos cuando sobran asientos, pero si alguien está dispuesto a comprar todos los asientos de un camarote determinado, no es mucho lo que podemos hacer.

Harold King lanzó un silbido.

—¿No son cuatro asientos? Y uno para Laura Hartman, o sea cinco, y usted dice que la esposa traerá a la criada, lo que hace seis asientos en total. Y volarán hasta Nueva York. Eso encarece el viaje —agitó la cabeza lenta e incrédulamente.

—Más de lo que imagina, señor —dijo Sandy. Al igual que a la señora King, el jefe de Laura le desagradaba y se alegraba de tener la oportunidad de criticarlo—. Sé que el señor Curtis ha reservado *suites* de lujo en todos los hoteles de los lugares en que nos detendremos. Gastará una fortuna.

Para sorpresa de Sandy, Harold King no pareció alegrarse con esa revelación.

—Joven, no creo que deba contarnos esto —respondió ásperamente—. El modo en que viaja el señor Curtis debe ser asunto de él.

Sandy se sonrojó ante la reprimenda y poco después encontró una excusa para irse y regresar a la cubierta superior.

En su asiento ante el puesto de radio del hidroavión, Ralph Kendricks fue presa de un pánico que le quebraba los nervios. Todos los músculos le temblaron en un espasmo incontrolable, aferró impetuosamente con ambas manos el borde de metal de la mesa y su rostro se contorsionó por el esfuerzo mientras luchaba contra el ataque y el sudor bañaba su cuerpo.

Permaneció inmóvil, rígido durante casi medio minuto hasta que pasó el ataque, que lo dejó débil y agotado. Se secó la cara y miró a la derecha en dirección a los otros dos, reparando aliviado en sus espaldas inmóviles y ciegas. Era el tercer ataque desde que comenzara el viaje. ¿Cuánto tiempo más podría ocultárselo al resto de la tripulación? Desmond ya había notado que se comportaba de un modo extraño.

Se pasó la lengua por las encías y sintió la boca reseca, pero todavía faltaban tres horas y media para llegar a Jartum. Necesitaba urgentemente un trago. Dirigió automáticamente la mirada hacia el armario situado junto a la caja de piezas de recambio de la radio. Allí había una botella de *whisky* casi vacía, escondida entre las herramientas, el sobrante de la noche anterior, cuando la tensión del aterrizaje forzoso y la muerte de Thorne le impulsaron a buscar alivio en el alcohol. Había necesitado

casi media botella para apaciguar sus nervios. Ahora no se atrevía a correr el riesgo de que Desmond percibiera olor a alcohol en su aliento tan temprano. Tendría que esperar.

Aquel maldito vuelo transatlántico... Cuando suponía que finalmente había enterrado los fantasmas del pasado: los fantasmas de un vuelo realizado siete años atrás. Se estremeció cuando su mente volvió a evocar aquellas horas.

Eran casi las seis en punto, llevaban diez horas en el aire y estaban a más de 1770 kilómetros de la costa, sobre el Atlántico Norte. Volaban a una altura de alrededor de 1500 metros entre bancos de nubes violetas que se oscurecían gradualmente a medida que la noche caía.

—Carl, sé bueno y enciende las luces del tablero —había pedido Bell, y Carl se inclinó hacia delante para complacerlo.

Iban tres a bordo del monoplano Junkers. Bell, el capitán; Carl Huessen, el copiloto alemán, y Ralph, como radiooperador. Su tarea consistía en realizar un vuelo de reconocimiento del trayecto entre Irlanda y Terranova, a fin de preparar el camino para los aparatos de las compañías aéreas del futuro.

El Junkers era un buen aparato, sólido, confiable, totalmente construido en metal; un avión similar ya había volado desde Dublín hasta Labrador en abril de 1928, pero no existía un avión lo bastante bueno para cruzar el Atlántico y habían dedicado días a probar cada uno de los elementos del equipo.

A pesar de que Carl apretó el interruptor, el tablero de instrumentos permaneció oscuro.

—Comprobaré las conexiones, probablemente sólo se trata de un fusible —dijo, pero después de volver a pulsar los conmutadores obtuvo el mismo resultado.

Bell, irritado, soltó una maldición.

—Ya sé que es molesto, pero Kendricks o tú tendréis que iluminar la brújula con una linterna para que pueda ver qué rumbo llevamos.

Los dos compañeros no dijeron nada. Estaban tan lejos, en alta mar, que incluso un fallo tan simple como aquel parecía nefasto. Ralph observó la extensión del Atlántico que se abría debajo de ellos mientras oscurecía rápidamente. El oleaje era fuerte, las crestas de las olas estaban blancas por la espuma y a lo lejos, a la izquierda, un solitario iceberg se dejaba arrastrar por la corriente. Huessen comprobó la velocidad.

—Ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora. Seguramente soportamos vientos frontales. Sin embargo, el consumo de combustible es constante.

Después entraron en comunicación radiofónica con el servicio meteorológico canadiense.

—Una fuerte tormenta avanza hacia el este sobre Nueva Escocia, con grandes vientos y algo de nieve.

—Eso significa que quizá tengamos que volar hasta la costa con estos vientos frontales. Esperemos que no empeoren.

No fue necesario que Bell explicara sus palabras. Si la fuerza del viento en contra aumentaba y perdían velocidad, podían quedar sin combustible antes de llegar a tierra.

Ralph hizo algunos cálculos y dijo:

—Faltan mil ciento veinticinco kilómetros hasta la costa de Terranova, aproximadamente ocho horas más a esta velocidad.

—Siempre que sigamos el rumbo correcto —gruñó Bell—. No confío demasiado en esta brújula —golpeó la esfera con su índice regordete.

Gracias a la luz de la linterna, Ralph vio que la aguja se balanceaba y saltaba bajo el cristal. Sintió que un nudo de temor apretaba su estómago. Si la brújula fallaba, indudablemente tendrían dificultades.

HACÍA TRES CUARTOS DE HORA que el tren estaba detenido en el acceso al paso, en la pequeña vía muerta de los Alpes Cárnicos que albergaba el puesto fronterizo de control de los límites entre Alemania e Italia. El andén al aire libre, cubierto de nieve congelada, al igual que el tejado del bajo edificio de cemento gris, estaba atravesado por pisadas fangosas. Algunos pasajeros se habían apeado y conversaban en medio del aire frío y despejado, mirando las montañas circundantes cuyas cumbres resplandecían a la luz del sol. Entre ellos se movían las figuras vigilantes de los policías de frontera con su uniforme de color verde oscuro.

Sin embargo, la mayoría de los pasajeros preferían permanecer en los vagones caldeados. Eran las once de la mañana y el sol todavía no había logrado caldear el día que, de todos modos, comenzó nublado. Además, un número significativo de pasajeros eran refugiados reacios a abandonar el tren en el que habían depositado todas sus esperanzas. Esperaban nerviosamente mientras los policías de inspección recorrían a paso lento los vagones y revisaban los complicados documentos y pases necesarios para permitir que un ciudadano del Tercer Reich viajara fuera de sus fronteras.

Siegret y su padre estaban en silencio, ensimismados y demasiado tensos y nerviosos para conversar. El profesor sostenía la mano de su hija en una actitud que le proporcionaba alivio. Sabían que los policías ya habían ordenado a algunas personas que abandonaran el tren. Las podían ver desde las ventanillas, formando un grupo desdichado y patético en el andén, bajo la mirada de los guardianes, rodeadas por pilas de equipaje.

Se oyó el cercano sonido de las puertas que se abrían y el murmullo de voces. Los

policías habían llegado al vagón contiguo y sintió que muy pronto tendría que hacerles frente. Comenzó a temblar a causa de la tensión de la espera y del miedo por lo que podría ocurrir, pero su padre le apretó la mano en un gesto tranquilizador. Los demás ocupantes del vagón también parecían preocupados; en aquellos días todos, salvo los más poderosos, temían cualquier encuentro con las autoridades. Pensó que uno de los ocupantes probablemente era un hombre de negocios, pues iba demasiado bien vestido para ser un refugiado. Viajaba con su esposa, una rubia cuarentona, fornida y descocada que fumaba sin cesar. Más abajo, junto a la puerta, una pareja de ancianos estaba sentada frente a frente. Ambos eran frágiles, parecían deteriorados y, al igual que los Wiensman, vestían pobremente. El anciano vio que Siegret le miraba y le dedicó una sonrisa fugaz.

Las voces se alzaban y decaían incesantemente en el vagón contiguo. En una o dos oportunidades, Siegret oyó algo semejante a un diálogo mientras interrogaban a algún ocupante, pero el murmullo era demasiado débil para comprender lo que decían. Luego oyó más portazos y vio uniformes en el pasillo. Abrieron la puerta y entraron dos guardias en el vagón y un funcionario policial vestido de paisano.

—*Ausweise, bitte.*

Al oír la perentoria exigencia de los documentos, Siegret fue claramente consciente de que la huida dependía de ese instante. Todos los planes y los sacrificios que habían hecho, los riesgos que habían corrido, habrían sido inútiles si aquellos hombres no quedaban satisfechos. Todo el esfuerzo que ella y su padre habían dedicado a reunir los pases y permisos, a conseguir los pasaportes y los visados estaban dirigidos a ese momento. Ésa era la barrera crucial y definitiva.

Durante el viaje hasta el paso, había reflexionado acerca de cuál sería su destino si los atrapaban en la frontera, ya fuera por un error o deficiencia de los documentos ya porque los guardianes hubiesen sido advertidos de que los esperaran y no les permitieran pasar. A los ojos de las autoridades nazis, sus acciones serían, sin duda, desleales. Aunque necesitaran el trabajo de su padre tanto como para no hacerle daño alguno, contarían con una excusa magnífica para confinar a Siegret en un campo de trabajo para su «reeducación política» —así lo denominaban—, donde la mantendrían como rehén para garantizar la cooperación de su padre. La idea la llenó de temor. En Viena había oído hablar de los campos, sabía cuán salvajes eran las condiciones que allí imperaban y conocía las brutalidades de los guardianes. Una vez que la hubiesen internado, las posibilidades de que la liberaran serían nulas.

En primer lugar revisaron a la pareja de ancianos que se encontraba junto a la puerta. El agente de la policía secreta tomó sus documentos y los recorrió con la vista mientras fruncía el ceño.

—Judíos —comentó con desdén—, más judíos; últimamente en estos trenes sólo veo judíos. ¿Los alemanes comunes nunca viajan? —El anciano y su esposa parecían asustados y no respondieron, aunque lo miraron— ¿Equipaje? —preguntó el policía secamente.

—Un baúl —replicó el hombre con voz temblorosa—. Está en el pasillo. Mi esposa lleva una cesta.

—Vaya a echar un vistazo.

El policía señaló con un movimiento de cabeza a uno de los hombres que lo acompañaba. Quedó aparentemente satisfecho con los papeles del matrimonio y siguió adelante.

A través de las respuestas a las preguntas que les planteó, Siegret se enteró de que la rubia y su marido eran alemanes empleados en Italia que regresaban a ese país después de pasar las vacaciones en su patria. Evidentemente algún funcionario importante había refrendado sus visados, pues los sometieron a un rápido examen y no tocaron su equipaje. El policía les devolvió los documentos con una inclinación ligera y respetuosa. Finalmente les llegó el turno a los Wienzman.

El padre de Siegret entregó los dos grupos de documentos al policía de paisano, el cual los examinó página por página, leyó cuidadosamente cada uno del principio al fin y revisó cada detalle en busca de errores. Siegret espiaba por el rabillo del ojo, ya que no se atrevía a mirarlo fijamente. Era un cuarentón de sólida estructura, con el pecho como un barril, cabeza pequeña y el cabello cortado al rape, vestido con un impermeable abierto debajo del cual se veía un traje oscuro. Su rostro era cetrino e impasible, y se concentraba en lo que hacía. Volvió con lentitud las páginas de los pasaportes y dobló cada una con el pulgar para leer más fácilmente.

Al principio permaneció en silencio y estudió los documentos sin hacer comentarios. Luego, bruscamente, sin apartar la mirada de la página, preguntó con tono áspero y seco:

—¿Motivo del viaje?

Sorprendido, el padre de Siegret tartamudeó, pero finalmente logró decir, pálido y sudoroso:

—Emigración, nos gustaría emigrar.

El policía lo ignoró y volvió otra página.

—Más judíos apestosos —dijo desdeñosamente. Se dirigió al guardián—: Revise con cuidado su equipaje, probablemente ocultan propiedades robadas al Reich.

El profesor bajó dos de las maletas, las apoyó sobre el asiento y las abrió. El guardián comenzó a extraer cosas y sacudió la ropa doblada para averiguar si habían ocultado algo entre los pliegues. Siegret y su padre observaban con atención. Su único contrabando —las libretas de apuntes— se encontraba en el fondo de la maleta de Siegret que aún no había sido revisada, pero el policía fácilmente podría cuestionar cualquier otra cosa.

—Aquí dice... —el policía volvió a hablar, pero esta vez con voz más lenta, como desconcertado por algo que había encontrado. Padre e hija supieron instantáneamente que se trataba de una señal de peligro—. Aquí dice —repitió, golpeó con un dedo la página y miró con el ceño fruncido al profesor— que su profesión es la de doctor y catedrático de la universidad de Viena, pero en su

pasaporte —buscó la referencia que necesitaba— usted se denomina profesor. ¿Cuál es la descripción correcta?

Aunque el tono era indiferente, la deducción que se ocultaba tras la pregunta resultaba demasiado evidente. Estaba claro que sospechaba que se encontraba ante un intelectual altamente calificado que intentaba salir del país simulando una graduación muy inferior. No obstante, el padre de Siegret estaba preparado para no caer en la trampa. Había comprendido, desde luego, que como simple catedrático despertaría mucho menos interés al solicitar permisos que si lo hacía como profesor. Sólo en el pasaporte aparecía su auténtico nivel.

—Catedrático es mi título correcto —respondió y se esforzó por hablar con serenidad—. En el año treinta y ocho me nombraron provisionalmente profesor de mi departamento y fue entonces cuando solicité el pasaporte, pero después del *Anschluss* no confirmaron mi nombramiento y seguí siendo catedrático hasta que más tarde, ese mismo año, me despidieron.

—De modo que tuvo que retornar a su antiguo trabajo —se burló el policía—. Debe de tener amargos sentimientos hacia Alemania —sugirió, pero el profesor no estaba dispuesto a dejarse atrapar tan fácilmente.

—No —repuso—, no estoy amargado, pero como no puedo encontrar trabajo en Alemania, me veo obligado a marchar al extranjero.

Al ver el modo sereno en que respondía, encubriendo el profundo desprecio que sabía él sentía por el régimen, Siegret experimentó un intenso respeto hacia su padre. El policía cerró el pasaporte y arrojó todos los documentos sobre las piernas del profesor.

Mientras tanto, el guardián había terminado de revisar las dos maletas que el profesor había bajado.

—Guarde esas cosas —dijo a Siegret, y señaló las pertenencias esparcidas sobre el asiento—. ¿Cuáles son sus maletas?

Siegret se levantó y bajó sus dos pequeñas maletas. Las heridas que le habían infligido la tarde anterior le dolían, de modo que sus movimientos eran torpes. Alarmada, vio que ello llamaba la atención del policía secreta.

—¿Qué le pasa? —preguntó éste bruscamente.

Siegret no respondió y fingió ocuparse de las pertenencias de su padre. Temía que los policías desconfiaran del morado que Gerdler le había hecho en la cara.

Sin embargo, era imposible ignorar a aquel hombre. Él la cogió de los hombros e hizo que se aproximara.

—Contesta cuanto te hablo, judía. ¿Qué te pasó en la cara?

El profesor intervino antes de que Siegret pudiera responder.

—Algunos jóvenes agredieron a mi hija en la calle y le golpearon la cara y el cuerpo. He de pedirle que le hable suavemente, pues aún está muy trastornada.

—Cállese —ordenó el policía secamente—. ¿Acaso eres una especie de ramera que pelea en las calles? —preguntó a Siegret— ¿Alguno de tus clientes te dio una

paliza? Eres una sucia zorra judía.

Su voz áspera y su tono fanfarrón evocaron todos los horrores de la agresión y Siegret fue presa de un ataque de temblores incontrolables; se le caían las lágrimas e intentó hablar, pero no pudo. Los dos policías se rieron burlescamente de ella y el policía de paisano le quitó el pañuelo que llevaba en la cabeza para cubrirse las magulladuras.

—¡Déjela en paz! —Siegret oyó la voz de su padre por encima de las burlas y las risas y vio que se había puesto de pie— ¿Cómo se atreve a decir semejantes cosas a una muchacha inocente? ¿Acaso no tiene hijos y por eso se comporta así? ¿Acaso es ésta la grandeza de la nueva Alemania de la que nos hablan?

El disgusto y la furia por el modo en que trataban a su hija confirió a la voz del anciano profesor un poder que detuvo a los dos hombres; por un instante quedaron sorprendidos de su estallido, ante el hecho de que alguien se atreviera a censurarlos.

—Escuche, viejo, su hija sólo es una sucia ramera judía y usted su rufián —respondió el policía de más edad—. Quédese tranquilo si no quiere que les arrestemos y enviemos a un campo —apoyó la mano en el pecho del profesor y lo empujó hasta que el anciano cayó en el asiento.

El policía de uniforme volvió a reír y preguntó:

—¿Qué quiere hacer con la chica? ¿He de enviarla al puesto para interrogarla? Quizá le encontremos más heridas —agregó lascivamente.

Siegret esperó, transfigurada por el terror y la decisión del policía. Éste la observó como si sólo fuese un elemento del equipaje. Evidentemente, no sabía qué hacer con ella. En el momento en que abrió la boca para responder, llegó un ruido del pasillo y estalló una conmoción.

—¿Qué demonios pasa ahí?

Otro policía asomó la cabeza por la puerta y tras él Siegret reconoció el rostro angustiado del viejo que ocupaba el asiento del rincón.

—Encontramos un cargamento de plata con el que este viejo loco intentaba largarse —informó el agente secreto.

—¡No es verdad! —protestó a gritos el viejo— ¡Tengo el certificado de propiedad!

—Haga que bajen y deténgalos. Resolveremos el asunto después de que el tren haya partido.

El otro policía cogió del brazo a la esposa del anciano y la arrastró hasta que se puso de pie, aferrada a su cesta.

—Póngalos con los demás —ordenó el policía mientras los seguía. Se detuvo en la puerta y miró a Siegret y a su padre—. Judíos de mierda, no sé cómo alguien puede ocupar el mismo vagón que vosotros. —Se marchó mientras los gritos y las protestas del matrimonio de ancianos, mezclados con las órdenes de los guardianes, se apagaban pasillo abajo.

El viejo profesor abrazó a Siegret y le palmeó los hombros. El silbato de la

locomotora lanzó una breve señal de aviso y el tren abandonó lentamente la estación.

El humo de la locomotora aún permanecía en el aire por encima del paso, cuando en la oficina de Hans Meyer, en Sankt Veit, sonó el teléfono.

—Hay una llamada de Berlín para usted —le informó la operadora—. Un tal *Herr Rintlen*, del cuartel general de la Gestapo, en Prinz Albertstrasse.

Cargado de presentimientos, Meyer esperó la conexión; era imposible que la Gestapo ya se hubiese enterado del intento de huida de los Wienzman. Seguramente apenas habían llegado a la frontera y, de cualquier manera, si los habían detenido, su propio despacho habría sido el primero en recibir la noticia. De todos modos, la llamada era agorera.

La voz en el teléfono interrumpió sus pensamientos:

—¿Superintendente Meyer, de la *Kriminalpolizei* de Sankt Veit? —preguntó secamente—. Soy el *Standartenführer* Rintlen, del *Sicherheitsdienst*. Quiero hablar con usted por un asunto confidencial relativo a una persona conocida como profesor David Wienzman, actualmente inscrito como residente en su distrito, ex catedrático de medicina de la universidad de Viena.

La mente de Hans Meyer se agitó al escuchar estas palabras. El *Sicherheitsdienst*, el SD, era el servicio de inteligencia secreta de las SS, controlada por Reinhardt Heydrich, el hombre más temido del Tercer Reich, el genio del mal tras el cual estaba el ascenso de las SS con sus camisas negras y, en opinión de muchos, realmente más poderoso que Heinrich Himmler, su jefe nominal. Heydrich había dirigido la matanza de la terrible noche de los cuchillos largos en 1936, cuando los camisas pardas de Roehm fueron purgados de toda oposición a Hitler. El SD —la organización más cerrada, secreta y poderosa del aparato estatal nazi— era el medio a través del cual Heydrich ejercía su influencia sobre las SS y la Gestapo.

—Superintendente, me han ordenado informarle que el trabajo de ese hombre, Wienzman, se considera de máxima importancia —prosiguió Rintlen—. Es imprescindible que él y su familia sean enviados aquí bajo custodia.

—*Herr Standartenführer*, lamento decirle que el hombre al que se refiere fue autorizado a emigrar recientemente. Obtuvo los permisos necesarios en los ministerios de Viena y hace varios días yo mismo le entregué un pase de frontera. A estas alturas seguramente ya está fuera del país.

—Imbécil —oyó una sarta de insultos—. Ha permitido que un hombre de importancia vital abandonara el país. Dios mío, si eso es verdad, lo pagaré.

El mejor modo de responder a ese ataque consistía en hacerle frente.

—Sea lo que fuere lo que ha sucedido, la culpa no es mía —respondió Meyer—. Wienzman contaba con los permisos de su oficina en Viena, además de tener los del Ministerio de asuntos exteriores, el de economía y de la oficina de emigración. Me limité a expedirle el pase de frontera que ya estaba autorizado a solicitar. Tendrá que buscar entre los que están más alto que yo si desea encontrar a algún responsable.

—Dígame una cosa —agregó Rintlen—, puesto que tanto ha fallado en lo demás.

¿Cuándo y por dónde atravesó el profesor la frontera y quién le acompañaba?

Meyer comprendió que tenía que retrasar a toda costa la persecución que el SD y la Gestapo iniciarían en busca del profesor y su hija. Miró la hora —las once menos cuarto— y pensó que probablemente en aquel momento estarían cruzando la frontera. Una simple llamada telefónica podría detenerlos.

—El profesor se disponía a viajar con su hija —replicó cuidadosamente—. El pase los autorizaba a cruzar la frontera con Italia en cualquier punto de este distrito policial. En cuanto a la hora de partida —vaciló—, no estoy seguro. Quizá lo mejor sea que consulte con los guardias de la frontera. Es posible que todavía se encuentren en Austria, es decir, en suelo alemán. En ese caso podré enviárselos.

—Haga todo eso y telefonéeme en cuanto sepa algo.

Terminada la conversación, Meyer pensó que con suerte podría demorar un par de días la persecución y ello probablemente permitiría que Siegret y el profesor salieran de Italia y quedaran fuera del alcance de la Gestapo.

En Berlín, Paul Rintlen permaneció un momento ensimismado, luego cogió una carpeta, salió al pasillo y caminó hasta una puerta situada en el extremo. Rintlen era un hombre moreno y delgado, con la estructura ligera de un austríaco en lugar del aspecto típicamente nórdico de los alemanes del norte. Su expresión era inteligente y habría sido guapo de no ser por el mentón demasiado estrecho y puntiagudo, por lo cual había adquirido la costumbre de acariciarse y masajearse constantemente la mandíbula con los dedos, como si intentara ocultarla.

La puerta del extremo del pasillo daba a un gran salón que contenía un sofá de cuero, varias sillas para visitantes y, en un extremo, un pequeño escritorio ante el cual estaba sentado un funcionario vestido como Rintlen, con uniforme gris guarnecido de plata.

—Lindeman, ¿el jefe está libre? —preguntó—. Ha surgido un problema con el caso Wienzman.

Lindeman se puso de pie y llamó suavemente a la puerta situada a sus espaldas.

—*Standartenführer* Rintlen —anunció y retrocedió para cederle el paso.

Odiado y temido más que cualquier otro hombre del Tercer Reich, Reinhardt Heydrich representaba a los ojos de muchos todo lo que el Gobierno alemán postulaba. Alto, rubio y llamativamente guapo, poseía un aire de energía y vitalidad irresistibles y una ambición implacable que lo había llevado hasta el círculo más elevado dentro del Estado. En ciertas esferas se comentaba que Heydrich, con mucho la mente más inteligente de la jerarquía nazi, era el único hombre de Alemania que Hitler temía. A decir verdad, con el correr de los años, el jefe del SD había abierto expedientes detallados e incriminatorios sobre todas las personas significativas, incluidos tanto su jefe actual, Himmler, como el primer ministro, Herman Goering. Quizá entre esos documentos cuidadosamente guardados también existían archivos de secretos que el Führer mismo querría ocultar.

Rintlen había quedado un tanto sorprendido cuando le asignaron una tarea tan

rutinaria como el rastreo de Wienzman y más aún cuando le ordenaron que comunicara directamente a Heydrich los resultados. Comprendió que el caso, debía poseer algún aspecto especial que todavía no le habían revelado y explicó con cierta ansiedad el fracaso de sus gestiones.

Durante un instante Heydrich permaneció impasible, luego su rostro adoptó una expresión de desagrado y finalmente maldijo con tanto rencor que Rintlen se sobresaltó.

—*Obergruppenführer*, existen buenos motivos para creer que el hombre y su hija ya se encuentran en Italia. En ese caso, una solicitud especial al Ministerio del Interior italiano tendrá que producir resultados.

Heydrich le indicó con un gesto que guardara silencio.

—No se trata de un profesor cualquiera que huye del país —dijo secamente—. Sobran profesores y la Gestapo puede ocuparse de ellos. Wienzman no es importante por lo que es o por lo que hace sino por lo que fue —encendió un cigarrillo y le lanzó uno a Rintlen, que sonrió interiormente. Para el público en general, su jefe no era un hombre con vicios como el tabaco y el alcohol—. La gente de Goering busca a Wienzman, aparentemente porque la Luftwaffe quiere que continúe con sus investigaciones médicas. No obstante, eso es sólo una tapadera. Por mi parte, estoy convencido de que Goering ha descubierto que existe una relación entre ese hombre y un alto funcionario estatal. Naturalmente, mi tarea consiste en investigar.

Rintlen sintió que le cubría una sombra de temor. Los riesgos de intervenir en una lucha entre semejantes adversarios producían terror. Cualquiera que fuese el resultado, ofendería a uno de los hombres más poderosos del Estado, y ambos eran famosos por su crueldad y su odio implacables. Las palabras que a continuación pronunció Heydrich confirmaron sus sospechas:

—Irás a Sankt Veit, encontrará a Wienzman y lo detendrá junto a cualquier otro miembro de su familia. Irá solo y si se ve obligado a recurrir al apoyo de la policía local, no les dirá nada. No se guardarán datos del arresto ni de ninguna acción relacionada con el mismo. También traerá sin leerlos todos los documentos personales que encuentre.

—¿Y si ya ha atravesado la frontera con Italia?

Heydrich le dirigió una dura mirada.

—Lo seguirá vaya a donde vaya y cumplirá su tarea; nuestras misiones en el extranjero recibirán instrucciones para proporcionarle toda la ayuda que necesite.

—Comprendido, *Obergruppenführer*. Puede confiar en mí. —Rintlen se puso de pie y saludó—: *Heil*, Hitler.

—*Heil*, Hitler —Heydrich sonrió torvamente—. Nuestros saludos demuestran nuestra reverencia al líder. Sin embargo, confío que durante esta misión específica usted recordará en todo momento a quién concede su lealtad inmediata, aunque en ocasiones ello parezca entrar en conflicto con su lealtad al partido y a sus funcionarios —hizo una breve pausa—, tal vez incluso con la autoridad suprema.

De regreso en su despacho, Rintlen se sirvió una buena medida de *Schnapps*, la bebió de un trago y volvió a llenar el vaso. Notó que le temblaban ligeramente las manos. En años anteriores, se había hecho cargo de trabajos muy difíciles y brutales que cumplió sin remordimientos. En Alemania, el camino al poder había sido duro e implacable, pero esta misión... volvió a estremecerse, tomó otro trago y saboreó la ardiente bebida que recorría su garganta; no tenía dudas sobre las consecuencias de las últimas palabras de Heydrich. Wienzman debía ser eliminado, los documentos incriminatorios acerca de sus antecedentes tenían que volver a sus manos y no se permitiría que ni siquiera la autoridad suprema del Estado lo impidiera.

DESMOND YA HABÍA ADIVINADO los temores de Ralph Kendricks. El nerviosismo creciente del radiotelegrafista le resultó evidente desde que, dos días atrás, en Durban, les comunicaron la noticia del vuelo transatlántico. Pero aún no sabía qué decisión tomar. En algún momento todos los aviadores tenían miedo y serían inhumanos si no fuera así. El mal tiempo, los vuelos nocturnos, un equipo defectuoso o un fallo de los motores en cualquier momento podían llevarlos a pocos segundos de la muerte. Desmond recordó algunas experiencias personales, vuelos difíciles. Un aterrizaje de emergencia en los Pirineos, en ruta hacia Lisboa, cuando obligado a perder altura a causa de una tormenta se encontró rodeado por los cuatro costados por las escarpadas laderas que se elevaban por encima de él a través de las nubes. En aquel momento conoció el miedo y sólo la suerte le permitió encontrar una salida en medio de los valles tortuosos y rodear las superficies rocosas bajo la tenue luz. También experimentó un fallo de los motores sobre el mar, lejos de la costa francesa, y un incendio en el aire en Croydon, Inglaterra, cuando realizaba uno de los primeros viajes para la Imperial.

Todos los aviadores tenían recuerdos semejantes. Aunque las técnicas y los equipos modernos volvían menos peligrosas sus tareas, ello quedaba más que compensado por el constante esfuerzo hacia logros cada vez más difíciles: viajes nocturnos, vuelos transaharianos, a través de los Andes y sobre el Pacífico. Viajes cada vez más largos y agotadores, y el más difícil y peligroso era la travesía del Atlántico norte, el trayecto con los peores factores atmosféricos del mundo.

Ralph había vivido una mala experiencia. Probablemente el miedo lo acompañaría siempre, al igual que a él el temor de aquellas terribles salientes de rocas de los Pirineos, que había rodeado el aparato. Era más importante saber si poseía la resistencia, la decisión espiritual de hacer retroceder el miedo y continuar. Desmond pensó que el vuelo daría la respuesta, fuera cual fuese.

LA LLUVIA CAÍA EN FORMA de cellisca sobre el camino y llegaba inesperadamente a la bahía de Chesapeake.

—He venido a recoger mi avión —dijo Pat Jarren a los tres hombres sentados alrededor de una estufa de petróleo en la cabaña—. El Supermarine S4.

—¿Qué piensa hacer con este avión? —preguntó uno de los hombres.

—Colecciono máquinas voladoras históricas. Las compro e intento restaurarlas. Tengo un Curtis Navy Racer CR-3 y un Fairey F17 Compañía —tal como esperaba, esta explicación le hacía aparecer como un tonto rico con más dinero que juicio y los hombres no se interesaron en él—. ¿Está listo el avión? Tengo poco tiempo y he de recorrer un largo camino.

—Está listo. ¿Piensa llevárselo con este tiempo? —al ver que Jarrett asentía con la cabeza suspiró y cogió un hule negro—. De acuerdo, compañeros, entreguémosle el avión.

Fue necesario el esfuerzo de los cuatro para enrollar las puertas metálicas del hangar que estaban heladas. En el interior, Pat vio dos aeroplanos anfibios ligeros y, en un extremo, el perfil blanco plateado del Supermarine apoyado en su almacén de lanzamiento.

—Lo engancharemos al tractor y lo deslizaremos por la rampa hasta que despegue —el capataz se secó el agua de lluvia que le había caído en la cara y su voz resonó en el amplio espacio del tejado.

El aparato tenía casi ocho metros de largo y una envergadura de alas ligeramente superior, con una altura de poco más de tres metros sesenta en la cola; el esbelto y potente fuselaje, los largos flotadores y las alas situadas debajo y delante del asiento del piloto, proporcionaban a la aeronave un aspecto impresionantemente aerodinámico y práctico. El morro, los puntales de los flotadores y las superficies superiores de las alas estaban revestidos de una capa de duraluminio; el resto de su estructura brillaba recién pintada de blanco.

Tres cuartos de hora después, con el avión lleno de combustible y realizadas las comprobaciones previas al vuelo, Pat estaba sentado en la pequeña y atestada carlinga abierta, protegido por un grueso traje de vuelo de cuero, un casco forrado en piel, gafas y manoplas.

La pequeña aeronave aumentó de velocidad y avanzó rasando la superficie del agua. Jarrett tuvo conciencia del viento y del rocío que llegaba hasta el borde de la carlinga. El sonido del motor se convirtió en un grito agudo mientras bramaba sobre la bahía.

Durante los minutos siguientes, ignorante de la lluvia que le golpeaba desde la cubierta, Jarrett hizo piruetas con el aparato: ascendió, se lanzó en picado, se inclinó al virar, hizo rizados y vueltas, entregado a la alegría de volar en un avión monoplace de gran rendimiento. Desde el final de la guerra no había disfrutado de un placer tan completo.

EN JARTUM REINABAN EL CALOR y la humedad. En cuanto abrieron la puerta del

hidroavión, el aire alcanzó a los ocupantes como si se tratara de una entrada de vapor.

La ciudad era una sofocante y remota avanzada colonial, capital de una de las regiones más aisladas del mundo, y todos se alegraron cuando Desmond anunció que reanudarían el viaje en cuanto terminaran de repostar combustible. Servirían el almuerzo durante el vuelo.

El agotamiento del largo vuelo, sumado a la tensión de los acontecimientos del día anterior se dejaba sentir. Una vez conectado el piloto automático y sin la necesidad de evitar colinas o de estar atentos a los cambios de rumbo, permanecieron en fatigado silencio, concentrados en sus pensamientos, con la mente embotada por el ruido y la vibración de los motores y los ojos doloridos por el resplandor del sol.

A la una y cuarto de la tarde volvieron a despegar, esta vez de las aguas egipcias de Wadi Halfa, después de la última parada del día para repostar combustible. Poco había que ver y hacer allí, salvo permanecer en la aeronave y esperar que llenaran los tanques para el vuelo de novecientos sesenta y cinco kilómetros hasta el delta, y a que trasladaran y seleccionaran las sacas de correspondencia. El calor no había menguado y la humedad tampoco. Del desierto de Nubia soplaban un viento cálido y el aire estaba cargado de polvo.

Después de hablar un rato con el representante de la compañía, quien le comentó que se había enterado del accidente, Desmond pensó que era muy probable que le quitaran el mando del vuelo atlántico. Seguramente le darían la ruta desde Ciudad de El Cabo hasta El Cairo, para que pasara una y mil veces por el escenario de la muerte de Thorne. La idea le enfureció y apretó severamente la boca cuando volvió a sentarse detrás de los mandos. Estaba decidido a realizar el vuelo transatlántico a toda costa. Si la junta intentaba responsabilizarlo del accidente, lucharía hasta las últimas consecuencias.

Las otras tres personas que ocupaban la cubierta de vuelo percibieron el malestar del comandante y guardaron silencio, cumpliendo cuidadosamente sus tareas para evitar reprimendas. Sólo después de varios minutos de vuelo, Ralph Kendricks le palmeó el hombro, le pasó un papel y le dijo:

—Jefe, será mejor que vea esto. Es un informe meteorológico que acaba de llegar de El Cairo. Sospecho que trae malas noticias.

Mensaje radiofónico: EL CAIRO A G-ADHO IMPERIAL109. 14:30 HORA LOCAL. SERVICIO METEOROLÓGICO INFORMA FUERTE DEPRESIÓN PROCEDENTE DESIERTO LIBIA. PRESIÓN 998 mb. EN DESCENSO. TEMPERATURA TIERRA 21 GRADOS. VIENTOS DE 40 NUDOS DEL SUROESTE. FUERTE TORMENTA INMINENTE. FIN.

—Se trata de un *hamsin* —comentó Ken Frazer cuando Desmond le pasó el papel—. A juzgar por esto, se interpondrá en nuestro camino —dirigió la mirada al mapa que tenía desplegado sobre las rodillas, en el que un momento antes había marcado el rumbo del avión. Agregó inseguro—: Quizás exista la posibilidad de que podamos correr más que el viento.

—Eso es lo que intentaremos —coincidió Desmond. Puesto que les faltaban menos de tres horas para llegar al delta, si volaban a velocidad máxima existía la posibilidad de que lograsen atravesar el camino de la tormenta y adelantarla. Los vientos les eran favorables; el único problema consistía en determinar a qué distancia de la ciudad se encontraba el centro de la tormenta y a qué velocidad avanzaba—. Dime la cantidad exacta de combustible que necesitaremos para mantener la velocidad máxima de crucero hasta El Cairo y comprueba si disponemos de reservas suficientes —pidió a Frazer.

Frazer se humedeció los labios con la lengua y preguntó con evidente nerviosismo:

—¿Entonces no se preocupará por el tanque del ala?

—Prefiero correr el riesgo de que la reparación no resista a tratar de amerizar en medio de un *hamsin* —el tono de Desmond era seco y no estaba de humor para ser indulgente con las angustias del segundo oficial—. Hoy el tanque no nos ha planteado problemas.

La alternativa consistía en amarrar en el río y aguardar hasta que el *hamsin* pasara para despegar de nuevo, pero a pesar de que esta propuesta parecía simple, para Desmond era la menos atractiva. A nivel de tierra, las consecuencias del viento y la arena serían nefastas. Además de la dificultad de amarrar perfectamente al *Caterina* en tales condiciones, existía la posibilidad de que los motores quedaran tan atestados de polvo que resultaría imposible volver a encenderlos, y estaba decidido a evitar otro día de demora.

—Claro que si lo encontramos en el desierto abierto, podremos sobrevolar la tormenta —profirió Frazer esperanzado.

Desmond no respondió. Aunque teóricamente Frazer tenía razón en el sentido de

que si encontraban la tormenta aproximadamente una hora después tendrían muchas posibilidades de esquivarla aumentando la altura, era mucho más probable que la tormenta los alcanzara a medida que se aproximaban a El Cairo, donde debían perder en vez de ganar altura.

—Continuaremos a velocidad máxima —declaró después de comprobar las reservas de combustible. Luego se dirigió a Ralph Kendricks—: Informa a El Cairo que quiero saber todo sobre la tormenta en cuanto sea posible.

Por el momento la superficie del desierto seguía en calma y el horizonte era una línea recta y despejada, no perturbada por el menor indicio de una nube, pero una hora, o poco más, después, verían el paso del *hamsin* que se lanzaba sobre ellos por una senda convergente. Iban a toda velocidad hacia el norte.

—¿NO HEMOS VISTO SUFICIENTE? ¿A qué esperamos? —el aullido de la tormenta de arena arrancó las palabras de la boca del egipcio y las volvió apenas audibles, puesto que ya estaban apagadas por el paño que se había puesto para protegerse del polvo volante.

Agachado cerca de la cima de una duna, Rashid al Senusi observaba el camino, seis metros más abajo. Era innegable que el estado del tiempo empeoraba rápidamente. Las grandes ráfagas de viento levantaban arena de las crestas de las dunas que los rodeaban en largos torrentes serrados e impulsaban frenéticamente el polvo a través de la llanura abierta. Los dos estaban protegidos relativamente por una pequeña caverna en la que se guarecieron, pero quedaban expuestos y estaban incómodos, hecho que sin duda el egipcio sentía agudamente.

—Lo hemos visto todo, no perdamos más tiempo —insistió—. Regresemos. Mañana volveremos —tiró de la túnica de Rashid—, retornemos.

Rashid apartó con ira la mano del hombre.

—Quédate quieto —dijo secamente—, vigila el camino. Sólo hay un poco de viento.

Maldijo mentalmente a los egipcios, campesinos y granjeros que eran inútiles en el desierto. Unas pocas horas sin agua, la amenaza de una tormenta y estaban liquidados. Las generaciones de vida fácil cerca del delta y en las orillas del gran río los habían ablandado hasta el punto en que serían menos útiles que una mujer entre las tribus nómadas del verdadero desierto.

Gracias a Dios, algunos de los suyos le acompañaban. Aguerriados incursores salidos del Sahara, hombres que podían viajar todo el día después de ingerir un puñado de dátiles y medio vaso de agua salada y, además, luchar con valentía. Hombres que no temían morir luchando antes que someterse al dominio de un amo extranjero.

Para él, la lucha había durado tanto tiempo que ya no podía imaginar otra vida. Sus primeros recuerdos se remontaban al paso de los desfiladeros de las colinas con

los miembros de la tribu de su padre, fuera del alcance de los proyectiles de la artillería italiana, pegado a las laderas de roca mientras los aviones recorrían los estrechos valles lanzando fuego de ametralladora y bombas de metralla. Podía recordar tan vívidamente como si fuera ayer el terrible rugido de los motores de los aviones que se lanzaban en picado sobre ellos, el fragor de las explosiones cuando las bombas estallaban en medio de la columna, el sonido que retumbaba en los costados de la cañada, el penetrante olor a cordita, los gritos de las mujeres y los niños, los heridos y los caballos que luchaban sobre la tierra mientras su sangre se mezclaba en la arena.

El enemigo tenía una fuerza abrumadora y pasó mucho tiempo hasta que los árabes asimilaron aquel nuevo método de combate. Rashid había participado en más de un delirante ataque a caballo contra los fuertes italianos, ataques que se convirtieron en sangrientas derrotas cuando las ametralladoras y los morteros abrieron fuego. En el último combate, vio a sus tres mejores amigos volar hechos añicos diez metros más adelante, cuando una salva de bombas estalló junto a las patas de sus caballos.

Después de aquello volvieron a las viejas maneras: hacer incursiones en grupos pequeños, atacar sigilosamente por la noche, preparar emboscadas y desvanecerse en las inmensas regiones vacías que se extendían más allá de la franja costera. Asolaron las caravanas, las granjas y las pequeñas avanzadas del ejército de ocupación. Joven guerrero a los trece años, a los quince Rashid era un veterano de la guerra de guerrillas endurecido por las batallas, y su cabeza tenía precio.

Ese precio fue cobrado un día de 1933, cuando un destacamento militar lo sorprendió en casa de su padre, cerca de Tobruk, en Cirenaica. Cogido y capturado antes de darse cuenta de lo que ocurría, por decreto del gobierno militar el joven jeque fue enviado por mar hasta Italia como rehén de la buena conducta de su padre y su pueblo.

Para su desconcierto, lo trataron bien. En aquella época regía una nueva política según la cual los hijos de los jeques y jefes árabes de zonas turbulentas serían educados y les inculcarían la comprensión del modo de vida italiano, con la convicción de que, a su regreso, se amoldarían al dominio colonial. En el caso de Rashid, esto lo enfrentaba a un dilema: por un lado estaba decidido a continuar con la lucha por la libertad y, por otro lado, sentía un apasionado deseo de adquirir los conocimientos que daban tanto poder a sus enemigos.

A la larga fue su padre quien decidió por él. En una carta, le dijo: «Hijo mío, para nosotros la guerra está perdida y seguir luchando sería inútil, pues sobre nuestro pueblo caerían la muerte, las penurias y la desdicha. Por el momento debemos esperar y confiar en que las cosas puedan cambiar para nuestros hijos, en que quizá nuestros enemigos se debiliten y un día tú regresarás y mostrarás a nuestro pueblo cómo librarse del yugo que durante tanto tiempo ha pesado sobre nosotros. Acepta lo que tus captores te ofrecen, acepta lo que puedan enseñarte, pero no olvides jamás que

eres del desierto, que eres un príncipe de los Senusi y que tu hogar está con nosotros».

A partir de aquel día no hubo estudiante de la cultura europea más consagrado que Rashid. Sus superiores estaban tan satisfechos que incluso permitieron que lo enviaran al colegio militar Victor Emmanuel de Roma.

—Estoy seguro de que mañana D'Este vendrá por este camino —insistió el egipcio, y volvió a tirar de la manga de Rashid—, siempre siguen el mismo recorrido.

No había dudas de que estaba a punto de desencadenarse un verdadero *hamsin*.

—Vendrá como dices —Rashid se volvió furioso hacia su compañero que retrocedió contra la pared de la cavidad—, a menos que tu información sea un montón de mentiras.

—No, es verdad, lo juro, mi jeque, lo juro por mi madre y mi hermana. D'Este participará en la gran carrera. Su coche es rojo. Se dice que puede ganar.

D'Este, D'Este, los recuerdos que ese apellido evocaba se tomaban más amargos cada vez que lo oía y renovaba la fuerza del juramento que había prestado. No hacía más de un año que un mensaje urgente, que le entregaron secretamente a pesar de la vigilancia de sus supervisores, lo convirtió de nuevo en un rebelde buscado mientras huía de regreso a su patria, un mensaje que contenía ese nombre y cuyo texto quedaría eternamente grabado en su cerebro.

—D'Este debe venir —aseguró el egipcio, con el rostro convertido en una máscara de angustia, ya que el miedo a los rebeldes del desierto parecidos a halcones hacía mucho tiempo que había consumido su codicia natural, que fue la que lo convenció a actuar como guía—. Se va a Estados Unidos dentro de dos días y su esposa lo acompañará. Esta noche asistirá al baile real en el palacio y mañana participará en la carrera hasta El Faiyum. Ya he dicho a su Alteza todo lo que sé. ¡Creedme!

—¿Existe algún motivo por el cual no habría de hacerlo? —inquirió Rashid—. Sabes que tu vida depende de ello. —Se puso de pie y se cubrió la cabeza con la capucha de la túnica—. He visto bastante. Cogemos los caballos y regresaremos a la ciudad a buscar a mis hombres. Cuando D'Este pase mañana por aquí, lo estaremos esperando.

JACQUETTA D'ESTE SE HABÍA equivocado al suponer que su marido tenía una aventura con Charlotte Curtis. Por el momento, no había superado la etapa de un moderado coqueteo. Etapa que, aunque muy gozosa, apenas podía considerarse un gran idilio, pensó Luca mientras bebía a solas un coñac, después de almorzar, en la terraza del Hotel Shepherd. Estaba decidido a modificar aquella situación.

Jacquetta había salido a cabalgar, pasatiempo que últimamente practicaba con frecuencia, hasta tal punto que Luca llegó a pensar si no se reuniría con un amante en los largos períodos diurnos en que estaba ausente. Durante unos días incluso sintió

celos; ciertamente, su esposa era lo bastante hermosa para atraer a muchos admiradores y dudaba de que a la luz de su propia conducta pasada ella sintiera culpa al engañarlo. Sin embargo, una discreta vigilancia reveló que dedicaba realmente el tiempo a cabalgar entre las dunas y los lechos de los ríos en el linde del desierto, región que evidentemente prefería a las zonas más populares que rodeaban el río o a las plantaciones de cítricos de las zonas irrigadas cercanas a la ciudad.

—Buenas tardes, barón, nos honra con su presencia. ¿Está todo bien? —El interlocutor era un hombre de altura media, próximo a la cuarentena e impecablemente elegante con su traje oscuro.

—Mi querido Freddy, su cocina es muy superior a la de la embajada —Luca saludó afablemente al recién llegado—. ¿Le apetece un coñac? —señaló la silla que estaba a su lado y el gerente del hotel la aceptó con una ligera reverencia—. Un coñac para el señor Müller. —Luca se dirigió al camarero que se había acercado silenciosamente. Siguió hablando mientras bebían—: Freddy, otra temporada en El Cairo se acerca a su fin. Creo que ha sido buena.

—Sí —respondió el gerente después de reflexionar un momento—, ha sido buena, una de las mejores, ciertamente debería decir la mejor en diez años, por lo menos, pero quizá... —titubeó.

—Por favor, prosiga —Luca lo observaba atentamente.

—Estaba a punto de decir que esta última temporada ha sido la más alegre y brillante en muchos años. El Cairo nunca contó con tantos visitantes distinguidos: reyes, nobles, estadistas, estrellas de cine, millonarios, escritores, un verdadero encuentro de gente mundana. Las mujeres nunca han estado tan hermosas ni sus ropas han sido tan elegantes. En esta temporada se han celebrado las fiestas más pródigas y deslumbrantes que recuerdo, apenas ha pasado una noche sin que en el Shepherd se diese un baile o una gran cena y ahora, con el matrimonio de la hermana del rey con el futuro emperador del Irán, los festejos serán aún más espectaculares. Pero detrás de toda esta alegría y esta gracia de este goce ilimitado, creo presentir una corriente subterránea de apremio, casi de desesperación, como si de algún modo la gente pensara que no puede durar para siempre.

—Por favor, Freddy —Luca rió—, como todos los suizos es usted un pesimista. La gente está contenta porque el verano pasado pensaron que estallaría la guerra en Europa y ahora se ha evitado. Coincido en que ha sido una temporada maravillosa, pero no percibo en ninguna parte ese aire de desesperación al que se refiere.

—Bueno, barón, quizá como usted dice soy pesimista y demasiado sensible. ¿Cree que no habrá guerra? —tomó otro trago de coñac.

—La guerra... Siempre hay guerra en alguna parte —respondió Luca con desdén.

—No, me refería...

—Se refiere a una gran guerra, entre Alemania y Francia o, por ejemplo, Inglaterra —Luca rechazó la idea con un gesto de la mano—. Creo que no hay muchas posibilidades. La mirada de Hitler se dirige al este. Quizás Alemania y Rusia

se enfrenten algún día, pero supongo que durante un tiempo no habrá guerra en Occidente.

—Pero los ingleses y los franceses han comenzado el rearme —murmuró Freddy.

—Igual que Alemania, Japón e Italia, pero ello no significa que estén a punto de enfrentarse. Terminemos con esta charla deprimente —dijo Luca con cierta aspereza—. Dígame, ¿cree que tengo posibilidades en la carrera de coches de mañana?

—Se rumorea que posee el coche más veloz —respondió Freddy afablemente—. También se dice que el comandante O'Neill es el contrincante más peligroso. En cuanto a la habilidad para conducir —extendió las manos—, no soy juez, pero las apuestas están a su favor.

—Freddy, si gano daré una gran fiesta en el Shepherd para celebrarlo —agregó Luca jovialmente—. Todo con los colores de mi coche. Y después habrá cena y baile en los jardines.

—Confieso que ya hemos iniciado los preparativos para complacer al ganador. Transmitiré sus intenciones a los *chefs*. Sólo espero que el viento amaine antes de la carrera.

—Esta noche habrá pasado y mañana el día estará despejado y más fresco —afirmó Luca con optimismo—. Por lo tanto, diga a los *chefs* que lo preparen todo. He de irme —se puso de pie y el gerente del hotel se levantó de inmediato—. He prometido acompañar a la señora Curtis al palacio del príncipe Suleimán.

El príncipe Suleimán era un egipcio de riqueza sin parangón que vivía en un palacio de estilo rococó surgido de un cuento de hadas en la ribera occidental del río, más allá del puente Bulak, en un barrio pobre y predominantemente árabe cuyas calles oscuras y curvas y sus escuálidas viviendas destacaban las líneas extravagantes del que se consideraba el más hermoso de los numerosos palacios de El Cairo. Aunque viudo y setentón, el príncipe había sido una de las figuras más destacadas de la sociedad cairota y las invitaciones a su palacio eran aún muy solicitadas. Luca, que conocía bien al anciano, esperaba que la grandeza y el lujo de los edificios y los magníficos jardines contribuyeran a la seducción de Charlotte.

El príncipe había enviado una barca a recogerlos, una maravillosa nave oriental tripulada por una docena de remeros y un dosel de seda sobre la popa profusamente tallada para dar sombra a los invitados. Ahora el viento era más fuerte, pero todavía no resultaba desagradable, y Luca comprendió que tendrían que regresar por carretera; en el río, el aire era más fresco y menos polvoriento.

Charlotte se apoyó en la popa y observó el río. Luca la miraba fijamente y apenas reprimía el deseo que ella le inspiraba. ¿Era simplemente un deseo de placer físico o una atracción estética lo que la impulsaba a anhelarla tanto? ¿Se debía a que sus instintos le indicaban que ella sería una amante incitante o sólo le estimulaba la dificultad de la conquista y la idea de la mujer despojada de su hermosa ropa y libre de la frialdad y la actitud con que lo mantenía a distancia?

—Es una pena que sople el *hamsin* —comentó Charlotte al tiempo que fruncía el

ceño—. Me habría encantado venir aquí una tarde realmente perfecta.

Luca no respondió. A juzgar por su experiencia, convenía ignorar las quejas de una mujer sobre este tipo de cuestiones. Si se las trataba con respeto, solían adoptar una importancia exagerada. Confiaba en el esplendor del palacio para lograr que ella bajara la guardia. Aquella tarde era la última oportunidad que le quedaba antes del retorno del marido de Charlotte y estaba decidido a aprovecharla al máximo.

La barca se acercó a un punto donde los lujosos jardines descendían hasta un malecón de mármol, en medio del cual aparecía un atracadero de mármol blanco con lámparas y pasamanos de plata que semejaba una enorme joya. Oyeron débilmente los sonos de la música: Luca comprendió que cerca debía de haber músicos ocultos que saludaban a los invitados. Criados vestidos de librea los aguardaban en el atracadero.

La escena no podía ser más perfecta y oyó que Charlotte jadeaba de asombro. La cogió del brazo, la ayudó a cruzar la compuerta y entraron en los jardines de palacio.

AL PRINCIPIO, EL VIENTO no había molestado mucho a Jacquetta D'Este. Había ido en coche hasta los establos del linde del desierto, más allá de los suburbios, aproximadamente a treinta kilómetros, donde guardaba su caballo. Éste era un excelente bayo castrado que se llamaba *Balbo*, regalo de Luca en su onomástica de hacía tres años, en uno de sus excepcionales arranques de afecto. Aquella temporada lo había traído consigo desde Italia.

La mayoría de los jinetes se dirigían, invariablemente, hacia las pirámides y la Esfinge, cuya masa colosal se alzaba en la arena a escasa distancia. Aquel día, sin embargo, sólo unos pocos turistas desafiaban el polvo que volaba. A pesar de ello, Jacquetta dirigió a *Balbo* hacia campo abierto, en dirección al sudoeste. Aquella tarde sentía la necesidad de estar lejos de la gente e incluso había pedido al mozo de cuadra que generalmente la acompañaba que se quedara con el chófer.

En cuanto se alejó de los establos, Jacquetta dio rienda suelta al caballo y corrieron a todo galope hacia las colinas. La alegría la invadió cuando sintió que el viento hacía ondear sus cabellos y oyó el rápido tamborileo de los cascos de *Balbo* en la arena. El caballo percibió el entusiasmo de su amazona y respondió, acelerando aún más el paso.

Cuando se detuvieron, Jacquetta observó que estaba en medio de las colinas y que el polvo que chocaba contra su cara era más desagradable de lo que supuso al principio. Se sintió incómoda y apremió a *Balbo* al trote para dirigirse hacia la protección del terreno quebrado. Pocos minutos después encontró el lecho de un torrente seco que se enroscaba tortuosamente en dirección a las colinas, y ofrecía un sendero fácil de seguir por el caballo y bastante protección pese a que las orillas no eran demasiado altas.

No tuvo dificultades para encontrar el modo de bajar por el canal y poco después

Jacquetta seguía el torrente hacia su origen. Cabalgó lentamente para que el caballo pudiera moverse entre las piedras que cubrían el suelo y también para tener tiempo de pensar.

Como ocurría tan a menudo, pensaba en Luca y en el futuro de ambos juntos. Cada vez más, durante los últimos años y en especial en los últimos dos o tres meses, su situación se tornaba aparentemente intolerable. Las aventuras de su marido crecían en descaro y parecía no preocuparse en lo más mínimo por la impresión social que daba. La humillaba en público constantemente, y en privado abusaba de ella y la maltrataba. Tenía carácter de tirano y parecía obtener un auténtico placer al verla sufrir. La ignoraba sexualmente durante varios meses seguidos y, a juzgar por los rumores que circulaban, Luca estaba degenerando rápidamente, hasta el extremo de que sólo el estímulo de una nueva conquista le daba capacidad sexual.

Jacquetta era una mujer muy sensual y para ella hacer el amor había constituido uno de los placeres más importantes del matrimonio; detestaba aún más a Luca por obligarla a pasar las noches insatisfecha y solitaria mientras él se divertía con su última querida. Desde luego, la solución obvia era hacer lo mismo que algunas de sus amigas, buscarse un amante, pero Luca estaba atento y vigilante y ella deseaba una solución más estable, algún tipo de separación que le permitiera vivir lejos de su marido. Sabía, sin embargo, que Luca jamás lo aceptaría.

Preocupada, siguió cabalgando. El canal poco profundo se convertía en una cañada de paredes más escarpadas y rocosas. Jacquetta apenas había reparado en la tormenta que se avecinaba.

—ALTEZA, ¿POR QUÉ D'ESTE debe morir? —preguntó el egipcio cuando habían cubierto casi la mitad de la distancia de regreso a la ciudad y se refugiaron momentáneamente con los caballos en las ruinas de una aldea abandonada. El egipcio no deseaba seguir avanzando y hacía incesantes preguntas con la esperanza de postergar el momento en que Rashid le obligara a continuar—. Alteza, ¿por qué odiáis tanto a ese italiano?

—Asesinó a mi padre y a mi hermana —respondió Rashid y permaneció indiferente a los comentarios del egipcio.

Era imposible expresar sus sentimientos cuando recibió la noticia en Italia: «Tu padre ha muerto, asesinado por las tropas; se lo llevaron en un avión y lo dejaron caer sobre la aldea. A tu hermana Rathine se la llevaron al palacio del gobernador, a Trípoli».

Los recuerdos de Rashid en torno a los crímenes que de niño había visto perpetrar a los italianos poblaron su mente. Y el egipcio le preguntaba por qué odiaba a esos hombres que condenaron a su padre a una muerte canallesca. Al barón D'Este no le habían importado la justicia ni los tratados, ni los sentimientos del pueblo que despóticamente gobernaba; su única preocupación consistía en que su provincia

permaneciera en orden y por ello había dado la orden de que su padre fuese arrojado desde un avión sobre una de las aldeas.

Al menos su padre murió rápidamente. Rashid sentía una furia impotente al pensar en el destino de su hermana. En Trípoli el gobernador tenía un gran palacio de cúpulas doradas y fuentes de mármol en los jardines; a los dignatarios les había gustado obligar a las hermosas doncellas árabes a bailar desnudas en las fuentes y Rathine había sido muy bella. Murió durante la segunda noche que pasaba en el palacio, arrojándose desde un balcón en una triste parodia de la muerte de su padre. Los hermanos habían estado muy unidos. La madre murió cuando eran muy pequeños y como el padre estaba ocupado con los asuntos de sus tribus, en la infancia se habían proporcionado compañía y consuelo. Más tarde, cuando Rashid luchaba junto a los rebeldes, la visitaba siempre que podía. La muerte de Rathine le golpeó más profundamente que la de su padre.

Desmond O'Neill se dirigió al salón de fumar para almorzar, preocupado aún por la tripulación. En lo que se refería a Frazer, no cabían dudas de que tendría que irse. Pero no estaba tan seguro con respecto a Ralph Kendricks. Era un excelente radiotelegrafista cuyas cualidades respetaba. Pero sufría mucho ante la perspectiva de otro vuelo a través del Atlántico, del océano que en una ocasión había estado a punto de quitarle la vida. Desde luego, lo más sencillo sería dejarlo libre de servicio cuando llegaran a Inglaterra. Cualquier pretexto serviría. El problema consistía en que Ralph necesitaba superar su temor. Si elegía o le daban una salida fácil, sería un fracaso ante sus propios ojos para el resto de su vida. Pero Desmond no sabía hasta qué punto era justo poner en peligro la seguridad del aparato a fin de que el radiotelegrafista tuviese la posibilidad de mostrarse a sí mismo su propia valía.

En el pasillo se encontró con Sandy, que regresaba del salón de fumar, con la cara roja y una expresión de furia.

—El señor Curtis está almorzando allí, jefe —señaló el lugar con un movimiento de cabeza—. Quería saber si reducirá nuestra escala en El Cairo a fin de compensar el tiempo perdido. Le dije que en todo caso nos quedaríamos más tiempo mientras los mecánicos revisaban a fondo el sistema de combustible, y cuando me oyó estuvo a punto de subirse por las paredes. Parecía que nuestro propósito es mortificarlo.

—De acuerdo, Sandy, me ocuparé de ello —lo tranquilizó Desmond—. ¿Se portan bien los demás pasajeros?

—Todos con excepción de la señora Johnson, que se queja de que Draper ha sido descortés con ella. Probablemente es verdad, pero sólo porque ella le ha estado fastidiando durante toda la mañana. Le dije que seguramente estaba equivocada e hice que Andy le pidiera disculpas, pero sigue de mal humor.

—¿La perdemos en El Cairo?

—No tenemos esa suerte —replicó Sandy sombríamente—. Los Finlay desembarcan allí y subirá un matrimonio italiano, además de la señora Curtis. Espero

que no sea tan insufrible como su marido.

—Alégrate, Sandy, al menos él podrá quejarse de otra persona, además de ti. ¿Quién es el matrimonio italiano?

—El barón y la baronesa D'Este. Aparentemente, él es una especie de personaje en los círculos gubernamentales. Los dos nos acompañarán hasta Nueva York y me han pedido que me ocupe de que reciban tratamiento de alfombra roja. Creo que son amigos de los Curtis.

Desmond entró en el salón de fumar y allí encontró a Curtis, a Laura Hartman, al doctor Van Smit y al señor Johnson. Curtis exponía a los demás los defectos de la compañía aérea y, en especial, los del vuelo que estaban realizando. Sin embargo, saludó a Desmond sin muestras de embarazo.

—Capitán, el sobrecargo nos ha dicho que habrá nuevas demoras en El Cairo. Me gustaría saber si es cierto. Suponía que usted quería continuar tan rápidamente como fuese posible para compensar el tiempo perdido.

Johnson musitó su asentimiento. Laura y Van Smit permanecieron en silencio.

—Señor Curtis, está en lo cierto al pensar que me propongo viajar a la máxima velocidad —respondió Desmond afablemente mirando a Laura mientras hablaba—, en cuanto esté convencido de que las condiciones del aparato son seguras para el vuelo.

—Al parecer, estaba lo bastante convencido para volar alrededor de tres mil kilómetros Nilo arriba —dijo Curtis bruscamente—. ¿Por qué tiene que cambiar de idea?

—Me ocupé de que se realizaran reparaciones provisionales para llegar al puerto más cercano dotado de instalaciones adecuadas, pues cuando abandonemos El Cairo tendremos que cruzar el mar abierto además de sobrevolar los montes Cevenne. Suponía que usted se alegraría de mis cuidados.

—¿Cuánto tiempo llevarán las reparaciones que se hagan en El Cairo? —inquirió Curtis.

—Depende de lo que encuentren, pero supongo que no será más de mediodía. Probablemente saldremos la tarde del lunes en lugar de hacerlo a primera hora de la mañana. Todo depende de que podamos volar directamente a Roma o tengamos que detenernos en Atenas para pasar la noche.

El doctor Van Smit sonrió.

—Comandante, al menos habrá tiempo de sobra para que el domingo participe en la carrera automovilística de El Cairo. El sobrecargo me comentó que tiene un Hispano-Suiza, un coche magnífico. ¿Cómo lo consiguió en Egipto?

—Magnífico, sí, pero me temo que viejo —repuso Desmond—. No tiene muchas posibilidades frente a las máquinas modernas que competirán. Logré comprárselo al rey Faruk, pues su padre, que murió hace tres años, le dejó más de cien coches.

—¿Conoce al rey?

—Muy poco. Pero al igual que muchas personas, le interesan los aviones y he

pilotado para él en un par de ocasiones.

No dijo que una de sus discusiones más serias con Pamela se debió a su negativa de aceptar la oferta de Faruk de ser su piloto personal.

Stewart Curtis interrumpió la conversación.

—Comandante, parece no comprender que tengo importantes asuntos de negocios que me obligan a estar en Nueva York sin demora. Ya me ha causado serios inconvenientes, pues esta noche debo asistir con mi esposa a un baile en el palacio real de El Cairo y, gracias a su lentitud, es posible que llegue tarde. Me gustaría saber qué excusas me obligará a presentar.

—Señor Curtis, le aseguro que llegará a El Cairo con tiempo de sobra para asistir al baile real. —Hizo una pausa y agregó—: Al margen de otras consideraciones, yo también he sido invitado.

Todos sonrieron ante la evidente incomodidad del financiero. Pareció a punto de responder, pero se levantó bruscamente y salió del camarote.

—Comandante, creo que acaba de ganar un enemigo —comentó Van Smit—. El señor Curtis no está acostumbrado a que lo hagan pasar por tonto delante de otros.

Johnson, que hasta entonces había estado sentado en un rincón, fumando su pipa, intervino inesperadamente.

—Estoy en todo de acuerdo con las opiniones del señor Curtis —declaró pomposamente—. Para algunos de nosotros es sumamente molesto e incómodo que nuestros planes de viaje se trastornen de este modo.

Laura Hartman saltó inmediatamente en defensa de Desmond.

—Señor Johnson, ese es un punto de vista muy egoísta. Le pide al comandante O'Neill que anteponga su conveniencia personal a la seguridad de las personas que estamos a bordo.

Johnson pareció desconcertado por este ataque repentino y Desmond se apresuró a calmar los ánimos.

—Es molesto para todos, para mí, para la tripulación y para los pasajeros. Los horarios que no se cumplen significan más trabajo y menos tiempo libre. Esperábamos avanzar lo bastante rápido durante esta parte del viaje a fin de tener tiempo para hacer una escala extra en Bastia, en Córcega. Allí hay una zona especial de amerizaje junto a una pequeña aldea de pescadores en donde nos dan de cenar colas de langosta fresca regadas con vino local. Es un lugar muy pequeño, tan tranquilo y lejano que es posible hacerse a la idea de que uno se encuentra en una isla privada.

—¿Usted puede hacer eso? —preguntó Laura sorprendida— ¿Puede detenerse y amarar cuando quiera?

—No del todo. Se supone que debemos ceñimos a los puertos programados, pero como me gusta variar el viaje siempre que es posible, suelo buscar pretextos.

—Sí. Nos advirtieron de ello en Durban —intervino Van Smit con una sonrisa que mostraba todos sus dientes—. El funcionario de la Imperial Airways nos dijo que

no había zona alternativa de amaraje que usted no hubiese utilizado al menos una vez.

Desmond frunció el ceño.

—Lamentablemente, se equivocó. No había estado en Shambe. —Un incómodo silencio reinó en el camarote mientras recordaban los acontecimientos del día anterior. Para cambiar de tema, agregó—: Después del almuerzo, oiremos un boletín de noticias. Puesto que en Jartum y en Shambe no había periódicos recientes, pensamos que les gustaría oír la emisión de las cuatro de El Cairo.

—Por supuesto —afirmó Johnson de inmediato.

Andy Draper entró con el carrito de comida y preparó el servicio del almuerzo mientras continuaban conversando. Habían comprado los alimentos en el mejor restaurante de Jartum y eran sorprendentemente buenos.

—Comandante, ¿le apetece una copa de vino? —preguntó Van Smit.

—Gracias, cuando vuelvo no bebo.

El doctor llenó la copa de Laura, la del señor Johnson y la propia.

—Comandante, ¿qué tiempo hará en El Cairo? A esta hora comienza a hacer más calor allí, ¿verdad?

—En este preciso momento hay una tormenta de arena *hamsin*, pero el tiempo aclarará pronto. Esas tormentas no suelen durar mucho y esta tarde todo estará perfecto.

—Perfecto para el baile —comentó Van Smit—. La señora Hartman me ha dicho que ella también irá. El señor y la señora Curtis la llevarán a la fiesta. Comandante, podrá mostrarle el palacio Abdin.

Desmond y Laura se miraron incómodos. Al comandante volvió a molestarle el irónico sentido del humor del sudafricano. Laura sonrió nerviosa y se puso a hablar de la carrera.

—Por la mañana, después del baile, iremos hasta El Faiyum —explicó Desmond—. Es un pequeño oasis en el desierto, aproximadamente a noventa y cinco kilómetros de El Cairo, pero el recorrido traza una gran curva dentro del desierto, de modo que la distancia total para regresar hasta la meta en la ciudad es de cerca de doscientos noventa kilómetros. Una parte del camino está alquitranado y lo demás es un sendero de tierra a través de la arena. Será una buena carrera.

—¿Tendrá mucha competencia? Quiero decir si participarán muchos coches —preguntó Laura.

—No lo sabré hasta que llegue a El Cairo.

Aún no había indicios de la tormenta, pero Desmond sintió una ligera turbulencia local, de modo que decidió terminar rápidamente el almuerzo y volvió a la cabina de mandos.

JACQUETTA D'ESTE CAMINABA por el desierto, perdida en un sofocante mundo de arena y polvo. A causa de la tormenta no podía ver más allá de unos pocos metros.

Había perdido todo sentido de la orientación. Ahora sólo podía concentrarse en mantenerse de espaldas al viento y en sostener la brida del caballo, obligando al desdichado animal a tambalearse tras ella.

Sólo cuando atravesó las dunas y salió a la llanura reparó en la fuerza de la tormenta. Supo que su vida estaba en peligro. La tormenta de arena era tan intensa a su alrededor que pensó que estaba irremediablemente perdida.

Intentó recordar las características del terreno que debía atravesar. Era muy fácil perderse en el desierto incluso con buen tiempo y a no más de tres o cuatro kilómetros de un lugar seguro. La gente que no estaba acostumbrada a las arenas vagabundeaba por las dunas, perdía el rumbo y giraba en dirección equivocada. El sol hacía lo demás. Los expertos siempre decían que un hombre podía resistir diecinueve horas sin agua en el desierto. El calor la agotaba. El esfuerzo de caminar en medio del viento la cansaba y *Balbo* también estaba agotado, ya que durante los últimos minutos había tropezado varias veces.

Se obligó seriamente a seguir. Detenerse aunque sólo fuera un momento resultaría fatal. Debía rechazar a toda costa el deseo de ceder, de detenerse a descansar en el lugar donde estaba. Aún existía una leve esperanza de salir con vida. Si lograba continuar hasta que la tormenta pasara o llegaba al fin del desierto; también era posible que los grupos de búsqueda intentaran encontrarla.

LUCA Y CHARLOTTE HABÍAN considerado que hacía demasiado calor para perderse en los jardines del palacio del príncipe Suleimán y se habían reunido en el interior con los demás invitados.

En la aparentemente infinita serie de habitaciones del palacio había cuadros de todos los artistas —desde los viejos maestros italianos hasta Dalí— y en cada una de ellas el mobiliario era más perfecto que en la anterior. Esculturas de Brancusi, figurillas de Giacometti, trajes otomanos, joyas, fuentes talladas, copas de oro, tapices, armas bruñidas que resplandecían bajo la luz del crepúsculo.

El anciano príncipe los recibió en un pequeño salón decorado al estilo otomano, con tapices, alfombras esparcidas sobre el suelo de alabastro y paneles de fina ebanistería calada con incrustaciones de vidrios de colores. El príncipe, una persona anciana pero todavía lúcida y atenta, estaba reclinado en un diván de un extremo del salón, en medio de una pila de almohadones bordados, escuchando la conversación de los invitados acomodados a su alrededor de manera semejante, mirándolos astutamente mientras chupaba una pipa de plata labrada.

Era la primera vez que Charlotte estaba en contacto con un noble egipcio que todavía respetaba la vieja conducta oriental en lugar de seguir las modas occidentales adoptadas por las cortes del rey Faruk y su padre. Luca se alegró al ver que la mujer estaba satisfecha y bastante impresionada por su entorno. Los demás invitados formaban parte de la elegante camarilla de acaudalados cosmopolitas entre los que

estaba de moda la exótica opulencia del príncipe y su desconsideración por las convenciones sociales.

A juzgar por la edad del príncipe, parecía sorprendente que el palacio fuera el lugar de reunión de los elementos radicales y antibritánicos de la vida política egipcia, que Luca conocía bien. Con el aumento de la presión popular en favor de la retirada de los soldados británicos y el rápido ascenso al poder de los regímenes fascistas de Italia y Alemania, algunas personas próximas al rey le apremiaban para que salvaguardara su trono estableciendo relaciones más estrechas con esas nuevas potencias, sobre todo con Italia, cuyo ejército de cien mil hombres en la frontera con Libia constituía la fuerza más formidable de toda África del Norte.

Bajo la apariencia de tranquilidad y sofisticación de la capital, se desarrollaba una intensa lucha por ganar los corazones y las mentes del pueblo egipcio, lucha entre los partidos pro y antibritánicos, al tiempo que la corte intentaba seguir un camino intermedio. Varios políticos importantes ya habían sido asesinados en las calles y muchos otros amenazados. A pesar de la acuciante pobreza de la mayoría del pueblo, el país era próspero y una reducida cantidad de hombres y mujeres era asombrosamente rica. El rey era propietario directo de un séptimo de las tierras del país. En Egipto, las recompensas del poder eran muy reales.

Además, Egipto tenía la máxima importancia estratégica. Con el control del canal de Suez, que permitía la entrada a la India y a Oriente, así como del petróleo de Arabia, una nación podía ejercer una influencia verdaderamente avasalladora sobre los imperios coloniales británico y francés y quizá podía llegar incluso a dominar África.

Aquel día la conversación era más cautelosa que en otras ocasiones, y una rápida mirada alrededor del salón encontraba el motivo: en un rincón, frente al príncipe, ataviado con un elegante traje gris, descansaba la figura rolliza y mimada de Yousouri Pachá. Luca sabía que tras la máscara indolente que aquel hombre mostraba al mundo se encontraba uno de los consejeros de mayor confianza del rey y, por ese motivo, era uno de los hombres más poderosos y temidos de Egipto.

Luca presentó a Charlotte al príncipe, el cual hizo una amable reverencia y los invitó a sentarse entre los almohadones; ambos se acomodaron junto a Yousouri. El barón suponía que bastaría media hora de graciosa conversación antes de sugerirle a Charlotte que recorrieran el palacio. Tras las habitaciones principales existían *suites* aisladas destinadas al propósito que él tenía en mente.

—Me han dicho que ambos se marcharán pronto —comentó Yousouri mientras ofrecía un cuenco con dulces a Charlotte—. Será una pérdida sensible para nuestra comunidad —agregó con rebuscada cortesía.

—La presencia de su excelencia es un placer inesperado —respondió Luca con la misma amabilidad—. No pensábamos verlo hasta esta noche, en el baile.

—Me envió Su Majestad con saludos para su alteza. —Yousouri cogió una pasta azucarada del cuenco y la estudió ociosamente—. Sólo soy un humilde mensajero

que se ha quedado movido por la curiosidad de ver a los invitados. —Se llevó la pasta a la boca y agitó los dedos para quitarse el azúcar que se le había pegado—. Barón, es una coincidencia encontrarlo aquí —prosiguió después de tragar—, ya que hace un rato su nombre fue mencionado en mi presencia en un contexto poco común.

—Espero que no haya oído nada desventajoso para mí.

—Sólo era una expresión de interés por su persona. Un hombre que estaba aquí había conocido a otro hombre, al parecer recientemente, que lo conocía y preguntó por usted. Pero sólo es de interés pasajero.

Luca maldijo interiormente la necesidad que los egipcios tenían de hablar de un modo tan rebuscado.

—Conozco a tantas personas que no siempre me resulta posible recordarlas.

—Parece que el hombre del que hablamos estuvo hasta hace poco tiempo en su país y seguramente lo conoció allí. Es nativo de Libia, aunque su familia está emparentada con la del príncipe aquí presente. —Yousouri señaló al anfitrión con la mano—. Se trata del jeque Rashid al Senusi —agregó mientras miraba atentamente a Luca.

—He oído hablar del hombre al que se refiere, aunque ciertamente nunca nos hemos visto —dijo Luca secamente—. Su padre fue un famoso rebelde durante mi destino en Libia y se le trató con severidad.

No era capaz de reconocer que el viejo había sido asesinado según sus órdenes.

—Está claro que el hombre con el que hablé debió de estar recientemente en Libia, pues, ¿en qué otro sitio pudo conocer al jeque Rashid? Estoy seguro de que no fue aquí, en Egipto.

—Su excelencia está en mejor posición que yo para saberlo —respondió Luca.

—Es verdad y, de todos modos, usted se marcha pasado mañana. Empero, he oído que antes participará en una carrera automovilística. Es de esperar que sea muy cuidadoso, pues estos certámenes son peligrosos y no es difícil que se produzcan accidentes.

—Gracias. Tendré en cuenta sus consejos. Si nos disculpa —Luca se puso de pie—, me gustaría mostrarle a la señora Curtis las bellezas del palacio.

—Naturalmente. Si se me permite un consejo —se dirigió a Charlotte con una fofa sonrisa—, las galerías del primer piso merecen especial atención, pero estoy seguro de que el barón ya lo sabe.

Luca la guió fuera del salón y entraron en el pasillo.

—Es el lugar más hermoso que he visto en mi vida —murmuró Charlotte y lo cogió del brazo—. ¿Quién es el hombre con el que habló? Parecía muy extraño, aunque sea egipcio. ¿Lo llamó pachá?

Como la gran mayoría de las nuevas ricas, Charlotte Curtis creía que la posesión de un título indicaba méritos personales, actitud que Luca esperaba que pronto le resultaría útil.

—¿Yousouri Pachá? Sólo es uno de los consejeros del rey —respondió con

deliberada indiferencia—. A su manera, es un personaje bastante poderoso.

—¿Y qué tiene que ver el jeque de Libia? No entendí lo que hablaban.

—¿El jefe Rashid al Senusi? —Se encogió de hombros—. Sólo se trata de alguien que ha jurado matarme, eso es todo.

Tal como esperaba, sus palabras produjeron un efecto inmediato.

—¡Querido, qué terrible! —Charlotte le pellizcó el brazo entusiasmada— ¿Por qué quiere ese hombre hacer semejante cosa?

—El padre de Rashid era un delincuente. —Estuvo a punto de decir asesino pero cambió de idea, ya que no existían pruebas de que el viejo hubiese matado a alguien y sólo había delinquido en el sentido de que se negó a aceptar el poder de los conquistadores—. Era un delincuente a quien me vi obligado a condenar a muerte hace varios años. No deseaba hacerlo, pero era culpable y mi deber consistía en cumplir la ley.

—¿No tiene miedo? Yo lo tendría. —Charlotte lo miró a los ojos con exagerado asombro.

Al ver su expresión, Luca sintió que se le aceleraba el pulso. Llegaron a la puerta que conducía a la primera *suite* privada y él la abrió para hacerla pasar a la intimidad de la habitación.

—Se siente más compasión por el joven que temor por uno mismo —respondió, deseoso de mantener el papel que evidentemente le atraía—. Si sigue diciendo que matará a personas como yo, lo arrestarán y lo encarcelarán.

Charlotte lo miraba con ojos brillantes. Luca la abrazó con vehemencia y la besó en los labios.

En el salón que acababan de dejar, Yousouri Pachá se puso en pie y caminó hasta quedar junto al príncipe. Los demás invitados se apartaron para permitir cierta intimidad a los dos hombres, pero Yousouri sabía que a pesar de su aparente desinterés se esforzarían por oír hasta la última palabra.

—¿Bien? —preguntó el príncipe cuando el otro se sentó en el diván a su lado— ¿Has hecho tu advertencia?

—La he hecho. Si D'Este la tiene en cuenta o no es otro asunto. Por el momento, creo que está demasiado ocupado para preocuparse por un asunto tan mundano como una amenaza contra su vida.

El príncipe chupó profundamente su *narguilé* y pasó la pipa enroscada a su invitado.

—Le convendrá tomar precauciones. Rashid no es un simple joven del desierto; ha sido educado en el extranjero y también vivió una temporada en mi casa.

—Le expliqué los estrechos lazos existentes con su alteza —Yousouri se llevó la pipa a la boca y chupó profundamente, sintiendo que el humo narcótico le llegaba a los pulmones—. Pero no creo que él se dé cuenta del peligro.

—¿Entonces tomarás precauciones? —inquirió el anciano.

—Sí, tantas como pueda. Indudablemente habrá que frustrar a Rashid, al menos

mientras esté en suelo egipcio. En cuanto a lo que ocurra después... —Yousouri dejó la frase sin terminar.

—Tienes razón —coincidió el príncipe—, no siento afecto por ese italiano. Al margen de lo que piensen estos tontos —dirigió una mirada de desdén al resto de las personas que se encontraban en la estancia—, deseo que los británicos salgan para siempre de nuestro país y no simplemente reemplazarlos por los gobernadores de Mussolini.

—No obstante, no deseamos enfurecerlos sin necesidad y los británicos no nos dejarían en paz si D'Este resultara asesinado.

—Entonces será mejor que te ocupes de que no ocurra —respondió el príncipe—. Procura encontrar a Rashid y enciérralo hasta que D'Este abandone el país, pero ocúpate de que lo traten bien. No permitiré que uno de mis parientes sea maltratado como si se tratara de un delincuente común y, además, Rashid lucha por una causa en la que muchos de nosotros creemos.

—Alteza, las instrucciones de Su Majestad son semejantes a las vuestras. Será como dice.

JACQUETTA HABÍA PERDIDO la noción de las veces que había tropezado y caído en la última media hora. Durante lo que le pareció una eternidad había subido por la ladera de una colina, mientras el viento la sacudía y la empujaba.

El calor y el enorme esfuerzo le habían producido una sed terrible, y como tenía los ojos, la boca y las ventanas de la nariz cubiertas de arena se veía obligada a arrastrarse semiciega, mientras la ahogaba el polvo que penetraba hasta su garganta. Estaba al borde del agotamiento; según su reloj, se había perdido hacía dos horas y dudaba de poder resistir mucho más.

Bruscamente el terreno se allanó y Jacquetta avanzó aliviada. Ignoraba cuánto había subido o cuán escarpado sería el descenso, y sólo se alegraba de que el desesperado forcejeo colina arriba hubiese concluido. Avanzó, encontró una cañada poco elevada y la siguió, luchando contra el viento que ahora llegaba en forma de ráfagas súbitas y salvajes en lugar de hacerlo con la presión constante que había tenido anteriormente.

Después de recorrer unos centenares de metros, descubrió que al descender había logrado protegerse de la arena que sopla directamente desde detrás de la colina. Se limpió el polvo de los ojos y vio que delante de ella se extendía un ancho valle.

Decidió que su única alternativa era seguir el valle hasta la cabecera. A su derecha, el suelo se angostaba y los lados se escarpaban. Allí estaría protegida, tendría sombra e incluso existía la remota posibilidad de encontrar agua. La sed le resultaba insoportable. Se deslizó por la ladera de la colina, ascendió hasta el valle y penetró en la cañada que poco antes había divisado.

Una vez más en terreno firme, descubrió que podía cabalgar y agradeció no haber

soltado en ningún momento la brida de *Balbo*. Si el viento cesaba por la mañana y lograba resistir durante la noche, existían muchas posibilidades de que un grupo de rescate o un aeroplano lograran divisarla.

Al acercarse a los riscos que se elevaban al inicio de la cañada notó que eran muy altos. Grandes riscos que se desmoronaban, con los costados hendididos y atravesados por fisuras cavernosas que se cernían sobre ella en el polvo arremolinado, acercándose gradualmente mientras penetraba hasta que, al final, Jacquetta cabalgó por un cañón estrecho y profundo cuyas paredes se extendían hasta gran altura.

Súbitamente, el cañón se ensanchó, las paredes perdieron altura y Jacquetta desembocó en un ancho espacio abierto. Algún importante movimiento geológico del pasado había creado un inmenso anfiteatro natural en el desierto. Allí el aire arrastraba mucho más polvo y arena, pero Jacquetta divisó varios desfiladeros más pequeños que desembocaban en aquél por el que cabalgaba. Las superficies de los riscos estaban profusamente atravesadas de cavernas que en la penumbra de la tormenta adquirían un aspecto siniestro y poco acogedor. El suelo estaba cubierto de montones de basura acumulada y las ruinas de lo que, supuso, otrora habían sido viviendas.

Jacquetta, todavía sorprendida, se preguntaba cuál habría sido la historia de aquel lugar y qué tipo de personas habrían habitado un sitio tan solitario, cuando por el rabillo del ojo notó un movimiento cerca de la oscura boca de una de las cuevas cercanas. Se agitó asustada e instintivamente espoleó al caballo. Mientras lo hacía, una figura salvaje y andrajosa, cubierta por harapos grises, saltó hacia ella a través del polvo arremolinado e intentó apoderarse de las riendas.

Jacquetta lanzó un grito ante el ataque repentino y *Balbo*, alarmado, retrocedió y se dirigió hacia uno de los desfiladeros próximos. De inmediato, desde todas las cuevas y los agujeros surgieron más figuras que saltaban desde las rocas y corrían hacia ellos como ratas. Nuevas manos intentaron cogerla. El caballo retrocedió y bufó asustado ante sus movimientos y durante un segundo Jacquetta pensó que se caería. Unos rostros horribles la miraban en medio del polvo, con los rasgos repulsivamente contorsionados. Unas manos mutiladas y sin dedos se agitaban ante sus ojos. Los ágiles lisiados saltaban sobre el terreno y sacudían sus muñones debajo de los harapos que los protegían. A pesar del bramido del viento, percibió débilmente agudos gritos.

Hizo girar a *Balbo* en un intento inútil de regresar por la cañada siguiendo el mismo camino de entrada, pero había demasiados individuos.

En medio de la tormenta, vio fugazmente una grieta en los riscos y dirigió a *Balbo* hacia ella. Era apenas más ancha que el sendero por el que había entrado y esperó ansiosa que se tratara de una salida. Podía oír a sus espaldas los ruidos que hacían los habitantes de las cuevas al perseguirla.

Balbo dio un salto de alarma mientras rodeaban un recodo en el cañón. En medio del polvo, habían estado a punto de chocar con un caballo y un jinete que bajaban por el paso hacia ellos. Al ver la figura alta, encapuchada y cubierta por una túnica,

Jacquetta perdió la serenidad. No había lugar para girar y, de todos modos, el sendero ya estaba cerrado a sus espaldas. Gritó, presa de terror, y agitó el brazo que tenía libre para tratar de pasar entre el jinete y la pared del cañón.

Pero el recién llegado era muy rápido y cuando ella estuvo a su lado se estiró y cogió las riendas. Jacquetta gritó y le golpeó furiosamente las manos con los puños, pero fue un intento inútil. Desvalida, se dejó caer sollozante sobre el cuello de su caballo.

CHARLOTTE CURTIS RESPONDIÓ al abrazo de Luca con una desenvoltura que le sorprendió y gratificó. Apretó su boca contra la de él y le besó prolongada y apasionadamente, al tiempo que le provocaba con los movimientos de su cuerpo. La excitación dominó a Luca mientras le acariciaba la espalda y las armoniosas curvas de las nalgas. Con el corazón latándole apresuradamente, la llevó hasta un ancho canapé con cobertor de seda, en el hueco de un ventanal protegido por cortinajes bordados.

Luca cerró la cortina y se tendió junto a la mujer en el diván en medio de la tenue luz del cristal de colores. Las manos de ambos exploraron con frenesí sus cuerpos, se tocaron y acariciaron, y el anhelo anuló todas las barreras que se interponían entre ellos. Luca le bajó la cremallera del vestido y pasó la mano por su espalda cálida y desnuda, sintiendo el movimiento de los músculos bajo la piel suave como terciopelo.

En ese mismo instante, para furia y sorpresa de Luca, alguien llamó enérgicamente a la puerta.

—Barón D’Este —dijo una voz—, barón D’Este, por favor, venga rápidamente. Ha llegado un mensajero de la embajada. Le necesitan con urgencia.

—De acuerdo, de acuerdo, en seguida voy.

Luca masculló una maldición en italiano. ¡Vaya momento que habían elegido! Charlotte ya se había sentado en el canapé, se acomodaba rápidamente el vestido y se acicalaba.

—¡Barón, venga rápidamente! —insistió la voz.

—¡Sí, ya voy, maldición! —gritó Luca exasperado—. Se levantó y ayudó a Charlotte a ponerse de pie—. Lo siento —se disculpó—. ¿Por qué estas cosas siempre ocurren en el momento más inadecuado? Le prometo que habrá otras ocasiones.

Ella acercó su rostro al de Luca y le dio un beso en la boca.

—Muchas ocasiones —sonrió mientras estudiaba su maquillaje en un espejo. Luego soltó una risita ahogada—. Pero habría sido divertido hacerlo en un palacio de verdad. Será mejor que se vaya y me deje aquí. Usted irá más rápido y yo quedaré mejor. El príncipe hará que me lleven a casa en coche.

Luca pensó que Charlotte tenía un gran dominio de sí misma; era capaz de seguir sentada y arreglarse el maquillaje como si no hubiese ocurrido nada extraordinario.

Tanta frialdad e imperturbabilidad en la superficie, tanto fuego y pasión subterráneos. ¿Qué más podía pedir un hombre a una amante? Al salir de la habitación, Luca se encontró con un preocupado mayordomo, que le dijo en inglés a la vez que hacía una respetuosa reverencia:

—Barón, el mensajero está en la sala principal de entrada. Parece que su esposa, la baronesa, se perdió mientras cabalgaba. Se teme por su vida a causa del *hamsin*.

Luca volvió a maldecir entre dientes mientras seguía al mayordomo hasta la sala. Era una ironía que su esposa lograra desbaratar sus planes en el momento mismo del éxito. Deseó vengativamente que no encontraran a Jacquetta. Hacía mucho tiempo que su matrimonio no le proporcionaba placer y actualmente sólo tenía conciencia de los inconvenientes. En lugar de aceptar el estado de cosas que se había impuesto, Jacquetta criticaba cada vez más su conducta y se mostraba más abiertamente hostil con sus rivales.

Tras escuchar el mensaje, que a decir verdad sólo consistía en la noticia de que Jacquetta no había regresado de su paseo a caballo y que en ese momento se había desencadenado en la zona una violenta tormenta de polvo, salió inmediatamente en coche en dirección a la embajada.

A BORDO DEL «CATERINA», los primeros indicios de que se acercaban a la zona del *hamsin* se manifestaron en forma de una extensa línea oscura en el horizonte, semejante a una mancha de tierra, que apareció poco antes de las cuatro, cuando aún faltaban doscientos noventa kilómetros para llegar a El Cairo.

—¿Cuáles son las últimas informaciones del servicio meteorológico? —preguntó Desmond después de que los tripulantes de la cubierta de vuelo hubiesen observado la proximidad de la tormenta—. Ralph, díles que quiero conocer la velocidad y el trayecto exactos de la tormenta, además de la fuerza y la dirección de los vientos.

—Me parece que se dirige casi en línea recta hacia el oeste —murmuró Frazer mientras Kendricks emitía en morse—, en cuyo caso no pasará por El Cairo y nosotros no tendremos problemas.

—Lo sabremos cuando recibamos el informe meteorológico. Es inútil discutir de antemano —dijo Desmond con aspereza.

—La tormenta avanza al oeste-sudoeste aproximadamente a treinta y cinco nudos en un frente que, se calcula, tiene ciento sesenta kilómetros de ancho —informó Ralph—. En el frente, el viento alcanza una velocidad media de cincuenta nudos, con ráfagas de hasta setenta. —Se agachó sobre los gráficos que tenía en la mesa, a su lado—. Si sigue el mismo curso durante la próxima hora, podremos sobrevolarla y aterrizar en El Cairo sin demasiadas dificultades. El servicio meteorológico calcula que el límite de la turbulencia atmosférica alcanza los tres mil quinientos metros.

Frazer se mostró dichoso al ver que su pronóstico se confirmaba.

—De acuerdo —dijo Desmond—, será mejor que bajes y pidas a Sandy que

advierta a los pasajeros que en pocos minutos subiremos a gran altura. Sandy querrá cerciorarse de que todos tienen mantas y caramelos.

El rostro del copiloto se ensombreció de fastidio.

—Podría decirlo por los altavoces del sistema de comunicación.

—Y también podría enviarte para que se lo digas a Sandy en voz baja, que es el modo en que voy a hacerlo —replicó Desmond.

El primer oficial parecía a punto de responder, pero la mirada de Desmond hizo que se tragara las palabras.

—No sé cómo aguanta a ese hombre. Es el tipo más pendenciero que conozco y lo descarga todo sobre nosotros —comentó Ralph.

—Lo sé, Ralph, pero es el único copiloto con que cuento y tendremos que soportarlo hasta conseguir otro.

—Mientras tanto está abajo fastidiando al pobre Sandy por el simple hecho de que usted le ha pedido que fuera.

Tal como Ralph había predicho, cuando Frazer volvió, se sentó e inmediatamente comenzó a quejarse de la conducta del sobrecargo.

—Ese chico es un inútil —afirmó con rencor—, basta el menor cambio en la rutina para que se ponga nervioso. No sabía qué hacer.

—Ken, quizá seas tú el que le pone nervioso. A los demás nos parece un buen tipo —contestó Ralph con tono irónico.

—Eso se debe a que no soy blando con él, como tú —agregó Frazer.

—Terminad de una vez —intervino Desmond—. Todos estamos cansados después de los dos días que hemos pasado, pero no peleemos por eso. Ralph, ¿se emitirá pronto el boletín de noticias? Son casi las cuatro.

—En un par de minutos, jefe. Ya he sintonizado.

—¿Y la tormenta? —Desmond tenía la mirada fija en las oscuras nubes que aparecían delante— ¿Provocará interferencias?

—No, no es eléctrica. Ya está.

Bajó las palancas del intercomunicador y oyeron un silbido familiar mientras se calentaban los circuitos del altavoz. Se oyeron unos ruidos producidos por la estática y luego la voz del locutor: *«Aquí el servicio de Ultramar de la BBC. Noticias del Imperio Británico y del extranjero. Checoslovaquia ha adoptado drásticas medidas para suprimir el separatismo eslovaco. El Gobierno autónomo eslovaco ha sido disuelto y las tropas checas han sido movilizadas».*

SIEGRET WIENZMAN Y SU PADRE hacían lo que habían soñado día y noche durante los últimos seis meses pero nunca creyeron realmente que fuese posible: caminaban cogidos del brazo por la plaza de San Marcos, en Venecia, bajo el sol crepuscular. A pesar de que había muy poca gente en la calle, la escena no podía ser más hermosa para los dos refugiados.

Después de la pesadilla del día anterior, el tenso viaje a través de Austria y la horripilante experiencia en la frontera, Siegret al principio se había negado a creer que todo había pasado. Se sentía embriagada por su nueva libertad y por el hecho de estar libre del miedo. Cogió la mano de su padre y, burbujeante de felicidad, bailó alrededor de la plaza.

Para el profesor, no podía haber prueba más decisiva de que había actuado correctamente que el cambio producido por la huida en su hija.

—Recuerda que todavía no estamos totalmente a salvo —advirtió el profesor—. Tenemos que llegar a Estados Unidos.

—Lo sé, papá, pero ya has hablado con el doctor Farenzi y te dijo que no habría problemas para conseguir el visado.

En efecto, Farenzi les había dado todo tipo de seguridades, aunque les advirtió que las formalidades para obtener los visados llevarían dos o tres semanas, por lo que les invitó a hospedarse en su casa.

—De todos modos, debemos estar atentos —observó el profesor—. Si los nazis supieran que estamos aquí podrían convencer a los italianos para que nos deporten a Alemania.

—No pueden hacerlo. —Siegret volvió a palidecer de miedo—. ¡Oh, papá, di que no pueden hacerlo!

—Serénate. —La abrazó—. Somos peces demasiado pequeños para que se preocupen de nosotros y, aunque lo hicieran, nunca podrían encontrarnos.

El cuerpo tenso de su hija se relajó y la angustia desapareció de sus ojos.

—Papá, no hables nunca más de regresar. No podría soportarlo. Sería el fin para los dos. Papá, si realmente estamos seguros, ¿no podemos quedarnos en Venecia unos pocos días?

EL JINETE NO INTENTÓ tocar a Jacquetta pero tampoco soltó las riendas. Gritó algo en árabe a la multitud que la perseguía. Las ráfagas de viento silbaban y ululaban entre las paredes del cañón, pero su voz se oyó claramente. Un coro de gritos y chillidos respondió al hombre, que agitó la cabeza decidido, repitió sus palabras, soltó las riendas de su cabalgadura y cogió el rifle que llevaba en el hombro.

—Ahora está a salvo, no se acercarán a usted.

Al oír las palabras pronunciadas en inglés, Jacquetta levantó la mirada sorprendida.

El hombre, que estaba reclinado sobre su caballo, usaba una túnica blanca suelta cubierta por el polvo del *hamsin* y un tocado de beduino entrelazado con borlas negras trenzadas. Para protegerse de la arena, se había cubierto el rostro con un trozo de tela negra que se quitó para hablar. Era un rostro joven y hermoso, con rasgos finamente trazados, pero con una mirada tan orgullosa e impetuosa que Jacquetta tuvo miedo de hablar.

—Está a salvo —repitió—. ¿Quién es usted y qué hace en medio de este viento?

Su voz era terminante y apenas tenía acento definido. Jacquetta notó que la tela de la máscara con la que se cubría el rostro estaba bordada con hilos de oro.

—Salí a cabalgar y me perdí —respondió cuando pudo hablar. Quizá fuera sensato hacerle creer que era súbdita británica—. Me hospedo en la embajada en El Cairo —agregó con la esperanza de darle la impresión de que tenía amigos que la buscarían.

Junto al jinete se encontraba otro hombre que en aquel momento se adelantó y dijo algo con tono apremiante mientras miraba a Jacquetta. Era más pequeño y menos atractivo, con ojos rápidos y astutos. El jinete le respondió con pocas palabras y volvió a ocuparse de ella.

—Venga conmigo —dijo—. Regresaré a la ciudad y le mostraré el camino. Si se queda aquí, sin duda alguna morirá. —Soltó las riendas del caballo de Jacquetta, le pasó una bota de cuero con agua y la mujer bebió vorazmente. Luego le ordenó—: Cabalga entre nosotros. Mantendré alejados a esos hombres.

Volvieron por el mismo camino hasta el desfiladero principal. La multitud se abrió cuando llegaron al círculo de riscos. Jacquetta calculó que había más de doscientas personas de todas las edades apiñadas en las cuevas y pasadizos. Ahora que se atrevía a mirarlos atentamente, comprendió que todos estaban deformados o mutilados.

—¿Quiénes son? —preguntó a su salvador. A pesar de estar protegida, aún le provocaban miedo y aversión. Evidentemente el criado opinaba del mismo modo, pues cabalgaba a muy poca distancia detrás de ellos— ¿Quiénes son y por qué viven aquí? —repitió.

El hombre la miró con indiferencia.

—¿No lo adivina? Son leprosos y viven aquí porque han sido expulsados de la ciudad y de sus aldeas. Como no tienen otro lugar donde ir, salvo esos agujeros, viven aquí como ratas.

Jacquetta tembló. De pequeña, las historias sobre la lepra siempre la habían horrorizado. Conocerla realmente era aún peor.

—Los mantendrá lejos, ¿no? —gritó, pues los leprosos mostraban intenciones de acercarse—. No permitirá que me toquen, ¿verdad? ¿No puede asustarlos con el arma?

Su acompañante no respondió; hundió una mano entre las túnicas y sacó un pequeño monedero de cuero. Cogió un puñado de monedas y las lanzó en un amplio arco detrás de la multitud. Los leprosos se dispersaron de inmediato, manosearon la arena y forcejearon para atraparlas.

—Es más sencillo que usar un arma y de este modo pueden dar dinero a sus familias para que les compren alimentos. —Jacquetta intentó darle las gracias, pero él rechazó sus palabras—. Debemos avanzar a toda prisa. Será mejor que se cubra la cara con esto para evitar la arena. —Le entregó la tela negra con que se cubría la

cabeza—. Hay más de dos horas hasta la ciudad por el camino que debo seguir. Por la ruta del desierto hay hombres que intentan cazarme.

Agradecida, Jacquetta aceptó el trozo de tela. Al oír sus palabras, volvió a preocuparse.

—¿Quién es usted y por qué intentan cazarlo? —preguntó— ¿Es un bandido?

—Me llamo Rashid al Senusi y no soy un bandido, pero algunos hombres me persiguen igual.

Al oír el nombre, Jacquetta lanzó un perceptible gemido de miedo que, gracias al viento y a las ropas que llevaban, ni Rashid ni el egipcio percibieron. Desde que Luca y ella se fueron de Libia, sabían que el joven jeque había amenazado con vengar las muertes de su padre y su hermana. Durante un tiempo vivieron en Roma custodiados por guardias armados por si Rashid, con su educación y su entrenamiento militar europeos, era capaz de buscarlos y matarlos incluso en Italia.

Debía reconocer que Luca jamás había mostrado el más leve temor en este sentido. Tan grande era su desprecio por los árabes, con los que nunca había luchado salvo cuando las ventajas estaban abrumadoramente a su favor, que se negó a pensar en serio en el peligro de asesinato. Ni siquiera la noticia de que los hombres de Rashid habían perseguido sistemáticamente y —en una serie de ataques que iban desde el crimen individual hasta la emboscada a gran escala— liquidado a un elevado porcentaje de los soldados y aviadores que habían participado en la incursión contra la aldea de su padre, le había preocupado demasiado. Cuando la policía de seguridad sugirió a Luca que tal vez no fuera conveniente que pasara un mes de vacaciones en El Cairo antes de dirigirse a su nuevo destino en Washington, rechazó los consejos sin vacilar.

Los sentimientos de Jacquetta hacia aquel príncipe del desierto, hasta el momento desconocido, que tan desesperadamente quería verla muerta, habían estado mezclados desde el principio. Aunque Luca se mostró reticente con respecto a las razones que desencadenaron el deseo de venganza de Rashid, ella conoció los detalles a través de otros miembros del personal del gobernador, y lo que le contaron la horrorizó.

Ahora que estaba frente a Rashid, no sabía qué hacer. La realidad era muy distinta a lo que había imaginado. Dependía totalmente de la ayuda de Rashid para volver con vida a la ciudad, pero si una vez allí él se enteraba de quién era ella, correría un peligro todavía mayor.

Cabalgaron en silencio durante un tiempo que pareció una eternidad, con las cabezas inclinadas para protegerse del viento. Jacquetta ignoraba cómo podía encontrar Rashid un camino en medio de las arenas.

Alrededor de las cinco de la tarde, Jacquetta notó que el viento, que durante la última hora había amainado, casi había dejado de soplar. Ahora cabalgaban con más facilidad y los cascos de los caballos golpeaban monótonamente la arena sobre lo que parecía una especie de sendero. Cuando Jacquetta vio que podía distinguir el perfil achatado de las pirámides, supo que estaban próximos a las afueras de la ciudad.

Rashid detuvo el caballo detrás de ella.

—¿Ve ese edificio? Es un puesto de guardia de la policía en el camino entre El Faiyum y El Cairo. Los hombres que están allí la llevarán a la ciudad.

A Jacquetta dejó de latirle el corazón al pensar en lo que ocurriría cuando él conociera su identidad, pero las palabras que Rashid agregó anularon sus temores.

—Me resulta imposible acompañarla durante el tramo final del camino, dado que probablemente los hombres del puesto tienen orden de capturarme, pero usted ya no puede perderse.

El alivio de Jacquetta fue tan grande que le dio las gracias profusamente. Rashid la interrumpió.

—He tenido el honor de poder ayudarla —dijo secamente—. Adiós y tenga buen cuidado de no volver a cabalgar sola por el desierto. No siempre estaré cerca para rescatarla.

DESMOND PILOTABA MANUALMENTE el hidroavión sin prestar atención a la discusión que sobre las noticias de la BBC sostenían Frazer, Kendricks y Sandy Everett. Como estaban próximos a la zona de la tormenta, permanecía atento a los indicios que le confirmarían la necesidad de alcanzar una altitud de tres mil quinientos metros.

Después de atravesar una extraña turbulencia que recalentó los motores y estuvo a punto de hacerles caer a tierra en picado, Desmond pidió a Ralph —quien mientras duró el fenómeno se quedó rígido de miedo pero logro sobreponerse—, que comunicara con el control de tráfico aéreo de El Cairo y avisara que estaban a punto de llegar.

Segunda parte

El Cairo

IMPERIAL AIRWAYS. LONDRES A SUCURSAL TERMINAL NAVAL DE LA GUARDIA, NUEVA YORK 20:30 HORARIO DE GREENWICH. IMPERIAL 109 DEMORADO 24 HORAS EN EL CAIRO PARA SERVICIOS Y CONTROL FALLOS. ANULARÁ ESCALA ATENAS PARA COMPENSAR TIEMPO. EL VUELO TRANSATLÁNTICO SALDRÁ COMO ESTABA PROGRAMADO Y LA HORA PREVISTA LLEGADA NUEVA YORK SIGUE SIENDO 16:00 HORA STANDARD DEL ESTE SÁBADO DIECIOCHO MARZO. FIN.

La Imperial Airways tenía la costumbre de hospedar a sus pasajeros en el hotel Shepherd siempre que era posible, lo cual, a veces, no resultaba fácil. Durante la temporada alta, el hotel solía estar tan abarrotado que tenían que rechazar a muchas personas, pero era tal el atractivo del hotel más famoso de Oriente que a menudo los huéspedes estaban dispuestos a pagar simplemente para poder pasar la noche en los divanes de sus salones.

—No se imagina los problemas que tuvimos para hospedarles en esta época —dijo Keith Payne, el gerente local de la compañía, a Desmond cuando éste desembarcó—. Es a causa de esa maldita boda; el mundo y su esposa han venido a El Cairo esta semana; en el Shepherd se hospedan dos reyes, ¡dos! ¿Se lo imagina? Hay tantas reverencias y cortesías, y se oye tanto «sí, Su Majestad» y «no, Su Majestad», que ninguna persona común puede siquiera echar un vistazo.

—¿Qué hay de los lingotes? —preguntó Desmond— ¿Qué harán con ellos mientras estemos aquí?

—Pensábamos dejarlos a bordo bajo vigilancia, pero cuando dijo que el avión necesitaría reparaciones decidimos que era demasiado arriesgado y esta noche serán trasladados discretamente a los cuarteles del ejército. Nos enteramos del problema que tuvo en Shambe. Lamento lo ocurrido.

—¿Tiene idea de lo que piensa hacer la compañía con respecto a ese asunto?

—La compañía realizará una investigación cuando llegue a Southampton. Me han dado instrucciones para que se lo comunique oficialmente. Oficiosamente... —se detuvo y se puso serio.

—Vamos, dígame lo peor —pidió Desmond.

—Oficiosamente, algunos de los jefazos consideran que es una oportunidad para crucificarlo. Quieren hacerle responsable y librarse de usted. Por otra parte, le necesitan mucho porque les faltan pilotos que hagan el recorrido transatlántico y no se pueden permitir el lujo de que los americanos continúen solos. Por lo tanto, la opinión general es que quizá salga de ésta relativamente intacto. Al menos por el

momento, y mientras los pasajeros y la tripulación estén dispuestos a apoyarlo.

Después de cumplir con las formalidades en el embarcadero, Desmond dejó que descargaran el *Caterina* y lo remolcaran hasta el muelle de reparaciones. Los demás tripulantes se habían ido cada uno por su lado y Ralph Kendricks se despidió avergonzado por el modo como se había comportado durante la tormenta.

—Será mejor que hablemos para tratar de resolver algunas cuestiones. ¿Por qué no vienes esta noche a mi habitación, antes de que me vaya a la fiesta?

—De acuerdo —aceptó Ralph apesadumbrado—. Iré alrededor de las siete.

Desmond se alegró de estar nuevamente en su ciudad favorita. La noche caía rápidamente sobre la ciudad, las luces de los letreros de neón parpadeaban sobre las plazas y los puentes resplandecían con líneas luminosas de color ámbar claro. Era poco más de las seis y media y la vida nocturna de la ciudad comenzaba a despertar. Una hora después tendría que ir al palacio. Mientras se arrellanaba en los almohadones del asiento del taxi, Desmond pensó que al menos podría dejar de lado todas las preocupaciones y decisiones que debía adoptar durante las cuarenta y ocho horas siguientes y disfrutar de su estancia en El Cairo.

La entrevista de Rintlen con el superintendente Hans Meyer del distrito policial de Sankt Veit no había dado buenos resultados. A decir verdad, se dijo Rintlen mientras bebía una copa de *Schnapps* en el único hotel de la población, no había servido para nada. El corpulento policía se disculpó del desdichado error cuyo resultado fue que Wienzman y su hija obtuvieran salvoconductos para atravesar la frontera, pero al mismo tiempo tuvo buen cuidado de decir que su participación en el asunto había sido secundaria y que estaba totalmente amparada por las órdenes de sus superiores en diversos ministerios.

Meyer le aseguró que nadie podía estar más interesado que él en lograr el arresto y el fallo condenatorio de los enemigos del Reich. Si hubiese sabido que necesitaban a Wienzman para interrogarlo, no habría vacilado en retenerlo. Tal como estaban las cosas... Meyer se había encogido de hombros, no tenía la culpa de que la llamada de Rintlen no hubiese llegado a tiempo para detener el tren. Indudablemente les habría servido de ayuda saber qué camino pensaban utilizar los fugados y así habrían evitado el retraso sufrido cuando iniciaron el contacto con los pasos fronterizos más occidentales. Pero esa había sido una deducción legítima basada en que la mayoría de los fugitivos cruzaban la línea tan cerca de la frontera con Suiza como podían.

Rintlen no había visitado anteriormente las provincias montañosas austríacas; sus experiencias anteriores se habían reducido a las principales ciudades de Alemania, más una breve temporada en Viena en cuanto se decretó el *Anschluss*, y la tenaz independencia del pueblo le asombraba, pues estaba acostumbrado al carácter fácilmente asustadizo de los berlineses. No tenía duda de que Meyer ocultaba algo, pero era imposible saber si el jefe de policía había ayudado activamente a los

Wienzman en su huida o se limitaba a encubrir su propia ineficacia. Mientras se aferrara a los datos y responsabilizara a los funcionarios de los ministerios, no se le podía tocar.

Tomó otro trago de *Schnapps* y llamó al camarero para que le llenara de nuevo la copa. Lo peor de la cuestión era que por el momento no tenía nada interesante para comunicar a Heydrich y el jefe del SD no era un hombre que aceptara fácilmente un fracaso. Además, Rintlen sospechaba que se encontraba ante un caso en el que no eran posibles medidas incompletas o fallos. Si las apuestas eran realmente tan altas como suponía, era preciso rastrear a Wienzman o quizás él, Paul Rintlen, sufriría en su lugar.

Encendió un cigarrillo e intentó decidir qué haría. El largo viaje en avión y la entrevista con Meyer le habían agotado, y el aire frío minó sus fuerzas. Probablemente debía ir a Italia y buscar allí a Wienzman. Cogió un mapa de la zona fronteriza y las ciudades italianas del norte y lo desplegó sobre la mesa.

La línea férrea que el profesor y su hija habían seguido atravesaba la frontera en Tarvisio, muy cerca del límite con Yugoslavia, y luego serpenteaba por el campo veneciano hasta Treviso. Allí se dividía en dos líneas: una se dirigía al este, hasta Trieste, y la otra hacia el oeste, hasta Verona y Milán; ambas contaban con enlaces hasta Roma y una tercera línea bajaba hacia el sur para llegar a Venecia.

Venecia. Cuanto más estudiaba el mapa, más convencido estaba Rintlen de que Venecia debía de ser su punto de partida. No sólo se encontraba a un día de viaje desde la frontera, lo cual la convertía en un lugar ideal para que los fugados descansaran después de sus sufrimientos recientes, sino que era un puerto de mar con excelentes conexiones por carretera y ferrocarril con otras regiones italianas. Era muy probable que los Wienzman se quedaran en la ciudad hasta embarcar en una nave que los trasladara a otro país. O bien podrían dirigirse a Roma, donde la situación sería parecida. Rintlen se inclinaba a rechazar la posibilidad de que hubieran elegido el camino hacia el oeste, hacia la seguridad de Suiza. Si hubiesen tenido esa intención, ciertamente habrían intentado pasar directamente desde Austria.

Después de decidir dónde comenzaría la cacería, le quedaban otros problemas por resolver. El primero y más importante consistía en la dificultad de encontrar e identificar a Wienzman. Sólo disponía de fotografías tipo pasaporte o ampliaciones obtenidas de retratos en grupo, y ninguna era lo bastante buena para resultar útil. Era probable que ambos se hubiesen inscrito en un hotel bajo un nombre falso o incluso alquilado habitaciones en una residencia particular a fin de evitar que los descubrieran.

En realidad, era necesaria una persecución policial a gran escala que utilizara todos los recursos: comprobaciones de identidad en las calles, registros en hoteles y pensiones y controles en todos los puertos, estaciones de ferrocarril y salidas de carreteras. No obstante, Heydrich le había prohibido específicamente que solicitara ayuda a las autoridades italianas. Pero, como mínimo, necesitaría una foto más

definida del profesor y su hija.

Mientras analizaba el problema se le ocurrió una idea. Dobló el mapa, lo guardó en su cartera y vació la copa de *Schnapps*.

—Tome —gruñó al camarero—. Cóbrense las copas.

Arrojó una moneda de un marco sobre la mesa y salió a la nieve. Sabía que eso no alcanzaba para pagar la cuenta, pero nadie se atrevería a quejarse de un funcionario del SD por algo tan nimio.

Entró en la comisaría y encontró a Meyer en su despacho. El policía le recibió cordialmente e insistió en que se sentara para calentarse junto al fuego que había encendido.

—¿En qué puedo ayudarle, *Standartenführer*? Mi personal y yo estamos a su disposición.

Rintlen se mantuvo sereno con dificultad y respondió:

—El joven Gerdler, que organizó el ataque contra la Wienzman. Usted dijo que le había arrestado.

—Así es. Según las nuevas leyes relativas a la pureza racial, las relaciones entre arios y no arios están estrictamente prohibidas, pero supongo que usted lo sabe —afirmó con cierta ironía—. Tengo a Gerdler aquí, en el calabozo.

—Bien, tráigalo, quiero hablar con él.

—¿Con Gerdler? —Meyer parecía sorprendido—. No creo que él pueda ayudarlo. Ciertamente, no era amigo de los Wienzman.

—De todos modos, quiero hablar con él y en seguida. Haga que lo traigan de inmediato.

A primera vista, Heinz Gerdler resultó ser un joven poco atractivo, corpulento y con marcados rasgos rústicos. Sin embargo, Rintlen percibió un destello de astucia socarrona en sus toscas facciones.

—Muy bien, puede dejarnos —despidió a Meyer cuando éste regresó con el detenido. Su tono deliberadamente despreocupado impresionó de manera evidente a Gerdler, que estaba en el centro del despacho y miraba al recién llegado con una mezcla de temor y admiración. Rintlen le preguntó—: ¿Sabes a qué departamento represento?

El joven recorrió rápidamente con la mirada el uniforme gris y plateado, observó las insignias de la unidad y los destellos de sus galones.

—Sí, *Standartenführer* —respondió nervioso—. *Sicherheitsdienst*.

—Sí, al SD. Correcto. ¿Sabes por qué estoy aquí? —Gerdler hizo un violento movimiento negativo con la cabeza—. He venido para averiguar qué se ha hecho de un hombre llamado David Wienzman y su hija. Tengo entendido que los conoces.

—Sí, *Standartenführer* —la voz de Gerdler apenas era audible.

—De acuerdo. Parece que esta mañana Wienzman abandonó el país a toda prisa. Pudo deberse al descubrimiento de que las autoridades de Berlín lo buscaban o... —hizo una pausa para dar gravedad a sus palabras—, o quizás al hecho de que una

pandilla de imbéciles intentó violar a su hija.

—Le juro que sólo jugamos un poco con ella. No sabíamos, nadie sabía que la buscaban. Sólo fue una diversión —dijo con voz débil.

—Tal vez —dijo Rintlen secamente—. Ahora sólo quiero saber si estás dispuesto a compensar los problemas que nos has creado —interrumpió las disculpas de Gerdler y agregó—: Bien. ¿Podrías reconocer a Wienzman y a su hija aunque intentaran disfrazarse vistiendo otro tipo de ropa o, por ejemplo, cortándose el pelo?

—Sin duda alguna, *Standartenführer*. A la chica con más facilidad que al viejo —contestó a la vez que se ruborizaba.

—Magnífico.

Gerdler era exactamente lo que necesitaba. Había experimentado la humillación de que le arrebataran su presa y sería infatigable en el intento de volver a encontrarla.

—Entonces volverás a tu casa y te reunirás de nuevo conmigo aquí a las nueve de la noche. Trae ropa suficiente para una semana, ¿comprendes?

—Sí, *Standartenführer*, mejor dicho, no. ¿Qué quiere que haga? —preguntó desesperado el muchacho.

—Quiero que vengas conmigo a Italia en busca de la pareja que gracias a tus actos se asustó y huyó. Se te ofrece la oportunidad de realizar un servicio especial al Reich. ¿Te niegas?

—No, señor, claro que no. Estaré aquí a las nueve en punto —Gerdler se irguió apresuradamente y saludó—: *Heil*, Hitler.

—*Heil*, Hitler —respondió Rintlen con un ligero movimiento del brazo.

Ahora, pensó mientras Gerdler se iba, por lo menos tenía un modo de identificar a los Wienzman: sólo faltaba encontrarlos.

LAURA HARTMAN Y LOS KING llegaron al Shepherd cuando todavía no era noche cerrada. El sol se deslizaba tras las colinas en un breve pero espectacular resplandor rojo, rosa y dorado, y la temperatura, que había sido muy elevada durante la tarde, a causa del *hamsin*, había descendido. Se levantó una ligera brisa del norte que despejó el polvo y limpió la atmósfera viciada que persistía en las calles.

Con el cambio de tiempo, los bares y los cafés de las calles comenzaron a llenarse y el pesado tráfico diurno —los camiones, los carros y las multitudes ruidosas que se empujaban— cedió el paso en los barrios elegantes de Gezirah y la Ciudad Jardín en la ribera oriental del Nilo al tránsito cada vez mayor de lujosas limusinas, taxis e innumerables carruajes, que trasladaban a los cairotas ricos a sus diversiones nocturnas. Al mismo tiempo, desde los minaretes de las mezquitas, los agudos gemidos de los almuecines retumbaban en las calles y llamaban a orar a los fieles.

Los arrogantes porteros alejaron a los grupos de buhoneros y mendigos que rodearon el taxi cuando éste se detuvo delante de la escalinata alfombrada en rojo. Los eficaces recepcionistas apuntaron sus apellidos en el registro y enviaron a los

botones para que recogieran su equipaje.

—¡Qué sitio! —le susurró el señor King a Laura mientras subían en el ascensor— ¿Ha visto las banderas en el tejado? ¡Estandartes reales! Dicen que dos monarcas se hospedan aquí.

—Los de Bulgaria y Albania —especificó su esposa despectivamente—. No puede decirse que se encuentren entre los grandes reinos del mundo y, además, uno de ellos ha perdido el trono. El personal no debe pensar que puede ignorarnos a los demás porque no tenemos títulos. De todos modos, es algo que no apruebo —miró seriamente al botones más cercano.

—Vamos, Sarah —dijo su marido con suavidad—. Estoy seguro de que seremos bien atendidos.

—Es posible —respondió la señora King—, pero es mejor que sepan desde el principio que no permitiré que me traten como si fuese de segunda categoría —el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron—. Supongo que nos separamos aquí —dijo a Laura—. No olvide venir a mostrarnos su vestido antes de irse; no vemos con frecuencia a una muchacha que asiste a un baile real.

—Pensé que no te entusiasmaba la monarquía —le reprendió Harold King mientras guiñaba un ojo a Laura.

—El hecho de que no la apruebe no significa que la muchacha no debe divertirse —replicó su esposa convencida.

Laura prometió hacer lo que le pedían y salió en busca de su habitación.

Durante su estancia anterior, Laura había ocupado una habitación con baño privado frente a la *suite* de los Curtis, en el tercer piso. En esta ocasión, para albergar a los séquitos reales, habían utilizado todo aquel piso, de modo que los Curtis estaban en la segunda planta y las habitaciones de Laura daban al pasillo privado de la *suite* de su jefe. Charlotte Curtis no había ido al puerto para recibir a su esposo, pero Laura oyó su voz que provenía del gabinete y que se elevaba a medida que discutía.

—Cada vez que te doy la espalda te dedicas a jugar con un nuevo hombre —gritaba Curtis enfurecido—. Paso fuera dos semanas y estás tan ocupada con D'Este que ni siquiera tienes tiempo de ir a recibirme.

—Si quieres saberlo, fui a tomar el té con el príncipe Suleimán y, además, tu vuelo se retrasó. ¿Cómo podía saber cuándo llegarías?

—No era difícil averiguarlo y sé perfectamente que ese príncipe Suleimán es un compinche de D'Este. Estuviste allí con él y todo El Cairo sabe la clase de tés que se dan en ese palacio. Primero un profesor de esquí alemán y ahora ese italiano viscoso. Bien, estoy harto, ¿me oyes?

Laura entró en su cuarto sin hacer ruido y cerró la puerta. El motivo de la pelea le resultaba conocido. Para sorpresa de quienes no le conocían bien, Stewart Curtis amaba a su esposa y estaba apasionadamente celoso de sus frecuentes aventuras.

Laura nunca se había formado una opinión clara de Charlotte Curtis. Ésta siempre la trataba con amabilidad y, en ocasiones, generosamente, mientras que su marido era

descuidado y egoísta con todos sus empleados. Fue Charlotte quien la invitó a asistir al baile con ellos e incluso le consiguió un vestido. Pero también era una mujer dura, casi hasta la crueldad, codiciosa y sin escrúpulos; a menudo reconocía que sólo se había casado con Stewart por su dinero y que se negaba a acompañarlo durante los viajes de negocios a fin de disfrutar sin obstáculos de sus aventuras. Laura suponía que, en cierto sentido, Stewart Curtis y su esposa hacían buena pareja.

Al abandonar su habitación para bajar a tomar algo en el Long Bar antes de asistir al baile, Desmond se sorprendió al toparse con Laura Hartman que salía de una *suite* del mismo pasillo. El aspecto de la joven estaba tan cambiado que por un instante casi no la reconoció.

En lugar del traje gris que había llevado durante el día, lucía un vestido de noche de seda color crema, con flores bordadas, mangas abombadas, escote y cintura ceñida. Llevaba los brazos desnudos, guantes haciendo juego y un pequeño collar de perlas.

—¡Hola, comandante O'Neill! —su rostro fulguró de alegría— ¡Qué sorpresa! Está muy elegante.

Desmond dirigió una mirada desaprobadora a su frac.

—A su lado me veo muy ordinario. Está radiante —afirmó maravillado—, lleva un vestido hermosísimo.

Laura rió con recato.

—¿Verdad que sí? Me lo regalaron los Curtis. Es de Mainbocher. ¿Sabe una cosa? —agregó con cierto respeto—. Cuesta más que todo mi salario anual. Me siento rara al usarlo.

—Bien, pues vale hasta el último céntimo —aseguró Desmond—. La acompañaré abajo —le ofreció el brazo—. No puede bajar en ascensor con semejante vestido.

Los Curtis estaban en el salón principal, una amplia estancia débilmente iluminada, con techo abovedado, espesas alfombras persas y huecos de ventanas amueblados con divanes y mesitas bajas. Varios grupos de invitados con trajes de etiqueta esperaban allí y conversaban en voz baja. Desmond condujo a Laura hasta la mesa de los Curtis y allí le presentaron a Charlotte.

Desmond pensó que era hermosa, orgullosa, caprichosa, veleidosa y sensual. Estaba sentada muy erguida, lucía un vestido de raso blanco con adornos de terciopelo negro y los gruesos pliegues de la falda se extendían sobre el diván. A diferencia de la mayoría de las mujeres que aquella noche se encontraban en el salón, llevaba suelta su negra cabellera, separada de la cara, y le caía a ambos lados a estilo faraónico. El efecto era sorprendente y teatral, y ella lo sabía. Era el centro de un pequeño círculo de admiradores que estaban pendientes de sus palabras.

—De modo que usted es el aviador que me llevará por los cielos a través del Atlántico —dijo cuando presentaron a Desmond a los demás miembros del grupo y todos felicitaron a Laura por su elegancia. Charlotte le miró atentamente—. Dígame, ¿es seguro?

—No —Desmond respondió a su mirada—, no es seguro.

Los demás lanzaron murmullos de desconcierto pero la señora Curtis no se inmutó.

—¿No es seguro? —abrió los ojos con falso asombro— ¿Cómo es posible, comandante? Seguramente no nos aceptaría en una travesía que no es segura.

—Pesimismo profesional —comentó un hombre sentado junto a ella—. La gente siempre quiere hacernos creer que su trabajo es peligroso —dirigió a Desmond una mirada de desprecio e introdujo un cigarrillo en una boquilla esmaltada de plata—. La travesía es segura porque, en caso contrario, la compañía no haría el viaje.

—Cállese, Luca. —Le golpeó la rodilla con una uña de color carmesí—. Estoy convencida de que el comandante O'Neill tiene buenas razones para decir lo que dice. ¿No es así, comandante?

—Ningún vuelo a lo largo de más de cuatro mil kilómetros de océano en el que imperan las peores condiciones atmosféricas del mundo puede considerarse seguro —explicó Desmond secamente—. Intentamos reducir al mínimo los riesgos, pero no por ello dejan de existir.

—Usted logra que parezca muy estimulante, ¿no te parece, Stewart? —preguntó Charlotte a su marido.

—Considero que los superiores del comandante O'Neill —Stewart Curtis recalcó la palabra— se molestarían si le oyeran hablar de ese modo, y confieso que personalmente me sorprende que asista a un baile cuando ha pasado tan poco tiempo desde la tragedia en que estuvo implicado.

—¿Entonces considera que no es necesario ningún pesar por su parte? —sugirió Desmond.

Curtis frunció el ceño.

—No comprendo... —comenzó a decir, pero su esposa le interrumpió.

—Veo que usted no es un contrincante fácil, comandante —Charlotte rió—, desde luego no es un hombre con quien se puede jugar. El barón D'Este seguramente estará preocupado. Mañana ambos competirán en la carrera.

—Lamento no haber tenido tiempo de leer las listas —se disculpó Desmond amablemente—. ¿Con qué coche participa?

—Con un Delahaye. —Luca chupó el cigarrillo—. Igual al que ganó las veinticuatro horas de Le Mans el año pasado. Posee la aceleración más veloz de cuantos coches están hoy en el mercado —informó orgullosamente al grupo—. Alcanza los noventa y cinco kilómetros por hora en once segundos.

—El comandante conducirá un Hispano-Suiza. —Laura Hartman intervino por primera vez en la conversación—. Un deportivo de competición de ocho litros. Lo hará correr, barón.

—Ah, sí, el Hispano es un coche excelente —comentó Luca complacido— pero, desde luego, ya no es moderno.

—Su velocidad máxima es igual a la de un Delahaye y se trata de un modelo

probado en varias carreras —agregó Laura con entusiasmo—. Yo apoyaría a un Hispano-Suiza.

—¿Ha visto cuánto interés suscita su presencia? —preguntó Charlotte a Desmond con una sonrisa—. Debería pasar la velada con nosotros. Quiero saber más cosas sobre los riesgos de cruzar en avión el Atlántico con usted. ¿Hemos de esperar a su esposa? —Se dirigió a Luca D’Este, que seguía enumerando los méritos de los dos coches—. La baronesa D’Este quedó atrapada por el *hamsin* cuando salió a cabalgar y estuvo a punto de perderse en el desierto —confió a los demás.

—No, gracias. Está descansando en la embajada y quizá más tarde se reúna con nosotros. Por suerte, unos árabes la encontraron y la trajeron de regreso a la ciudad antes de que sufriera algún daño —explicó Luca en medio de las expresiones de preocupación—. Cometió un error al salir sola a caballo, sin su mozo de cuadra.

—Entonces, vayamos al palacio —propuso Charlotte—. El comandante O’Neill me escoltará en el coche pues quiero hablar con él sobre el vuelo. Stewart, ofrece tu brazo a la señora Hartman.

Desmond obedeció de mala gana; le estaban pidiendo que abandonara a Laura. A juzgar por la expresión de Stewart Curtis, tampoco él aprobaba la conducta de su esposa. Ocurriera lo que ocurriese, parecía condenado a provocar la hostilidad del financiero.

Sin embargo, lo que más le preocupaba era el hecho de que Ralph Kendricks no se había reunido con él en su habitación, tal como habían acordado en el desembarcadero.

EN EL FAMOSO BAR DEL HOTEL, guarida de generaciones de viajeros y exploradores, Ralph Kendricks se emborrachaba. Había abandonado el hidroavión al final de la tarde con el firme propósito de beber hasta olvidar, en un intento por silenciar los recuerdos que le atormentaban de un modo inenarrable.

Sentado en un taburete de un extremo de la barra, mientras miraba vidriosamente el fondo de su vaso de *whisky*, se dijo por vigésima vez desde su llegada que estaba acabado. Su caída total durante la lucha con la borrasca había anulado finalmente toda esperanza de mantener la ficción de que estaría en condiciones de realizar nuevamente el vuelo transatlántico. Las violentas sacudidas de los baches de aire, el temblor del aparato atrapado en los impetuosos remolinos de las corrientes de aire y las ventanas sin visión de la carlinga le habían recordado más agudamente que nunca el horror de hacía siete años.

Ralph tembló; el *whisky* cayó de su vaso y se derramó sobre la barra. Mientras bebía otro largo trago vio el hilillo de licor que llegaba al borde y caía al suelo. El bar se llenaba de personas que antes de cenar tomaban su copa de costumbre. Los camareros iban de un lado a otro con cocteleras en las manos. Nadie dirigió más que una mirada indiferente a su adusta y solitaria figura.

Se sentía mal por haberle fallado a Desmond, por no haberse dirigido a su cuarto como le había prometido, pero cuando llegó el momento descubrió que no tenía valor para hacerle frente. Pensó, no obstante, que no era una escapatoria real, que tarde o temprano Desmond le buscaría. Al margen de sus responsabilidades como comandante de vuelo. Desmond confiaba en que durante la carrera del día siguiente Ralph haría las veces de mecánico y copiloto.

En el bar crecía el ruido y resultaba incómodo a medida que entraban más personas antes de seguir al restaurante. Era hora de marcharse. El Shepherd no era un sitio adecuado para emborracharse solo y, además, Ken Frazer podía aparecer en cualquier momento y deseaba evitar a toda costa toparse con él.

Se abrió paso entre la multitud, cruzó el gran pasillo con columnas y salió a la escalinata de la terraza. La noche era cálida, despejada, y estaba perfumada por las buganvillas y las adelfas de los jardines de enfrente. Un hombre se acercó y le ofreció sus servicios, pero Ralph lo apartó. Recordó que a tres o cuatro calles de distancia había un sitio tranquilo donde un hombre podía beber en paz y olvidar, durante algunas horas, que estaba acabado.

A decir verdad, Ken Frazer no tenía intenciones de bajar al bar, aunque había pedido al camarero de servicio que le llevara una ginebra. Él no intentaba eludir a sus compañeros de tripulación, pero antes debía ocuparse de algunos asuntos importantes.

En su mente pesaba la idea de que podían considerarlo parcialmente responsable del aterrizaje de emergencia en Shambe y, por extensión, de la muerte de Ian Thorne. Hombre frío por naturaleza, no tenía dificultades para declararse inocente de cualquier responsabilidad moral, pero aún persistía la duda acuciante de que el comité de investigación podía pensar de otro modo.

En su opinión, la solución consistía en cerciorarse de que Desmond cargara sobre sus hombros con toda la responsabilidad del incidente y quedara definitivamente desacreditado. Esto no sólo libraría a Frazer de cualquier crítica, sino que también abriría el camino para que Desmond fuese trasladado, quizá degradado y posiblemente hasta despedido. En ese caso, pensó Frazer, él mismo tendría bastantes posibilidades de que le dieran el mando del *Caterina*.

La cuestión esencial era ocuparse de que la junta y los gerentes más antiguos de la compañía se enteraran de los fallos generales de Desmond como comandante, además de saber que era único responsable de la tragedia de Shambe. Si Desmond aparecía ante sus ojos como incompetente e irresponsable, los descubrimientos de la investigación no harían más que confirmarlo.

A tal fin, Frazer redactaba una carta para su madre, que vivía en Londres, la cual enviaría al día siguiente con el avión postal. En ella hacía una lista de los errores de su comandante tal como los veía y de sus errores de juicio durante el vuelo Nilo arriba, y pedía a su madre que hiciera todo lo posible para que Jack Priestly se enterara.

«Estoy totalmente convencido —escribía— de que el comandante O’Neill intenta convertirme en chivo expiatorio de este espantoso asunto y eludir su responsabilidad. Además, su conducta durante el viaje ha sido vergonzosa. No sólo ha sido descortés con varios pasajeros y ha provocado demoras innecesarias exigiendo reparaciones extras a fin de tener tiempo para participar en una carrera de coches aquí, en El Cairo, sino que también permite que un miembro de la tripulación, nuestro radiotelegrafista, siga en su puesto a pesar de que el hombre está desquiciado y bebe copiosamente. Puedes imaginar el peligro que esto representa para todos nosotros, para los pasajeros y la tripulación, y sólo espero que la gerencia se entere de esta situación antes de que nos dispongamos a cruzar el Atlántico.»

Mientras cerraba la carta y se la entregaba personalmente al sobrecargo del aparato que volaría al día siguiente, con el ruego de que fuese entregada por un mensajero especial en cuanto llegara a Londres, llegó a la conclusión de que había proporcionado a su madre munición suficiente para detener la carrera de Desmond O’Neill por siempre jamás.

DADA LA LIMITADA VISIÓN delantera que la carlinga del Supermarine permitía, maniobrar cerca de la orilla para poder llegar hasta la plataforma del cobertizo para botes llevó a Jarrett más tiempo del que suponía y la noche había caído cuando atracó perfectamente el avión dentro del gran espacio interior. Utilizó cuerdas para remolcarlo durante el último tramo y tuvo el cuidado de no rozar las puntas de las alas con los costados. Con las puertas cerradas y la iluminación del techo tenía lugar de sobra para trabajar siempre que quisiera, libre de las condiciones atmosféricas o del riesgo de ser observado.

Acarreó las herramientas y otros elementos del equipo desde la casa, las apiló en uno de los cuartos del fondo del cobertizo para botes y, mientras lo hacía, se apuntó mentalmente las tareas a realizar. El motor no había funcionado tan uniformemente como le habría gustado durante el ascenso; uno de los problemas con aquella máquina hecha para correr era que necesitaba una sincronización muy cuidadosa antes de cada vuelo, a fin de lograr un rendimiento óptimo. Ello supondría medio día de trabajo, pero podía dejarlo para el final.

Mucho más importante era la radio. Debía instalar el transmisor-receptor telefónico en la atestada carlinga a fin de poder operar durante el vuelo, y ello significaría cortar una parte del panel de instrumentos y probablemente cambiar la situación de algunos indicadores; como mínimo, un par de días de trabajo, aun cuando no surgiesen dificultades.

Por último, bajo un montón de desechos en el sótano extrajo una caja de madera larga y estrecha y gruñó por el esfuerzo mientras la alzaba. Volvió al cobertizo, colocó la caja sobre un banco, bajo las luces, y se dispuso a abrirla con una palanca. La madera estaba fuertemente sujeta con clavos situados a pocos centímetros de

distancia y tuvo que hacer palanca con la punta de un cincel hasta que salió de un tirón. En su interior había cierta cantidad de bultos envueltos en tela y protegidos por virutas, mantenidos en su sitio por tablillas sujetas a los lados. Jarrett las apartó con impaciencia y sacó el contenido.

Un momento después, miraba embelesado los extremos metálicos engrasados y resplandecientes de dos ametralladoras Colt 50, con refrigeración por aire y disparo eléctrico, acompañadas por bandejas de municiones, marcos, equipo de disparo y control remoto y miras ópticas adecuadas para utilizar en un avión de caza monoplaça.

LOS FESTEJOS EN EL PALACIO Abdin estaban en su punto culminante cuando el doctor Van Smit, con ayuda de una llave de cerrajero preparada al llegar a El Cairo, abrió sin dificultades la puerta de la *suite* de los Curtis, se detuvo un instante para cerciorarse de que no había sonidos en el interior y entró, echando firmemente el cerrojo.

La *suite* tenía un pequeño pasillo, al que daban dos dormitorios y un cuarto de baño utilizados por Laura Hartman y la criada de Charlotte Curtis; enfrente, unas puertas conducían al gabinete y el dormitorio principal. Las dos últimas habitaciones eran grandes y espaciosas, con balcones lujosos aunque algo rebuscados, amuebladas al estilo Tercer Imperio. El gabinete, sobre todo, habría hecho honor a alguna de las residencias más elegantes de la ciudad, ya que ocupaba una esquina del hotel que daba a los jardines traseros.

Van Smit se ocupó primero de esa habitación y puso manos a la obra para abrir la cerradura del macizo escritorio situado a la derecha de la puerta. Apenas temía que le interrumpieran, pues sabía que Laura estaba en el baile con los demás y un poco antes había visto que la criada se deslizaba por una entrada de servicio del Shepherd en compañía de un criado que pertenecía a otro huésped.

La cerradura, como las de la mayoría de los muebles que rara vez se utilizaban, resultó dura y difícil y, para fastidio del doctor, el cajón sólo contenía un puñado de documentos sin importancia: pasaportes, documentos de viaje y papeles por el estilo. Miró el fajo de billetes aéreos y observó que todo el grupo había reservado pasajes hasta Nueva York; luego los acomodó cuidadosamente para que no se notara que el contenido del cajón había sido tocado.

Evidentemente, Curtis guardaba sus cosas más valiosas en otra parte y Van Smit dirigió su atención al resto de la estancia. Un impresionante armario de nogal sólo contenía varias botellas de bebidas alcohólicas y vasos; un armario debajo de la librería estaba abierto y vacío. Van Smit estaba a punto de dirigirse al dormitorio cuando le inmovilizó el sonido de alguien que intentaba abrir la puerta del pasillo.

La puerta crujió y se estremeció mientras la persona del otro lado hacía girar la llave en un intento por entrar. El doctor contuvo la respiración y se alegró de haberse

acordado de echar el cerrojo. La camarera tenía una llave maestra con la que podría abrirlo, pero él había esperado astutamente hasta que hubiesen preparado las habitaciones para la noche. Pensó que con suerte, la persona que estaba afuera abandonaría pronto el intento y saldría en busca de ayuda. Lo más probable era que fuese la criada de Charlotte Curtis que regresaba inesperadamente temprano.

Tal como suponía, el ruido cesó y al momento el doctor salió al pasillo y pegó la oreja a la puerta para percibir cualquier sonido en el pasillo exterior. Sabía que la gruesa alfombra absorbería las pisadas, pero podría oír voces próximas u otras puertas que se abrieran. Supuso que todo estaba despejado, suspiró, se esforzó por tener un aspecto normal, abrió el cerrojo de la puerta y salió.

Con enorme alivio comprobó que el pasillo estaba vacío, por lo que inmediatamente cerró la puerta y se dirigió a la escalera. Al doblar el recodo vio que había hecho bien. Por el pasillo se acercaba la criada de los Curtis en compañía del camarero del segundo piso, que esgrimía una llave maestra.

DENTRO DEL SALÓN BIZANTINO del palacio Abdin, Laura Hartman y Desmond O'Neill estaban uno al lado del otro en medio de más de un millar de invitados que esperaban la entrada del rey Faruk y su séquito. Poco antes, ambos habían sido liberados de mala gana por Charlotte Curtis, cuando su marido insistió en ejercitar el derecho de escoltarla por la escalera de mármol de la entrada principal, y ahora conversaban tranquilamente.

—En mi vida había visto un lugar tan fantástico —susurró Laura—. Es como si Hollywood y Versalles se hubieran unido para una fiesta.

En el gran salón, las columnas doradas se elevaban hacia muchos techos abovedados, adornados con prolijos artesones de vidrio coloreado, de los que colgaban lámparas de alabastro. A lo largo de la pared se veían arcas de bronce y sándalo que guardaban los trajes enjovados de las bailarinas del palacio. Las fuentes de mármol esculpido, rodeadas de flores, jugaban entre la multitud elegantemente ataviada que se había reunido para recibir al rey.

—Dicen que las estancias reales son aún más increíbles —comentó Desmond—: Escaleras con barandilla de cristal y suelos cubiertos de marfil y madreperla. Pero éste es sólo uno de los cinco palacios de Faruk.

Laura dirigió su atención hacia la vestimenta de los asistentes.

—Parece un baile de disfraces. —Tuvo dificultades para contener una carcajada—. Los hombres están mucho peor que las señoras.

Desmond siguió la mirada de la muchacha. La lista de invitados, que representaba a la flor y nata de la alta sociedad de El Cairo, incluía más de veinte nacionalidades distintas y ofrecía un brillante conjunto de uniformes militares y diplomáticos, además de la vestimenta de la corte egipcia.

Los pachás cubiertos con fez se movían entre los rajás hindúes con turbantes

cubiertos de joyas y los jeques árabes con túnicas recamadas en oro; la luz resplandecía en los diamantes, las perlas y los rubíes. Desmond pensó que allí debían de hallarse reunidas varias fortunas en joyas preciosas.

—Me siento muy vulgar en medio de una reunión tan deslumbrante —dijo a Laura—. Por otra parte, usted supera toda competencia.

Laura se sonrojó complacida. No había duda de que algunas mujeres miraban con envidia su vestido.

—¿Cuándo cree que llegará el rey? —preguntó.

—Sospecho que eso es lo que todos quisieran saber. Faruk es famoso por su falta de puntualidad y, además, detesta este tipo de fiestas. A veces hace esperar horas a sus audiencias.

—Lo conoce bastante bien, ¿no? Quiero decir como amigo, no como rey.

—En realidad, no. No estoy seguro de que alguien lo conozca de ese modo. Sólo he pilotado varias veces para él y, cuando me invitó, fuimos a cazar a los pantanos de Dahshour. Creo que a veces le agrada alejarse de todas las personas importantes que le rodean.

—Tengo la sensación de que usted lo compadece —agregó Laura. Ambos hablaban en voz baja para evitar ser oídos por quienes les rodeaban.

—Un muchacho de diecinueve años que ha heredado una de las fortunas más grandes del mundo junto a una de las tierras más pobres. En el país todo depende de él pero no es el verdadero gobernante de Egipto. Está rodeado de cortesanos serviles y corruptos y diplomáticos condescendientes que se ríen de sus intentos de impresionarlos —respondió Desmond—. Sí, compadezco a Faruk.

—Actitud muy conveniente en alguien cuya nación gobierna prácticamente a Egipto como colonia sometida. —La voz burlona de Luca D'Este que resonó a sus espaldas los cogió por sorpresa.

Al mirar a su alrededor, Laura y Desmond vieron que el barón se había acercado en compañía de los Curtis. Los demás parecían incómodos por sus comentarios y Charlotte intervino antes que Desmond pudiera responder.

—Comandante, mi marido no baila —dijo sonriéndole coquetamente—, por lo que le pido que me acompañe cuando comience la música.

—Estaré encantado, señora Curtis —respondió Desmond con sinceridad—, pero temo que ya he comprometido el primer baile de la velada con la señora Hartman.

Charlotte no perdió la sonrisa, pero un fugaz destello de fastidio recorrió su mirada.

—Bien por usted, Laura —dijo condescendiente—. Veo que tendré que ocupar el segundo lugar —agregó en tono irónico.

—Mi querida Charlotte, me sentiré muy honrado de... —intervino D'Este.

—Sí, sí. Luca, por supuesto, por supuesto —la expresión de Charlotte se endureció y se volvió para decir algo a su marido.

Luca dirigió a Desmond una mirada furiosa y parecía a punto de decir algo

cuando del extremo del salón llegó un súbito rumor de agitación y vieron que las enormes puertas de bronce se abrían.

Por la escalinata bajó el primer par de trompeteros que se detuvieron a ambos lados de la puerta. Luego apareció una fila doble de cortesanos que vestían fez rojo y chaqueta ajustada de color azul oscuro tan cargada de alamares dorados que resultaba difícil distinguir la tela. Con el porte serio y digno salieron al salón, hicieron retroceder a la multitud de invitados ansiosos y abrieron un pasillo en el centro de la reunión, sobre el que había caído un expectante silencio.

Alguien hizo la señal, los trompeteros elevaron sus instrumentos y lanzaron una serie de agudos toques. Mientras los ecos se apagaban, aparecieron al pie de la escalinata las figuras del rey y del príncipe heredero. El baile estaba a punto de comenzar.

A PESAR DE LAS AFIRMACIONES de su marido, Jacquetta D'Este no tenía la menor intención de asistir a las celebraciones en palacio. Cuando llegó a la residencia de la embajada italiana en un coche patrulla, hizo a Luca y a sus anfitriones un ligero bosquejo de la aventura antes de decir que estaba totalmente agotada y retirarse a sus habitaciones. No había mencionado a Rashid al Senusi, salvo para decir que un grupo de árabes errantes la había encontrado y devuelto.

Apoyada en los almohadones de seda del dormitorio apenas iluminado, intentó analizar los motivos que la llevaban a proteger de ese modo a Rashid. Ciertamente la gratitud tenía que ver con ello, pero no bastaba para explicar su renuencia a exponer a un joven que, al fin y al cabo, había jurado matarla.

Ahora que los sufrimientos en medio del *hamsin* habían concluido, le resultaba difícil apartar de su mente la figura delgada y los rasgos orgullosos del joven jeque. Por unas pocas horas había vislumbrado un mundo muy distinto al propio; un mundo áspero e intransigente en el que la más ligera debilidad de cuerpo o espíritu significaba la muerte, pero en el que los hombres todavía respetaban un código de honor y caballerosidad en medio de una lucha cruel por la supervivencia.

La superficialidad y deshonestidad de hombres como Luca, con su incesante búsqueda de la riqueza y el poder, sus diversiones triviales, sus intrigas vulgares y sus patéticas muestras de arrogancia y mal humor, palidecían junto a la impetuosa sed de venganza de Rashid, su salvaje orgullo de sí mismo y de su pueblo, su concentración en un solo propósito y la autodisciplina con la que perseguía sus objetivos.

Jacquetta comprendió que, como mujer, Rashid la había atraído más que cualquier otro hombre que hubiese conocido y, por algún giro extraño del destino, él también la había salvado de la muerte y estaba decidido a matar a su marido.

EL REY FARUK NO HABÍA reparado en gastos para la culminación de la semana de

fiestas en honor de la boda de su hermana. Cuatro orquestas distintas, traídas especialmente de Europa y Estados Unidos, tocaron en diversos salones a lo largo de la noche. Hubo bailarinas de *cabaret*, compañías de acróbatas, prestidigitadores, comedores de fuego, magos y cantantes. Un suntuoso buffet en el que se sirvió todo tipo de platos exóticos fue seguido de magníficos fuegos artificiales encendidos durante una hora en el jardín trasero del palacio. Las estrellas que estallaban, la lluvia de plata y los cohetes de brillantes colores volaron sobre las cúpulas y los alminares de El Cairo en una exhibición de extravagante belleza, mientras los invitados miraban pasmados desde las terrazas iluminadas por el resplandor de las antorchas.

Desmond y Laura habían pasado la noche juntos, bailando y conversando con los muchos amigos que el irlandés había hecho durante sus frecuentes visitas a la ciudad.

—El Cairo es casi como un hogar para usted, ¿no? —le preguntó Laura mientras salían a uno de los balcones bajo el tibio aire de la noche.

—Supongo que tiene razón —coincidió—. El Cairo está lleno de personas como yo, hombres que van y vienen sin un lugar fijo en el que vivir.

—¿Usted tiene en algún sitio un lugar donde vivir?

Casi antes de darse cuenta, Desmond le habló de Pamela, de la casa en Inglaterra y de la amargura del divorcio.

—Ella parece muy enojada y herida —opinó Laura—. Supongo que yo también lo estaría si no hubiese logrado que mi matrimonio funcionara.

—En primer lugar, estuvimos locos al intentarlo —explicó Desmond—. No se puede esperar que un matrimonio prospere cuando el hombre pasa fuera de casa la mitad del año, volando.

—Eso no es cierto y lo sabe. En todo el mundo hay miles de personas con trabajos como el suyo, que las obligan a estar lejos de sus casas, y no todos se divorcian —dijo con una firmeza que lo sorprendió.

—Lo siento, no debería aburrirla con mis problemas.

—No me aburrió —aseguró Laura—. De todos modos, le debo una disculpa por enojarme cuando dijo que no creía en la guerra. Sandy Everett nos dijo que su hermano murió mientras volaba durante la última guerra. Debió ser terrible para usted.

—Sí, una tragedia y un estrago terrible —por un instante, el rostro sonriente de su hermano apareció en su mente tal como lo había visto con vida por última vez, saludando garbosamente desde el coche mientras regresaba al frente—. Mark tenía nueve años más que yo y le adoraba. El día de su muerte fue el peor de mi vida.

Se detuvo bruscamente y recordó demasiado tarde que Laura había perdido a su marido hacía poco más de un año. De modo instintivo, sin darse cuenta, habían dejado de caminar y se habían acercado. Bajo la luz parpadeante de las antorchas, el rostro levantado de Laura estaba muy hermoso. Desmond sintió un enorme deseo de tomarla en sus brazos y besarla.

—Me gustaría regresar pronto —confesó Laura después de que se separaran algo

tímidamente y emprendieran el regreso al salón de baile—. Es casi la una y anoche no dormí muy bien en el río.

—La acompañaré hasta el Shepherd —dijo Desmond—. Quiero asegurarme un buen descanso antes de la carrera de mañana.

Las reacciones del resto del grupo cuando anunciaron su intención de marcharse fueron diversas. Luca D'Este y Stewart Curtis parecían satisfechos. Charlotte se alegró menos de la noticia.

—Simplemente debo bailar una vez más con usted antes de que se marche —insistió; quitó importancia a las protestas del italiano al que había prometido el próximo baile y arrastró a Desmond hasta la pista.

Era una excelente bailarina. Recorrieron el salón de baile como si fuesen una sola persona, rápida y levemente y, al igual que durante el primer baile de la velada, ella se apretó contra él y coqueteó con una intimidad que le molestó. En circunstancias más normales, Desmond quizá habría sucumbido a sus insinuaciones, pues Charlotte era una mujer indiscutiblemente atractiva y no dejaba de ser un honor que ella le eligiera de aquel modo. Sin embargo, tal como estaban las cosas, mientras Laura Hartman y el marido y los amigos de la señora miraban, Desmond sólo se sintió incómodo por su conducta.

—Esta noche está muy rígido y formal. ¿Se ha ofendido por algo?

—En absoluto —respondió Desmond apresuradamente—. Creo que en realidad sólo estoy muy cansado. El vuelo hasta aquí es muy largo y anoche apenas hemos dormido.

—Lo sé, pobrecillo —Charlotte agitó las pestañas mientras le miraba con falsa compasión—. Y mañana participará en la carrera. El pobre Luca está furioso —rió—, todos sostienen que usted ganará, hasta el rey me lo dijo —poco antes, Desmond la había visto bailar con Faruk en el salón de baile principal. Evidentemente, el elogio que el rey le dedicó le había vuelto más deseable a los ojos de Charlotte. La música adquirió un ritmo más lento y Charlotte se acomodó más fuertemente en sus brazos—. Dígame, ¿cómo se lleva con la pequeña Laura Hartman? —preguntó con una indiferencia demasiado evidente— ¿Le agrada?

—Me agrada mucho. Es una joven encantadora —replicó Desmond secamente, furioso por tener que hablar de Laura a sus espaldas.

Charlotte le dirigió una súbita e intensa mirada.

—Veo que tendré que ponerlo en el cuadro de allí —comentó enigmáticamente.

Desmond intentaba deducir el significado de sus palabras cuando la música terminó y se reunieron con los demás.

A causa de la insistencia de Charlotte, regresaron al Shepherd en la limusina de los Curtis. El patio principal estaba atestado por una infinidad de automóviles lujosos y tuvieron que esperar bastante antes de que llamaran al chófer, el cual condujo el Packard entre las filas de Cadillacs, Rolls-Royce, Hispano y Mercedes que resplandecían bajo la luz de la luna y los rayos de las lámparas del palacio.

La mayoría de los huéspedes del hotel habían subido a sus aposentos o se habían ido a sus casas, pero la calle seguía llena de mendigos que apelaban a la generosidad de los que regresaban tarde. Laura se estremeció cuando uno de los porteros echó a un mutilado ciego y a su lazarillo.

—Egipto a veces me horroriza —comentó la joven—. No sé cómo la gente puede aceptar con tanta facilidad el contraste entre los muy ricos y los pobres. Es espantoso pensar que podemos salir de un palacio en el que un rey organiza un baile fabuloso y encontrar, a menos de dos kilómetros de distancia, la pobreza y la miseria más desesperadas.

—Ocurre lo mismo en todo El Cairo —dijo Desmond—. Siempre ha existido un puñado de personas inmensamente ricas y millones de pobres. Las villas de la Ciudad Jardín junto a las chozas y los barrios bajos de la Ciudad de los Muertos.

Estaba a punto de agregar que la parte trasera del Shepherd daba a un grupo de casuchas y viviendas infestadas de gusanos cuando oyó que alguien gritaba su nombre desde la calle de enfrente y, al volverse, vio la figura de Ralph Kendricks que caminaba pesadamente hacia él.

—Jefe —gritó mientras trastabillaba escalera arriba hasta donde Desmond y Laura le esperaban, debajo del dosel—. Jefe, lamento no haber venido esta noche. —Arrastró las palabras y se agarró a las columnas del toldo para sostenerse—. No pude venir, simplemente no pude —repitió con voz ebria—. Quise hacerlo pero no pude.

El personal del Shepherd estaba acostumbrado a los juerguistas achispados que regresaban tarde, pero Desmond notó que el portero miraba dubitativamente a Kendricks, el cual se había quitado la chaqueta y la corbata, que llevaba en la mano, junto a una botella semivacia de *whisky*. Tenía el rostro sonrojado y sudoroso por el alcohol.

—Diablos, Ralph. ¿Por qué te has puesto en este estado? —Desmond cogió del brazo al radiotelegrafista que se tambaleaba y lo llevó hacia el pasillo—. Será mejor que me permita ocuparme de él —dijo a Laura, pero la muchacha cogía calmadamente la chaqueta y la botella de *whisky* de Kendricks.

—Lléveselo —dijo—. Recogeré la llave y le seguiré.

Con algunas dificultades, debido a que era un hombre pesado, lograron hacer subir a Ralph por la escalera hasta su cuarto y estirarlo sobre la cama, donde se derrumbó envuelto en estupor. Desmond le quitó los zapatos y lo cubrió con una manta.

—Gracias —dijo a Laura cuando regresaron a su piso—. Ha sido una gran ayuda.

—No tiene importancia. Estoy acostumbrada a esto, he tenido que hacerlo cientos de veces. —Sus palabras y el modo como las pronunció hicieron que Desmond la mirara atentamente—. Mi marido. —Respondió a su pregunta no formulada con voz serena y cansada—. Era alcohólico. Infinidad de veces hice lo mismo por él.

—Lo siento —se disculpó Desmond—. No me di cuenta. Ocuparse de Ralph ha debido ser terrible para usted.

—Ya estoy acostumbrada. Al principio, lloraba cada vez que ocurría. Así es cómo se mató. Bajaba a la mina borracho, dejó de cuidarse y hubo un accidente. ¡Paf! Se acabó el marido. —Hizo un gesto vacío con las manos—. Todo terminó en un segundo, así. —Cuando llegaron ante la puerta de la *suite* de Stewart Curtis, ella le preguntó—: ¿Qué hará con Ralph?

Desmond se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé. Tendré que pensarlo y mañana lo decidiré. Ahora lo único que quiero es dormir.

Le dio un beso cariñoso deseándole buenas noches y regresó a su habitación.

De «*La Gaceta de Egipto*». Domingo 12 de marzo de 1939:

«Su Majestad el rey Faruk honrará hoy al Automóvil Club de El Cairo dando la salida de la carrera anual del club hasta El Faiyum, que se iniciará a las 15.30 de la tarde en la plaza del palacio Abdin. Acompañarán a Su Majestad Su Alteza, el príncipe heredero de Irán, y también estarán presentes miembros de sus séquitos, además de Su Excelencia el embajador británico y miembros del cuerpo diplomático.»

En la casona situada en el extremo del lago Warren, Pat Jarrett se sobresaltó al oír la campanilla del despertador, en el preciso momento en que el sol asomaba por encima de las colinas circundantes. Saltó de la cama inmediatamente, como había hecho todos los días desde que marchó a la guerra. Levantarse al amanecer y no quedarse acostado ni un segundo más cuando se despertaba eran partes importantes del rígido código de autodisciplina que se imponía.

Observó el lago desde la ventana y comprobó que todo estaba como la noche anterior. Al margen de unos pocos cirros a gran altura, el cielo estaba despejado y ningún viento perturbaba la superficie del agua. Pensó que si el tiempo seguía así durante cinco días, todo sería perfecto. Cogió una toalla y un pantalón corto, salió corriendo de la casa y bajó hasta el muelle. Normalmente comenzaba el día con una ducha fría o una zambullida, pero desde que llegó al lago aprovechaba la oportunidad para nadar a placer.

Después de nadar en las aguas heladas, inició su carrera diaria: ocho kilómetros al margen de las condiciones atmosféricas y, salvo cuando nevaba, descalzo a fin de mantener resistentes las plantas de los pies.

El aire fresco de la montaña le hacía bien; sintió su cuerpo renovado y fortalecido mientras saltaba por el césped, chapoteando en los pedazos de terreno fangoso a causa de la nieve derretida. No sólo se sentía en forma inmejorable sino que la certeza de que su largo entrenamiento, los años de abnegación y autodisciplina, eran finalmente utilizados, había devuelto a su vida una sensación de entusiasmo y un objetivo.

Regresó a la casa, se duchó, se frotó una vez más y se puso una camisa limpia y un mono blanco almidonado del conjunto que lavaba y planchaba todos los días. El orgullo de su aspecto era la característica del buen soldado, recordó mientras se

afeitaba cuidadosamente y se recortaba el pelo delante del espejo. Aquel día comenzaría el acondicionamiento del transmisor de radio. Todo salía según el plan.

LA CARRERA HASTA EL FAIYUM y regreso a El Cairo comenzaría a las tres y media, principalmente para ajustarse a la conveniencia del rey, que había hecho saber su intención de dar la salida a los coches y entregar el premio al ganador. Todos los conductores eran partidarios de que se celebrara por la tarde, pues de ese modo evitarían las horas más calurosas del día. Se esperaba que los primeros coches atravesarían la línea de llegada en la plaza del palacio alrededor de las seis, cuando anoheciera, y los últimos harían lo mismo cerca de las seis y media. El recorrido final de la carrera sería el más espectacular, ya que los coches atravesarían las calles atestadas de público y sus faros resplandecerían en medio de la luz cada vez más tenue.

Desmond se había dedicado al Hispano-Suiza desde primeras horas de la mañana, después de una breve visita a Heliópolis para controlar las reparaciones del *Caterina*... A pesar de las afirmaciones de Charlotte Curtis y de otras personas, no consideraba demasiado altas sus posibilidades. A diferencia de los demás participantes, no había podido practicar el recorrido durante las últimas tres semanas, y a raíz de la crisis sufrida por Ralph Kendricks también tendría que arreglarse sin mecánico. Contra él competirían hombres como el barón D'Este, con un automóvil nuevo y costoso, e innumerables chóferes y mecánicos a los que pedir ayuda durante los preparativos.

Guardaba el coche en un pequeño garaje, no lejos del Shepherd, en un estrecho callejón que albergaba varios comercios pequeños así como algunos taxistas que se encontraban entre sus firmes partidarios y para cuyos hijos la máxima alegría era que les permitiese lustrar el fabuloso coche de carreras.

Cuando se construyó, en 1924, el Hispano-Suiza Boulogne había sido el último grito en lujo y rendimiento. La sorprendente carrocería de tres metros y medio fue construida a mano en madera de tulipanero y montada sobre un chasis de diseño suizo; lo impulsaba una versión de ocho litros de los famosos motores que llevaban los aviones de la primera guerra mundial, los cuales representaban una cumbre de la mecánica y la artesanía carrocera que nunca más volvería a alcanzarse.

Cada hoja de la madera bellamente granulada de color rojo oscuro que formaba la carrocería había sido cortada y colocada a mano en las elegantes y dinámicas líneas del coche, sujeta cada pocos centímetros por incontables tornillos de bronce, por lo que el efecto global era una hermosa combinación de rojo oscuro y dorado que resplandecía y chispeaba bajo la luz.

Nueve meses atrás, durante un recorrido por los garajes del palacio de Faruk, Desmond había reconocido el Hispano, abandonado y decadente tras las hileras de modelos más recientes, y convenció al rey para que se lo vendiera. A partir de

entonces, dedicó la mayor parte de su tiempo libre a buscar repuestos y lograr que el coche recuperara su suntuosidad original.

Bien mirado, sin embargo, el Hispano se encontraba en magníficas condiciones. Desmond se cercioró de ello al tenderse boca arriba debajo del coche y ajustar los pernos de defensa del colector de aceite. Ciertamente que el vehículo tenía quince años y no aceleraba con la misma rapidez que los Delahaye y los Jaguar actuales, pero en carretera recta y con lugar suficiente para maniobrar, el potente motor era capaz de igualar la velocidad de la mayoría de los coches y mantener incansablemente la marcha sin esfuerzo, hora tras hora.

Durante la carrera de aquella tarde, la precisión y la potencia serían tan importantes como la velocidad máxima. En el camino del desierto, profundos agujeros, baches y piedras diseminadas obstruían el paso; los neumáticos podrían reventar y volantes y ejes se podían romper fácilmente, sobre todo entre los conductores que no estaban acostumbrados a esos riesgos. Al menos existía la posibilidad de llegar bien colocado a la meta.

Cuando se deslizó un poco para controlar el montaje de la dirección oyó que la puerta que comunicaba con la calle, la cual había cerrado firmemente para impedir la entrada de los niños, se abría de golpe. Miró de soslayo más allá del neumático delantero izquierdo y vio un par de pies pequeños con limpias zapatillas blancas de tenis, coronadas por los pantalones de un mono blanco con los bajos vueltos hacia arriba, que caminaban hacia él. Un momento después, el rostro de Laura Hartman le observaba debajo del coche.

—Supuse que necesitaría una ayudante y por eso estoy aquí —explicó cuando Desmond se levantó—. El señor Kendricks sigue durmiendo. —Además de ponerse el mono de trabajo, se había recogido con esmero el pelo en un moño. Cuando él comenzó a protestar, le interrumpió para decir—: Ya lo sé, pero como le dije mi marido era ingeniero y prácticamente lo único que logró enseñarme fue cómo funcionan los coches. —Miró con afecto al Hispano—. Es hermoso —agregó y pasó suavemente los dedos por la brillante madera del capó. Luego miró a Desmond con severidad—. Hispano-Suiza Boulogne, modelo 1924. Seis cilindros, motor de ocho litros con válvulas colocadas arriba; apodado el «Boulogne Tulipanero», es el único de su tipo que existe y fue construido para André Dubonnet, de la familia de vinateros franceses, que corrió con él en la Targa Florio de 1924.

Desmond la miró estupefacto y se echó a reír. Ver la decidida figura de Laura mientras declamaba una serie de datos técnicos era demasiado para él.

—¿Le enseñó todo eso?

La joven sacudió la cabeza negativamente.

—No, me lo dijo Freddy Müller, el gerente del hotel, y también me explicó dónde encontrarlo, pero no sé de qué estoy hablando, de modo que, ¿puedo ir con usted?

La miró vacilante un instante.

—La carrera puede ser peligrosa y, desde luego, resultar agotadora y polvorienta.

Una buena parte de la pista atraviesa el desierto y allí los caminos son muy malos.

—Puedo soportar un poco de polvo —afirmó Laura decidida—. También sé cambiar un neumático y engrasar un eje y, además, cualquier otra persona que encuentre será más pesada que yo —agregó desafiante.

Desmond volvió a reír.

—Debo reconocer que es cierto. Parece que no me queda otra alternativa y, a decir verdad, usted parece dispuesta a desempeñar el papel. ¿Dónde consiguió esa ropa?

A Laura le tocaba ahora sonreír.

—Su sobrecargo Sandy Everett, me la consiguió en el almacén de la compañía. Me dio este mono de trabajo y otro equipo limpio para usar durante la carrera.

—También necesitará un casco y gafas. Me ocuparé de conseguírselos cuando descansemos para almorzar. Quiero terminar de controlar los bajos y luego nos iremos a dar un paseo.

Miró la hora mientras hablaba: eran las once. Les quedaban menos de cuatro horas para concluir los preparativos.

TODA LA PLAZA FRENTE al palacio Abdin estaba cubierta de hileras de coches, ordenados según su número de sorteo. Cuarenta y dos conductores se habían inscrito en la carrera, aunque menos de la cuarta parte eran rivales serios, ya que los demás eran coches viejos cuyos propietarios participaban en la carrera más por diversión que para intentar la victoria.

Alrededor de cada una de las máquinas lustradas y resplandecientes se apiñaba un grupo de mirones, que observaba los últimos ajustes que hacían a los motores y discutían crítica y volublemente sus méritos. Por real orden, un cordón policial mantenía a distancia a la multitud de espectadores, pero no había impedido que prácticamente toda la sociedad cairota entrara para ver a sus amigos y presenciar la ceremonia en la que el rey daría comienzo a la carrera.

Jacquetta D'Este estaba bajo un toldo erigido por el Automóvil Club de El Cairo en una esquina de la plaza. Aún hacía mucho calor y en el asfalto sin protección el ruido, el polvo y los gases de escape la habían agobiado. A escasa distancia, algunas de sus amistades comentaban con excitación las posibilidades de los diversos contrincantes. Delante de ella, casi perdido en una abrumadora muchedumbre de partidarios, su marido había sentado a Charlotte Curtis ante el volante de su Delahaye marrón y le explicaba entusiasmado su funcionamiento. De vez en cuando, Jacquetta divisaba el sombrero de ala ancha de la inglesa que se movía a modo de respuesta.

Desde su aparición en la exhibición automovilística de París en 1938 y la posterior victoria en las veinticuatro horas de Le Mans del mismo año, los grandes Delahaye habían llamado poderosamente la atención. Para satisfacción de Luca, un amplio grupo de personas se había reunido para admirar la brillante pintura marrón,

los neumáticos blanqueados y el profuso lujo del interior de cuero y nogal.

A juzgar por el estado de ánimo de Luca cuando por la mañana le preguntó acerca del baile, Jacquetta comprendió que no todo le había ido bien, y más tarde una de sus amigas amantes del cotilleo le telefoneó para contarle que Charlotte había pasado la velada corriendo tras el guapo piloto que llegó la tarde anterior. Por una vez, parecía que tampoco Charlotte se había salido del todo con la suya y había tenido que aceptar la competencia de la secretaria de su marido. Jacquetta se preguntó si la experiencia le habría agradado.

Luca había conseguido una posición favorable en la primera fila de salida, entre un enorme Isotta-Fraschini de color amarillo claro con el largo capó coronado por un rebuscado emblema con alas de plata, y un Bugatti de morro cuadrado que pertenecía a un sirio. El Hispano-Suiza conducido por Desmond O'Neill, a quien todos consideraban el rival más peligroso de Luca, se encontraba en el otro extremo de la segunda hilera.

Una oleada de entusiasmo atravesó la plaza y de las multitudes situadas en la carretera, detrás del cordón, se elevó un fuerte coro de saludos. Al volverse, Jacquetta vio que las puertas del palacio habían sido abiertas y una falange de soldados, cortesanos uniformados y personajes distinguidos bajaban por la escalinata. El rey y su nuevo cuñado, el príncipe heredero, habían llegado. La muchedumbre siguió rugiendo aprobadoramente. A diferencia de su avariento padre, que había despreciado al pueblo y se había negado a aprender su idioma, Faruk era un rey popular.

El brillante cortejo avanzó lentamente a lo largo de las hileras de coches y en ocasiones se detuvo para intercambiar algunas palabras con sus ocupantes. Charlotte regresó a la esquina de la plaza y se reunió con Jacquetta bajo el toldo.

—Hace tanto calor al sol —se quejó—. Compadezco a los pobres conductores. Luca me dejó sentar en su coche —comentó con orgullo—. Es realmente una máquina maravillosa. Espero que gane.

—Pensé que apoyaría a la señora Hartman y al comandante O'Neill —respondió Jacquetta inocentemente y se alegró al ver que sus palabras teñían de rubor las mejillas de la otra. Comprendió que a pesar de su sofisticación y su grandeza, Charlotte Curtis sólo era una niña malcriada; una niña a la que le gustaba provocar a los hombres, sobre todo a los casados de cuyas esposas podía mofarse, y que se mostraba furiosa y celosa cuando alguien rechazaba sus insinuaciones.

El rey se detuvo en el podio y los espectadores guardaron un silencio expectante. Durante varios segundos, los coches temblaron en la parrilla de salida: un deslumbrante conjunto de criaturas metálicas de brillantes colores, dispuestas a saltar. El rey levantó el brazo; hubo un relampagueo repentino y brillante, un fuerte estampido y la masa de automóviles avanzó con un tremendo estallido. Los colores pasaron relampagueantes —verde, azul, rojo, dorado, plateado y amarillo—, tan desdibujados por la velocidad y el polvo que resultaba difícil separarlos. Jacquetta distinguió un instante el Delahaye de Luca que se alejaba de la plaza delante del

Hispano, y después desaparecieron, mientras la multitud corría carretera abajo persiguiéndolos.

Los primeros kilómetros del recorrido atravesaban las calles de El Cairo y seguían el camino de las pirámides hasta abandonar la ciudad por el sur; era un trayecto demasiado estrecho y restringido para que la carrera se desarrollara correctamente, y por este motivo los coches delanteros formaban un grupo apretado.

Las multitudes entusiasmadas saludaban con desenfreno mientras los vehículos tomaban las curvas cerradas y pasaban por las avenidas a la vera del río, luchando sin cesar para situarse. El *hamsin* de la tarde anterior había dejado una considerable cantidad de polvo fino en la cuneta y en las zanjas, y el paso súbito y violento de los coches lo levantaba, sumándolo a los riesgos con que los conductores tenían que enfrentarse.

El Hispano de Desmond y Laura se encontraba entre los doce primeros coches, a escasa distancia de la forma aerodinámica del Delahaye de Luca D'Este. Aunque el italiano había estado mejor colocado en la salida, no aprovechó esta ventaja para alejarse de los demás. Sus defectos como conductor resultaban evidentes en su manejo nervioso y espasmódico del coche y en su mala situación en las esquinas. Pese a que el Delahaye era, de lejos, el coche más nuevo y costoso de la carrera, Desmond confiaba en que su propia capacidad para la conducción le reportaría alguna ventaja.

Sin embargo, por el momento se daba por satisfecho con mantener su posición, intentando evitar un choque con los coches cuyos conductores trataban implacablemente de adelantarlo. Cuando llegaron a la carretera abierta, la mayoría quedarían inevitablemente rezagados, incapaces de competir con las máquinas más veloces, pero por ahora convertían la carretera en una peligrosa maraña de coches que viraban y maniobraban para evitarse en medio de la confusión.

Un Daimler rojo lo adelantó, obligándole a frenar a fondo y lanzarse a la derecha. Al hacerlo, oyó que Laura lanzaba un agudo grito de advertencia y vio el morro de otro coche que lo adelantaba por el otro lado. Divisó momentáneamente el rostro con gafas del conductor que le gritaba; después la amenaza acelerada pasó y su cola apenas se veía en medio del polvo. Desmond comprendió que si las cosas seguían así más tiempo, con seguridad se produciría una colisión grave, que probablemente incluiría a varios vehículos, y lamentó haber traído a Laura consigo exponiéndola a tales riesgos.

Luca conducía cada vez con más insensatez en su deseo de eludir la presión de la retaguardia. Desmond vio que hacía virar perversamente al gran Delahaye a través de la pista para desanimar a los posibles contrincantes. Era evidente que el italiano no cedería de buen grado su ventaja y que todo aquél que intentara adelantarlo probablemente podía esperar que lo arrojara de la carretera o incluso se arriesgase a un choque deliberado.

Pero era preciso adelantarlo y, si ello no podía ocurrir en la ciudad, entonces

sucedería en las curvas cerradas de la carretera que atravesaba El Faiyum. En los llanos del desierto, la velocidad superior del Delahaye haría imposible la tarea y Luca lo sabía.

El camino se abría más allá de los suburbios arbolados y las formas chatas y amarillentas de la pirámide de Gizé se tornaron visibles en la lejanía, a través del desierto. En ese punto la carrera se tornó más frenética a medida que los coches más veloces salían a la arena compacta del borde de la carretera para adelantar a los que iban en punta, levantando a su paso grandes nubes de polvo. Desmond apretó el acelerador del Hispano, sintió una inmediata sacudida como respuesta y, con un ronco rugido del tubo de escape, el coche rojo salió lanzado. El Delahaye avanzaba acelerado por Luca D'Este, quien utilizaba a pleno rendimiento la tremenda potencia que había dado la victoria a aquella marca en Le Mans.

Agazapada tras el pequeño parabrisas, Laura sintió que el entusiasmo crecía en su interior a medida que, una a una, adelantaban y dejaban detrás a las máquinas que iban en punta. El velocímetro casi alcanzó los ciento sesenta kilómetros por hora cuando tomaron la carretera secundaria del desierto. El coche vibraba a causa del esfuerzo y el atronador aullido del motor bajo el largo capó resonaba en sus oídos. A su lado, Desmond estaba volcado sobre el volante y hacía grandes esfuerzos para mantener el coche sobre la pista. Ambos estaban cubiertos por una delgada capa de polvo gris.

Sólo los superaban un puñado de contrincantes, cuatro o cinco como máximo, calculó Laura, y a juzgar por la diestra forma en que Desmond conducía el Hispano, existían bastantes posibilidades de que conservaran su posición y sólo tuviesen que superar al Delahaye cuando llegaran a El Faiyum, situado a ciento cuarenta y cinco kilómetros a través de las arenas.

En el oasis, todos los conductores estaban obligados a detenerse para repostar combustible y realizar un rápido control de sus vehículos antes de iniciar la última etapa de alta velocidad por la carretera general hasta El Cairo. Desmond y Laura debían arrancarle la ventaja a Luca a toda costa antes de ese momento.

El oasis de El Faiyum, situado en el desierto a noventa y cinco kilómetros de El Cairo, constituye el amplio huerto hortícola y frutal del bajo Egipto. Exuberante con toda clase de vegetación, su centro es el lago Karoum, alimentado por aguas que le llegan del Nilo, lago que se extiende entre espesas arboledas de almendros, albaricoqueros, naranjos, higueras y limoneros que se entremezclan con graciosas acacias y eucaliptos, tamariscos y altas palmeras datileras. Desde sus orillas bordeadas por arenas plateadas, una infinidad de canales de irrigación y norias hidráulicas riegan los campos en los que los carabaos Vadean los arrozales verdes y las cuadrillas de fedayines tiran tajos a los altos tallos purpúreos de la caña de azúcar. Por todas partes, ricas extensiones de trigo, algodón, maíz, tréboles y todo tipo de vegetales, se alargan infinitamente hasta el horizonte.

DESDE LA GALERÍA CERRADA por cristales del hotel Pavillion de Chasse, Yousouri Pachá observaba la superficie uniforme y brillante del lago. Con un suspiro, volvió a dirigir su atención al hombre vestido con uniforme de coronel de la policía, que permanecía preocupado junto a su silla.

—¿De modo que ha fracasado en su misión? —preguntó desdeñosamente.

El oficial carraspeó incómodo.

—Excelencia, no es exacto decir que hemos fracasado, sino que las cosas no salieron como pensábamos. Aún hay tiempo.

Yousouri cogió un dulce de un plato apoyado en una mesa cercana.

—Tenía órdenes de coger al jeque Rashid para impedirle que intentara asesinar al barón D'Este. Lo único que ha logrado es empujarlo al oasis, donde será imposible encontrarlo, y también le ha advertido que lo están buscando.

—Excelencia, el jeque debía saberlo. Los beduinos lo esperaban en la ciudad en ruinas, al oeste. Tenían piquetes y en cuento nos divisaron retrocedieron hasta El Faiyum —explicó el coronel.

—Idiota —Yousouri levantó la voz furioso—, ¿esperaba que un hombre como Rashid cayera en sus brazos por decisión propia? Claro que tenía piquetes y que retrocedió. Usted debía estar preparado y contar con hombres en la retaguardia del jeque.

—¿Qué hacemos ahora, excelencia? —preguntó el hombre apenado.

—¿Qué hacen? Encontrarlo, por supuesto. Llame a sus hombres, rastree los huertos y los cañaverales y envíe patrullas a los bosques —dijo Yousouri—. Tiene menos de una hora hasta que pasen los coches. Coronel, le prometo que si estropea esto, si Rashid se desliza por la red y logra matar al barón D'Este aquí, en Egipto, más le valdría no haber nacido. ¿Comprende?

Desde un matorral de mimosas en lo profundo del oasis, en el extremo oriental del lago, Rashid al Senusi exploró con la mirada el terreno que le rodeaba y soltó una maldición. El lugar era ideal para una emboscada; a menos de cincuenta metros de distancia, a campo traviesa, el camino por el que debían bajar los coches de la carrera bordeaba la orilla del lago y giraba bruscamente a la derecha alrededor de un grupo de árboles antes de continuar por una serie de curvas para unirse con la carretera principal a El Cairo. Cualquier vehículo que apareciese por allí se vería obligado a frenar.

No obstante, había algo que arruinaba el plan: aparcado bajo los árboles, junto a la cuneta, había un camión militar con doce hombres de la policía egipcia perfectamente armados. Rashid tenía consigo a cuatro de sus seguidores y en otras circunstancias habría considerado aceptables esas probabilidades.

Sin embargo, aquel día todo era distinto. El oasis estaba lleno de policías y soldados y el fragor de los disparos provocaría de inmediato el envío de considerables refuerzos. Superados numéricamente y aislados, los beduinos quedarían atrapados

con el lago a sus espaldas y serían capturados uno a uno.

Desde primeras horas de la mañana nada había salido bien. Era evidente que las autoridades se habían enterado de los detalles del intento que se proponía llevar a cabo contra D'Este; probablemente lo habían sabido por el guía que no tuvo más remedio que contratar, y después estuvieron a punto de caer en los lazos de una emboscada. Salvado por la excelente vista de uno de sus jinetes avanzados, Rashid se vio obligado a retroceder en dirección a El Faiyum mientras los soldados intentaban decididamente arrinconarlo en los médanos. Sólo mediante el envío de alguno de sus hombres para que engañara a sus perseguidores y los desviara hacia el desierto había logrado pasar y llegar al oasis.

Estaban de nuevo embotellados. Era bastante improbable que tuviesen otra posibilidad de acercarse tanto al camino. En el otro extremo del lago, el más alejado del río, se encontraba el lugar para repostar, pero prácticamente estaba cercado por la policía y las patrullas recorrían sin cesar los campos a ambos lados del camino. Tendría que efectuar una maniobra de diversión.

Las ramas de la mimosa estaban amarillas de polen que cayó como si fuera polvo sobre la cabeza y los hombros de Rashid mientras se arrastraba para regresar junto a sus compañeros. Hombres como él, delgados y endurecidos por el desierto, le esperaban con los caballos en una pequeña cavidad mientras exploraba el terreno. Los reunió y les comunicó su plan.

Poco después, desde su posición anterior, Rashid vio que los cuatro árabes rodeaban lentamente a caballo el matorral y se alejaban en dirección al río, hacia el este. Tal como esperaba, antes de que hubiesen recorrido un gran trecho, los egipcios que estaban al acecho lanzaron un grito y el camión salió rápidamente en su persecución.

Rashid sonrió ante la facilidad con que el truco había funcionado por segunda vez, salió de las matas, cruzó el campo y se ocultó entre los árboles del otro lado. Desde allí tenía una excelente visión del lugar por donde llegarían los coches.

El terreno estaba densamente cubierto de maleza y de las omnipresentes mimosas, y ascendía hasta un risco poco elevado. En otro tiempo hubo allí un huerto de naranjos, pero había sido abandonado, las acequias estaban obstruidas y la noria que las había alimentado se encontraba rota y en desuso.

A su izquierda, más allá del campo que acababa de atravesar, aparecían los pantanos cubiertos de juncos que bordeaban el lago Karoum, cuyas aguas azules se extendían hacia el horizonte. Delante de él, el camino rodeaba el huerto y descendía para seguir junto al lago, desapareciendo a dos o tres kilómetros de distancia. Sabía que por aquel camino bajarían los coches.

Empuñó el rifle Mannlicher, que llevaba colgado al hombro, y se acomodó en una pequeña cavidad, tras una rama caída de tamarisco, en mitad de la pendiente y en una posición que le permitiría dirigir fuego de enfilada sobre D'Este cuando el barón se acercara por la parte estrecha del camino y frenara para tomar el recodo a veinte

metros de distancia y un poco más abajo.

Ahora que las tropas se habían ido, todo estaba tranquilo a su alrededor con excepción de la cháchara de los pájaros entre los árboles y la débil música de centenares de norias hidráulicas en los campos circundantes. El sol se hundía en el cielo por el oeste; no tendría que esperar mucho.

Después de la larga hora de viaje por el desierto, el espectáculo de los árboles y los exuberantes campos verdes en medio de las arenas significó un cambio agradable para Laura, aunque sabía que presagiaba el comienzo de la etapa más apremiante de la carrera. A pesar de todos sus esfuerzos, aún tenían tres coches delante: un Bugatti, el Daimler rojo que los había adelantado antes conducido por un oficial del ejército británico estacionado en El Cairo y el Delahaye de Luca D'Este.

El Delahaye llevaba una ventaja de cuatrocientos metros. En los tramos rectos sobre la arena, había habido pocas posibilidades de demostrar la pericia personal y cada conductor apremió al máximo a su coche.

La distancia de unos veinticinco kilómetros a través de los serpenteantes caminos que rodeaban el lago Karoum sería crucial. El conductor que lograra poner una distancia considerable entre su coche y el de sus rivales más cercanos, tendría prácticamente asegurada la victoria. El camino de regreso desde El Faiyum, ancho, recto y bien alquitranado, era uno de los mejores de Egipto.

El paisaje llano y fértil con sus ordenados campos y su hermosa vegetación fue una novedad para Laura; era agradable volver a sentir la suavidad de una buena carretera después del agitado recorrido por el desierto y ver que los espectadores los saludaban al pasar.

Inmediatamente después de entrar al oasis se toparon con problemas. Luca tomó una curva a demasiada velocidad, patinó y salió del camino hasta la hierba. Sólo tardó unos segundos en recuperar el control y hacer que el Delahaye volviera a su posición, pero fue suficiente para que los demás acortaran distancias y le pisaran los talones. Con muy poca distancia entre sí, los cuatro coches corrieron por la estrecha pista, extrayendo a las curvas hasta el último segundo de ventaja.

La presión alcanzaba a Luca y poco después el conductor del Bugatti aprovechó la oportunidad de ponerse al mismo nivel que el Delahaye. Morro con morro, ambos avanzaron mientras los conductores intentaban desesperadamente adelantarse; la mayor potencia del coche marrón estaba equilibrada por la pericia superior del conductor del Bugatti.

Desmond vio que D'Este giraba el volante en un intento evidente de obligar a su rival a que abandonara el camino, repitiendo la táctica que había utilizado antes para impedir que otros lo adelantaran.

En aquellas curvas cerradas la maniobra era tan delirante y peligrosa que Desmond instintivamente aflojó un poco el acelerador y aumentó la distancia que separaba al Hispano de los dos primeros vehículos. Al mismo tiempo, el parachoques delantero del Delahaye golpeó la rueda derecha del Bugatti.

El delgado guardabarros lateral se arrugó instantáneamente y con un chasquido agudo la rueda del Bugatti se separó y avanzó alocadamente por la carretera, como poseída de alguna fuerza motriz propia y extraordinaria. Los dos coches se separaron y durante un instante el Bugatti continuó erguido mientras el conductor observaba transfigurado la rueda que se le escapaba. Después, con un enfermizo chirrido metálico, el ala derecha cayó al suelo y se deslizó a lo largo de cincuenta metros, trazando una furiosa línea en el firme. Desmond y Laura vieron que el conductor intentaba girar inútilmente mientras el coche se deslizaba y patinaba, atravesando el camino de los vehículos que venían detrás.

Repentinamente saltó en el aire y dio una vuelta de campana; rebotó estrepitosamente y cayó lejos de la carretera, contra el borde de una acequia esparciendo restos por una ancha franja a su alrededor.

No había tiempo para hacer nada. Apenas pudieron comprender lo que ocurría cuando ya habían pasado de largo y Laura quedó con una confusa impresión de imágenes superpuestas: el coche sin una rueda que aún avanzaba, el terrible salto mortal sobre la carretera. Miró hacia atrás y vio que el Bugatti estaba del revés, como un juguete roto, al tiempo que los primeros miembros del equipo de rescate corrían hacia él entre los árboles.

Desmond no hizo comentario alguno, pero condujo con impetuosa concentración pisándole los talones a Luca hasta que se detuvieron para repostar, a menos de un kilómetro y medio, en el aparcamiento del hotel de Chasse. Allí docenas de espectadores y mecánicos se mezclaban con los funcionarios en una escena no muy distinta a la confusión que había dominado la salida de la carrera. Una considerable multitud había viajado hasta el oasis para ver el final del primer tramo y un campo contiguo al aparcamiento estaba atestado de vehículos de todo tipo. Seis grandes camionetas con gasolina entraron en el patio asfaltado, los mecánicos comenzaron a llenar el tanque del Delahaye y a revisar la cubierta del neumático en busca de daños cuando Desmond se detuvo y, saltando del asiento del Hispano, se acercó corriendo hasta el lugar donde D'Este conversaba con un grupo de funcionarios encargados de la carrera.

—¡Idiota, criminal! —lo acusó acalorado ignorando a los espectadores que se apiñaban ansiosos—. Provocó deliberadamente ese accidente.

El italiano tenía los nervios de punta y reaccionó instantáneamente ante la acusación de Desmond.

—¡El Bugatti es responsable! —gritó—. Cortó por el interior de la curva y yo no pude evitar lo que ocurrió.

—¡Maldito sea! —Desmond estaba pálido de ira—. Le vi girar el volante con mis propios ojos, fue un choque deliberado.

—Estoy convencido de que se equivoca, comandante —intervino uno de los funcionarios—. Nadie haría semejante cosa.

—Pregúntele a los demás conductores. Pregúntele a la señora Hartman —

respondió Desmond—. Este idiota ha conducido como un loco hasta aquí.

—O'Neill tiene razón. —El propietario del Daimler rojo se unió al grupo. Era un hombre corpulento, de rostro encarnado y usaba bigote—. Ese hombre debería ser expulsado. Es el caso de choque provocado más claro que he visto en mi vida.

Llegaban más coches para repostar combustible y los conductores y mecánicos se daban prisa para continuar. El rostro de Luca D'Este denotaba que se sentía acosado al ver que la carrera se le iba de las manos.

—Fue un accidente, un accidente —repitió—. La culpa es del Bugatti, no mía.

Los funcionarios parecían dudosos y en otro momento quizá hubiesen decidido suspender la carrera o, como mínimo, prohibirle a Luca que continuara, pero en aquel instante otro hombre se acercó corriendo.

—¡Están bien! —gritó—. Los franceses del Bugatti están bien. Recibieron una sacudida pero la acequia evitó que el coche los aplastara. Apenas tienen un rasguño.

El grupo suspiró aliviado y una mirada de triunfo resplandeció en el rostro de Luca.

—Ahora tal vez podamos continuar con la carrera —gruñó y volvió a subir al Delahaye, que había sido repostado y esperaba cerca.

Su acción desencadenó la dispersión inmediata de los restantes conductores que corrieron a sus coches.

Desmond apretó los dientes con ira y subió al Hispano, que Laura ya se había encargado de repostar y preparar. Lo puso en marcha y atravesó rugiendo las puertas del hotel en pos del italiano.

Para fastidio de Rashid, la zona circundante al punto que había elegido para la emboscada seguía atestada de policías armados. Desde donde se encontraba, a veinte metros del recodo había contado hasta el momento tres camiones semejantes al que viera antes, ocupados por hombres sentados, apoyados en los costados de la caja, con los rifles dispuestos entre las rodillas.

Pero había algo más inquietante: un grupo de doce hombres rastrea el terreno a lo largo de las orillas del lago y se acercaba directamente hacia él a través de los pantanos. El joven jeque no sabía si estaban enterados de su presencia en las cercanías o si simplemente adoptaban precauciones extremas. Por el momento, estaba a salvo de ser detectado, pero el estampido de un disparo revelaría de inmediato su posición.

Lo único que podía hacer era quedarse quieto y esperar que cuando los coches aparecieran por la carretera, la patrulla estuviese lo bastante lejos para permitirle deslizarse entre los árboles y salir. Pensó que, con suerte, los ecos de los disparos en el lago confundirían a los buscadores.

El sol se ocultaba firmemente en el horizonte mientras él esperaba tenso en la cavidad y observaba todos los movimientos en los campos. Los soldados llegaron a su altura y pasaron de largo; el más próximo sólo estaba a cien metros de distancia. El registro era laborioso y metódico, coordinado por un suboficial situado en el centro

de la línea. Rashid maldijo la lentitud de aquellos hombres. Los primeros coches ya deberían haber llegado y, aunque la luz cada vez más débil le ayudaría un poco, los soldados aún se encontraban a muy poca distancia y podrían divisarlo. Las manos, aferradas al rifle, estaban sudadas y se las secó nervioso.

Estaba tan concentrado vigilando a la patrulla que al principio no percibió el sonido suave y lejano que indicaba la llegada de los coches. Sorprendido, reconoció el sonido y puso su atención en el camino. Ahora el sol estaba muy próximo al horizonte, lo que dificultaba distinguir sombras lejanas, pero lograba divisar la estela de polvo levantada por los coches, que se acercaba rápidamente.

Afianzó el Mannlicher en el hombro y ajustó con cuidado la mira trasera. Haría el primer disparo contra D'Este en el momento exacto en que el italiano llegara al recodo. Entonces el coche se movería a menos velocidad y sería un blanco perfecto. Los soldados seguían demasiado cerca, pero a Rashid ya no le importaba. Muy pronto vengaría a su padre.

Laura se enteró de que el conductor del Bugatti estaba ileso, pero Desmond no pudo decirle nada más ya que los giros y curvas del camino exigían toda su atención. Ella notó que sin duda la conversación durante la parada había enfurecido a Desmond, porque conducía decidido, pisándole los talones a Luca, implacablemente pegado al Delahaye en las curvas y los recodos, y recurría a todos los artilugios que conocía para adelantar al coche marrón.

Laura sintió miedo por primera vez desde el comienzo de la carrera. La velocidad de los coches lanzados por los estrechos caminos y las curvas cerradas a ciento sesenta y cinco kilómetros por hora era bastante desquiciante, pero lo que realmente la aterrorizó fueron las alocadas tácticas a las que recurrió Luca para combatir al Hispano y la desconsideración de Desmond por los riesgos que corría.

Salieron finalmente a una extensión abierta que corría a lo largo del extremo oriental del lago, y Luca apretó a fondo el acelerador en un desesperado intento por apartarse del coche que le perseguía.

El sonido del motor se convirtió en un gemido agudo cuando aumentaron las revoluciones y la aguja del velocímetro superó los ciento setenta y cinco kilómetros. A su lado, el mecánico de Luca palideció al ver la curva que se acercaba rápidamente.

Detrás de ellos, en el Hispano, Laura se aferraba al costado del coche. A menos que frenara, Luca no podría tomar la curva y ahora los dos coches estaban tan cercanos que un error de cálculo por parte del Delahaye haría que ambos colisionaran de un modo aterrador.

A una distancia de quinientos metros, Rashid acerrojó el Mannlicher y observó el coche veloz por la mira telescópica. Oyó el chirrido de los neumáticos y la súbita protesta del motor cuando D'Este frenó desesperado y cambió de marcha. Incluso desde el risco se veía que el italiano había tardado demasiado en frenar.

A menos de cien metros de la curva, los frenos del Delahaye se trabaron a causa del terrible esfuerzo y el gran coche se deslizó de manera ingobernable y avanzó

inclinado sobre un lado; los neumáticos chirriaron mientras la fricción quemaba el caucho. Impotente, Luca giró el volante en un vano intento de recuperar el control antes de que le embistiera el coche de atrás.

Desmond reaccionó con la velocidad del rayo ante la perspectiva de una inminente colisión a gran velocidad. A la derecha del camino se extendía una zanja profunda y del otro lado había una franja de hierba estrecha pero sin obstáculos. Frenó a fondo y abandonó el asfalto, rezando para que el peso del Hispano no le hiciera perder el equilibrio a semejante velocidad. Hubo una violenta sacudida y se levantaron nubes de polvo y arena mientras adelantaban el morro del Delahaye por el interior de la curva. Sólo unos pocos centímetros separaban a ambos vehículos.

Desmond viró enérgicamente el volante y sintió que la parte trasera del coche se soltaba y se deslizaba mientras volvían al camino. Aflojó el freno, puso otra marcha y volvió a girar el volante, corrigiendo enérgicamente la dirección.

Por un instante, el temor de que el pesado coche se negara a obedecer le retorció el estómago; después, milagrosamente, todo estaba bien y Desmond aceleraba para salir de la curva. En el mismo momento, mientras el Hispano se alejaba y los neumáticos traseros aún chirriantes del Delahaye patinaban hacia atrás en la zanja, Rashid apretó el gatillo.

El estruendo del disparo retumbó claramente en el terreno llano y alertó a todos, salvo a los ocupantes de los coches. Desde su posición ventajosa, Rashid vio que el coche marrón se deslizaba de cabeza sobre la zanja parcialmente llena y daba vaivenes sobre el terreno del otro lado hasta caer estrepitosamente de costado, entre los árboles, y expulsar a sus ocupantes.

No tenía modo de averiguar si había alcanzado o no a D'Este. Su víctima estaba oculta por el coche cuyas ruedas que aún giraban le impedían ver y los soldados del campo cercano corrían hacia allí. No existía la posibilidad de hacer un segundo disparo, de modo que se colgó el rifle del hombro, se puso de pie y se alejó por el huerto.

El rugido del motor del Hispano al acelerar para salir de la curva había ahogado por completo el disparo, que resultó inaudible a Desmond y Laura. Laura se volvió en el asiento y presenció el choque y el vuelco del coche marrón, pero nada supo del destino de Luca y su acompañante.

—Seguramente están ilesos —gritó Desmond cuando ella le contó lo que había visto—. El Delahaye es un coche grande y sólido, y debió perder mucha velocidad antes de chocar.

—¿Ahora podemos ganar? —gritó Laura contra el viento— ¿Alguno de los otros puede alcanzarnos?

—Tendremos muchas posibilidades si logramos mantener la ventaja hasta alcanzar la carretera principal —gritó él.

Por fortuna, les faltaba poco para llegar a la carretera de El Cairo y aunque en aquel tramo el Daimler rojo y otro coche se acercaron peligrosamente, en cuanto

llegaron a la carretera recta Desmond forzó al Hispano y la tremenda potencia del motor de ocho litros volvió a darles ventaja.

Iban a la asombrosa velocidad de ciento ochenta y cinco kilómetros por hora y el viento agujoneaba las mejillas de Laura, mientras el aullido profundo del tubo de escape resonaba en sus oídos. Era una experiencia que nunca olvidaría. La ventaja que llevaban aumentó constantemente y al llegar a las pirámides, fantásticamente perfiladas bajo la luz crepuscular, supieron que nadie los alcanzaría.

La luna brillaba sobre el Nilo cuando entraron en la ciudad a toda velocidad y las palmeras de la orilla dieron paso a los jacarandás y los árboles de las avenidas suburbanas, que desfilaron como un relámpago bajo el resplandor incandescente de los faros. Corrían a través de las calles, entre las aceras repletas de multitudes frenéticamente entusiasmadas.

La fachada de mármol del palacio Abdin, fastuosamente iluminada, apareció ante ellos; los policías y los soldados se esforzaban por contener a la muchedumbre presa del delirio y súbitamente rebasaron la meta, entraron en la plaza y todo terminó.

—¿ESTÁ ILESO? ¿NI SIQUIERA se ha dado cuenta de que le dispararon?

El tono de la voz del príncipe Suleimán era incrédulo.

—Lo sé, resulta increíble pero es cierto. —Yousouri Pachá hizo un gesto expresivo—. El proyectil rompió el volante y debió desviarse, quizá pasó a pocos centímetros de su cabeza. D'Este estaba demasiado preocupado por salvar el coche y no se dio cuenta de que le habían disparado, pero mis hombres encontraron el proyectil empotrado en un costado y en el guardabarros había un agujero que coincidía con aquél.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó un trozo de metal aplastado y lo puso sobre la mesa.

Los dos hombres estaban sentados en una glorieta de los jardines del palacio del príncipe. Éste ignoró el proyectil.

—Por suerte para todos nosotros. Rashid falló —agregó Yousouri.

—Quizá sea suerte —agregó el príncipe—, pero no puedo compartir ninguna alegría por la constante evasión de D'Este de un justo castigo. Al fin y al cabo, asesinó a mis parientes.

Durante unos segundos. Yousouri recordó los comentarios que había oído acerca de la hermosa joven Senusi que, más de cuarenta años atrás, el príncipe trajo del desierto y con la cual contrajo matrimonio. Ella había muerto durante el nacimiento de su primer hijo y, a pesar de su deseo de tener un heredero, el anciano nunca volvió a casarse.

—Estamos unidos en la condena de los crímenes de D'Este —aseguró a su anfitrión—, pero también debemos coincidir en las nefastas consecuencias que podrían desencadenarse si fuese asesinado mientras está en Egipto. Puedo ocuparme

de que este intento no salga a la luz y, alabado sea Alá, ese hombre deja el país mañana por la mañana. Sin embargo, he recibido instrucciones... —hizo una pausa para destacar sus palabras—, he recibido instrucciones para pedir la palabra de Su Alteza en el sentido de que no se permitirá que Rashid al Senusi lleve a cabo algún otro atentado contra el barón D'Este mientras se encuentre aquí.

—¿Quizá supone que ejerzo sobre el muchacho una influencia mayor de la que realmente tengo?

—Es posible. Sin embargo, debo pedirle que haga lo que pueda al respecto. D'Este cenará en el Shepherd y luego regresará a la embajada, de modo que ahora la zona está fuertemente custodiada. Mañana la policía lo escoltará hasta el avión y probablemente fracasaría cualquier intento de asesinato. No obstante, no debe producirse ningún atentado.

El príncipe Suleimán se inclinó y cogió el proyectil aplastado.

—El muchacho todavía no ha regresado. Desde el momento en que lo haga, tiene mi palabra de que no hará daño a D'Este. —Hizo una pausa y agregó—: Al menos, mientras el barón permanezca en territorio egipcio.

Yousouri se puso de pie e hizo una profunda inclinación.

—Su Alteza ha sido sumamente comprensivo —murmuró—. Estoy seguro que Su Majestad se pondrá contento cuando sepa la colaboración que nos ha prestado.

HEINZ GERDLER RECORRÍA las calles de Venecia con una creciente sensación de frustración y desaliento. Aunque Rintlen y él habían llegado a la ciudad a primeras horas de la mañana, el hombre del SD sólo permitió un breve descanso antes de iniciar la búsqueda.

Mientras Rintlen permanecía en su habitación para estudiar la lista de hoteles y pensiones de la guía telefónica, Gerdler salió a recorrer las estaciones y las zonas turísticas con la esperanza de encontrar a los refugiados. Hacía diez horas que los buscaba.

La tarde era más clara y cálida que la del día anterior y por ello aún había muchos turistas en la plaza de San Marcos. En el centro de la plaza, un grupo de aficionados a la pintura daba los últimos toques a sus dibujos y acuarelas. Entre ellos se encontraba Siegret Wienzman.

Los Wienzman se hospedaban a pocos minutos de la plaza en un pequeño hotel que carecía de la habilitación correspondiente y por ello no figuraba en la lista de Rintlen. Padre e hija pasaron la mañana y las primeras horas de la tarde en los museos y galerías de arte de Venecia, hasta que el profesor se sintió agotado, se retiró a descansar y autorizó a Siegret para que fuese a dibujar a la plaza.

La joven acababa de guardar sus cosas y estaba a punto de regresar al hotel cuando, profundamente horrorizada, divisó la figura de Heinz Gerdler que atravesaba la plaza.

Siegret emprendió la huida en góndola y Gerdler la persiguió. Los gondoleros acercaron las barcas convencidos de que se trataba de una pareja de novios que habían reñido. Para sorpresa de todos, Siegret logró saltar a una pequeña escalera enmohecida y desapareció a la carrera por las calles.

Rintlen insultó frenéticamente al austríaco cuando se enteró de lo sucedido.

El hombre del SD estaba furioso porque después de haber acertado con respecto a los planes de los Wienzman y haberlos tenido casi en su puño, había quedado frustrado a causa de aquella torpeza de último momento. Además, aún no hacía una hora que había recibido un mensaje urgente de Heydrich, a través del consulado alemán, ordenándole que cumpliera la misión con la máxima presteza.

—Debemos darnos prisa —comunicó al muchacho y por el momento dejó de lado su ira—. Debemos ir a la estación inmediatamente.

—¿A la estación? —Gerdler estaba perplejo— ¿Por qué? ¿A dónde vamos?

—¡Idiota! ¿Qué crees que hará Wienzman en cuanto su hija le diga que te ha visto? Tomará el primer tren que salga de la ciudad. Tenemos que seguirlos.

La estación central de Venecia registraba un notable movimiento. Junto a los andenes se veían varios trenes, la mayoría de cercanías, pero también había dos grandes expresos, uno con destino a Milán y Turín y el otro a Roma.

—Pueden coger cualquiera —comentó Rintlen mientras miraba los indicadores de destino—, pero supongo que es más probable que tomen el de Roma.

Mandó a Gerdler que observara las colas en las taquillas y las personas que subían al tren de Milán mientras él compraba un periódico y se sentaba en un banco desde el cual divisaba a todo el que se acercaba al andén del expreso a Roma. En el bolsillo tenía billetes para ambos destinos.

Los minutos se sucedían y comenzó a sospechar que tal vez se había equivocado cuando, en el mismo momento en que el revisor se disponía a cerrar la puerta, un par de personas se separaron de un grupo de turistas y corrieron hacia la entrada con sus maletas.

A pesar de que no los conocía, Rintlen no tuvo dificultades para identificarlos. Maldijo interiormente la astucia del viejo para calcular la salida. Era imposible seguirlos. El tren ya había iniciado la marcha cuando ambos subieron.

Corrió hasta el otro andén y llamó a Gerdler.

—Recupera el dinero de estos billetes —le dio los destinados a Milán— y averigua cuándo sale el próximo tren hacia Roma.

—¿Cogieron el expreso a Roma? ¿Qué hará ahora?

—¡Idiota! Tú y yo los seguiremos, pero primero he de llamar a la oficina de Roma y pedirles que los sigan cuando se apeen del tren. Quizá supongan que han logrado escapar, pero no es así.

TRANSCURRIDO EL FIN DE SEMANA, la ansiedad que la empresa Klerksdorp producía

a Stewart Curtis comenzó a perturbarle una vez más. Estaba sentado en el bar y leía los informes del *Financial Times*.

—Buenas tardes, señor Curtis, veo que usted tampoco fue a ver el final de la carrera.

Curtis levantó la mirada y vio que era Frazer quién se había dirigido a él.

—Esta noche asistiré a la cena que el Automóvil Club ofrecerá en honor de su comandante, pero por el momento estoy preocupado por asuntos más importantes que las carreras de coches. Me gustaría, por ejemplo, saber exactamente cuándo llegaremos a Nueva York.

—Pues tengo buenas noticias para usted —dijo Frazer—. Hace un rato, mientras el comandante se dedicaba a ganar la carrera, bajé al atracadero y me enteré de que el *Caterina* ha recibido un certificado de salud. Saldremos mañana a primera hora.

—¿Quiere decir con eso que no había ningún problema con el avión?

—Prácticamente ninguno. Parece que el hombre de Shambe hizo un trabajo excelente. Los mecánicos locales se limitaron a cambiar un par de tuberías de combustible, limpiaron los filtros de aire y eso fue todo.

Curtis asintió aprobadoramente, indicó al camarero que le sirviera un trago a Frazer y dejó el periódico a un lado.

—Lo que me molesta es el hecho de que tendremos otra demora en Inglaterra antes de volar a Nueva York.

—Supongo que podrían adelantar un día el vuelo —comentó Frazer pensativo—, dado que, por lo que sé, ningún otro pasajero se unirá a nosotros para hacer la travesía del Atlántico. Con ustedes tres, el barón D'Este y su esposa, el doctor Van Smit y un turco que subirá en Alejandría, casi estaremos a tope pues no podemos trasladar más de diez u once pasajeros en un recorrido tan largo —explicó.

—En ese caso, podríamos volar directamente a la mañana siguiente, ¿no? —dijo Curtis.

—Sí, es verdad —coincidió Frazer mientras se le ocurría una nueva idea—. Podría estar en Nueva York el jueves por la tarde. Pero hay un problema.

—¿Un problema? ¿Cuál? —quiso saber Curtis.

—Tendría que convencer a la Imperial Airways de que ponga una nueva tripulación. Verá, el comandante O'Neill realizará esta travesía y, sin duda, se negará a despegar hasta que haya descansado treinta y seis horas. Lo mismo que ha hecho aquí.

—De modo que es O'Neill el que nuevamente nos hace perder tiempo. Bueno, quizás esta vez pueda hacer algo. —Dirigió a Frazer una mirada astuta y especuladora—. Le agradezco su ayuda, se la agradezco de veras. Téngame informado si se le ocurre alguna nueva idea.

El financiero vació su vaso y se marchó. Ken Frazer le vio partir con una sonrisa de satisfacción. La red se iba cerrando en torno a Desmond.

RASHID REGRESÓ TARDE al palacio del príncipe Suleimán.

Después del atentado, la policía y los soldados de Yousouri le persiguieron durante tres horas. Establecieron controles de carretera en puntos estratégicos y el joven se vio obligado a huir oculto en un camión de verduras.

El príncipe se encontraba en su estudio y había ordenado que llevaran a Rashid a su presencia en cuanto regresara. El joven jeque se reunió con él inmediatamente después de lavarse y cambiarse de ropa.

—¿Bien? —el príncipe enarcó estrambóticamente las cejas—. Al fin has decidido honrarme con tu presencia.

—Estuve en El Faiyum —explicó Rashid—. D'Este se encontraba allí y yo deseaba vengar las muertes de mi padre y de mi hermana.

—Y Yousouri Pachá estuvo aquí para contarme lo que hiciste o, mejor dicho, lo que intentaste hacer —respondió el príncipe—. Supongo que sabes que has fallado.

—Lo sé. —Rashid alzó las manos—. El demonio protege a ese hombre. El coche volcó cuando apreté el gatillo, pero no escapará siempre. La próxima vez lo mataré, aunque haya de pagar con mi vida.

—No lo dudo —dijo el príncipe con suavidad mientras observaba el rostro amargado e imperturbable del joven—. Sin embargo, no podrás hacerlo en Egipto. He dado a Yousouri mi palabra de que no volverías a intentarlo aquí.

Rashid le miró incrédulo.

—¿Has dado tu palabra? ¿Prometiste impedirme que haga justicia con el asesino de mi padre y tu primo? No lo puedo creer. Ningún hombre haría semejante cosa, ningún hombre de honor o valor se degradaría tanto.

—Olvídalo. —El tono del príncipe era frío—. No necesito que ningún joven me recuerde lo que es el honor o el valor, ni tampoco olvido a tu padre. Puesto que tus intentos han terminado en fracasos tan evidentes te propongo que, para variar, sigas mis consejos. Sólo gracias a mi intervención no estás ahora en una de las cárceles de Yousouri.

—Lo siento —se disculpó Rashid con humildad—, lo siento realmente. Hablé sin pensar —suspiró.

El príncipe le tendió un pequeño fajo de papeles.

—Lo he dispuesto todo para que subas en Alejandría al avión en el que viajará D'Este. En caso necesario, puedes continuar con él hasta Nueva York. Ni él ni nadie de los que van a bordo te han visto y, por lo tanto, no te reconocerán. Aquí tienes los billetes, dinero, pasaporte y documentos a nombre de Ahmed Yalchin Bey, un noble turco que ha estado en Egipto para asistir a las ceremonias nupciales.

—Rashid asió las manos del anciano y las besó.

—¿Cómo puedo agradecértelo? —preguntó emocionado.

El príncipe dio la vuelta al escritorio y abrazó al joven.

—Debes marcharte en seguida. Un coche te espera para llevarte a Alejandría. Que

Alá te conceda el éxito y que regreses sano y salvo.

EN CUANTO CONCLUYÓ la ceremonia de entrega del premio en palacio y los ganadores de la carrera recibieron de manos del rey Faruk la enorme copa plateada, Desmond se dirigió al atracadero de Heliópolis para hablar con Keith Payne y los mecánicos sobre el estado de las reparaciones.

—Hice trabajar a los muchachos las veinticuatro horas del día —le informó el gerente—. No encontramos nada grave, pero tenía razón al insistir en que se hiciera una revisión a fondo y le apoyaré en mi informe.

—Gracias. Sospecho que no me vendrá mal.

—Es posible que todo vaya bien para usted, aunque eso es algo que resulta difícil saber ahora. Le deseo mucha suerte. Al menos regresará de acuerdo con el horario previsto. —Cuando estaba a punto de irse, Payne agregó—: Lo cargaremos en cuanto amanezca y subiremos el oro a bordo inmediatamente después, antes de que aparezcan los pasajeros o cualquier otra persona. —Sonrió ligeramente—. Por Dios, que esa carga no sufra un accidente o realmente tendrá problemas.

Aquella noche, el Automóvil Club de El Cairo ofrecía una cena para celebrar la carrera y honrar al ganador, pero Desmond primero quería encontrar a Ralph Kendricks y hablar con él. Regresó al hotel y se encontró con Sandy en la terraza.

—He hablado con todos los pasajeros y les he advertido que saldremos mañana a las siete y media —le comunicó el joven sobrecargo después de felicitarle por su victoria en la carrera—. Ken Frazer ya había hablado con algunos de ellos. El señor Curtis estaba muy contento y parece muy deseoso de llegar cuanto antes a Nueva York.

—Lo sé, no pierde la oportunidad de decírmelo. ¿Cómo está la lista de pasajeros? ¿Se ha producido algún cambio de último momento?

—Un turco subirá en Alejandría. Ah, y el doctor Van Smit ha decidido volar hasta Nueva York.

—No sé nada de él —comentó Desmond—. ¿Tienes idea de lo que hace?

—Creo que tiene algo que ver con la minería —aventuró—. A decir verdad, siempre parece interesado en lo que hace el señor Curtis.

Desmond no pudo encontrar en su habitación a Ralph Kendricks. Lo buscó en los bares y por los salones de la planta baja del hotel y finalmente lo encontró sentado en el jardín, junto a la pista al aire libre del club nocturno. El radiotelegrafista le saludó tímidamente.

—Lamento lo de anoche y no haberme presentado en la carrera. Le he fallado en todo.

Desmond notó que estaba pálido y agobiado pero, al menos, ya no bebía.

—Vaya si lo has hecho —respondió severamente—. El problema consiste en saber cómo lo solucionarás.

—No lo sé —respondió Ralph desvalido y evidentemente apenado—. Creí que había superado el miedo al Atlántico. Usted ha volado conmigo durante los últimos tres años y hemos tenido problemas pero jamás me vine abajo, ¿no?

—No, no lo has hecho y, en mi opinión, sigo creyendo que no es así —respondió Desmond—. Pero tienes miedo de hacerlo y eso produce el mismo resultado.

Los dos hombres caminaron lentamente por el jardín, mientras Ralph hablaba de sus temores y Desmond intentaba tranquilizarle y devolverle la confianza.

Las palabras del comandante lograron levantar el ánimo de Ralph. Éste reconoció finalmente que había estado dando una importancia muy exagerada a todo el asunto y suplicó a Desmond ansiosamente que le permitiera continuar con su trabajo como siempre y que no informara a la empresa aérea de lo que le había sucedido.

—De acuerdo —aceptó Desmond— pero, Ralph, si en algún momento descubres que el miedo te domina ven a hablar conmigo en lugar de eludir los problemas bebiendo —agregó.

Ambos se separaron y Desmond subió a su habitación para cambiarse de ropa y asistir más tarde a la cena. Mientras subía en el ascensor, pensó que sólo podía rezar para que Ralph justificara la confianza que le otorgaba.

Al entrar en el comedor principal, Desmond y Laura descubrieron que la mayoría de los invitados ya habían llegado. Inmediatamente todos les felicitaron.

—Hemos tenido un pequeño problema —dijo a Desmond el encargado más veterano de la carrera apenas pudo estar un momento a solas con él—. El barón D'Este afirma que usted lo arrojó a propósito fuera de la carretera, le ha acusado de conducir de una manera deliberadamente peligrosa y ha intentado poner objeciones al resultado. Por fortuna, los jurados no aceptaron su alegato. Allí lo tiene —señaló con su copa—. Me sorprende que todavía tenga el descaro de venir.

Desmond vio al barón junto a una mujer excepcionalmente hermosa, que iba vestida de blanco, y que mostraba un aspecto triste y algo tímido.

—¿Ésa es su esposa? —preguntó con curiosidad.

—Sí, es la baronesa. A juzgar por lo que se comenta, la pobre mujer está pasando un momento muy difícil.

Desmond pensó que, una vez más, había logrado indisponerse con otro de los pasajeros en el momento en que más necesitaba partidarios.

La cena fue prolongada y agotadora. Había más de cien miembros del Automóvil Club con sus invitados en el comedor y la atmósfera era informal y relajada.

El italiano había invitado a Stewart Curtis y a su esposa, y Desmond se encontró con Charlotte sentada frente a él, aunque no supo si a propósito o por azar.

Durante la comida, ella apenas le dirigió la palabra, pero de vez en cuando le dedicaba una mirada tan intensa que sentía perturbadoras olas de deseo.

Al fin terminó la comida y mientras todos se dirigían a los salones adyacentes, Charlotte se acercó a Desmond, le tocó el brazo y dijo en voz baja:

—Debo verle más tarde. Tengo algo que quiero darle.

—¿Algo para mí?

—Sí, para usted. Sólo se trata de un pequeño premio por haber ganado la carrera. Pensé que se merecía algo más que una simple copa de plata.

Aunque le presionaron para que se quedara, Desmond escapó de los brindis que siguieron a la cena en cuanto pudo. Rescató a Laura de un grupo de admiradores y salieron a pasear por los jardines.

Desmond abrazó a Laura y la besó en los labios prolongada y apasionadamente.

—Todavía no le he agradecido como es debido que me haya acompañado durante la carrera —dijo poco después.

—Creo que acaba de hacerlo. —Laura sonrió dichosa y apoyó la cabeza contra su pecho—. De todos modos, me encantó, aunque pasé miedo.

—¿Se asustó? —Le acarició los cabellos con ternura y confesó—: No lo noté.

—Sólo en un par de ocasiones. Cuando el barón derrapó en la curva y cuando el Bugatti chocó, pero confiaba en que saldríamos con vida. —Caminaron en la penumbra—. Lamentablemente, debo regresar. A veces el señor Curtis me da algún trabajo antes de irse a dormir.

Volvieron a besarse y se abrazaron. Finalmente, Desmond se apartó de ella de mala gana y la acompañó hasta el hotel. Laura se despidió y se fue escaleras arriba. Desmond se encontró después con varios amigos, que lograron convencerle para que tomara una última copa y pasó un buen rato con ellos hasta que logró marcharse a dormir.

Gracias a su larga amistad con Freddy Müller, el gerente del hotel, Desmond ocupaba una amplia habitación que disponía de balcón privado. Se quitó la chaqueta y la corbata y las arrojó sobre la cama. En aquel momento, un débil sonido que provenía de la puerta vidriera doble, que permanecía entreabierta, le obligó a mirar en aquella dirección. Charlotte Curtis apareció enmarcada en el umbral.

—Le he traído el premio —dijo serenamente—. Como no le encontré abajo, vine a esperarle aquí.

—¿Cómo ha logrado entrar?

Charlotte rió ligeramente.

—Soborné a una de las camareras. La idea de permitirme entrar en su habitación la perturbó deliciosamente. ¿No quiere ver de qué regalo se trata? —preguntó, ofreciéndole una cajita chata envuelta en papel plateado.

—No puedo aceptar de usted semejante regalo —protestó Desmond—, es imposible.

—Eso son tonterías. Claro que puede aceptarlo. Lo preparé bastante antes de saber quién sería el que ganaría la carrera y me propuse entregárselo al que llegara primero. A decir verdad, siempre me imaginé que sería Luca. Pero ahora me alegro mucho más de que se trate de usted.

Dejó la caja en manos de Desmond. Éste desenvolvió el pequeño paquete, levantó la tapa de la caja y sacó la hoja de papel de seda que cubría el interior. El premio de

Charlotte consistía en un reloj Cartier de oro, modelo «Tank», con una correa de piel de cocodrilo.

—No —volvió a repetir Desmond con firmeza al ver de qué se trataba—. No puedo aceptarlo, es excesivo.

Cerró la tapa y le devolvió la caja. Charlotte parecía sentirse abatida.

—Claro que puede aceptarlo. Tengo tantas ganas de que lo lleve consigo.

—No, lo siento mucho pero no lo acepto. Creo que debe marcharse. Seguramente su marido estará preguntándose dónde se encuentra usted.

—¡Ah, él! —exclamó furiosa e impaciente—. No tiene ningún problema. En estos momentos está con Laura Hartman.

Al ver que Desmond se tensaba al oír el nombre de la joven, le observó un instante con atención, volvió a echarse a reír y agitó la cabeza.

—Vaya, se trata de eso, ¿verdad? Pobrecillo, pensé que ya se había dado cuenta. Sin duda alguna sabe que Laura es la querida de mi marido desde hace tres años o más.

—No la creo.

—¿No? —dijo Charlotte con un tono de voz suave y rencoroso—. La santa, dulce, inocente y menuda señora Hartman engaña a todo el mundo. Es más fría que un témpano de hielo, pero le gustan las joyas, los vestidos de Schiaparelli y viajar alrededor del mundo. ¿Por qué cree que Stewart la lleva a Sudáfrica y me deja a mí aquí, completamente sola?

—Pero hace tres años estaba casada —dijo Desmond.

—Sí, y su marido era un borracho. Lo mismo le podría haber ocurrido a usted si después de casarse, menos de un mes después de la boda, descubriera que su esposa se entendía con su patrón. —Se había acercado a él mientras hablaba y extendió una mano acariciándole ligeramente la mejilla. Luego murmuró—: Lo sé, es algo difícil de creer, tanto para usted como para mí. No es el primero que resulta engañado.

Desmond le apartó la mano furioso. Charlotte suspiró y dejó la caja sobre la mesita, junto a la cama.

—Use el reloj. Si pensara que usted es tan fácil de comprar jamás se lo habría dado. Quizás usted y yo tenemos en común más de lo que supone.

Se fue y cerró delicadamente la puerta al salir.

Tercera parte

Europa

Mensaje telegráfico: AL COMANDANTE D. O'NEILL, PERSONAL, HOTEL SHEPHERD, EL CAIRO: IMPRESCINDIBLE VERTE PARA DISCUTIR NUESTROS PLANES FUTUROS. IMPORTANTE PARA LOS DOS. ESTARÉ EN LA GRANJA MIÉRCOLES NOCHE. BESOS. PAMELA.

Mensaje radiofónico: OFICINA IMPERIAL AIRWAYS LONDRES AL COMANDANTE D. O'NEILL, G-ADHO CATERINA, VUELO IMPERIAL 109, EL CAIRO: AL LLEGAR SOUTHAMPTON DISPÓNGASE PRESENTARSE JUNTA DE INVESTIGACIÓN, SÁBADO 14 MARZO 5 TARDE, SOBRE MUERTE TENIENTE IAN THORNE EN ESTACIÓN SHAMBE, SUDÁN, VIERNES 10 MARZO. FIN.

Mensaje radiofónico: IMPERIAL AIRWAYS EL CAIRO A CONTROL TRÁFICO AÉREO ALEJANDRÍA. 07:40 HORAS. IMPERIAL AIRWAYS G-ADHO CATERINA VUELO IMPERIAL 109 A ALEJANDRÍA, ATENAS Y ROMA HA SALIDO. HORA PREVISTA LLEGADA ALEJANDRÍA 08:30 HORA LOCAL. FIN.

El viaje en tren desde Venecia hasta Roma duró más de siete horas y los Wienzman llegaron al piso del doctor Farenzi pasadas las dos de la madrugada.

Siegret y su padre conversaron acerca de cómo los habían descubierto en Venecia. El profesor supuso, correctamente, que habían utilizado a Gerdler para que los identificara.

El doctor Farenzi tardó en atender la llamada pero cuando abrió la puerta captó de inmediato la situación y los hizo pasar.

—Esta noche estarán aquí a salvo —les aseguró y se ocupó de preparar camas y darles de beber algo caliente—. Aunque los hayan seguido, hasta la mañana no podrán saber en qué piso están y para entonces habremos encontrado un lugar seguro en donde puedan albergarse hasta que salgan hacia Estados Unidos.

—Estados Unidos —repitió el profesor con un profundo suspiro—. ¡Cómo me gustaría que estuviésemos allí!

—¡Y lo estarán! —agregó Farenzi decidido—. ¡Mussolini y Hitler no son tan aliados como nos quieren hacer creer y aquí los nazis están aislados! Por la mañana veremos qué se puede hacer, pero ahora a dormir en sus habitaciones. Cerraré la puerta con llave y si alguien intenta entrar, tengo un arma que no dudaré en utilizar si es necesario.

Mientras Siegret apagaba la luz, miró por la ventana hacia la calle. En un

extremo, bajo los árboles, estaba aparcado un coche negro que no se encontraba allí cuando llegaron.

AUNQUE PAT JARRETT había supuesto correctamente que los alrededores del lago Warren apenas estaban poblados, sin que lo supiera sus actividades habían llamado la atención. Al regresar de una ronda el jueves por la tarde, Hal Franklin, el *sheriff* del distrito, había divisado las marcas de los neumáticos de la camioneta en la entrada del camino que conducía hacia el lago. Al principio estuvo a punto de seguirlas para ver cuál era la casa que tenía visitas, pero cambió de idea.

Detuvo el coche para examinar con más atención las huellas y descubrió que el vehículo había bajado y tomado el camino hacia la población. Probablemente se trataba de algún lugareño que había subido hasta el lago para averiguar si ya estaba deshelado. El lago Warren era famoso en aquella región por sus truchas, sobre todo en las proximidades de la presa, en el extremo sur. Decidió que la comprobación podía esperar hasta la mañana siguiente y siguió su camino.

Pero al día siguiente era domingo, sus dos ayudantes no trabajaban y no regresó al lago hasta el lunes a primera hora. Vio de inmediato que durante su ausencia el camino había sido utilizado varias veces; el aguanieve y el barro estaban fuertemente acanalados y había huellas, como mínimo, de dos tipos distintos de neumáticos, una de las cuales pertenecía a un camión pesado.

Dejó el coche a mitad de camino e hizo el resto del recorrido a pie. Deseaba que cualquier persona que se encontrase en el lago no se enterase de su llegada.

Se sorprendió al ver lo cristalina que estaba el agua. Se detuvo en el linde del bosque y recorrió la orilla con los prismáticos, pero con excepción de unas pocas aves acuáticas que se alimentaban cerca de la presa, no había indicios de nada raro. Las huellas seguían hasta el extremo norte y observó las casas con los prismáticos, pero no vio nada anormal.

Sólo al llegar al extremo divisó la camioneta. Estaba aparcada bajo los árboles, a la vera del camino.

—¿Puedo ayudarle, *sheriff*?

Hal dio media vuelta para mirar a quien le hablaba. Vio a un hombre maduro, de rostro delgado y duro, vestido con un mono blanco, que estaba de pie al principio del sendero que conducía a la casa. Aunque el camino estaba cubierto de hierba, Hal comprendió que el hombre debió acercarse rápida y sigilosamente.

—Lamento haberle sorprendido, *sheriff*, supongo que no me oyó. Me llamo Jarrett y he alquilado esta casa por un par de meses. Parece inspeccionar mi camioneta.

Sonrió ligeramente al hablar pero su voz no era cálida.

—Me preguntaba qué haría alguien aquí arriba —respondió Hal—. Normalmente no recibimos visitantes en esta época del año.

—Claro. Pensaba ir al pueblo mañana por la mañana y comunicarle que estoy aquí. ¿Quiere pasar y ver los documentos? ¿Quiere comprobar si todo está bien?

Era la casa más grande de la orilla del lago y contaba con todas las comodidades. Jarrett había limpiado el polvo que durante el invierno se acumuló en la cocina y allí le mostró una copia del contrato de alquiler.

—¿Está de vacaciones?

—Lamentablemente, no. Realizo una investigación meteorológica de la zona para un par de compañías aéreas y pensé que este sitio sería una buena base. Cuando usted llegó estaba desembalando el equipo.

Hal pensó que todo parecía normal; no veía nada incorrecto, pero no le gustaba. Jarrett se había mostrado extraño, frío y hostil al principio y apremiante después. También había algo extraño en la forma en que miraba y se movía, algo precavido y alerta en sus ojos.

¿Por qué había alquilado la casa más grande para él solo? Evidentemente, sólo utilizaba la cocina; apenas había tocado la sala y en la planta superior había cinco dormitorios. El hombre había llevado una pequeña lancha a motor. —Hal la vio amarrada desde las ventanas del salón— y debió remolcarla con la camioneta. Tal vez ese fuera el motivo de la presencia de la camioneta. Por otra parte Jarrett no tenía suficiente equipo pesado para explicar su uso.

Decidió que convendría vigilar discretamente al señor Jarrett hasta que estuviera claro qué era exactamente lo que hacía.

UNA VEZ QUE DESPEGARON hacia Alejandría, y después de atender a los pasajeros, Andy llevó café a la cubierta de vuelo. Desmond lucía el reloj Cartier que le habían regalado los Curtis y que Frazer elogió. Volaban con el piloto automático.

—Andy, ¿cómo se portan abajo? —preguntó jovialmente Ken Frazer, alegre a raíz del mensaje que el comandante había recibido por radio— ¿Alguna queja?

—De momento no, señor —respondió Andy. Luego se dirigió a Desmond—: El barón D'Este y el señor Curtis preguntaron por usted. Querían saber por qué no los recibió cuando subieron a bordo. Les dije que había recibido un mensaje urgente del embajador británico y eso los calmó.

—¿Se ha reunido Curtis con su esposa? —preguntó Kendricks desde la consola de la radio—. Andy, ¿cómo es ella? ¿Es tan insufrible como el viejo?

Andy se encogió de hombros.

—Para mí se parece a los demás. Quiere esto, quiere aquello, ¿por qué el avión vuela tan alto?, ¿cuándo nos detenemos a comer? —todos rieron—. Pero hay una persona distinta, la baronesa D'Este; es una auténtica dama, puedes quedarte con todos los demás.

—Andy, pensé que Laura Hartman era tu preferida —dijo Ralph Kendricks mientras guiñaba un ojo a Desmond.

—Ah, bueno, eso es otra cuestión —replicó Draper—. Quiero decir que ahora ella es de los nuestros, ¿no os parece?

Rieron a coro mientras Desmond miraba por las ventanillas de la cabina.

EN VIRTUD DE LOS AÑOS que había pasado en Roma, Rashid se sentía más cómodo con la vestimenta occidental moderna que con las túnicas tradicionales de su país y por ese motivo se miró orgulloso al espejo, ataviado con un traje de color gris perla de doble abotonadura, una camisa malva y una corbata blanca de gruesa seda. Cogió los documentos y la generosa cantidad de dinero que el príncipe le había entregado, bajó despaciosamente la escalera de la villa de Suleimán en Alejandría, a orillas del Mediterráneo, y salió a la terraza. Un ligero zumbido llegó a sus oídos desde el norte. El avión se acercaba. Había llegado el momento de que Ahmed Yalchin Bey apareciera en escena.

A petición de algunos pasajeros, Desmond trazó un lento y bajo recorrido por encima de la ciudad, para que tuvieran una buena panorámica de Alejandría.

Desde una ventanilla del centro del avión, Laura Hartman miraba al exterior intentando compartir el entusiasmo de los King, pero mentalmente trataba de descubrir el motivo de la fría actitud que Desmond O'Neill tuvo hacia ella cuando subió al aparato. Laura supuso que quizá Desmond sentía que sus emociones se entrelazaban con demasiada rapidez y tal vez estuviera en lo cierto, pero no era razón suficiente para que hubiese reaccionado tan secamente. Tenía que haber algo más. La posibilidad de que Charlotte Curtis estuviera implicada pasó por su cabeza, pero la rechazó.

Para Sandy Everett la escala en Alejandría era una de las etapas más ajetreadas debido a que tenía que ocuparse de una ingente cantidad de correspondencia. Además, había que atender a los pasajeros. Los Finlay desembarcaban allí para seguir viaje por mar. En lugar de ellos, subía Ahmed Yalchin Bey.

Como Alejandría sólo era una escala para repostar combustible y tomar carga, los pasajeros únicamente podían desembarcar para dar un paseo por los muelles. La mayoría de los viajeros estiraron un rato las piernas, volvieron a sus asientos y aguardaron la continuación del vuelo.

Jacquetta D'Este prefirió continuar al aire libre. Desde donde estaba, vio que Desmond O'Neill conversaba con la tripulación de otros aviones. Evidentemente, Alejandría era un punto de encuentro para los aviadores de todo el mundo, un lugar en el que intercambiaban noticias y renovaban viejas amistades.

Al principio no reparó en el coche que se acercó silenciosamente. Cuando emprendió el regreso hacia el hidroavión, vio que se había detenido en la entrada del atracadero y que el conductor hablaba con uno de los miembros de la tripulación. El chófer tenía dificultades para hacerse entender, por lo que se produjo una demora, de modo que Jacquetta sólo se encontraba a veinte metros cuando la puerta trasera se

abrió y descendió Rashid.

No tenía dudas con respecto a la identidad del recién llegado. Sintió que la invadía una infinidad de emociones confusas y se encontró desgarrada por lealtades contradictorias. Se sentía hipnotizada por el peligro de la situación e incapaz de pensar. Casi atontada, siguió la dirección que Rashid había tomado hacia el portalón.

—Baronesa, lamento decirle que debe subir. Saldremos en seguida.

Sandy Everett le sonreía al pie de la escalera, pero ella apenas notó que él le había dicho algo.

LOS WIENZMAN ACORDARON con el doctor Farenzi que éste se ocuparía de todos los trámites que les permitirían llegar a Estados Unidos y que se reuniría con ellos en su piso a las once de la mañana, momento en que saldrían todos juntos.

Rintlen y Gerdler llegaron a Roma a las siete de la mañana. El primero se reunió a solas con el jefe de la sección de seguridad de las SS en la embajada alemana, y se enteró de que habían rastreado a los Wienzman hasta un edificio pero ignoraban en qué piso se ocultaban. Gracias a la lista de ocupantes, Rintlen supuso que estaban en el número 12, perteneciente al doctor Augusto Farenzi. Después pidió al jefe de la sección de seguridad que sus hombres siguieran vigilando el edificio e informaran de cualquier novedad. Agregó que se ducharía y dormiría un par de horas más. Pidió que le despertaran a las diez para visitar al profesor y a su hija.

AL ENTRAR A LA CUBIERTA de pasajeros del *Caterina*, Jacquetta no encontró a Rashid. Sin saber qué hacer, volvió a su asiento en la parte trasera del avión.

Jacquetta salió bruscamente de su abstracción, al notar que el avión despegaba de nuevo. Comprendió que, por omisión, había permitido que la situación continuara. Si hubiese buscado a Rashid y le hubiera hecho frente, el joven jeque no habría tenido más alternativa que abandonar sus proyectos y volver a tierra. Ahora eso era imposible y a ella le quedaba la alternativa de denunciarlo a la tripulación y ver cómo lo arrestaban y quizá condenaban como presunto asesino, o de observar cómo vengaba los crímenes cometidos contra su familia, matando a Luca y tal vez también a ella.

Jacquetta tomó una decisión y salió silenciosamente del camarote en el que también se encontraba Stewart y Charlotte Curtis, en busca de Rashid.

En la cubierta de paseo los Johnson, el doctor Van Smit y Laura Hartman miraban por las ventanillas la costa egipcia y los King ocupaban sus asientos; por ello supo antes de llegar al salón de fumar que encontraría a Rashid en ese lugar.

Estaba sentado de espaldas a la puerta con una boquilla de ámbar entre sus largos dedos. Sus miradas se encontraron instantáneamente y él se levantó sorprendido.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —inquirió.

—Por favor —suplicó Jacquetta—, no se alarme; sé quién es y por qué está aquí. No lo delataré pero debe irse, bajar de este avión antes de que sepan quién es.

—¿Qué significa esto? ¿Quién es usted? —preguntó por segunda vez y la miró severamente.

Jacquetta no pudo responder. Rashid la cogió del brazo, la sacudió y repitió la pregunta.

—Soy la mujer que rescató del desierto —titubeó y agregó, incapaz de seguir ocultando la verdad—: Soy Jacquetta D’Este.

—De modo que usted es la esposa del barón D’Este. —La observó atentamente—. ¿Y ahora qué hará, baronesa? ¿Les dirá a su marido y a los demás quién soy?

Jacquetta movió negativamente la cabeza, incapaz de hablar.

—¿Por qué no? —preguntó Rashid irónicamente, pues no la creía.

—Si lo hago, le detendrán —respondió con la boca seca.

—¿Y eso le importa? —Ella asintió en silencio— ¿Por qué? ¿Acaso porque le salvé la vida?

—No lo sé, pero me importa. No soportaría que le detuvieran.

—¿Y su marido? ¿Sabe que he jurado vengarme de él?

Jacquetta dejó caer la cabeza pues no podía responder a esa pregunta, ni siquiera a sí misma.

Hubo un ruido en el pasillo provocado por el doctor Van Smit que regresaba de la cubierta de paseo.

—Ah, baronesa —dijo al verlos—. ¿Le han presentado al nuevo miembro del grupo? Ahmed Yalchin Bey, la baronesa D’Este.

Con un supremo esfuerzo de voluntad, Jacquetta logró parecer normal.

—Gracias —respondió débilmente en inglés—. Acabamos de conocernos. Si me disculpan, seguiré buscando al camarero.

Desde las ventanillas de la cubierta de vuelo, las cumbres de las cadenas montañosas de Creta, la próxima escala, comenzaban a surgir en el horizonte.

Desmond había conectado el piloto automático y se sentía culpable por la actitud que había adoptado con Laura. Deseaba hablar con ella, explicarle lo sucedido y disculparse por el daño que le había producido sin querer. Esa noche intentaría estar a solas con ella en Roma.

Pamela también ocupaba sus pensamientos. No dudaba de que el telegrama señalaba el comienzo de un nuevo asalto en la lucha entre ellos, en el momento en que pensaba que todo había terminado. Quizá Pamela dudara con respecto al divorcio. La decisión no sería definitiva hasta dentro de cinco semanas. Tal vez deseaba verle para dar marcha atrás. El contraste con los sentimientos expresados en la carta anterior no significaba nada. Pamela era muy voluble.

—Jefe, estaremos sobre Mirabella en menos de cincuenta minutos. —La voz de Ralph Kendricks interrumpió sus pensamientos—. ¿Llamo para comprobar que nos esperan?

Desmond salió de su ensueño y observó la caja oblonga con números romanos del reloj Cartier.

—Sí, Ralph, será mejor que lo hagas —respondió mientras bostezaba y se desperezaba—: Quiero salir para Atenas tan pronto como sea posible.

UN PREOCUPADO Y VACILANTE criado de la embajada despertó a Rintlen a las once menos cuarto. Después de que el oficial del SD mirara la hora y lo maldijera, el criado le explicó que dormía tan profundamente que no quiso despertarlo.

Rintlen se levantó y se metió en el cuarto de baño. Las tres horas de descanso habían logrado que se sintiera peor y lamentó haber sucumbido al cansancio. Puso a llenar la bañera, comenzó a afeitarse y pidió los últimos informes sobre los movimientos de Wienzman.

—Hemos comprobado que Farenzi los tiene alojados. Se han oído voces a través de la puerta. Farenzi abandonó el edificio poco antes de las diez y fue en coche hasta la Via Nazionale. A juzgar por su conducta, quizá notó que le seguían. Intentó librarse de nuestro hombre y evidentemente creyó que lo había logrado, pues luego lo vieron entrar en la oficina de la Imperial Airways, en la planta baja del hotel Quirinal. Nuestro hombre está persuadido de que compró pasajes.

—¿Para qué vuelo y día? ¿Averiguó algún detalle?

—No, *Standartenführer*, fue imposible obtener esa información. Ya sabe cuán reservados son los británicos.

—Bien, sigan intentándolo. ¿Dónde está Farenzi ahora?

—Salió hacia el Vaticano. No sabemos nada más desde entonces.

—Pues iremos al piso y cogemos a los dos judíos mientras esté afuera. Eso nos evitará tener que encontrar un modo de librarnos de él. Prepare a sus hombres para que nos marchemos en cuanto me haya vestido y tráigame una copa de *Schnapps*.

El doctor había prometido regresar a las once. Dada la hora, los temores de los dos refugiados crecieron a medida que pasaban los minutos. Siegret vigilaba la calle desde una ventana del gabinete y, acongojada, descubrió que al menos uno de los coches aparcados estaba ocupado. Divisaba las cabezas de dos hombres en el asiento delantero.

Su agitación aumentó cuando los campanarios de la ciudad dieron el cuarto de hora y no había indicios del doctor. Poco después dos hombres aparecieron en la calle y subieron al coche en el que se encontraban los otros dos. Siegret esperó que se marchara, pero permaneció como amenaza inmóvil y silenciosa.

—Papá, ¿qué haremos? —le preguntó después de mostrarle el coche ocupado—
¿Cómo saldremos de aquí?

—Encontraremos una salida. Ya verás. Cuando regrese Farenzi, él sabrá qué hacer.

Al mismo tiempo, Rintlen, después de bañarse, vestirse y sentirse algo más

despierto, declaraba:

—Necesitaré seis hombres para la operación, además de conductores para los coches. Cuatro para derribar la puerta y entrar conmigo y con Gerdler. —Señaló al joven, que escuchaba asombrado—. Los otros dos harán guardia en la escalera.

—¿Qué hay de las armas, señor? ¿Estamos autorizados a disparar si es necesario? —preguntó el oficial de las SS.

—Sí, pero sólo si les disparan. Recuerde que esta operación se realiza sin conocimiento de las autoridades italianas. No queremos que la policía nos persiga.

—*Standartenführer* —intervino otro hombre de las SS—, si los judíos intentan escapar, ¿abrimos fuego o los dejamos ir?

—Sí. —Rintlen vaciló para sopesar el problema y finalmente respondió—: Pero sólo abrirán fuego si están seguros de recuperar el cuerpo. El profesor y su hija quizá trasladen importantes documentos del partido que no podemos permitir que caigan en manos de la policía italiana. ¿Alguna otra pregunta? —Nadie respondió—. Bueno, saldremos en cuanto los coches y los hombres estén preparados.

EL DOCTOR FARENZI NO LLEGÓ al piso hasta pasadas las once y media, y encontró a sus dos huéspedes sumamente nerviosos. Intentó explicar los motivos de su retraso y serenarlos.

—Los nazis deben sospechar que están aquí, porque estoy casi seguro de que un hombre intentó seguirme. Afortunadamente le vi de inmediato y logré despistarle en la Via Véneto.

—¿Consiguió los billetes? —preguntó el padre de Siegret.

—Sí, tengo dos billetes reservados a mi nombre para el vuelo de mañana. —Sacó de un bolsillo interior de la chaqueta un grueso sobre—. Miren, mañana a las ocho en punto salen del lago Bracciano a bordo del Imperial 109, en hidroavión, con destino a Inglaterra, y el jueves continúan hacia Canadá y Estados Unidos.

Siegret y su padre miraron embelesados los billetes. Se trataba de complicados documentos extendidos para cada etapa del viaje y resguardos para los hoteles y las comidas. El hecho de ver que comerían en un restaurante de Marsella y pasarían dos noches en el Ritz de Londres logró restablecer su confianza en la posibilidad de escapar.

—Para esta noche —prosiguió Farenzi—, se me ha ocurrido una idea excelente. Desdichadamente los amigos de quienes les hablé están fuera, pero el empleado que me vendió los billetes me explicó que los pasajeros del avión, que llega esta tarde, se hospedarán en el hotel Le Grande, cerca del palacio Barberini. Es el hotel más elegante de Roma. Y entonces me dije, ¿por qué no pedir a la compañía aérea que los hospede allí con el resto de los viajeros? ¿Se dan cuenta de la idea? —agregó cuando le miraron indecisos—. En cuanto estén en el hotel, con los demás pasajeros, inmediatamente pasarán a formar parte del vuelo. Hablarán con ellos, los conocerán y

por la mañana se trasladarán juntos hasta el avión. Contarán con la protección de ese grupo de personas y en cuanto estén entre ellos los nazis no podrán hacerles daño. Si lo intentasen provocarían un grave incidente.

—La idea parece buena pero ¿cómo llegaremos al hotel? —preguntó el viejo profesor—. Hay un mínimo de cuatro hombres que vigilan la puerta principal y si nos ven salir con las maletas quizá intenten detenernos.

Los dos hombres analizaban el problema cuando Siegret lanzó un grito desde su puesto de observación junto a la ventana:

—¡Papá! ¡Vienen hacia aquí! ¡Los hombres del coche y algunos otros y...! ¡Heinz Gerdler está con ellos! ¡Lo estoy viendo!

La embajada había proporcionado un equipo de seis hombres aguerridos y fuertes que indudablemente podían defenderse en una refriega.

—Si es posible —recalcó Rintlen mientras se reunían en la calle—, quiero que los tres sean cogidos con vida. ¿Puedo suponer que Farenzi ha regresado?

—Sí, señor —respondió el jefe del grupo, que había montado guardia—, el italiano volvió hace apenas diez minutos. Pensamos detenerlo, pero habíamos recibido orden de no hacer nada hasta su llegada.

—Correcto —aprobó Rintlen—, decidiremos qué hacer con él cuando tengamos a los judíos.

Observó el edificio. Era uno de esos típicos bloques de paredes grises y persianas marrones extendidos por toda la ciudad.

—El apartamento de Farenzi está en el cuarto piso —le informó uno de los hombres—, dos por debajo del último.

—Bien. Traigan las herramientas para forzar la puerta y en marcha.

Las expresiones de Siegret lograron que el profesor y el doctor Farenzi corrieran a su lado. Incluso desde aquella altura, el sólido porte y la vestimenta similar de la media docena de hombres que cruzaban la calle hacia la puerta de entrada, resultaban aterradoramente evidentes.

—¡Ya están en la escalera! —gritó Wienzman alarmado— ¿Qué podemos hacer?

Aún tenía en el bolsillo la pistola que Farenzi le había proporcionado y en ese momento la extrajo y buscó desenfrenadamente en el apartamento un modo de escapar.

—De nada sirve, no podemos luchar con ellos, son demasiados —explicó Farenzi—. Traigan rápidamente sus equipajes y síganme. Intentaremos subir al tejado antes de que nos encuentren aquí.

Ya tenían las maletas preparadas en la entrada. El doctor cogió la más cercana, abrió la puerta del piso y los guió escaleras arriba. Los otros dos le siguieron rápidamente y apenas se detuvieron para coger los bultos restantes.

La escalera del edificio era amplia e imponente, de piedra pulida y azulejos vidriados. Cuando Siegret comenzó a correr detrás de Farenzi, aferrando con un brazo la maleta y con el otro su cesta, oyó más abajo el sonido de muchos pies que

subían rápidamente. Su padre cerró la puerta al salir y tuvo buen cuidado de no delatar sus intenciones dando un portazo.

Siegret corrió escaleras arriba jadeante y pasó el rellano del piso siguiente, intentando hacer el menor ruido posible por miedo a llamar la atención. A sus espaldas percibía la respiración dificultosa de su padre mientras se esforzaba por alcanzarlos, cargado con las dos maletas más pesadas. Esperaba oír en cualquier momento los gritos de alarma de los perseguidores cuando descubrieran que habían escapado.

Farenzi se detuvo en el último rellano y miró inseguro a su alrededor. Al igual que en el resto del edificio, había dos apartamentos, pero para congoja de Siegret no parecía existir puerta alguna que diera acceso al tejado. El doctor apretó rápidamente el timbre del piso más cercano a la caja de la escalera, mientras los otros dos se detenían a sus espaldas.

No hubo respuesta y Farenzi volvió a apretar el timbre con apremio. Por la escalera les llegó el ruido de fuertes golpes en la puerta del apartamento que acababan de abandonar y de grandes voces. Oyeron un estrépito desgarrador cuando forzaron la cerradura y gritos mientras los nazis recorrían las habitaciones.

—Dese prisa, dese prisa por favor, déjenos entrar —susurró Siegret agitada.

En el mejor de los casos, los atacantes que se encontraban abajo sólo tardarían unos pocos segundos en comprender que la presa había huido e instantáneamente sabrían que sólo podía haber tomado una dirección.

Como la puerta seguía cerrada, Farenzi abandonó sus intentos y corrieron hasta la entrada del otro lado del rellano. De nuevo tocó el timbre y aguardaron angustiados, suplicando que esta vez alguien respondiese. Llegaban de abajo gritos de ira. El doctor hundió el dedo en el timbre y lo mantuvo allí.

Se oyeron pisadas al otro lado de la puerta y luego, intensamente aliviados, percibieron que alguien giraba una llave. La puerta se abrió unos pocos centímetros y los observó una anciana canosa y con gafas.

—¿Quién es? —preguntó nerviosa— ¿Qué quieren?

Sin perder tiempo, Farenzi abrió la puerta de par en par y entró, seguido de los Wienzman.

—Ladrones y pistoleros, señora, nos persiguen —intentó explicar—. Debe mostrarnos la salida al tejado.

Al oírlo, la anciana lanzó un chillido a causa del miedo e intentó obligarlos a salir al rellano. El profesor cerró apresuradamente la puerta, pero era demasiado tarde. Por la escalera llegó un grito cuando uno de los nazis, alertado por el ruido, llamó a sus compañeros. Contestaron otros gritos y se oyeron pisadas.

—¡El tejado! ¿Cómo salimos al tejado? —suplicó Farenzi a la anciana mientras el profesor cerraba la puerta con llave y echaba el pasador. La anciana retrocedió.

—Por la cocina —dijo temblando y señaló a sus espaldas.

Abandonada toda cautela, corrieron por el piso. En la cocina encontraron una

puerta de servicio que comunicaba con un pequeño tramo de escalera que daba al tejado. Siegret no sabía qué hacer al llegar arriba pero siguió al doctor, arrastrando la maleta. No había otro lugar donde ir y los hombres ya aporreaban la puerta del piso de la anciana.

Sin embargo, en el mismo instante en que salió al tejado, Siegret comprendió la acertada elección de Farenzi. Ante ellos se abría una amplia superficie llana, interrumpida por las jorobas de las cajas de las escaleras y las construcciones bajas y chatas que albergaban los tanques de agua y otros servicios del edificio. Tendederos improvisados y festoneados de ropa que se secaba al sol recorrían el espacio abierto. Además, vio claramente que en la parte de atrás había un camino que comunicaba con el tejado del edificio contiguo. En otras circunstancias, quizás habría reparado en que la visión de la ciudad desde allí era magnífica.

Se lanzaron hacia adelante sin perder un segundo, agachándose para cruzar los tendederos y esquivaron los cobertizos. Habían logrado avanzar hasta el edificio más distante, desde donde un grupo de curiosos observaba boquiabierto sus movimientos, cuando Rintlen y su pandilla atravesaron el apartamento de abajo y aparecieron en el tejado.

El doctor eligió una escalera que parecía conducir a la calle y bajó a la carrera. El profesor y él estaban empapados en sudor y respiraban con dificultad. Siegret hizo pasar delante a su padre, que ya había soltado una de las maletas, por temor a quedar rezagado y perderse. Seguidamente oyó un agudo estampido procedente del lugar por donde habían venido y algo golpeó la pared de la escalera con terrible violencia, a pocos centímetros de su cabeza, levantando una estela de polvo y fragmentos de piedra.

La sorpresa producida por el proyectil renovó las fuerzas de los tres. Farenzi los hizo pasar a través de la puerta de la escalera y echó rápidamente el cerrojo mientras en los tejados resonaban otros disparos. Por fortuna, el edificio disponía de ascensor, cuya caja esperaba ante ellos; entraron en tropel y descendieron, respirando trabajosamente por el esfuerzo realizado.

Había pocas personas en la calle en la que desembocaron y no se veía ninguna señal de los agentes nazis. Un taxi marchaba hacia ellos y lo llamaron. Cargaron las maletas que les quedaban y subieron.

—Al hotel Le Grande —gritó el doctor al taxista y éste partió.

Apenas podían creer que habían logrado escapar.

POR ENCIMA DE LOS acantilados de la Acrópolis, los frontones y las columnas de mármol del Partenón miraban hacia la ciudad que ocupaba la cuenca de colinas pedregosas. Detrás, el mar formaba un fondo de color azul brillante mientras Desmond trazaba círculos sobre Atenas para proporcionar a los pasajeros una de las mejores panorámicas de la capital y sus monumentos clásicos.

Los pasajeros se alegraron de bajar después de haber pasado más de cinco horas en el aire. También era agradable visitar la ciudad más famosa de la antigüedad clásica y esperar la buena mesa y las comodidades del hotel Grande Bretagne.

Para Desmond, las regulaciones que exigían la vigilancia de los lingotes de oro resultaban especialmente frustrantes porque tendría que esperar más tiempo para tratar de hacer las paces con Laura. En cuanto amarraron bajó a la cubierta inferior para despedir a los pasajeros e intentó cambiar con ella unas palabras amables, pero la joven lo ignoró.

Una flota de taxis alquilados depositó a los pasajeros frente a la escalinata del hotel, donde habían preparado un banquete. La primera acción de Stewart Curtis consistió en pedir a Laura que le alquilara un gabinete en la planta superior y le consiguiera una conferencia telefónica con sus agentes de bolsa en Londres. Necesitaba saber con urgencia qué había ocurrido con el precio de Klerksdorp cuando la bolsa abrió tras el fin de semana. Al enterarse, Charlotte exigió una habitación para ella y envió a Arlette, su criada, a buscar parte del equipaje al aparato.

Laura contrató una *suite* para los dos y minutos después informó a Curtis que por diversas razones era imposible obtener una comunicación directa con Londres.

—¡Maldito infierno! —vociferó Curtis tan alto que las demás personas que estaban en el salón se volvieron y lo miraron— ¿En estos malditos países no pueden organizar nada con eficacia? ¿Les dijo que era vitalmente urgente conseguir esa llamada?

—Hice todo lo que pude —explicó Laura—, pero no hay modo de lograrlo.

—Si usted sirviera de algo, habría teleografiado de antemano y les habría pedido que prepararan la conferencia antes de que saliéramos de El Cairo. ¿Por qué estaré rodeado de imbéciles?

Siguió quejándose hasta que Charlotte protestó:

Termina y deja en paz a la chica. No tiene la culpa; debiste avisarle que querías que te organizara las llamadas. Ahora tendrás que esperar a que llegemos a Roma.

—Entonces las oficinas de Londres estarán cerradas —respondió su marido—. ¿Nadie piensa salvo yo? —dejó caer un ejemplar de *The Times* de tres días atrás y se levantó furioso—. Comeré arriba. Estoy harto de compartir la mesa todos los días con las mismas personas. ¿Me acompañarás? —preguntó a Charlotte.

—¿Comer arriba solos cuando aquí abajo hay un comedor tan agradable? —Le miró sorprendida—. Por supuesto que no. Si tú piensas hacer eso, yo comeré con Laura y los D'Este.

—De acuerdo, como prefieras —dijo Curtis furioso y abandonó la estancia.

Después de su conversación con Rashid, Jacquetta se sentía nerviosa y perturbada y reaccionaba irritada ante el tosco tratamiento al que Luca la sometía y sus constantes miradas relamidas en dirección a Charlotte. Durante el almuerzo se sentó frente a él e intentó ordenar sus pensamientos mientras los demás conversaban. Había dicho a Rashid que no lo delataría ni comunicaría sus planes, pero conservaba ciertos

vestigios de lealtad hacia Luca; al fin y al cabo había sido su marido durante más de quince años. Sentía desesperadamente la necesidad de encontrar una solución que le hiciera consciente del peligro que corría pero sin traicionar al joven jeque y hacerle correr riesgos.

Asombrada, oyó que Charlotte mencionaba el tema.

—¿Qué sucedió con ese joven del que usted y Yousouri Pachá me hablaron? Me refiero al que había jurado matarlo.

—Ah, él. —Luca se encogió de hombros—. No pasó nada, supongo que fue una falsa alarma. Lo comunicaron a la embajada y el gobierno me proporcionará escolta policial mientras estemos en Roma. Personalmente, lo considero una pérdida de tiempo. Se trata de un joven terrorista —explicó a Laura que le miraba inquisitivamente—, miembro de una banda que me vi obligado a desarticular cuando estaba en Cirenaica. Al parecer desea vengar la muerte de sus jefes.

—Para ser más exactos —intervino Jacquetta, enfurecida por aquella distorsión de la verdad—, desea devolverte el cruel asesinato de su padre y su hermana.

—Eso es falso —respondió Luca iracundo y se sonrojó—. Te refieres a una ejecución judicial llevada a cabo según las leyes.

—¿Así describes el hecho de subir ancianos a un avión y arrojarlos durante el vuelo?

Jacquetta notó que las dos mujeres escuchaban azoradas. Luca se esforzó por dominarse.

—Esas historias sólo son mentiras y propaganda organizada por nuestros enemigos. No contienen nada de verdad. —Se volvió hacia su esposa y le habló en italiano con tono furibundo—: No te atrevas a repetir semejante cosa. Evidentemente, eres incapaz de comprender los conceptos de conveniencia política y lealtad al estado. Asimismo —agregó con tono despectivo—, indudablemente no entenderás porqué consideré necesario dejar instrucciones para que después de nuestra partida de El Cairo tu caballo *Balbo* sea vendido a un comerciante árabe en lugar de acarrear con los gastos innecesarios de que lo envíen en barco a Italia y lo mantengan en un establo hasta nuestro regreso.

Esas palabras llegaron al corazón de Jacquetta. Le miró horrorizada y supo que decía la verdad. Él había hecho exactamente lo que decía y debió esperar una ocasión como aquella para comunicárselo. Embargada de emoción, Jacquetta se levantó y huyó del comedor.

Aunque más fresco que El Cairo, el tiempo en Atenas aún era relativamente cálido y primaveral y las mesas de los cafés bajo los árboles de la plaza Amalias, cercana al hotel, estaban llenas de parroquianos. Jacquetta caminó bajo el sol, llena de pesar por el destino de *Balbo* y de un odio desenfrenado hacia Luca y su crueldad.

Al final se cansó y se sentó ante una mesa desde la que se veía el Parlamento y los guardias que desfilaban con el traje nacional.

Apareció un camarero con una bandeja y ella pidió café y fruta; comía

distraídamente una mandarina cuando una sombra cubrió la mesa y, al levantar la mirada, vio a Rashid a su lado.

—La oí discutir con su marido y vi que se marchaba a toda prisa. Vine a averiguar si se encuentra bien.

—Sí, discutimos —Jacquetta intentó mantener serena la voz—, pero no le delaté, si eso es lo que le preocupa —dijo con amargura.

—Nunca lo dudé —acercó una silla y se sentó al lado de ella—. ¿Por qué no me cuenta lo que ocurrió?

Jacquetta contuvo las lágrimas que amenazaban con caer de sus ojos, le hizo una síntesis de la discusión durante el almuerzo y le describió el destino de *Balbo*. Rashid la escuchó en silencio.

—Era un buen caballo —afirmó cuando ella terminó de hablar—, y no se merece que lo vendan como animal de carga. Enviaré un mensaje al príncipe Suleimán, mi tío, y le pediré que lo compre al comerciante y que lo guarde para usted.

—Gracias, es usted muy amable —respondió con voz serena y la mirada fija en el edificio blanco que se alzaba ante ellos—. Oh, lo siento —agregó en tono de culpa—, no quise ser descortés, estoy realmente agradecida pero eso no resuelve el verdadero problema. ¿No se da cuenta? —Le cogió la mano y se la apretó con fuerza—. Nunca podrá acercarse a mi marido y si lo intenta, le matarán.

Rashid sacudió la cabeza.

—He jurado vengar a mi padre y no puedo retroceder —explicó con sencillez.

—¿Qué alternativa me queda a mí? —preguntó angustiada—. No puedo quedarme tranquila y permitir que mate a mi marido, pero si levanto un dedo para salvarlo, a usted le arrestarán. ¿Qué debo hacer? Debería renunciar a su delirante empresa y volver a su país.

Rashid se levantó, con una expresión de inflexible decisión.

—Es hora de que regresemos al hotel. Los coches vendrán a buscarnos muy pronto.

Hizo una ligera reverencia y se marchó.

RINTLEN RECRIMINÓ SEVERAMENTE a los hombres que habían fallado en la incursión al piso del doctor Farenzi. Luego les ordenó que salieran en busca de los dos refugiados. Pidió a Strasser, el funcionario de las SS que se quedara, se sirvió una copa de *Schnapps* y se dejó caer en un sillón, obligando a su agotado cerebro a pensar.

—Dígame cuál es el vuelo más inmediato en que los Wienzman pueden irse, suponiendo que lo hagan por la Imperial Airways.

Strasser consultó una hoja de notas.

—*Standartenführer*, el próximo vuelo es el 109, con destino a Inglaterra y Estados Unidos, que sale mañana a las ocho y media de la mañana del lago

Bracciano. Hemos logrado averiguar que todas las plazas están cubiertas y que los billetes que quedaban se vendieron hoy, pero no disponemos de detalles sobre la lista de pasajeros, aunque sabemos que el apellido Wienzman no aparece.

—Es probable que utilicen un apellido falso —murmuró Rintlen de mal humor—. ¿Cuál es el siguiente vuelo?

—El del miércoles, *Standartenführer*. Desde aquí hay vuelos diarios a Inglaterra y no están cubiertas todas las plazas.

—¿Por qué habrán elegido la compañía inglesa? —preguntó el hombre del SD casi para sus adentros—. Hay media docena de compañías aéreas extranjeras que vuelan desde Roma y cualquiera de ellas sirve.

Strasser carraspeó respetuosamente.

—Señor, ¿puedo hacer una sugerencia? —Al ver que Rintlen hacía una señal de asentimiento, prosiguió—: Imperial 109 es un vuelo que llega hasta Nueva York. Sólo se detiene en Inglaterra para que la tripulación descanse y el jueves sale nuevamente para cruzar el Atlántico. Ningún otro vuelo hace ese trayecto esta semana. Si los Wienzman se proponen viajar a Estados Unidos, tendrán que hacerlo en ese vuelo.

—¡Por supuesto! —El rostro de Rintlen se iluminó—. Tiene razón, esas deben de ser sus intenciones —sonrió satisfecho—. De nuevo hemos pensado más rápido que *Herr* profesor Wienzman.

—¿Qué hará ahora? —preguntó Strasser, aliviado al ver la acogida que había merecido su idea.

—Obviamente, tratar de detenerlos cuando suban a bordo. Tengo órdenes de no pedir ayuda a las autoridades italianas, pero quizá podamos convencer a la policía del aeropuerto que la partida de nuestros amigos debe demorarse. Por si eso fallara —agregó cáusticamente—, resérveme asiento en un vuelo, en cualquier vuelo que me lleve a Inglaterra el mismo día. Mejor dicho, haga reservas para dos. Supongo que será mejor que ese cerdito de Gerdler me acompañe.

EL «CATERINA» DESPEGÓ a las tres en punto. Los pasajeros miraban extasiados la bahía de Salamina, donde dos mil quinientos años atrás la marina ateniense destruyó a la flota persa y evitó la conquista de Grecia.

Andy sirvió el té mientras sobrevolaban el canal de Otranto.

Llegaron a Roma en el momento en que los rayos agonizantes del sol resplandecían sobre la ancha cinta del Tíber, a los pies de las Siete Colinas, y teñían de oro la gran cúpula de San Pedro.

SEIS MIL CUATROCIENTOS kilómetros al oeste, Pat Jarrett hizo los ajustes finales del transmisor de radio. Satisfecho, salió de la carlinga del S4, se detuvo en el ala y estiró

los miembros entumecidos. La tarea había consumido menos tiempo del previsto, pero pasó toda la mañana, desde el amanecer, encerrado en el minúsculo espacio, doblado, a fin de llegar a la parte posterior del tablero de mandos. La tarde anterior había colocado con éxito los acumuladores detrás del asiento del piloto, en el fuselaje. Trabajo delicado, pues tuvo que evitar dañar los moldes y las riostras de madera que conformaban la estructura del aparato.

Bajó el flotador derecho llevando en una mano la caja de herramientas abierta. Aunque el hidroavión estaba firmemente amarrado a las paredes del cobertizo para botes, el flotador se hundió al recibir su peso, y Jarren perdió el equilibrio. Se sujetó a la columna delantera del flotador para no caer y volvió a erguirse. Al hacerlo, la caja de herramientas que llevaba en la otra mano se balanceó bruscamente y varias piezas cayeron al agua.

Jarrett subió al muelle, revisó el contenido de la caja y maldijo enfurecido. Las piezas perdidas incluían un juego de limas imprescindibles para sujetar correctamente las armas y los refuerzos de acero que las sostendrían. Tendría que comprar otro juego de inmediato si quería iniciar los preparativos de los saledizos para las armas después de almorzar.

Su reloj marcaba las doce y media. Si se marchaba en seguida, podría ir en la camioneta hasta Keene, comprar las limas nuevas y otros elementos que necesitaba y, de paso, comer algo.

Mientras apagaba las luces y cerraba la puerta del cobertizo, pensó que tal vez fuera positivo que le viesan casualmente por el pueblo después del incidente de la mañana.

Se quitó el mono, se puso su vieja chaqueta de vuelo y bajó por el camino hacia la carretera principal. El día estaba nublado y hacía más frío que la semana anterior, pero los pronósticos para el viernes y el fin de semana eran buenos, con cielos despejados y temperaturas de aproximadamente ocho grados. Condiciones ideales para realizar una interceptación, siempre que el avión estuviera preparado a tiempo.

Encontró fácilmente lo que necesitaba en una ferretería bien surtida de Main Street, además de otros elementos útiles que compró por si acaso. Después rechazó la tentación de perder tiempo mirando el pueblo y se encaminó calle arriba hasta llegar a un pequeño *drugstore* con bar. Espió por el escaparate y vio que las siete u ocho mesas del interior estaban vacías, con excepción de la más cercana a la barra, en la que se encontraban dos ancianos que masticaban lentamente su comida. Jarrett empujó la puerta, entró y se sentó.

Los dos hombres interrumpieron la comida y le observaron rígidamente mientras se sentaba y ponía el paquete de herramientas en una silla. Les hizo un gesto a modo de saludo y luego uno de ellos musitó una respuesta, levantó la cabeza y gritó:

—Susie, aquí tienes un cliente.

Del fondo de la tienda llegó un grito a modo de respuesta. Jarrett aguardó en silencio, consciente de que los dos hombres le miraban, estudiaban su ropa y su

aspecto y lo evaluaban. Finalmente se dieron por satisfechos y reanudaron la comida. Se oyeron pisadas, acompañadas por el ruido de una radio que tocaba músicaailable y apareció la muchacha.

Al verla, Jarrett sintió que se le hacía un nudo en la boca del estómago. Durante las últimas semanas había estado demasiado ocupado con sus proyectos y preparativos para pensar en una mujer y, anclado en el lago, había olvidado su existencia. Calculó que la chica no tendría más de dieciséis o diecisiete años, pero parecía madura para su edad y plenamente consciente del poder que le confería la atracción que suscitaba en los hombres. Ella cruzó la sala, se detuvo como por descuido delante de Jarrett, adelantó provocativamente las caderas y le miró con descaro. Su expresión era hosca y desaliñada, y había recogido desordenadamente su cabellera castaña en la nuca. En pocos años, estaría agotada, pero ahora provocaba deseo y lo sabía.

—¿Quiere comer?

Su voz era llana y sin tono, con acento cortado.

—Sí, el plato del día y una cerveza —respondió Jarrett.

Regresó con un plato lleno de algo que parecía un estofado corriente y lo observó con curiosidad.

—Oiga, a usted es la primera vez que lo veo por aquí. ¿Está de paso o se quedará un tiempo?

—Pasaré un par de semanas en el lago Warren y estudiaré una ruta para las compañías aéreas.

—¿Para las compañías aéreas? —La muchacha se mostró interesada— ¿Entonces es aviador?

—Sí, eso es —dijo Jarrett—. Soy aviador desde la guerra. Piloto mi propio aparato y hago investigaciones meteorológicas.

Ella fue a buscar la cerveza en la nevera situada detrás del mostrador y la vertió lentamente en un vaso, atenta para no derramar ni una gota. Dejó el vaso sobre la mesa y siguió interrogándole.

—Aunque nunca estuve en uno, adoro los aviones. ¿Usted tiene un avión de su propiedad, señor?

Jarrett titubeó. No deseaba dar información sobre sus actividades pero, al mismo tiempo, sentía un fuerte impulso de reconocer un hecho que, estaba seguro, le elevaría a los ojos de la muchacha. Seguramente no tenía por qué negarlo después de la visita del *sheriff*.

—Sí, tengo un avión —respondió con voz serena.

Susie quedó fascinada.

—Tiene un avión —musitó boquiabierta—. ¡Eso es algo! ¿No? Nunca conocí a nadie que tuviera su propio avión.

Los gritos de los viejos llamando a Susie desde el otro extremo salvaron a Jarrett de tener que hacer más comentarios. La muchacha fue a servirles pastel de manzana;

en el momento en que terminó de hacerlo y preparó la nata para acompañar el pastel, Jarrett había terminado de comer y bebía el último trago de cerveza.

—¿No toma postre? —preguntó sorprendida cuando él sacó el dinero para pagar.

—Debo regresar —explicó—. Tengo mucho trabajo que hacer antes de la puesta del sol.

—¿En qué casa del lago está? —preguntó Susie mientras abría la caja registradora para coger cambio. Después de que él le respondiera, agregó—: Ah, sí, ya sé, la de la punta. Bueno, vuelva a visitarnos, señor. —Le entregó las monedas con una sonrisa pícar—. Es posible que un día de estos suba hasta el lago y usted pueda llevarme a pasear en su avión.

EL ESTALLIDO DE JACQUETTA había perturbado notablemente a Luca. Su malestar continuó durante el vuelo, de modo que se alegró cuando al llegar a Roma supo que le esperaba un coche oficial con dos guardias policiales armados para acompañarlo al ministerio de Asuntos Exteriores, donde le requerían con urgencia, a fin de tratar los sucesos de la crisis de Checoslovaquia. Dejó que Jacquetta fuera al hotel con los demás pasajeros.

Después del agotamiento y la tensión de los últimos días, para Jacquetta fue un alivio poder encerrarse en la intimidad de su cuarto. Supuso que probablemente Luca regresaría tarde y, después de darse un prolongado baño reparador, se puso una bata de seda color melocotón y se cepilló el cabello. Aún no encontraba solución al dilema. Estaba convencida de que debía hablar con Luca y advertirle del peligro que corría, pero cada vez que estaba con él las palabras se helaban en sus labios y parecía atacarle cada vez más ácidamente a medida que la pomposidad, la arrogancia y la crueldad de su marido le resultaban más insoportables.

La idea de hacer correr riesgos a Rashid la perturbaba hasta tal extremo que apenas podía pensar.

Llamaron a la puerta y entraron dos camareros con una mesilla rodante. Se sirvió lo que deseaba y un vaso de vino y llevó todo ello al dormitorio de la *suite*. Aunque casi no había probado bocado en Atenas, no tenía apetito; se sentó en el borde de la cama y tomó unos bocados mecánicamente.

Quizá debería hablar con alguien. El problema consistía en que en Roma no había nadie que le agradara realmente o en quien pudiera confiar. Todos sus conocidos allí estaban vinculados a Luca; sus amistades vivían en el campo y el problema no se podía discutir por teléfono.

En el mismo piso del hotel, a tres habitaciones de distancia, Rashid apagó la luz de su dormitorio y abrió las dobles puertas vidrieras que daban al pequeño balcón con que contaban todas las habitaciones de aquel lado del hotel. Sólo vestía camisa y pantalones y el aire nocturno le resultó frío mientras cerraba cuidadosamente la puerta y calculaba la distancia entre su balcón y el siguiente a la derecha.

Calculó que no había más de un metro y medio de distancia pero se encontraba a seis pisos de altura, con las luces de Roma extendidas ante sus ojos en un amplio panorama. Hacía falta un notable esfuerzo de voluntad para trepar hasta la estrecha balaustrada y, aferrado a la caja de la ventana, estirarse hasta la balaustrada contigua. La brecha era demasiado amplia para superarla de un solo paso y Rashid se vio obligado a saltar, con el riesgo de perder el equilibrio. Treinta metros abajo, los coches se arremolinaban como una procesión de juguetes brillantemente iluminados. Tuvo un instante de temor y luego saltó. Las ventanas estaban cubiertas por gruesos cortinajes. Cogió el revólver de su cinturón y movió suavemente el pasamanos.

A LAS OCHO Y CUARTO, Luca abandonó el Ministerio de Asuntos Exteriores acompañado por los dos policías. Volvía al hotel para cambiarse y regresar a cenar al ministerio. Aún debía ocuparse de Jacquetta, de su estallido durante el almuerzo.

LAS DOBLES PUERTAS VIDRIERAS crujieron ligeramente y Jacquetta lanzó un chillido cuando se abrieron. Al ver entrar a Rashid, corrió hacia él.

—¿Dónde está su marido?

—Se fue directamente al Ministerio. —Reparó en el arma y se alarmó—. Rashid, es imposible. Va siempre acompañado de guardias armados. Si lo encuentran aquí le matarán. Debe irse.

—No puedo regresar. Al margen del peligro debo cumplir mi palabra.

—Pero no aquí, en Italia.

De la habitación contigua llegó el sonido de una puerta que se abría y murmullos en el pasillo.

Jacquetta le pidió que se fuera, que al menos lo hiciera por ella. Agregó que si le mataban, ella se moriría. Rashid se dejó llevar hasta el balcón. Ella acababa de cerrar las puertas y acomodaba las cortinas cuando Luca apareció en la puerta del dormitorio.

—Suponía que no vendrías a cenar.

—Cenaré en el ministerio dentro de media hora. Sólo he venido a cambiarme. —Cerró la puerta y se acercó a Jacquetta—. Te agradecería que me dieras algún tipo de explicación sobre tu desdichada intervención en Atenas.

—Fueron los detalles de tu conducta y no los de la mía lo que a esas dos les pareció tan impresionante.

—¿Cómo te atreves a cuestionar mi conducta? Te he dicho infinidad de veces que obedecía órdenes, que cumplía con mi deber. ¿Preferirías que hubiese actuado como un rebelde, como un traidor?

—Preferiría que fueses cualquier cosa menos un cobarde carnicero que ordena que arrojen desde aviones a seres inocentes. No sé cómo puedes vivir después de lo

que has hecho.

—Soy funcionario y miembro del Gobierno del Duce. —Luca se abalanzó sobre ella—. Te prohíbo que me hables de ese modo.

—¡Oh, olvida tu pomposidad! Sabes lo que pienso, así que no te molestes en discutir.

—Sí, sé lo que piensas y en el futuro guardarás para ti tus ridículas ideas y no me fastidiarás delante de nadie. En caso contrario, te aseguro que adoptaré severas medidas.

Jacquetta no respondió pero se sentó en la cama para terminar de comer y le ignoró. Exasperado, Luca entró en el cuarto de baño.

Salió veinte minutos después, listo para irse, recuperado ya el dominio de sí mismo.

—Será mejor que tengas una cosa muy clara —agregó antes de salir—. Tal vez pienses que debido a que eres mi esposa puedes criticar impunemente a mí y al Estado al que sirvo. Te equivocas. Si fuera necesario, no vacilaría en dejarte a cargo de las autoridades hasta que recuperes tu sano juicio. Pero antes adoptaría otras medidas. Por ejemplo, tu padre es un hombre anciano y enfermo y se sabe que tiene ideas semejantes a las tuyas, de modo que una temporada en un campo de trabajo en el desierto o en una de las cárceles de las islas podría volveros sensatos a los dos.

En lugar de arriesgarse a que lo vieran en el balcón, Rashid volvió a su habitación y se dispuso a esperar. Había oído lo suficiente para saber que el italiano se marcharía en seguida. Reconoció que era temerario atentar contra la vida de Luca mientras estuviese en Italia. Convendría esperar hasta llegar a Inglaterra o Estados Unidos.

En cuanto oyó que el barón partía en compañía de su escolta, se deslizó por el pasillo y llamó a la *suite* de Jacquetta. Ésta le hizo pasar y se arrojó sollozando en sus brazos. Él la cobijó instintivamente y, antes de que se dieran cuenta, estaban abrazados. Se besaron con pasión.

Rashid le abrió el cinturón de la bata y la dejó caer al suelo. Sus dedos acariciaron la tersura de los hombros y los pechos, deteniéndose en los pezones erectos. Jacquetta lanzó un gemido de éxtasis, su cuerpo se tensó y tembló de deseo mientras le abrazaba frenéticamente y hundía las uñas en su espalda.

Un fuego abrasador recorrió a Rashid; con un gemido ronco, tomó a Jacquetta entre sus brazos y la llevó desnuda y sin que ella se resistiera hasta el dormitorio.

Cuando Desmond llegó al hotel eran las ocho en punto. Había estado ocupado con los trámites y las medidas de seguridad en torno a la carga de oro. Finalmente, Ralph Kendricks se ofreció a pasar la noche en el *Caterina* para vigilar el cargamento. Llamó a Laura por teléfono y ella le pidió que fuese a su habitación.

La encontró en compañía de un anciano de cabellos blancos y una muchacha muy joven que parecía su hija.

—El profesor Wienzman y su hija Siegret. —Laura hizo las presentaciones—. Tienen un terrible problema. Debe escucharlos.

El anciano narró su historia por segunda vez.

—Ahora nuestra mayor preocupación es la posibilidad de que los nazis intenten impedirnos subir mañana al avión —concluyó el profesor.

Desmond indagó los motivos por los cuales el profesor era una presa tan codiciada por los alemanes. Éste le explicó la historia de los datos sobre un importante personaje que había tratado como médico. Laura intervino:

—¿Qué podemos hacer? ¿Cómo lograremos que el profesor y su hija suban al *Caterina* sin ser molestados?

—Habría que saber si está o no implicada la policía italiana. Si no lo está, si los nazis actúan por su cuenta, no habrá demasiadas dificultades. En ese caso, el mejor modo de evitarlos consiste en que ustedes vengan temprano al lago conmigo y los demás miembros de la tripulación y que suban al aparato unas horas antes que los pasajeros.

—¿Y si los italianos también los buscan? —preguntó Laura.

—Entonces será más difícil. El hidroavión está fuertemente custodiado.

Les habló del cargamento de oro que transportaban.

Analizaron la posibilidad de que el profesor entrara en el aparato con una chaqueta y una gorra de Desmond. Siegret podría llevar el mono blanco que Laura había usado durante la carrera y guardado como recuerdo.

—¿Está seguro de que si nos descubren usted no tendrá problemas? —inquirió el profesor.

—Sospecho que mi posición en la compañía es en este momento tan mala que ni siquiera el hecho de que me arrestaran a mí la empeoraría —respondió Desmond.

Laura le sonrió agradecida y propuso:

—Pediré en la recepción que les suban comida. Siegret pasará la noche aquí, conmigo. Creo que se sentirá más segura.

—En ese caso —agregó Desmond—, quizás el profesor pueda utilizar la habitación reservada para Ralph Kendricks, ya que él pasará la noche a bordo. Mientras tanto, si a los Wienzman no les molesta quedarse solos un rato, ¿puede cenar conmigo? —preguntó a Laura—. Necesito hablar con usted.

VAN SMIT NO HABÍA LOGRADO entrar en la *suite* de los Curtis. Frustrado, decidió ocuparse de los D'Este. Se acercó a la recepción y preguntó si el barón iría a cenar con el pretexto de que deseaba seguir conversando con él. Cuando se enteró de que los D'Este no comerían en el hotel, se abrió camino hasta el sexto piso. Cogió de su bolsillo la llave maestra y abrió sin dificultad la puerta del gabinete.

Las luces estaban encendidas, aunque la habitación se encontraba vacía. Llamó su atención una bata de mujer color melocotón caída en el suelo. Evidentemente, los

ocupantes habían tenido prisa. Movi6 ociosamente el bulto con la punta del zapato y le lleg6 un sonido de la puerta entreabierta del dormitorio.

Se qued6 inm6vil, dispuesto a escuchar, esforz6ndose por identificar el sonido. Volvi6 a oír un gemido suave y prolongado y se relaj6 al comprender mientras una sonrisa atravesaba su rostro. Camin6 de puntillas hacia el dormitorio y se detuvo para espiar a trav6s de la puerta entreabierta.

En el interior las luces eran d6biles, pero el hombre y la mujer que estaban en la cama habían retirado las sábanas, de modo que sus figuras entrelazadas y sus miembros que se movían lenta y rítmicamente se veían con claridad. Durante varios minutos Van Smit observ6 aquella apasionada y abandonada c6pula, sintiendo que su propio deseo despertaba al contemplar el cuerpo desnudo de Jacquetta que se movía con sensualidad, estimulada por las caricias del joven árabe y oía los murmullos y jadeos de placer que emanaban de sus labios.

Por último, Van Smit se apart6 de mala gana, recorri6 la *suite* y silenciosamente sali6 al pasillo. Su expresi6n al regresar a su habitaci6n era de notoria satisfacci6n. Ya no necesitaría correr el riesgo de husmear el equipaje de los Curtis. La baronesa D'Este tendría que pagar generosamente su silencio.

DESMOND LLEV6 A LAURA al restaurante Rupe Tarpea, frente a la iglesia de los capuchinos, y mientras esperaban la comida not6 que ella estaba a la defensiva. Decidi6 que lo mejor era hablar con sinceridad, de modo que le coment6 la visita de Charlotte y le mostr6 los telegramas que había recibido antes de salir de El Cairo.

—¿Seguramente no crey6 que el seńor Curtis y yo...?

—No, claro que no. De lo contrario ahora no estaría aquí. Pero eso se agreg6 a todo lo dem6s. —Se encogió expresivamente de hombros—. Esa mujer debe de estar loca o, al menos, muy resentida con usted.

—Debí saber que había ocurrido algo semejante. —Laura sonri6 y Desmond volvi6 a sentirse aliviado—. No es extrańo que se mostrara tan frío esta mańana, pues le atacaban por todos lados. En cuanto a Charlotte Curtis, no tiene importancia. Pensaba renunciar a mi trabajo cuando lleg6ramos a Nueva York. Quiz6 debí hacerlo antes.

—En cuanto regresemos al hotel, le devolveré su maldito reloj y le diré qué pienso de su conducta —agreg6 Desmond.

—No —Laura le puso una mano en el brazo—, no lo haga, al menos hasta que hayamos llegado a Nueva York. Charlotte es una enemiga peligrosa y no debe subestimarla. El seńor Curtis har6 todo lo que ella le pida; es un hombre poderoso y, por el momento, usted ya tiene bastantes personas en su contra.

—Por el momento, no puedo desatar este chisme —dijo Desmond mientras forcejeaba para quitarse el reloj.

Laura leía los telegramas.

—¿Es muy seria esta investigación? ¿Puedo ayudarle de alguna manera? Quiero decir que estuve realmente allí, puedo decirles que usted no hubiera podido hacer nada. El teniente Thorne sabía que no debía coger la lancha y sólo se estaba pavoneando.

—Aunque ya tienen su declaración, quizá le pidan que comparezca como testigo. Sinceramente, no sé qué pasará. Perder un pasajero no está bien visto, aunque la culpa sea de él. No puedo decir que estoy orgulloso de mí.

—No pueden considerarle responsable —afirmó Laura con vehemencia—, no sería justo.

Desmond le sonrió.

—Sospecho que más bien se trata de arreglar viejas cuentas antes que de celebrar un juicio justo —explicó con pesar—. Prácticamente el único punto a mi favor es que en este momento les faltan tripulaciones, sobre todo en la división del Atlántico. Pero como no se puede hacer nada, no discutamos más este asunto —agregó con firmeza. Vio que ella aún observaba el segundo telegrama, el de Pamela y agregó—: Laura, mi reacción ante ese telegrama habría sido exactamente la misma si no la hubiese conocido. Como le expliqué en El Cairo, Pamela y yo estamos mejor separados. Juntos nos destruimos.

—Pero esto... —Laura agitó la hoja de papel amarillo—, parece que ella quiere volver a intentarlo.

Desmond le narró pacientemente la historia de su matrimonio.

—Ella necesita a alguien en quien pueda confiar, en quien no vea un competidor —concluyó—. Nosotros nos destruimos el uno al otro.

—Sí, comprendo. —Laura asintió lentamente con la cabeza—. Peter era igual. Nunca podía creer realmente que era lo bastante bueno para mí, para sus amigos, para su trabajo, para cualquier cosa. Parecía como si no existiera modo alguno en que yo pudiera alcanzarlo.

Cerca de medianoche regresaron al hotel. Laura le recordó que debían apoyar a los Wienzman.

Radio Praga (emisión de las cinco de la mañana, hora local. Martes, 14 de marzo de 1939):

«A las seis de la mañana, el ejército, la infantería y la fuerza aérea alemanes iniciarán la ocupación del territorio nacional. Su avance no debe ser rechazado.»

Mensaje radiofónico: CONTROL AÉREO BRACCIANO ROMA A IMPERIAL AIRWAYS SOUTHAMPTON INGLATERRA. 08:30 HORA CENTROEUROPEA, MARTES 14 MARZO 1939. VUELO IMPERIAL 109 A MARSELLA Y SOUTHAMPTON RETENIDO DESPEGUE DEBIDO NEGATIVA AUTORIDADES EMIGRACIÓN A PERMITIR SALIDA PASAJEROS. FIN.

—¡Todos ustedes están locos! —protestó Frazer mientras el coche que transportaba la tripulación del *Caterina* y a los dos Wienzman atravesaba las calles desiertas y aún oscuras de Roma hacia el lago Bracciano.

—Ya te he dicho —dijo Desmond furioso— que si la idea te preocupa puedes detener el coche y bajarte. Nos seguirás más tarde y así no estarás comprometido, pero si te quedas cierra el pico.

Cuando llegaron al puerto Desmond sintió que Siegret estaba en tensión. Se apearon del coche y colocó cuidadosamente al profesor y a Siegret en medio del grupo para que pasaran desapercibidos. El anciano parecía un auténtico miembro de la tripulación con la gorra de visera y la chaqueta de oficial. Desmond no estaba tan seguro con respecto a la muchacha que llevaba el mono y el casco de vuelo que Laura había usado durante la carrera de coches en El Cairo.

Después de observarlos, el cabo de guardia los dejó pasar. Les indicó que lo siguieran hasta el portalón. Asomó la cabeza por la escotilla de entrada del hidroavión y llamó. Pocos segundos después apareció Ralph Kendricks.

—De acuerdo —dijo al ver a Desmond y el cabo los dejó pasar, sin molestarse en mirarlos.

Rintlen y Gerdler llegaron al lago alrededor de las siete. En el bolsillo, Rintlen llevaba credenciales preparadas en la embajada que lo identificaban como oficial de la policía criminal alemana. Pocos minutos antes de su llegada, una llamada telefónica a los oficiales de emigración del aeropuerto les había informado que se creía que entre los pasajeros del Imperial 109 se encontraba un tal doctor Wienzman,

buscado en el Reich y acusado de realizar operaciones ilegales, acompañado de su joven amante, que se hacía pasar por su hija. Con muchas dificultades, habían logrado la autorización de Heydrich para seguir ese plan y desde Berlín habían enviado a Roma una orden oficial de extradición que confirmaría las acusaciones.

Inmediatamente después de llegar al puerto, Rintlen conversó con el teniente que mandaba la guardia del aeropuerto y confirmó su opinión de que si no se armaba mucho revuelo con el asunto, los italianos dejarían a los refugiados bajo su custodia. Rintlen le aseguró con tono indiferente que sólo se trataba de un tedioso asunto de rutina sin el menor interés político.

—Hasta ahora sólo ha llegado la tripulación del avión —le explicó el teniente en inglés—. Hay oro a bordo y por eso adoptamos medidas especiales. Puede ver los centinelas en el embarcadero.

Durante la hora siguiente, Rintlen y Gerdler observaron las pruebas practicadas al *Caterina* antes de despegar.

Poco antes de las ocho, llegaron los primeros pasajeros. Un matrimonio inglés con una niña pequeña. Rintlen dedujo que se trataba de los Johnson y los tachó en la lista que le habían dado. Luego llegó un coche del que se apearon un hombre y tres mujeres. A juzgar por el modo en que el sobrecargo corrió a recibirlos y la rapidez con que los mozos de cuerda se arremolinaron, dedujo que se trataba de los Curtis.

Laura Hartman llegó al lago llena de expectativas y nerviosa, atenta a cualquier señal de que el plan había fracasado. Al ver a los carabineros armados se alarmó, pero recordó los comentarios de Desmond acerca del oro. No perdió tiempo e hizo subir rápidamente a los Curtis al hidroavión.

Cuando vio la expresión de Sandy Everett, supo que todo había salido bien.

En el salón de paseo, Charlotte Curtis encontró a Desmond hablando de un hidroavión alemán Dornier con el señor Johnson.

—¡Comandante, qué sorpresa! Últimamente le vemos tan poco que pensé que nos había abandonado.

—Señora Curtis, en los últimos días hemos tenido mucho trabajo.

—Mi marido y yo insistimos en que esta noche, en Londres, debe cenar con nosotros.

—No sé si será posible.

—Pues insistimos y no aceptaremos una negativa ni escucharemos ninguna excusa.

—Lo siento, señora Curtis —respondió Desmond sin la menor intención de seguir soportando las intrigas de Charlotte—. Desgraciadamente no estaré libre esta noche. —Estaba a punto de darle una explicación pero decidió que no la merecía—. Tengo otros compromisos.

Charlotte palideció, abrió los ojos sorprendida y bruscamente se marchó hacia popa sacudiendo la cabeza.

En aquel momento, el señor y la señora King subieron a bordo, seguidos de los

D'Este.

Stewart Curtis no estaba dispuesto a prestar atención a las quejas de su esposa sobre la conducta de Desmond, pues se encontraba muy perturbado. La noche anterior había oído la emisión de la BBC y se había enterado de que la crisis política había deprimido seriamente las bolsas de valores en todo el mundo.

La situación entre Luca y Jacquetta era igualmente tensa. Mientras el barón entretenía a Charlotte, Jacquetta contaba las horas y los minutos que faltaban para volver a estar a solas con Rashid.

—Éstos son los últimos pasajeros —informó a Rintlen el teniente de la policía italiana cuando el doctor Van Smit y Rashid subieron al *Caterina*—. Ahora veremos si Farenzi o los Wienzman intentan subir.

Sonó un teléfono en el despacho del teniente. Éste respondió a la llamada. Escuchó unos instantes y luego los dos alemanes le oyeron lanzar una exclamación de sorpresa, acompañada de una urgente confirmación.

—No comprendo —dijo mientras colgaba y se acercaba a los otros—. Es el comandante de la nave. Les ha dicho a los controladores aéreos que todos sus pasajeros están a bordo y pide permiso para iniciar el despegue.

—Se trata de un error —sostuvo Rintlen—. Hemos vigilado desde las siete y hay dos pasajeros que aún no han llegado. Usted mismo los contó.

—Lo sé. Eso dije, pero me contestaron que la tripulación insiste en que están listos para despegar.

—¡Maldición! —Rintlen se puso en pie de un salto—. De algún modo nos han engañado. Debieron subirlos a escondidas durante la noche. ¡Rápido, usted debe revisar el avión!

—Lo siento, teniente —dijo Desmond pocos minutos después—. Me gustaría ayudarle pero lo que me pide es imposible. No puedo permitir que registren la nave y molesten a mis pasajeros con un pretexto tan débil. En lo que a Imperial Airways se refiere, dos personas no han venido y el vuelo debe partir sin ellas.

—Comandante, tengo permiso del gerente de la compañía —protestó.

—Soy el comandante y la única persona cuya autoridad cuenta a bordo del *Caterina*. Hasta que me muestren algún tipo de orden en la que digan por qué buscan a esas personas o me den pruebas de que viajan bajo un nombre falso, no permitiré un registro. Permitirlo arrojaría sospechas sobre mí y mi tripulación.

—Comandante, le aseguro que hay una orden, una solicitud oficial de que se detenga a esas personas, procedente de la embajada alemana. Explica de qué se los acusa e incluye descripciones y seudónimos completos.

—¿Está seguro de que se trata de un asunto civil? —preguntó Desmond seriamente— ¿O en realidad es usted de la policía política?

—Ya he mostrado cuáles son mis credenciales —respondió molesto el teniente—. De nada servirá esta obstrucción y, si insiste, las consecuencias pueden ser muy graves.

—No sabía que Italia ya formaba parte del Tercer Reich. —Se alegró al ver que el teniente se sonrojaba de ira—. Traiga la orden si puede pero hasta entonces ni usted ni sus hombres pisarán mi aeronave.

El teniente abandonó el hidroavión y buscó al gerente de la compañía para ver si podía acelerar la llegada de la orden y los demás documentos.

—Chico, no sé qué te propones —dijo Donaldson, el funcionario de la compañía, a Desmond cuando unos minutos después asomó la cabeza por la escotilla—, pero no podrás ganar. Si no les permites revisar el avión, no te permitirán despegar. Así de sencillo. Tienen aquí fuera la mitad del ejército italiano y una lancha se interpone en tu camino.

—¿Cuánto tiempo crees que podremos retenerlos?

—Se dice que la policía recibirá autorización de Roma para hacer un abordaje forzoso en media hora. Aquí hay un alemán que considera el asunto como desafío directo al Gobierno italiano.

Mientras escoltaba a Donaldson desde la cubierta de vuelo hasta la escotilla de salida, Desmond dijo:

—Tengo una idea. Dame diez minutos y luego dile al teniente que, como transacción, estoy dispuesto a permitir que él y sólo él suba a bordo. Dile que le mostraré toda la nave como visitante particular pero no como funcionario de la policía. Aclárale que la propuesta sólo se aplica a él, pues no quiero que le acompañe ningún hombre de la Gestapo.

—Parece factible. Lo intentaré pero te repito que es todo lo que puedo hacer para ayudarte. Si el teniente no se lo traga, tendrás que permitir que se realice el registro.

Para alivio de Desmond, el teniente apareció un cuarto de hora después en el portalón para pasajeros y se saludaron fríamente.

—Comandante, ha sido muy amable al invitarme.

—En absoluto, considero un honor darle la bienvenida a bordo.

Se observaron con cautela e iniciaron el recorrido, comenzando por el camarote de popa. Stewart Curtis y los D'Este observaron con curiosidad, sobre todo cuando Desmond abrió la puerta del alejado mamparo para que el teniente mirara la bodega de carga y equipaje.

—Muy interesante, comandante, muy interesante —comentó el teniente y mostró señales de inquietud al tener que cumplir con su tarea bajo la mirada de un funcionario gubernamental tan distinguido como el barón—. Tengo entendido que hay otra bodega en el nivel superior.

—Existe un pequeño compartimiento postal después de la cubierta de vuelo —explicó Desmond mientras abandonaban el salón de paseo—. Una parte del cargamento de lingotes está almacenado allí.

El teniente miró a los pasajeros de los dos camarotes que recorrieron y Desmond notó que se ocupó de inspeccionar el interior de los guardarropas y la cocina mientras caminaban. Pese a su evidente cortesía, el hombre estaba decidido a realizar un

minucioso examen del hidroavión. Se detuvo en el salón de fumar y dio unos golpes secos en el mamparo de popa.

—Me han dicho que en el morro hay otro compartimiento.

—Sí, el compartimiento de amarres —dijo Desmond—. Se llega desde la cabina de arriba. Ahora subiremos.

En la parte trasera del compartimiento postal del *Caterina*, detrás de una escotilla baja del mamparo, oculta ahora por las cajas de lingotes cuidadosamente apiladas, Siegret y su padre estaban tendidos en la oscuridad total en el reducido espacio sin aire del estrecho armario que contenía la ropa de cama. Encajados entre los techos altos de los camarotes del paseo y del centro de la nave y la espina dorsal del hidroavión, aquel pequeño espacio, que no tenía más de noventa centímetros de altura, era el almacén de los colchones, las almohadas y la ropa blanca que utilizaban cuando los camarotes de la cubierta inferior se convertían en dormitorios.

Allí, protegidos por las cajas apresuradamente cambiadas de lugar, Desmond y Sandy habían ocultado a los refugiados durante los escasos minutos anteriores al registro del teniente.

En la cubierta de vuelo, Sandy Everett los esperaba: a una señal de Desmond, llevó al italiano hasta el compartimiento postal.

—Teniente, como verá, aquí está la segunda bodega por la que preguntó. En general, sólo se utiliza para correspondencia.

Desmond y Sandy miraron inquietos mientras el visitante observaba las sacas de correspondencia. Al final prosiguió y echó un vistazo a las cajas de embalaje apiladas en la parte trasera.

—Ah, claro. ¿De verdad hay dos millones de dólares en esas cajas?

—Sí, lo que hay aquí y en la bodega de popa casi suma esa cantidad —respondió Desmond—. Si desea ver la carlinga y el compartimiento de amarre, lo llevaré.

Después de revisar el resto del avión y de que Desmond le preguntara si deseaba ver algo más, el italiano dijo:

—No, gracias. Ha sido muy amable. Parece que los caballeros de Berlín cometieron un error.

Desmond ocultó su alivio tras una máscara de indiferencia y acompañó al teniente hasta la entrada. No habían terminado de cerrarla cuando Desmond ya estaba en la cubierta de vuelo.

—Sandy, desamarra los calabrotos de proa. Kent, comienza a calentar los motores. Nos largamos inmediatamente. Ralph, comunícate con el control de vuelo y diles que la policía nos ha dado autorización y que estamos a punto de despegar. No les pidas permiso, límitate a informarles de que lo haremos así y luego corta el contacto.

La tripulación acató inmediatamente sus órdenes. Abajo, los sorprendidos pasajeros oyeron el golpe de las puertas que se cerraban y las explosiones de los motores. Mientras volvían rápidamente a sus asientos, Rintlen gritaba al teniente en

el edificio de la terminal:

—¡Debe detenerlos! ¡Se marchan!

—No podemos hacer nada —el oficial meneó la cabeza—. Su hombre no está a bordo. Registré toda la nave de cabo a rabo.

—¡Idiota! ¡Ciego imbécil! Le engañaron, los Wienzman estaban ocultos y usted no los vio. ¿Por qué otro motivo cree que se van tan rápido?

El teniente vaciló un instante y luego ordenó:

—Llámelos por radio. Dígale al comandante que todavía no está autorizado a despegar.

—Desde control intentan comunicarse con nosotros, jefe —gritó Kendricks por encima del rugido de los motores.

—Ignóralos —respondió Desmond—. El *Caterina* ya estaba en medio del lago—. ¿Alguien ve esa maldita lancha?

—Está situada hacia la proa de estribor, aproximadamente a ochocientos metros más abajo —respondió Frazer, que en ningún momento estuvo de acuerdo con el plan—. Parece a punto de virar.

—El avión no responde, no podemos hacer contacto —explicó al teniente un preocupado operador.

—La lancha, llame por radio a la lancha —gritaba Rintlen—. Dígale que atraviese el camino del avión y le obligue a detenerse.

El teléfono volvió a sonar.

—Se trata de una llamada de Roma, señor —un empleado le ofreció el auricular—. Dicen que si el avión no ha salido, tiene que retenerlo.

Mientras el teniente asimilaba azorado la noticia y meditaba la decisión a tomar, el funcionario del SD le obligó a actuar.

—Envíe de inmediato un mensaje a la lancha y dígales que deben interceptar al hidroavión. Aún están a tiempo. El avión todavía no ha iniciado el despegue.

—Jefe, la lancha ha comenzado a acercarse a nosotros y aumenta la velocidad. Mire la espuma que ha levantado. —Dado que no era necesario que se ocupara de la radio, Ralph Kendricks observaba desde las ventanillas pertrechado con los prismáticos.

—La lancha avanza para cortarnos el camino —afirmó Ken Frazer alarmado—, nos van a detener.

—No, mientras yo pilote ese aparato no lo harán —replicó Desmond.

—Han comenzado la carrera de despegue y todavía no reducen velocidad —comentó el teniente. Como juguetes de cuerda, los dos aparatos comenzaron a acortar distancia—. ¡Debió proponerse pasar delante del avión! —exclamó al ver que el capitán de la lancha alteraba ligeramente el rumbo y colocaba el aparato en una posición por la cual la proa quedaba frente a la terminal—. Intenta obligar al piloto a que gire y abandone el despegue.

—¿No tienen armas? ¿Por qué no disparan? —inquirió Rintlen.

El teniente y sus hombres estaban asombrados.

—¿Disparar contra un avión de pasajeros desarmado? Ni siquiera en guerra podríamos hacer semejante cosa.

No habían tenido tiempo para liberar a los Wienzman de su escondite. El sonido de los cuatro motores que se encendían a poca distancia los ensordecía y el rugido retumbó en el pequeño espacio sin protección hasta que sus cuerpos temblaron y les zumbaron los oídos. Mientras la potencia aumentaba y el hidroavión corría por el lago, se abrazaron aliviados. Aunque parecía increíble, el plan había funcionado y una vez más se habían librado de las garras de los nazis.

—Aletas, un cuarto —gritó Desmond.

Los servomotores gimieron cuando Frazer movió las palancas. La lancha a motor se encontraba a menos de sesenta metros.

—Setenta nudos, jefe —gritó el primer piloto—, velocidad de despegue.

A decir verdad, el aparato apenas se movía lo bastante rápido para librarse del poder del agua, pero no podían esperar y Desmond soltó el volante a fin de que se alzara.

—No lo lograré —gritó Frazer aterrorizado—. Nos estrellaremos.

Por el parabrisas veían los rostros aterrorizados de la tripulación de la lancha mientras el capitán giraba el timón en un intento desesperado de librarse del rugiente Leviatán que corría hacia ellos.

Desmond lanzó una maldición y maniobró impetuosamente. Por un instante, creyó que había fallado y se preparó para la colisión. Luego, mientras la lancha se acercaba hasta cubrir el parabrisas, sintió que el *Caterina* alzaba el morro y, casi sin que pudieran creerlo, estaban en el aire.

En la cubierta de vuelo, Frazer y Ralph Kendricks trazaban un recorrido hacia Marsella que les permitiera salir en el menor tiempo posible de las aguas territoriales italianas.

LAS ÓRDENES QUE DESDE Alemania dio Heydrich a Strasser fueron terminantes: debía detener a Rintlen. No obstante, éste logró escapar, pues sabía que lo enviaban a la muerte. Decidió rehabilitarse ante su superior y seguir a los Wienzman por su cuenta. Cogió el primer vuelo de la KLM a Londres.

EN SU OFICINA DE PICCADILLY, el gerente de relaciones públicas de la Imperial Airways acababa de recibir la llamada telefónica de un importante periódico londinense.

—Nos hemos enterado de que uno de sus aviones ha rescatado a dos refugiados judíos, un anciano y su hija, ante las narices de los nazis y los italianos. Aparentemente, los pasajeros y la tripulación los subieron en Roma y luego el

comandante despegó mientras la policía secreta italiana le pisaba los talones.

—No estoy enterado de nada. ¿Está seguro? ¿De qué vuelo se trata?

—Del 109 de El Cairo a Nueva York. —El periodista consultó sus notas—. Hemos recibido una confirmación definitiva. El avión llegará a Southampton y los dos refugiados han aceptado someterse a una rueda de prensa. Será un buen artículo. Al parecer, el comandante es un auténtico héroe. En este viaje salvó la vida a una muchacha cuando un cocodrilo atacó a su compañero, sobrevoló una tormenta en medio del desierto, ganó una carrera de coches mientras hacían escala en El Cairo y ahora pone un broche de oro con un auténtico truco digno de Pimpinela Escarlata. Un tipo llamado O'Neill; debería estar orgulloso de él.

—Tenemos un oficial con ese apellido y quizás haya algo cierto en sus afirmaciones, pero por ahora no puedo confirmar nada.

—No se preocupe, hemos enviado a alguien para esperar el avión. Será un buen titular en medio de todas las noticias sobre la invasión de Hitler a Checoslovaquia. «El lado humano de la expansión nazi.» «Víctimas huyen del terror alemán en un avión inglés.» A los lectores les encantará.

EL «CATERINA» DESCENDIÓ lentamente en medio de la bruma húmeda y gris de las nubes. Detrás quedaba Marsella, donde hicieron escala y todo transcurrió normalmente. Ahora, bruscamente, el hidroavión descendió y aparecieron las aguas del canal, frío e inhóspito.

Exactamente con el horario previsto, el hidroavión fue amarrado entre los portones del muelle 108, junto a la imponente superestructura del *Oronsay* de la Orient Line. El aparato quedó inmediatamente rodeado por una multitud de periodistas y fotógrafos.

De: DIARIO DE CONTROLADORES AÉREOS. IMPERIAL AIRWAYS (DIVISIÓN NAVAL). HYTHE SOUTHAMPTON. MARTES 14 DE MARZO DE 1939.

16:30 HORAS. VUELO 109 CATERINA DURBAN-NUEVA YORK SALIÓ MARSELLA A HORARIO CON LINGOTES DE ORO POR VALOR DE UN MILLÓN NOVECIENTOS OCHENTA MIL DÓLARES EE UU CONSIGNADOS CUIDADO DE FEDERAL RESERVE BANK WASHINGTON PARA POSTERIOR TRASLADO. QUINCE PASAJEROS, TRES DESEMBARCAN, RESTANTES EN TRÁNSITO NUEVA YORK.

AL LLEGAR, COMANDANTE Y TRIPULACIÓN, ORDEN ASISTIR INVESTIGACIÓN SOBRE MUERTE PASAJERO EN ESTACIÓN SHAMBE, SUDÁN ECUATORIAL.

La junta investigadora de la muerte de Ian Thorne estaba muy molesta por el grado de apoyo popular que la prensa daba a Desmond O'Neill. El presidente de la junta había anunciado que la investigación también incluiría los incidentes del lago Bracciano y la conducta general del comandante O'Neill desde el inicio del vuelo a partir de Durban. Esto satisfacía las aspiraciones de Ken Frazer, quien pensó que era muy poco probable que la junta se ocupara de las causas de la pérdida de combustible que los había obligado a aterrizar en Shambe.

Todos los miembros de la tripulación defendieron férreamente a su comandante, con excepción de Ken Frazer, que de ese modo se ganó la antipatía general de sus compañeros.

Los tres gerentes que formaban la junta se retiraron a deliberar y regresaron quince minutos después. Todos volvieron a ocupar su sitio y esperaron el veredicto. El presidente criticó la conducta de Desmond y al fin dijo:

—Normalmente, el paso siguiente consistiría en que la junta impusiera sanciones disciplinarias. Pero en este caso hemos decidido reservar nuestras recomendaciones y entregarlas junto con nuestros descubrimientos a la junta de directores que, a su debido tiempo, las comunicará a los implicados.

Desmond dio las gracias a su tripulación, les prometió informarles en cuanto supiera algo y salió corriendo por el pasillo. Se dirigió al otro extremo del edificio administrativo. Tenía que visitar a Jack Priestly inmediatamente después de terminada la investigación, pero primero quería ver la correspondencia que se había acumulado durante su ausencia. Sólo encontró unas pocas cuentas, un periódico para aviadores, una breve nota del almirantazgo en la que preguntaban si había recibido su

carta anterior y una carta de los abogados de su esposa informándole que de acuerdo con las instrucciones recibidas habían pedido que se realizara una evaluación de la granja y que le enviaban los resultados.

Dejó el periódico en la casilla, guardó las cartas en el bolsillo y marchó a su cita con el gerente encargado de los hidroaviones.

—¿Le importaría explicarme qué demonios cree que ha estado haciendo?

—Ya lo he explicado todo durante la investigación —respondió Desmond y se sentó—. Seguramente usted ya está enterado.

—Por supuesto. Usted y sus aventuras me han creado muchos problemas. El Gobierno está furioso por los riesgos que corrió con el oro y el señor Curtis se ha quejado de su falta de cortesía y de que se ha dedicado a recorrer El Cairo y Roma con su secretaria.

Desmond pensó que Curtis ignoraba el comportamiento de su esposa, pero respondió:

—El señor Curtis miente, ha tiranizado a mi tripulación y a los demás pasajeros durante el viaje y parece pensar que su fortuna le da derecho a hacer lo que quiera. Le dije que si su actitud no mejoraba lo echaría del avión. Y la promesa sigue en pie.

—Será mejor que no lo haga porque, a petición del señor Curtis, la junta le ordena pilotar el *Caterina* hasta Nueva York mañana en lugar de pasado mañana. Saldrá a las tres de la tarde.

Desmond le miró asombrado.

—¿Qué tiene ese hombre que asusta a todos hasta el extremo de despedir a los pilotos y cambiar los horarios de vuelo? —preguntó Desmond amargamente—. Supongo que ignora a la tripulación y a mi persona después de ocho días de vuelo, pero ¿qué me dice de los demás pasajeros? Quiero decir, si Curtis tiene tanta prisa, ¿por qué no toma un vuelo de la Pan American o contrata su propio avión? De hecho, ocupa un tercio de nuestros asientos.

—Sabe endemoniadamente bien que el próximo vuelo de la Pan Am no llega hasta el jueves y, además, hemos consultado al resto de los pasajeros y no se han opuesto. —Levantó una hoja de papel y leyó—: Además del señor Curtis y su grupo, los D'Este se hospedarán en la embajada de Italia en Washington, de modo que llegar antes no les creará problemas aparte de que al barón le agrada la idea. Lo mismo es aplicable a los señores King, que se quedarán en Nueva York con unos amigos. Sus protegidos, los Wienzman, aún no han reservado habitación. Sólo falta consultar al turco y al doctor Van Smit. El señor Curtis ha aceptado reembolsar a la compañía el costo de los alojamientos adicionales.

—Supongo que está en sus manos y puede pagarlo. —Desmond se encogió de hombros—. Personalmente, me da lo mismo. Los meteorólogos sostienen que hay una depresión que avanza hacia el este desde Labrador pero lo hace lentamente, por lo que es posible que mañana esté más despejado que el jueves. ¿Algo más?

—Sí —respondió Priestly con rapidez. Cruzó las manos sobre el escritorio y

observó atentamente a Desmond—. He recibido informes de que su radiotelegrafista bebe copiosamente, conducta totalmente inaceptable para la compañía. En este momento no analizaré el hecho de que no haya informado del asunto. Baste decir que me propongo reemplazarlo de inmediato.

—No creo que lo haga. —Desmond se sintió presa de furia ante el pomposo carácter vengativo del amigo de la madre de Frazer. No satisfechos con destruirle a él, también intentaban meterse con su tripulación—. En este momento no puede tocarme, Priestly, pues me necesita. La junta de investigación no ha podido tomar medidas disciplinarias porque está demasiado preocupada por la publicidad en los periódicos, y si me niego a comandar el vuelo que le ha prometido a Curtis tendrá bastantes problemas porque los dos sabemos que, en este momento, la mía es la única tripulación de la división del Atlántico disponible. Por lo tanto, Kendricks se queda y usted tendrá que esperar hasta que me vaya para meterse con mi tripulación.

Jack Priestly se sonrojó de ira.

—¿Cómo se atreve, O'Neill? —balbuceó— ¿Cómo se atreve a darme órdenes?

Desmond se levantó y le miró con desdén.

—Recuerde lo que le he dicho. Además, sé muy bien quién ha informado y le ha contado chismes a mis espaldas, de modo que la próxima semana, cuando regrese de Nueva York, será mejor que tenga para mí un primer oficial nuevo si quiere que vuelva a volar. Estoy harto de Frazer. Como piloto no sirve para nada, cuando no le viene con mentiras y chismes a usted.

Desmond se marchó dando un portazo. Mientras caminaba comprendió que tendría que llamar a Pamela para postergar o modificar la cita. Acción que, pensó resignadamente, sin duda alguna ella interpretaría mal.

LOS PASAJEROS VIAJARON en tren desde Southampton a Londres y se alojaron en el Ritz de Piccadilly.

Jacquetta sabía que aquella noche, en Londres, Luca y ella tendrían que cenar con el embajador italiano, pero no le resultó difícil alegar un fuerte dolor de cabeza para quedarse en el hotel. En el momento en que estuvo segura de que Luca se había ido, salió y corrió por el pasillo hasta la habitación de Rashid.

Abajo, en el decorado bar donde los londinenses distinguidos se reunían antes de ir a cenar, Van Smit esperaba.

Aún existía el problema de cómo y en qué momento iniciar las negociaciones. Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que inicialmente debía hablar a solas con la baronesa.

Al ver a Luca que salía del hotel con corbata blanca y frac, tomó una decisión. Pagó la consumición y subió rápidamente.

Llegó a la *suite* de los D'Este en el mismo momento en que Jacquetta desaparecía por el pasillo en dirección a la habitación de Rashid y, aunque corrió detrás de ella, la

baronesa desapareció antes de que lograra alcanzarla. Tuvo que regresar al bar furioso y frustrado. Pero estaba seguro de algo, se dijo vengativamente al bajar: la baronesa D'Este pagaría caros, muy caros, sus esfuerzos.

LA CONSTERNACIÓN PROVOCADA por la precipitada fuga de Rintlen había sido inmensa. Como al principio ignoraba que su presa disponía de un pasaje a Londres, pasaporte y una considerable cantidad de moneda extranjera y como quería evitar cualquier confesión innecesaria de fracaso a Heydrich, Strasser llamó a todos los hombres disponibles de las estaciones de ferrocarril, los aeropuertos y los hoteles con la esperanza de volver a capturar a su prisionero. La operación se prolongó hasta las cinco de la tarde, cuando un subordinado le sugirió que Rintlen podía haber huido con el billete de avión y, peor aún, quizá lo había utilizado. Después de eso no le quedó más alternativa que llamar a Berlín.

No logró comunicarse con Heydrich hasta las seis menos cuarto. Cuando le informó de la huida, la furia de aquél no tuvo precedentes. Sólo se detuvo para dar instrucciones del inmediato arresto de Strasser y ordenó a su ayudante Lindeman que contactara con las secciones de las SS en las embajadas alemanas de París y Londres para que eliminaran inmediatamente a Rintlen si aparecía. Una hora más tarde, Lindeman le comunicó que el oficial del SD había pasado por el aeropuerto de Londres y no aparecía por ninguna parte.

Al llegar a la terminal del aeropuerto londinense de Croydon, Rintlen se dirigió a una taquilla de la Imperial Airways y pidió información sobre el vuelo transatlántico.

—Sí, mañana hay uno a las tres de la tarde, pero no sale de aquí sino de Southampton —explicó la recepcionista—. Llega a Nueva York la tarde siguiente, a las cuatro.

—No, no, hay un vuelo el jueves. —Recordó con esfuerzo el número de vuelo de los Wienzman—. El Imperial 109 vía Montreal.

—Sí, es ese vuelo, pero la fecha de salida se ha adelantado veinticuatro horas. Señor, ¿quiere hacer una reserva? Veré si aún hay plazas disponibles.

—Sí, por favor.

—Señor, sólo nos queda una plaza disponible. ¿Quiere reservarla?

Rintlen había llegado a la conclusión de que podía tomar ese vuelo, no sólo porque así ampliaría las posibilidades de acabar con los Wienzman sino porque, si fracasaba, estaría al otro lado del mundo, lejos de Heydrich. Asintió con la cabeza.

—Por favor, deme su apellido. —Rintlen le pasó el pasaporte y la muchacha repitió los datos por teléfono—. Bien, señor, ya está hecha la reserva. Lamentablemente no puedo prepararle el billete aquí, tendrá que recogerlo en las oficinas de Piccadilly antes de mañana al mediodía.

Le entregó un papel con la dirección, la hora de salida del vuelo y la de la conexión ferroviaria desde Waterloo. Rintlen le dio las gracias mecánicamente y fue

en busca de un taxi que lo llevara a la ciudad.

Mientras el taxi salía de la terminal se produjo un incidente que le recordó los peligros que aún le acechaban. Un coche negro y grande de fabricación británica que él no conocía se detuvo delante del edificio principal de pasajeros. Bajaron tres hombres con impermeable y sombrero flexible y entraron rápidamente. Para un observador común, quizá sólo hubiesen parecido viajeros con prisa, pero Rintlen divisó el rostro de uno de ellos y lo reconoció. La cacería continuaba en Londres.

UN FRÍO VIENTO SOPLABA en la calle mayor de Keene. La cellisca había dejado de caer, pero las aceras y la calzada estaban húmedas de aguanieve y había muy poca gente en la calle. Pat Jarrett aparcó la camioneta frente al café en donde había comido el lunes y entró rápidamente para resguardarse del frío.

La mirada de interés que iluminó el rostro de la muchacha al verlo anuló todas sus vacilaciones respecto a la conveniencia de ir. Llevaba el mismo vestido que la vez anterior y su actitud provocativa le produjo un estremecimiento de excitación. La chica lanceó las caderas mientras caminaba hasta el asiento que él ocupaba.

—Pensé que no volvería tan pronto —comentó al pasar—, sobre todo con un día así.

Pat notó que la cellisca volvía a caer.

—Me gusta su comida —comentó torpemente y la chica rió.

—Bueno, es mejor así porque hoy tenemos el mismo menú de ayer. —Sacó un cuchillo y un tenedor del bolsillo del delantal, los limpió y se agachó para dejarlos ante él. Su piel era muy suave y clara y Jarrett tuvo una visión fugaz de sus pechos cuando se le abrió el escote del vestido—. ¿También quiere una cerveza? —preguntó mientras se erguía.

Él asintió.

—¿Le gustaría acompañarme con una? —le ofreció cuando regresaba con un vaso.

—Oh, no, gracias, no estoy autorizada a beber con los clientes, pero tomaré un café.

Llevó el café junto con el plato de estofado para Jarrett. Se sentó frente a él y le miró atentamente por encima del borde de la taza. Incómodo, Jarrett intentó hablar.

—Aquí el invierno es muy largo.

—Ya lo creo —la muchacha respondió con un tono de desprecio hacia el lugar—. Nueve meses de invierno y tres de humedad insoportable, eso dice mi padrastro y supongo que no está muy equivocado —ambos rieron—. ¿Aún tiene el avión? ¿Cuándo me dejará verlo?

—Me llamo Pat, Pat Jarrett —replicó—, y puede ver el avión cuando quiera.

—¿Y me llevará a dar una vuelta?

Había dejado la taza y estaba ansiosamente inclinada hacia adelante, con los

labios entreabiertos y una expresión de súplica.

—Tiene un solo asiento —explicó Jarrett y rápidamente agregó, para aliviar la decepción de Susie—: Pero podrá sentarse y, si quiere, hasta encender el motor.

—¿Habla en serio? ¿Y quizá podría enseñarme a volar? —Susie rió— ¿Cuándo puedo ir?

—Como he dicho, cuando quiera, pero no esta tarde, tengo que trabajar.

Tenía que terminar de colocar las armas en las alas y taponarlas antes de que ella llegara.

—¿Entonces mañana, después de comer? Los miércoles tengo la tarde y la noche libres.

—¿Trabaja aquí por las noches? —preguntó Jarrett sorprendido.

—En el bar —explicó Susie resignada—. Aunque no comprendo el motivo, por las noches hay algunos clientes. —Miró a su alrededor y torció la boca desdeñosamente ante la pintura desconchada y los muebles baratos—. Éste es un lugar horrible. Siempre les digo que me iré y los dejaré. Supongo que algún día lo haré.

Jarrett apartó el plato.

—¿Este sitio es de su familia?

—Nada de eso. Mi padre era granjero y yo vine aquí cuando me largué de casa. Imagínelo.

En ese momento entró otro cliente y ella se fue para servirle. Jarrett terminó la cerveza y se levantó para pagar la cuenta.

—¿Mañana entonces? —preguntó mientras le devolvía el cambio.

—Sí, mañana después del almuerzo.

—Estaré lista. —Le dirigió una mirada de complicidad mientras abría la puerta—. Adiós, Pat, hasta la vista.

Jarrett regresó al lago rebosante de anticipada excitación. Había pasado mucho tiempo desde que poseyera una muchacha, una auténtica muchacha joven. Desde la guerra.

A LAS DIEZ DE LA NOCHE, Laura volvió al hotel, después de cenar con los King en un restaurante de Londres. El recepcionista le comunicó que el señor Curtis quería verla y que había dejado instrucciones para que fuera a su *suite* en cuanto regresara.

Menos de un cuarto de hora después, estaba en su habitación, al borde de las lágrimas, e intentaba convencer frenéticamente por teléfono a un empleado de la oficina central de la Imperial Airways para que le diera un número de teléfono o una dirección en la que pudiera encontrar a Desmond.

En aquel momento, Desmond estaba sentado en el grill del hotel Savoy y cenaba con su esposa.

La tarde había empezado mal. Al dejar el despacho de Jack Priestly, Desmond

llamó a la granja pero no obtuvo respuesta. Sorprendido porque Pamela decía en el telegrama que estaría allí el martes por la noche, llamó a la revista de Londres donde ella trabajaba.

—Suponía que esta noche nos encontraríamos en la granja.

Lamentó de inmediato haber pronunciado esas palabras, pues Pamela las consideró críticas.

—Por lo que me dijeron en la compañía, estarías demasiado ocupado esta noche para dedicarme un rato y por eso me quedé aquí —respondió agresivamente—. Quizá debería sentirme halagada porque has logrado alejarte de los periodistas.

—Lo sé —respondió Desmond desganado—. Además, durante la tarde fui interrogado por la gerencia de la compañía, que intentó dejarme sin trabajo. Disculpa si parezco poco cordial. En realidad, telefoneé para decirte que no podremos reunirnos mañana a menos que sea a primera hora. Han adelantado el vuelo y salgo para Nueva York a las tres de la tarde.

—Desmond, es demasiado —protestó Pamela—. Tú y tu maldito trabajo. ¿Por qué nunca tienes tiempo para verme pero sí para ganar carreras de coches en El Cairo con bonitas americanas rubias?

—Si piensas difamar a alguien que nunca has visto y de quien no has oído hablar hasta hoy, colgaré —advirtió Desmond—. Si realmente quieres verme con urgencia, creo que podremos cenar esta noche en Londres, pero tendrá que ser bastante tarde.

—Sí, tal vez sea una solución. Veamos, son las siete, reservaré una mesa para las diez. A esa hora podrías llegar sin problemas.

—Gracias, me alegro de que podamos resolverlo. Pero dime dónde he de reunirme contigo.

—No hace falta que te irrites. En el grill del Savoy. Será mejor que te des prisa para no llegar tarde. Te esperaré en la barra.

La perspectiva de conducir durante dos horas su MG descapotable después de un día de vuelo no era atractiva, pero sabía que el intento merecía la pena para resolver los asuntos pendientes con Pamela.

La segunda sorpresa fue descubrir que Pamela no estaba sola. Su reacción inmediata fue de alivio. Encontró más tráfico del que esperaba y llegó cerca de un cuarto de hora tarde. Cada vez que esperaba, Pamela se ponía de suficiente mal humor como para estropear una velada.

—Desmond, te presento a un amigo, Simon Collier, abogado.

Tomaron asiento y Collier pidió tres martinis. Después de un rato de conversación trivial llegaron las bebidas. Pamela abordó el asunto:

—Le he pedido a Simon que viniera porque es abogado y ha sido muy bueno conmigo. —Sus palabras eran ambiguas y Desmond y Collier se miraron ligeramente incómodos—. Nosotros, es decir, Desmond, tú y yo, tenemos que resolver el asunto de la granja. Pensé que convendría que Simon estuviera aquí para aclarar cualquier cuestión legal.

—Exclusivamente como amigo, por supuesto —intervino Collier apresuradamente—. Pamela no ha solicitado mis servicios profesionales, pero le daré gustoso cualquier consejo si lo desea.

—En realidad, no creo que haya ningún problema —dijo Desmond con serenidad—. Compramos juntos la granja, ahora nos divorciamos y tú quieres tu parte; evidentemente, hay que venderla. He visto la evaluación del agente inmobiliario y me parece justa. Adelante, ponla en venta.

—¿Lo dices así, sin discutir? —preguntó Pamela bastante desconcertada—. Creí que estabas desesperado por conservarla. ¿Por qué este cambio repentino?

—No quiero vender la granja y me gustaría mucho conservarla pero, como no puedo, es inútil luchar con lo inevitable. Legalmente puedes obligarme a venderla y, además, tienes derecho a tu parte.

—¿Estás seguro de que lo has decidido? No me gustaría que mañana volvieras a cambiar de idea y luego desaparecieras otro mes en el extranjero, sin que podamos localizarte.

—Escucha —agregó Desmond—. En todo momento he aclarado que no vendería hasta que nos divorciáramos. En cuanto los abogados se pongan en marcha eso estará terminado, de modo que pon la granja en venta.

—¿Has pensado qué harás después?

La pregunta irritó a Desmond.

—No, todavía no. No necesito buscar con urgencia otro sitio en donde vivir. La mayor parte del tiempo estoy fuera.

—No necesitas decírmelo. El hecho de que estuvieras ausente todo el tiempo fue lo que provocó los problemas de nuestro matrimonio.

No tenía sentido tratar de responder. Por fortuna, Simon Collier interrumpió diplomáticamente:

—Creo que nuestra mesa está lista, ¿por qué no entramos? Se ha hecho bastante tarde.

El grill estaba atestado. Siguieron al camarero hasta una mesa situada en el centro y varias cabezas se volvieron curiosas mientras pasaban.

—Esas fotos que salieron en los periódicos son mejores de lo que suponía —comentó Pamela—. Eres un personaje famoso. Varias personas te han reconocido.

Era evidente que las atenciones que Desmond recibía molestaban a Pamela. Supo que pasaría el resto de la comida compitiendo con él.

Les entregaron la carta y Desmond eligió salmón y *carré d'agneau*. Apenas había llegado el salmón cuando el jefe de camareros se acercó a la mesa para decir que llamaban por teléfono al comandante O'Neill.

Sorprendido, reconoció la voz de Laura. Le explicó que los Curtis la acusaban de haberles robado el reloj y de regalárselo a él. Agregó que el señor Curtis quería el reloj al día siguiente a primera hora. Laura le preguntó si podía verlo unos minutos. Se citaron en la recepción del Ritz.

Pamela se molestó cuando Desmond anunció su intención de irse de inmediato.

—Dios mío, eres un descarado —declaró indignada—. Es la primera vez desde hace meses que logro que te sientes para hablar en serio y quieres marcharte a la mitad. ¿Por qué demonios no podrás tener un trabajo sensato como las demás personas en lugar de esta ridícula persecución?

—Estoy seguro de que Desmond no se iría si no fuese imprescindible —dijo Collier con tacto—. ¿Podemos ayudarlo?

—No, muchas gracias, es un asunto del que debo ocuparme personalmente —respondió al abogado y luego, dirigiéndose a su esposa, añadió—: Me alegro de haber resuelto la venta de la granja. Quizás pase por allí mañana por la mañana. Lamento tener que irme, pero la semana próxima, en cuanto regrese de Nueva York, te llamaré.

El Ritz estaba tan atestado como el Savoy. En la recepción encontró a Laura y se sentaron en un rincón tranquilo del bar. Hicieron algunos comentarios sobre la inminencia de la guerra y bruscamente Laura le relató su entrevista con Stewart Curtis.

—Dijo que su esposa había visto que llevaba el reloj durante el vuelo desde Marsella. Cuando llegaron al hotel, registraron las maletas y descubrieron que faltaba el que ella había comprado en Cartier. Después adoptó una actitud solemne y me explicó que habían analizado todas las posibilidades antes de llegar a la inevitable conclusión de que yo debí cogerlo de sus habitaciones y regalárselo a usted.

—¿No le dijo que su esposa me lo regaló mientras estábamos en El Cairo?

—Por supuesto, le conté todo pero no me creyó. Dijo que había cogido el reloj y que podrían procesarme por robo.

—Eso es un disparate. Me ocuparé de que se sepa la verdad.

—¿No te das cuenta? No tenemos pruebas. Es su palabra contra la de ella y ya sabe lo retorcida que es Charlotte. De todos modos, no importa. El señor Curtis dijo que me haría el favor de suponer que sólo había tomado prestado el reloj y que me proponía devolverlo. Siempre que devuelva inmediatamente el reloj, no emprenderán ninguna acción. Desde luego, me despedirá a fin de mes pero eso no es un problema porque pensaba dejar el trabajo al llegar a Nueva York.

—No aceptaré que la acusen a causa de las mentiras de Charlotte Curtis —declaró Desmond acaloradamente—. Subiré de inmediato a su *suite* y aclararé el asunto. Si ella cree que puede obtener resultados con un truco como este, habrá cometido el error más grande de su vida.

—No Desmond, por favor. —Laura le cogió del brazo—. Stewart Curtis jamás reconocerá que su mujer intentó... intentó comprar a otro hombre. Si plantea una discusión en esos términos, presentará una demanda. Y no tenemos pruebas suficientes. No quiero que me acusen de robo, que es lo que ocurriría si intenta decirle la verdad. Simplemente, déjeme devolver el reloj y olvídese de todo. En parte, la culpa es mía.

—Naturalmente, devolveré el reloj —dijo mientras lo desabrochaba. El broche le

había dejado una extraña marca en la piel de la muñeca, como una pequeña D. Sonrió con pesar—. Lo que me molesta de esa condenada mujer es que el reloj me gusta mucho. —Entregó el reloj a Laura, que lo guardó rápidamente en su pequeño bolso de noche—. Sin embargo, mañana por la mañana, después de que usted le haya visto, hablaré con Curtis. No se preocupe, en cuanto el reloj esté en su poder no tendrá motivos para acusarla. Sólo podrá acusarme directamente a mí y eso no me asusta. No creo que se atreva. La publicidad lo dejaría en ridículo.

—Pero, Desmond, no puede estar seguro. ¿Para qué arriesgarse? Los Curtis no valen la pena. Que salgan de nuestras vidas. Fui una estúpida al mezclarme con ellos.

—No, los Curtis se salen con la suya en muchos sentidos y ya han manipulado a demasiadas personas. Por una vez, me propongo que alguien les haga frente decididamente. Además, Curtis no está en una posición de poder en lo que a mí se refiere. Me necesita para cruzar el Atlántico.

—Bueno, si está seguro... —dijo Laura dubitativa— pero preferiría que lo dejara así.

Desmond sonrió para tranquilizarla.

Ya verá, incluso haré que le ofrezcan de nuevo el trabajo y después, ¿qué le parece si mañana saliéramos temprano de Londres y almorzáramos en el campo? Quiero ver la granja por última vez antes del vuelo.

—Me encantaría ir, así es que, independientemente de lo que haga usted, no trate de recuperarme el trabajo o no podré acompañarle.

—Bien, ya está decidido. La recogeré a las diez, después de ocuparme de los Curtis.

Salieron del bar y se dirigieron a la recepción.

—Desmond, lo siento —dijo Laura y le apoyó una mano en el brazo antes de que partiera—. He estado tan ocupada con mis propios problemas que se me olvidó preguntarle qué ha pasado con la investigación.

—El resultado ha sido muy semejante al que esperaba y si no fuera por la publicidad de los periódicos y por el hecho de que necesitan a la tripulación para el vuelo de mañana, supongo que podría haber sido peor.

Laura parecía aliviada.

—Me alegro, temía que la publicidad pudiera volver más difíciles las cosas.

—¿De modo que fue usted quién difundió la historia? Lo sospechaba. Supongo que tal vez debería estar enojado pero, a decir verdad, me siento muy agradecido. De no ser por usted, ahora no sería comandante de un hidroavión.

JACQUETTA D'ESTE SE APOYÓ sobre los codos en la cama de Rashid y le besó en un hombro.

—Debo irme —dijo—. Luca regresará pronto.

Rashid estaba boca arriba, con un brazo en torno a la cintura de Jacquetta y le

acariciaba suavemente los muslos. Estiró el otro brazo y buscó su reloj en la mesilla de noche.

—Las once en punto. ¿Cuándo crees que regresará?

—Dijo que no volvería antes de la medianoche. El asunto eslovaco los obligará a permanecer hasta bastante tarde en la embajada, pero quizá se sienta cansado a causa del viaje y decida retirarse temprano.

—Quédate un rato más.

La acercó hasta apoyarla sobre su pecho y el pelo oscuro de Jacquetta rozaba su cara.

—No, debo irme —protestó sin ganas, pero Rashid le cogió la cabeza y le besó en los labios.

—Hay tiempo —murmuró—. Una vez más, antes de irte. —Sus manos comenzaron a recorrer su cuerpo, acariciándola y excitándola—. Otra vez, otra vez.

El estómago y los muslos de Jacquetta respondieron a las caricias del árabe y el deseo la inflamó.

—Rashid, no, no.

Pero sus súplicas se convirtieron en locos gemidos de placer. La pasión la dominó y se entregó, abrazándolo con ímpetu mientras él la penetraba. Más tarde, mientras se abrazaban agotados, ella levantó la cabeza y dijo:

—Rashid, debo hablar contigo.

—¿Sobre tu marido? —preguntó mientras jugaba con su cabello.

—Sí, sobre Luca.

—¿De qué se trata? Sabes cuál es mi deber.

—Sí, pero debes comprender que el hecho de que estemos juntos establece una diferencia. Quiero decir que no puedo ser la amante del asesino de mi marido.

—¿Y cómo podría abandonar mi promesa de vengar al asesino de mi padre y de mi hermana?

—Luca no llevó a cabo la ejecución. Estaba en el despacho del gobernador. ¿Por qué no te vengas de la unidad que lo hizo?

—Ya lo hicimos —respondió con voz dura mientras dejaba de acariciarle el pelo—. El año pasado les tendimos una emboscada al borde del desierto. Matamos a muchos hombres y a todos los oficiales de la unidad.

—Entonces te has vengado muchas veces —insistió Jacquetta—. Luca sólo fue un eslabón de la cadena. Si tienes que matar a los responsables, piensa en los generales o en el Duce. Ellos son los verdaderos culpables.

—¿Y mi hermana? ¿Qué me dices de ella? —agregó con amargura—. Sólo tenía quince años cuando los soldados la llevaron al palacio del gobernador, donde se mató a causa de lo que le hicieron.

Los ojos de Jacquetta se llenaron de lágrimas.

—Rashid, mírame —ordenó. Por unos instantes se miraron—. Rashid, ¿yo no cuento? ¿No soy importante para ti?

El árabe le acarició las mejillas y le secó una lágrima.

—Significas más que cualquier otra persona para mí —respondió con seriedad— y siempre será así.

—Entonces escucha. —Le cogió con fuerza de la mano—. Los fascistas mataron a tu padre y a tu hermana y esclavizaron tu país. ¿Permitirás también que nos destruyan a nosotros? Eso es lo que ocurrirá si matas a Luca. ¿Tanto vale? ¿Su muerte ayudará a tu pueblo o sólo significará más desdicha y una vida desperdiciada inútilmente? Vivo y al frente de tus hombres eres una amenaza mucho mayor para los tiranos de Roma. Luca no merece que te sacrifiques por él; sería mejor que vengaras a tu familia liberando su tierra.

—Quizás haya algo de verdad en lo que dices. Debería pensarlo. Como has dicho, no sólo debo pensar en mí sino en mi pueblo.

—Oh, amor mío. —Jacquetta sintió que las esperanzas renacían en ella—. Sé que tengo razón. —Se irguió y le besó con ternura—. Ahora debo irme o notarán mi ausencia. Vendré a verte por la mañana después del desayuno.

EN SUS HABITACIONES DEL palacio Abdin, Yousouri Pachá estaba recostado contra los almohadones bordados de un diván y chupaba un dulce pensativamente. Aunque habían transcurrido cuarenta y ocho horas sin incidentes desde su conversación con el príncipe Suleimán acerca de Rashid y el barón D'Este, se sentía sumamente inquieto. Hasta aquel momento, sus espías no habían logrado encontrar ninguna pista sobre el paradero del joven jeque.

Durante una segunda entrevista con el príncipe no había logrado obtener información y, al final, en anciano amenazó con hablar con el rey y exigir que se pusiera fin a aquel «insolente trabajo de detective».

El problema consistía en saber dónde había ido Rashid si, como parecía probable, no estaba en el país. Sólo existían dos posibilidades lógicas: Libia o Italia. La última parecería una actitud suicida, pero Yousouri estaba bastante seguro de que hasta entonces Rashid no había cruzado la frontera entre Egipto y Libia. Existía la posibilidad de que lo hubiese hecho por mar, pero habría sido peligroso y le habría hecho perder tiempo.

Por otro lado, si Rashid regresaba a Italia y quizás abandonaba la persecución a D'Este para concretar su venganza en otra figura importante, las consecuencias serían muy graves en el caso de que se descubriera que había entrado en el país desde Egipto.

Quizás el peligro no existiera, pero no vendría mal enviar una discreta advertencia a los italianos e incluso podía ser útil a la luz de los actuales y encubiertos intentos que se hacían desde palacio para contrarrestar la influencia británica. Yousouri llamó a un secretario. Bastaría una nota amistosa al embajador italiano. No necesitaba mencionar ninguna fuente de información concreta. Simplemente transmitir un rumor

oído al azar que quizá beneficiaría a un aliado.

Pensó que la corte se sentiría satisfecha con esa delicada solución.

EN SU LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA contra los agentes que le buscaban, Rintlen utilizaba todas las técnicas y subterfugios aprendidos durante las múltiples operaciones semejantes en las que había sido el perseguidor e, irónicamente, ello le permitía ahora adelantarse a quienes iban tras él. En principio, sabía que no debía pasar la noche en un hotel o pensión. Después de recoger su billete, pasó la tarde en un cine del West End, cerca de Leicester Square. Dormitó durante la mayor parte de la cinta, cuya estrella era Rita Hayworth. Salió alrededor de las diez, comió en un restaurante italiano y, después de beber un trago se dispuso a buscar alojamiento para la noche. No tardó mucho; en Piccadilly Circus encontró lo que buscaba. Desde la sombra, una mujer se acercó a él.

—¿Está solo, señor?

La invitación era indiferente pero inequívoca.

—¿Tiene una habitación?

—A cinco minutos de taxi —respondió la mujer.

—¿Para toda la noche, hasta la mañana?

La mujer se encogió de hombros.

—Claro, si eso es lo que desea. Pero tendrá que pagar. Veinte libras por toda la noche y lo que quiera.

Rintlen vaciló un instante y tradujo las libras en marcos del Reich.

—Es un bonito cuarto —aseguró la mujer—. Tranquilo y con baño. No está lejos. Lo que quiera.

—De acuerdo, veinte libras por la noche.

Mientras llamaba un taxi, Rintlen pensó que era un buen precio por librarse hasta la mañana de los asesinos de Heydrich, y la mujer era lo bastante bonita para que la experiencia resultara interesante.

EL GRITO DE TERROR DESPERTÓ a Ralph Kendricks. Se sintió agotado y tembloroso en la oscuridad, sin saber dónde estaba. Oyó un chasquido cuando Anne, su esposa, encendió la lámpara.

—¿Has tenido otra vez esa pesadilla? —preguntó ella angustiada.

—Sí, otra vez. Lamento haberte despertado.

Se sentía vacío, casi incapaz de hablar, y el temor le abandonó lentamente. Las sábanas estaban empapadas en sudor.

—¿La misma?

—Sí, la misma pesadilla, el incendio y el avión que caía al mar:

Finalmente había amanecido para los tres hombres que estaban a bordo del Junkers, pero eso no supuso ningún alivio. Bajo ellos se extendía el arisco Atlántico Norte, una interminable panorámica de olas grises coronadas de blanco que a menudo quedaban ocultas por bancos de niebla. Según los cálculos de Ralph, la costa de Terranova se encontraba a menos de trescientos veinte kilómetros, pero la brújula se había deteriorado aún más durante la noche y sólo podían adivinar su verdadera posición. Era bastante probable que se encontraran a cientos de kilómetros al norte del trayecto.

El congelamiento de las alas y el fuselaje se había agravado y dificultaba la conducción del avión, y la temperatura en el interior de la cabina había disminuido notoriamente.

—¿Cuál es nuestra altitud? —inquirió Bell.

—Doscientos cincuenta metros, jefe —respondió Carl Huessen tras mirar el altímetro—. ¿Cree que deberíamos subir un poco más?

—Lo he intentado, pero lo único que puedo hacer es mantener el aparato a este nivel.

Los chubascos hacían que el avión descendiera hacia el mar.

En la parte trasera de la atestada cabina, Ralph, con los dedos embotados, intentaba establecer contacto por radio a pesar de la estática constante, pues sabía que de otro modo tendrían pocas probabilidades de aterrizar.

—¿Qué hay adelante? —Carl señaló una nube de color blanco grisáceo que crecía de manera nefasta— ¿Más bruma o se trata de una tormenta eléctrica?

—Algo peor —respondió Bell—, es nieve.

La nieve afectaría al peso del avión aún más que el hielo y debido a las ráfagas continuas que le obligaban a descender no había esperanzas de sobrevolarla. Los ojos de los tres quedaron fijos en la parpadeante aguja del altímetro mientras el Junkers penetraba en la nube y la visión desde la ventanilla quedaba anulada por la arremolinada blancura. La aguja osciló, llegó hasta el cero y volvió a subir, y los hombres esperaban que en cualquier momento las olas chocaran contra el fuselaje.

Siguieron volando en medio de lo que resultó ser una ventisca de intensidad ártica.

Fue Carl el primero en llamar la atención sobre la luz roja del indicador de temperatura del motor.

—Lo sé —dijo Bell—, ha pasado del límite pero no puedo hacer nada. Necesitamos toda la potencia que podemos lograr para no caer al agua. No me atrevo a desacelerar.

Ralph miró el altímetro: la aguja oscilaba hasta el límite máximo de mil doscientos metros, aunque muchas veces registraba menos de la mitad de esa

cifra.

El océano era visible en medio de la nieve y el vapor de las nubes. Ralph pensó en el pequeño bote que llevaban en la parte trasera del avión. ¿Cuánto tiempo sobrevivirían en el bote en semejante mar?

—Debemos ganar altura. Estamos muy cerca del agua —le gritó Bell—. Arroja todo lo que puedas para librarnos de peso y no escatimes nada, ni siquiera la radio; de todos modos no sirve.

Ralph abrió rápidamente la puerta trasera de la cabina. Enceguecido y embotado por el frío, trabajó frenéticamente, arrastró el pesado equipo de radio y lo dejó caer. Luego arrojó la caja de herramientas, las piezas de recambio y las provisiones de alimentos y ropa. Después echó al mar los dos grandes tambores de gasolina que llevaban para emergencias, así como los indicadores y los aparatos de registro meteorológicos que, irónicamente, eran los objetivos del vuelo, incluso desatornilló su asiento y el tablero de diagramas y los lanzó. Después de tirar todo lo que podía, cerró la puerta y se reunió con sus compañeros.

—¿Qué hacemos con el bote? —preguntó.

Habían ganado un poco de altura y ahora volaban entre los ciento veinte y los ciento cincuenta metros pero la luz roja seguía encendida.

—Arrójalo también —respondió Bell.

—No —protestó Carl Huessen—, el bote es nuestra única esperanza si caemos al mar. No pesa nada, déjalo.

Mientras discutían, el motor tosió y lanzó un rugido extraño y fuerte.

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre ahora? —preguntó Bell y desaceleró. El morro cayó a causa de la pérdida de potencia y, en el mismo momento, un largo penacho de humo negro surgió en la barquilla. Oyeron otra serie de toses roncadas y luego una terrible vibración— ¡Estamos a punto de estrellarnos! —gritó mientras el avión caía en picado y luchaba desesperadamente por enderezarlo.

Súbitamente el morro del Junkers quedó envuelto en llamas y el fuego cubrió la parte delantera de la cabina. Ralph oyó los gritos de los dos pilotos por encima del aullido de la corriente retrógrada del aire mientras el aparato caía hacia el mar.

Chocaron estrepitosamente contra la superficie y el avión se estremeció produciendo un ruido como si se despedazara. Por el parabrisas roto y por otros sitios entraba agua y espuma y el vapor se mezclaba con el humo del incendio.

Atontado, mareado y sorprendido por estar ileso, Ralph se levantó del suelo, sacó el bote del hueco de la cola y se dispuso a lanzarlo al agua. Tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para abrir la puerta y al lograrlo el agua que entró le cubrió hasta las rodillas.

Carl se acercó a rastras desde el morro, transportando a Bell. El alemán tenía quemaduras en la cara, el cuello y las manos, y su chaqueta de vuelo estaba quemada en algunos puntos. El comandante también se había quemado, aunque no con tanta gravedad. Parecía hallarse inconsciente y tenía la boca ensangrentada.

—La palanca le aplastó el pecho —explicó Carl con dificultad a causa de los labios llenos de ampollas—. Tuve que liberarlo. Ayúdame a subirlo al bote.

El avión se hundía rápidamente. Subieron al bote y se apartaron del naufragio. Poco después vieron cómo el Junkers se hundía lentamente.

Por fortuna, el recuerdo de aquellos terribles días en el bote quedó confundido por el delirio que le dominó al final. Bell murió la primera mañana, sin recuperar la conciencia. Carl, que sufría terriblemente a causa de las quemaduras, le siguió dos días después, luego de resistir con gran valor la agonía producida por la espuma salobre. Sólo la ropa de vuelo gruesa y forrada en piel mantuvo con vida a Ralph hasta que un atento vigía de un carguero divisó el bote y a su único superviviente. Fueron necesarios dos meses de hospital para que sus heridas curaran.

Ralph se sentó, retiró la ropa de cama y puso las piernas en el suelo.

—¿Qué haces? —preguntó Anne mientras él abría las cortinas y miraba la noche.

—Intento averiguar qué tiempo hará mañana.

El cielo sobre Southampton y el estuario estaba libre de nubes. Suspiró, cerró la cortina y volvió a la cama.

—No emprendas el vuelo de mañana —le suplicó Anne—. Quédate, di que estás enfermo. Será terrible para ti.

—Tengo que ir. Y estaré perfectamente bien en cuanto haya realizado de nuevo el vuelo. Duérmete.

Sus palabras parecieron serenarla, porque apagó la luz y se acomodó en la cama, pero Ralph permaneció despierto largo rato a oscuras, lleno de presentimientos.

Cuarta parte

El vuelo trasatlántico

Mensaje radiofónico: IMPERIAL AIRWAYS SOUTHAMPTON INGLATERRA SUCURSAL TERMINAL NAVAL LA GUARDIA, NUEVA YORK. 08:00 H. HORA GREENWICH. MIÉRCOLES 15 MARZO. IMPERIAL 109 A BOTWOOD, MONTREAL Y NUEVA YORK SALE SOUTHAMPTON 15:00 H. HORA GREENWICH HOY. HORA PREVISTA LLEGADA NUEVA YORK 16:00 H. HORA STANDARD DEL ESTE JUEVES 16 MARZO. FIN.

Mensaje radiofónico (traducción del código diplomático italiano): URGENTE Y SECRETO. AL MINISTRO BARÓN LUCA D'ESTE EMBAJADA ITALIANA EN LONDRES. DE MINISTERIO ASUNTOS EXTERIORES ROMA. INFORMACIÓN RECIENTEMENTE RECIBIDA RASHID AL SENUSI AHORA EN EUROPA, POSIBLEMENTE INTENTA LLEGAR INGLATERRA. RECOMIÉNDASE URGENTEMENTE SUMA CAUTELA. FIN.

AGENCIA UPI — MERCADO WALL STREET INFORME AL ABRIR — MINERÍA: NUEVAS BAJAS. ORO KLERKSDORP: 1.35 \$ EE UU: BAJA 4 1/2.

Mientras conducía el coche hasta el Ritz, Desmond notó la tensión que crecía en su interior al pensar en el vuelo que debía realizar. El más difícil y peligroso.

Laura le esperaba en la recepción del hotel, preparada para el viaje en coche hacia la granja. Llevaba puesto un abrigo forrado en piel.

—Lamentablemente tengo malas noticias para usted —dijo ella.

—¿De qué se trata? —preguntó Desmond con una sonrisa. A juzgar por la expresión de Laura, notó que no era algo grave.

—De Stewart Curtis, que no está aquí. Se fue a primera hora. No sé a dónde, pero sospecho que se trata de algo importante, pues normalmente no empieza a trabajar tan temprano. Por lo tanto, no podrá verle.

—¡Claro que le veré! —exclamó Desmond—. No tengo intención de permitir que él o su esposa se den el gusto de tratarla como lo hacen. Si ahora no puedo verle, le cogeré en Southampton antes de despegar.

El MG estaba aparcado frente a la entrada de Arlington Street. Laura lanzó un grito de alegría cuando vio que el portero acomodaba su maleta.

—Desmond, sólo puedo ir con usted con una condición.

—¿Sí? —rió.

Laura alargó la mano.

—Las llaves. Dejé que me llevara en la carrera de El Faiyum y ahora se sentará a mi lado mientras le llevo hasta Hampshire.

Desmond la miró dubitativo.

—¿Está segura de que puede dominarlo? Un coche deportivo no es la máquina más fácil de conducir.

—¿Si puedo dominarlo? —preguntó Laura ofendida—. Conduzco desde los catorce años. ¡Desmond O'Neill, ocupe su lugar! ¡Le enseñaré en qué consiste el verdadero automovilismo! —Instantes después corrían por Piccadilly y ella se abrió paso en medio del tráfico, mostrando una habilidad y una destreza que le sorprendió—. Al menos he hecho algo con lo que está de acuerdo. Antes de que llegara, envié un telegrama a mi agente de bolsa de Nueva York en el que le pedía que vendiera todas mis acciones de Klerksdorp e invirtiera mis ahorros en otra cosa. Es sólo un gesto, pero me ha producido una gran satisfacción.

Los dos tenían muchas cosas de las que hablar mientras viajaban dichosos y ninguno prestó demasiada atención a sus palabras. Sin embargo, Laura había subestimado las consecuencias de su gesto.

Stewart Curtis había salido temprano del Ritz para cumplir con una cita con sus agentes de bolsa. Nada logró en ella, ya que éstos habían decidido aconsejar a sus clientes que vendieran las acciones de Klerksdorp. A menos que lograra llegar a Nueva York antes de que se conociera la noticia y concretar la opción de venta, estaba arruinado.

PAUL RINTLEN TENÍA DIFICULTADES para afeitarse en el cuarto de la prostituta en Covent Garden. Maldijo cuando se cortó. Pensó que había logrado dormir bien una noche sin ser perturbado por los esbirros de Heydrich. La mujer había resultado muy hábil y Rintlen se sorprendió por el entusiasmo con que respondió a sus incitaciones.

Había terminado de afeitarse y se enjuagaba la cara cuando se abrió la puerta y apareció ella con varios paquetes.

—Compré todo lo que me pediste. Calcetines, ropa interior, tres camisas blancas y cuellos del mismo tamaño que el que llevabas puesto, pijama y una bata. —Metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un puñado de billetes y monedas—. He traído las facturas, como me pediste, pero necesitaré algo más de dinero para la maleta, si la quieres de buena calidad.

Rintlen sacó su cartera del traje colgado en el respaldo de una silla y le dio un billete.

—Quiero darme un baño y desayunar en cuanto regreses.

La mujer asintió y le dijo que lo prepararía, ya que la bañera tardaría en llenarse. No mostraba curiosidad por las compras que le había pedido que hiciera. Durante el día, sin el maquillaje que había usado cuando se conocieron, parecía más joven y atractiva. Y su cuarto, aunque barato, estaba limpio y era agradable, con colores y

muebles inesperadamente imaginativos.

Mientras se bañaba, Rintlen pensó en la tarea que debía cumplir y supuso que durante el vuelo a Nueva York, que duraba más de veinticuatro horas e incluía dos escalas en Canadá, surgiría la oportunidad de acabar con Wiensman y su hija.

Regresó al dormitorio y vio que la mujer guardaba prolijamente sus adquisiciones en una elegante maleta de color marrón.

—Te prepararé el desayuno.

En aquella actitud doméstica, con el sencillo jersey y una falda en lugar de la llamativa ropa que usaba por la noche, parecía más bien una joven ama de casa que una prostituta. Tenía un aire extrañamente inocente que daba un toque doméstico a su relación. En circunstancias normales, probablemente Rintlen habría sentido desdén e incluso repulsión, pero ahora experimentó un lazo de simpatía. Pensó que ni siquiera sabía su nombre.

—Todavía no —dijo con firmeza, cogió otro billete de cinco libras de la cartera y lo dejó sobre el estante. Al fin y al cabo, el tren a Southampton no salía hasta la una.

La muchacha rió afablemente.

—Reconozco que eres aficionado a esto.

Comenzó a caminar hacia la cama mientras se quitaba la falda.

EL VIAJE POR EL CAMPO de Surrey y Hampshire había hecho recuperar totalmente el buen humor a Desmond y a Laura. Después de recorrer la antigua ciudad de Winchester, Desmond le indicó que abandonara la carretera principal y tomara pequeños caminos comarcales. Cruzaron aldeas situadas en medio de vegas y campos ondulados. Después de recorrer unos quinientos metros entre altos setos llegaron a la granja, situada en un pliegue del valle.

Mientras viajaban, Desmond le había descrito la casa y su entorno, pero Laura quedó sorprendida por su belleza.

—¿Le gusta? —preguntó Desmond sonriente.

—¿Si me gusta? ¡Es la casa más hermosa que he visto! No puedo creer que realmente viva aquí.

La calzada desembocaba en una amplia plaza de grava rodeada de césped.

—Sospecho que no ha estado bien atendida durante los últimos meses —se disculpó Desmond al ver la maleza que crecía entre las piedras y la hierba sin cortar.

Laura bajó del coche y vio a lo lejos el río que resplandecía bajo la luz del Sol y los techos rojizos como óxido de una aldea en medio del tablero verde y marrón de los campos.

—Es un lugar maravilloso. —Se volvió hacia él radiante de felicidad—. No es extraño que quisiera vivir aquí.

Desmond rió.

—Me alegro de que le guste. —Buscó la llave en el bolsillo—. Vamos, le

mostraré el interior. —La puerta de roble adornada con clavos se abrió con cierta dificultad y pasaron al grandioso vestíbulo en cuyo suelo enlosado la débil luz que se filtraba desde las ventanas emplomadas trazaba filigranas. Enfrente se alzaba un inmenso hogar—. Es una pena que Pamela haya guardado los muebles —comentó mientras la conducía hasta otra puerta—. Éste es el gabinete. Cuando llegamos estaba en pésimo estado. El último propietario era un granjero que solía almacenar heno en las habitaciones de la planta baja. Había cubierto las vigas con yeso que tuvimos que quitar a mano.

—Es increíble. Tuvo suerte al encontrar esta joya. ¿Es muy antigua?

—La mayor parte del edificio data del siglo dieciséis, pero hay algunas partes, como esas losas y la cocina, que son más viejos, quizá un siglo antes o poco más. Y aquí hubo una casa desde la época de Guillermo el Conquistador. A decir verdad, se menciona una en el registro del gran catastro hecho por su orden. Como ve, el emplazamiento es perfecto, protegido por el terreno circundante, pero tiene unas vistas maravillosas y mucha agua. En el patio trasero hay un pozo.

Le mostró los dormitorios de arriba. Regresaron a la planta baja y la condujo hasta el patio pavimentado, entre la parte posterior de la casa y los viejos establos y el granero.

—En verano hace tanto calor que solíamos traer una mesa y cenar aquí.

Laura estaba interesada en el pozo de agua y Desmond extrajo un cubo para que la probara.

—Es deliciosa, pero está demasiado fría.

Ambos rieron, sus miradas se encontraron y se besaron llenos de dicha.

Todavía estaban abrazados cuando una voz seca y acerada entró bruscamente en su mundo íntimo.

—Bueno, he de decir que es un espectáculo encantador en mi propia casa. —Se separaron con un sentimiento de culpabilidad y vieron a Pamela junto a la puerta de la cocina, observándolos. Desmond supuso que debió llegar sin que lo notaran y, cuando vio su coche, se dispuso a buscarlos—. Vine con la esperanza de hablar a solas con mi esposo, pero ¿qué es lo que descubro? A él y a su amiguita haciendo el amor en los establos. —Vestía un abrigo marrón suelto que llevaba abierto y debajo un jersey y una falda rojos, y estaba muy pálida, lo que acentuaba el carmesí de su boca y la negrura de su pelo, al tiempo que sus ojos oscuros resplandecían peligrosamente—. Supongo que ésta es la famosa señora Hartman. —Dirigió a Laura una mirada venenosa.

—Laura, lo siento —se disculpó Desmond—. Ésta es mi esposa. —Se dirigió a ella—. No te esperaba. ¿Por qué no me dijiste que vendrías?

—¡Lo decidí esta mañana! ¡Jamás se me ocurrió que traerías aquí a tus ligues aéreos!

—Pamela, ya está bien —le advirtió—. Si quieres discutir, hazlo conmigo pero no metas a Laura en esto.

Laura había recuperado la compostura.

—Será mejor que hablen a solas. —Luego se dirigió a Desmond—: Le esperaré en el coche.

—¿Ya nos deja? —preguntó Pamela burlonamente y avanzó para interceptar el camino de la americana— ¿Quizá tiene miedo de escuchar algunas verdades?

Laura le hizo frente con expresión de desafío.

—Señora O'Neill, ¿realmente ha venido porque quería hablar con su marido? ¿O simplemente quiere reñir conmigo? Porque me han importunado bastante durante esta semana y me encantaría devolver un golpe.

Las dos mujeres se miraron incómodas hasta que, bruscamente, Pamela desvió la mirada y con un bufido de enfado dejó pasar a Laura.

Desmond esperó hasta que dejó de oír sus pasos antes de decir:

—Bien, ya estamos solos. ¿Por qué querías verme?

—¿Por qué demonios no querría verte? Todavía eres mi marido, ¿no? ¿O acaso no significa para ti nada que estemos a punto de divorciarnos después de cuatro años de matrimonio? ¿Crees que es muy agradable para mí venir para intentar hablar racionalmente contigo por última vez y encontrarte en brazos de otra mujer?

—Casi tan agradable como encontrarte anoche con Simon Collier.

—Simon sólo es un amigo y aunque no lo fuera, no lo traería aquí. Éste fue nuestro hogar, ¿lo has olvidado?

—Claro que no y tampoco es probable que lo haga. De todos modos, pareces olvidar que eres tú la que últimamente ha estado tan interesada en vender la casa.

—Lo sé y por eso estoy aquí. Quiero estar totalmente segura de que sabes lo que haces.

—Claro que sé lo que hago —respondió Desmond irritado—. Lo supe en todo momento. Tú y yo cometimos un error al creer que podíamos vivir juntos. Lo único sensato es separarnos.

—Supongamos que digo que estaba interesada en intentarlo por última vez, ¿qué ocurrirá?

Desmond se encogió de hombros.

—Ya lo hemos hablado. Tú tienes tantas ganas como yo de seguir casada y te sentirás mucho mejor con otro hombre, alguien como Simon Collier, que no desaparece durante varias semanas seguidas.

—No metas a Simon en esto. La verdad es que no puedes esperar para estar libre y casarte con tu nueva amiguita. Bien parados quedaríais los dos si suspendiera el divorcio.

—Desmond estaba harto.

—Pamela —dijo con serenidad—, si realmente quieres creer que saltaré de un matrimonio a otro, no puedo impedirlo, pero no me quedaré aquí para discutirlo. Has de hacer lo que te parezca mejor para ti pero, en lo que a mí se refiere, hemos terminado. No soportaré más desenfrenos emocionales. Estas escenas son inútiles, no

nos hacen bien y terminamos haciéndonos más daño. Ahora que hemos acordado vender la granja no quiero volver a verte.

Había hablado más duramente de lo que quería y sintió remordimientos al ver el resultado de sus palabras. Pamela le miró azorada.

—¡Cabrón! —exclamó con los dientes fuertemente apretados y la voz cargada de odio— ¡Eres un cabrón que no merece perdón! ¡Haré que te lamente de tus palabras! ¡Lo juro, aunque sea lo último que haga en mi vida! Jamás te daré el divorcio, ¿me oyes? Nunca. ¡Primero tendrás que suplicarme!

Su voz alcanzó un tono histérico cuando la tormenta emocional estalló. Abrumada de ira y furia, le gritó salvaje e irracionalmente. Desmond sabía por experiencia que era inútil quedarse a escuchar o intentar serenarla pues su misma presencia era el motivo de su amargura. Dio media vuelta y se fue.

—¿Cree que hablaba en serio? —le preguntó Laura mientras regresaban.

Desmond había cogido el volante y le relató su discusión con Pamela.

—No sé. Tal vez no. Dudo que supiera realmente lo que decía. Cuando una de estas crisis emocionales se apodera de ella, ataca sin pensar. Lamento que estuviera presente.

—Bah, no tiene importancia —Laura sonrió—. He soportado cosas mucho peores. La compadezco.

—Bueno, tarde o temprano tenía que resolverse. Ya sabía que probablemente tendría que discutir con ella una vez más antes de que nos separásemos definitivamente. La pobre Pamela no sabe hacerlo de otro modo.

ALREDEDOR DE LAS ONCE Y MEDIA, Jacquetta D'Este regresó a su *suite* del Ritz después de dar un paseo por el parque con Rashid.

Poco después el doctor Van Smit llamó a su habitación, le hizo una síntesis de lo que había visto y le dijo que quería dinero, mucho dinero.

—Comenzaremos con veinticinco mil dólares a pagar al llegar a Estados Unidos.

Jacquetta intentó echarlo y le respondió que tanto en Inglaterra como en Estados Unidos la condena por chantaje era muy severa. Van Smit respondió que no le amenazara pues había tomado la precaución de dejar una carta a unos abogados en la que explicaba todo y que sería enviada al barón en caso de que él muriera o desapareciera. Agregó que el turco podía engañar a todos los demás menos a él y que sabía que se trataba de un árabe del desierto. Se mostró generoso y le concedió cuarenta y ocho horas a contar del momento en que aterrizaran en Nueva York.

PAT JARRETT PROBÓ LAS ARMAS que había instalado en el avión y comprobó su funcionamiento. Con sus planes prácticamente cumplidos, sólo tenía que esperar la llegada del Imperial 109 y su cargamento de lingotes de oro.

A LA UNA MENOS CUARTO, los pasajeros del *Caterina* subieron al expreso de Southampton, bajo la atenta mirada de dos empleados de la Imperial Airways, los cuales anunciaron que les servirían el almuerzo en el comedor de primera clase en cuanto el tren se pusiera en marcha y luego se retiraron a controlar el equipaje y esperar la llegada del señor Ernst Perler, de Berna. Suiza, seudónimo bajo el cual viajaba Paul Rintlen.

Rintlen ya estaba en la estación y hacía media hora que vigilaba las entradas al andén. Se acercó al control de billetes y se presentó a los miembros de la compañía aérea. Le encontraron asiento en el mismo compartimiento de Rashid, el doctor Van Smit y la doncella de Charlotte Curtis. Pocos segundos después el tren comenzó a moverse.

Jacquetta estaba en otro compartimiento, a dos puertas de distancia, sentada junto a la ventana y acompañada por su marido y los Curtis. Intentaba encontrar un modo de librarse de la amenaza de Van Smit. No había podido contarle a Rashid lo sucedido.

Rintlen almorzó ligeramente y abandonó el comedor en cuanto el tren salió de Winchester. La botella de vino que compartió con Van Smit le fortaleció. Este último resultó un compañero ineludible ya que no dejó de hacer comentarios sobre el resto de los pasajeros.

Caminó por el pasillo del tren. Necesitaba ir al lavabo, pero los dos primeros que encontró estaban ocupados. Bajó por el pasillo y cruzó los vagones de segunda clase hacia el fondo. Había llegado al final del penúltimo vagón cuando se volvió y vio que dos hombres caminaban hacia él.

Los reconoció instantáneamente: eran un equipo de ejecución enviado por Heydrich.

A la derecha de Rintlen había una salida y, al lado, la puerta de otro lavabo. Cogió el pasamanos y rezó para que estuviera desocupado. Abrió la puerta, aliviado, entró y echó inmediatamente el pestillo.

Tenso a causa del miedo y en espera de oír en cualquier momento que intentaban abrir la puerta, esperó con la oreja pegada a la puerta. Deseó desesperadamente que los hombres no le hubieran visto. En caso contrario... Miró a su alrededor. No había modo de salir de allí; encima de la ventanilla vio la cadena roja de emergencia. Si ocurría lo peor, tendría que tirar de ella y confiar en que la confusión que desencadenaría le salvaría.

Aún escuchaba cuando, de repente, una fuerza tremenda hizo que la puerta cediera hacia dentro, al tiempo que saltaba la cerradura. El golpe le alcanzó en la cara y cayó al suelo, junto al inodoro. Al instante, los dos hombres se abalanzaron sobre él. Rintlen intentó luchar con ellos pero le cubrieron de golpes, le sujetaron los brazos y le obligaron a ponerse de pie.

Sus captores cerraron la puerta y lo miraron seriamente. El jefe extrajo una automática de calibre pequeño de una cartuchera y apuntó al pecho de Rintlen.

—Es una tontería intentar huir de nosotros, *Standartenführer*. Sólo agravará las cosas.

—¿Qué harán conmigo? —preguntó, pues sabía que era inútil negar su identidad.

El hombre que sostenía sus brazos se los retorció y Rintlen lanzó un grito de dolor. El otro agente sonrió y dijo:

—Aproximadamente dentro de seis minutos, el tren entrará en un largo túnel. Cuando eso ocurra, lo llevaremos al pasillo, abriremos la puerta, le daremos un empujoncito y ya está. La velocidad del tren es de ciento veinte kilómetros por hora. Supongo que las autoridades tendrán dificultades para identificar sus restos. Mientras tanto, esperaremos tranquilamente aquí.

JACQUETTA D'ESTE HABÍA LOGRADO estar unos minutos a solas con Rashid. La reacción del árabe fue la que esperaba y tuvo graves dificultades para convencerlo de que no tomara ninguna decisión por el momento.

—Es inútil que intentemos comprar a ese hombre —aseguró Rashid—. Te pediré cada vez más hasta agotarte y al final irá a ver a tu marido.

—Lo sé, ¿pero qué se puede hacer?

—Lo que debí hacer mucho antes. Tu marido debe morir y Van Smit con él.

—Por favor, Rashid, por favor —suplicó Jacquetta frenéticamente—. ¿No podríamos irnos juntos a Egipto y olvidarnos de ambos? Así nada de esto tendría importancia.

—No, es imposible —afirmó Rashid implacablemente—. Jamás debí escuchar tus consejos y olvidar mi deber. —Jacquetta intentó persuadirle pero él fue inflexible—. Es posible que después podamos irnos, pero primero debo cumplir con lo que me propuse hacer.

EN EL LAVABO DEL PENÚLTIMO vagón del tren, el jefe de los captores de Rintlen miró la hora.

—Faltan dos minutos. Será mejor que lo llevemos al pasillo. —Cogió la automática con la mano izquierda, entreabrió la puerta y comprobó que todo estaba en orden.

Una vez en el pasillo, los hombres se situaron a ambos lados de la salida y sostuvieron firmemente en el medio al oficial del SD. El jefe miró por el cristal de la puerta.

—Ahora empieza —dijo—, prepárese para abrir la puerta.

Con un chillido ensordecedor, el tren entró en el túnel. Sorprendido, el hombre soltó la puerta, la cual a causa de la corriente del aire se abrió y golpeó contra el

costado del vagón. Al ver que el agente se interponía entre él y el vacío rugiente. Rintlen aprovechó la única posibilidad que tenía. Se lanzó con toda su fuerza y golpeó al hombre de su izquierda en el hombro y la cadera. Éste perdió el equilibrio y salió disparado a través de la puerta abierta.

La fuerza del golpe de Rintlen había logrado que él y el otro agente cayeran al suelo, en una frenética lucha por apoderarse del arma. Aunque Rintlen tenía la ventaja de la sorpresa, el otro hombre era más fuerte y luchó ferozmente para recuperar la pistola y empujar a su oponente por la puerta abierta.

Ahogado y medio ciego por el humo y el aire cargado de hollín, con la cabeza y los hombros asomados sobre los rieles, Rintlen aferró frenéticamente la automática del otro al tiempo que intentaba retroceder hacia el interior del vagón. El pánico le dominó mientras imaginaba que caía y se convulsionó. De pronto, se oyó un estruendo, sintió una sensación quemante en los dedos y luego el cuerpo que tenía encima quedó flácido.

Rintlen sólo pensaba en no caer bajo las ruedas. Se aferró al marco de la puerta, se deslizó dentro del vagón y se desembarazó del cuerpo de su atacante. El agente estaba muerto o gravemente herido, pero no se detuvo a averiguarlo. Tomó la pistola, cogió las piernas del hombre y lo arrojó fuera, cerrando la puerta en el mismo instante en que el tren salía de nuevo a la luz del sol.

Veinte minutos después, poco antes de que el tren entrara en Southampton, Rintlen salió del lavabo y volvió a su asiento. En ese intervalo se quitó los restos de polvo y disimuló los daños sufridos durante la refriega, con excepción de un golpe en una mejilla y la quemadura de pólvora en los dedos de la mano derecha. Aunque la lucha por su vida lo había dejado débil y tembloroso, se regocijaba de haber superado el intento de asesinarlo. Parecía que ningún otro pasajero había oído el disparo y existían bastantes posibilidades de que los cuerpos no se descubrieran inmediatamente. Pero aunque ocurriera lo contrario, para los ingleses nada le relacionaría con sus muertes, e, indudablemente, la embajada alemana guardaría silencio. Además, estaba otra vez armado.

ENTRETANTO, AL OTRO LADO del Atlántico, Pat Jarrett conectó el gran equipo receptor de onda corta que había instalado en la cocina de la casa y, mientras desayunaba, escuchó las transmisiones de radio entre Botwood y el aeropuerto neoyorquino de La Guardia. Oyó que el operador de Botwood mencionaba la emisión anterior del mensaje recibido durante la noche desde Inglaterra que se refería al cambio de horario de Imperial 109.

Una angustia momentánea se apoderó de él al comprender que sólo le quedaban treinta horas e incluso pensó en suspender su cita con Susie. Al reflexionar, comprendió que tenía tiempo de sobra para completar los últimos ajustes.

Se acercó a la ventana y miró el lago. Lamentaría tener que irse; había disfrutado

al trabajar en aquel valle solitario y hermoso con sus aguas transparentes, sus colinas de árboles oscuros y el aire puro. Esa vida le iba y tal vez un día, cuando todo hubiese concluido, buscara un lugar semejante.

Por el momento tenía que terminar el trabajo antes de ir a Keene. Limpió la mesa, desconectó la radio y bajó corriendo al cobertizo para botes.

UN APACIBLE ALMUERZO en un restaurante de las afueras de Southampton logró disipar la melancolía de Desmond que siguió a su encuentro con Pamela. Al manipular diestramente la conversación, Laura logró que Desmond hablara de temas más alegres: su infancia en Irlanda, en los montes Wicklow, al sur de Dublín; de los tiempos en que aprendió a pilotar aviones —después de la guerra— y de sus primeros tiempos en la Imperial Airways.

—Fue una época maravillosa —comentó nostálgicamente mientras llegaban a Southampton—. La aviación era nueva y excitante y cada viaje suponía un inmenso desafío. En todas partes se abrían nuevas rutas. Los aviadores realizaban hazañas increíbles e inauditas: vuelos nocturnos, sobre el desierto y por encima de las cadenas montañosas; hombres como Lindbergh cruzaron solos el Atlántico. —Aparcaron en el puerto y caminaron hasta el muelle donde estaba el *Caterina*—. ¡Qué hermoso espectáculo! —exclamó Desmond—. Ésa es una de las naves de la Cunard, el *Queen Mary*, que está saliendo del puerto. —Laura miró asombrada mientras el enorme barco azul se deslizaba lentamente hacia alta mar acompañado por un coro de silbatos y sirenas de otras naves—. Vamos —dijo y la cogió del brazo—. Le mostraré la cubierta de vuelo antes de que lleguen los demás.

En la principal terminal de pasajeros del puerto, Ian Smallpage —un oficial de inmigración— aguardaba impaciente la llegada del contingente que viajaba en el Imperial 109. Era un joven delgado y larguirucho, de veinticuatro años, cuyas gruesas gafas y su aire circunspecto había llevado a sus colegas a apodarlo «profesor». Consciente y meticuloso en su trabajo, durante las horas libres era sosegado y nada propenso a la aventura; vivía con sus padres en los suburbios del norte de la ciudad y dedicaba la mayor parte de las tardes a estudiar para ascender a un rango superior. No obstante, aquel día era muy importante para él: estaba a punto de comprometerse.

Ian Smallpage y Helen Rowe salían juntos desde que él tenía dieciséis años, y durante ese periodo a ninguno de los dos se les ocurrió pensar que no llegarían a casarse. Sus padres habían sido vecinos de toda la vida y el matrimonio era un resultado inevitable. Ian tenía plena conciencia de ello, pero se sentía nervioso y deseaba irse. Su turno terminaba a las tres en punto y esperaba reunirse con Helen en el exterior de la terminal. Luego la llevaría a tomar el té al centro de la ciudad, le diría que el ascenso que esperaba finalmente había sido confirmado para finales de mes y le pediría que se casara con él.

Al fin los pasajeros aparecieron por las puertas del vestíbulo de salidas y

camaron desordenadamente hacia él. Con un ojo en el reloj situado al otro lado de su escritorio. Ian hojeó los pasaportes que le habían entregado, anuló los sellos de entrada de los extranjeros y, en virtud de una arraigada costumbre, controló automáticamente las fotos y las descripciones en busca de errores. Sabía que los procedimientos de emigración eran en gran medida una formalidad, pero un profundo sentido del deber le obligó a revisarlos.

De pronto se detuvo y frunció el ceño: algo en uno de los pasaportes le había llamado la atención.

—¿Señor Perler? —levantó la vista inquisitivamente.

—¿Sí? —El hombre que estaba ante Ian era de estatura media, delgado, de piel oscura y rostro anguloso. Vestía un traje marrón con doble hilera de botones de corte europeo y algo arrugado— ¿Algún problema? —Su inglés era correcto, con acento alemán, lo que era bastante razonable puesto que se trataba de un suizo. En la mejilla izquierda podían observarse las marcas de un golpe sufrido recientemente.

Ian titubeó. Durante los tres últimos años había adquirido un instinto sagaz para descubrir farsantes y falsificaciones. Una foto retocada, letras borrosas, un manchón o las débiles manchitas de sustancias químicas en una página; había aprendido a distinguir las pequeñas señales que traicionaban al impostor. En esta ocasión no se trataba de algo evidente. Sólo era una sensación que le indicaba que algo no estaba totalmente bien.

—¿Viaja hasta Nueva York? —preguntó mientras volvía nuevamente las páginas y buscaba una pista que pusiera en duda la autenticidad del pasaporte pero, si había algo, era demasiado perfecto.

—Sí, desde Roma, vía París y Londres —replicó el hombre.

Otros pasajeros hacían cola junto al escritorio y parecían impacientes. Ian le devolvió el pasaporte y atendió al siguiente. Al fin y al cabo, se dijo a modo de consuelo, ¿qué importancia tenía? De todos modos, el hombre salía del país.

Aunque el *Caterina* había sufrido una minuciosa revisión en El Cairo, los mecánicos volvieron a ocuparse del hidroavión antes de cruzar el Atlántico. Aún quedaban muchas tareas preliminares para Desmond y la tripulación. El hidroavión despegaría ligeramente cargado de combustible y dos horas después se reuniría con una aeronave cisterna sobre Foynes, en Irlanda, en la desembocadura del río Shannon. Después de repostar en el aire, se dirigirían hacia el Atlántico Norte. Tardarían aproximadamente doce horas en recorrer los dos mil novecientos kilómetros hasta Botwood, Terranova, aunque tardarían más tiempo si se topaban con potentes vientos frontales. Durante una parte del viaje, las cabinas se convertirían en dormitorios provistos de cómodas literas para que quienes desearan descansar pudieran hacerlo.

Cuando amerizaran en Botwood, según la hora local sólo serían las tres o cuatro de la madrugada, debido a las tres horas y media de diferencia entre Londres y Norteamérica y a la mañana siguiente estarían en Montreal a tiempo para disfrutar de

un prolongado almuerzo antes de la etapa final de dos horas sobre los Adirondaks y los montes Catskill hasta Nueva York, para amarar a las cuatro en punto del jueves en el East River.

Ralph Kendricks ya estaba a bordo y comprobaba el funcionamiento de los instrumentos a su cargo; el resto de la tripulación llegó poco después, incluido Ken Frazer, que había pasado la noche anterior y toda la mañana suplicando a Jack Priestly que le trasladara a otro vuelo, y cuyos colegas ahora le castigaban por haber traicionado al comandante. Se negaban a dirigirle la palabra, excepto por cuestiones técnicas.

Aunque Laura estaba interesada en ver la cubierta de vuelo, comprendió que el personal estaba ocupado; además, reinaba una atmósfera de malestar a causa de la presencia del primer oficial. Se retiró directamente al compartimiento postal y dedicó el tiempo que faltaba hasta la llegada de los demás pasajeros en ayudar a Sandy Everett a clasificar la correspondencia.

Los tres oficiales concluyeron los controles y fueron a la oficina de meteorología de la compañía para recibir una amplia información sobre las condiciones atmosféricas que probablemente encontrarían durante el vuelo.

—El único sistema atmosférico por el que realmente tendremos que preocuparnos está aquí —les comunicó el jefe de meteorología mientras observaban un gráfico mural del Atlántico Norte. Señaló una superficie del extremo noreste de Canadá y añadió—: Hay una profunda depresión que avanza hacia el este, desde Labrador hacia Groenlandia. Hace dos días que la observamos y, sin duda, es bastante seria; vientos con fuerza de tormenta, chubascos de nieve, considerable interferencia eléctrica, el surtido completo. Por fortuna, sigue un recorrido que la llevará bastante al norte de vuestro trayecto, de modo que no encontraréis dificultades, salvo quizás algunos vientos frontales ligeramente incrementados. Los informes que hemos recibido de Canadá y de los barcos indican que apenas tendréis de qué preocuparos. El cielo continuará bastante despejado hasta que estéis aproximadamente a ochocientos kilómetros Atlántico adentro. A partir de entonces probablemente comenzará a nublarse y encontraréis capas bastante continuas entre los dos mil quinientos a tres mil metros, con vientos principalmente de levante y fuerza cuatro a cinco como máximo. Las temperaturas corresponderán aproximadamente a la media de esta época.

—¿Alguna tormenta eléctrica o chubascos aislados? —preguntó Desmond.

—No han informado de su existencia. Como ya os he dicho, si la tormenta sobre Labrador mantiene el recorrido y la velocidad actuales, el mal tiempo quedará al norte de vuestro trayecto.

Alentados por esta perspectiva optimista, los tres hombres regresaron al *Caterina* a tiempo para saludar a los pasajeros.

La llegada de éstos se hizo notoria por la aparición de una serie de fotógrafos y periodistas decididos a conseguir la continuación de la noticia de la noche anterior.

Iban acompañados por un furioso Jack Priestly dispuesto a impedir que Desmond obtuviera más publicidad.

—¡Nada de entrevistas! Lo digo de modo categórico: no concederá ninguna entrevista. Se lo prohíbo absolutamente —dijo mientras corría por el portalón hasta donde estaba Desmond, saludando a los recién llegados.

—No tengo la menor intención de hacerlo —respondió fríamente el irlandés mientras estrechaba la mano de los King.

Priestly parecía aliviado, pero volvió a enfurecerse cuando Laura bajó del avión y, de pie al lado del pontón, sostuvo una prolongada conversación con los periodistas, en el curso de la cual alabó profusamente a Desmond.

Jack Priestly estaba furioso pero no podía hacer nada. Desmond entró en el aparato. Estaba pensando en otra cosa. Se dirigió a la cabina de popa. Entró sin llamar y encontró a Curtis hundido en un sillón, con un ejemplar del *Wall Street Journal* entre las manos. Frunció el ceño ante la interrupción.

—¿Qué demonios quiere?

—Tengo que decirle algo sobre las alegaciones que hizo anoche con respecto a la señora Hartman y el reloj Cartier —dijo Desmond con gélida serenidad.

—Pues no deseo escucharlo —replicó Curtis bruscamente—. En lo que a mí se refiere, el asunto está terminado.

—Me escuchará —agregó Desmond cuando el otro volvió a enfrascarse en el periódico—, porque si no lo hace mañana no llegará a Estados Unidos.

Curtis levantó la mirada.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es muy sencillo. El domingo pasado su esposa me regaló el reloj como premio por haber ganado la carrera de coches en El Cairo. No quise aceptarlo pero ella insistió. No deseo que me lo devuelva. Sin embargo, quiero un reconocimiento escrito firmado por usted de que el reloj fue un regalo libremente dado por la señora Curtis, devuelto por mí con la misma libertad y que, además, Laura Hartman no tuvo nada que ver con este asunto.

Stewart Curtis se sonrojó de ira.

—Si cree que me quedaré sentado y le oiré insultar a mi esposa y a mí mismo, está usted loco. Veremos qué dicen de esto sus superiores. No será capaz de negarse a iniciar el vuelo.

—No necesito negarme tajantemente —replicó Desmond con frialdad—. Es más sencillo. Aún no hemos concluido los controles previos al vuelo. Me basta decir que no estoy satisfecho con el funcionamiento de algún instrumento para que se haga una prueba completa. Una vez terminada ésta, o en el momento en que usted haya presentado su queja, será demasiado tarde cuando lleguemos a Irlanda, pues para repostar combustible tiene que haber suficiente luz. Entonces no tendrán más alternativa que postergar veinticuatro horas el vuelo.

—Me ocuparé de que lo despidan por esto —dijo Curtis y se puso de pie cuando

se abrió la puerta y entró Charlotte.

—Vine a buscar mi cámara —explicó y al ver a Desmond se detuvo bruscamente, con expresión alarmada. Curtis percibió su reacción.

—Hola, querida —saludó con los labios apretados—. ¿Podrías aclarar esta discusión? El comandante O'Neill tiene el coraje de sostener que tú le obsequiaste realmente el reloj cuando estábamos en El Cairo.

Charlotte dirigió a Desmond una sola mirada inquisitiva. Al ver su expresión hostil y resuelta, apartó la vista.

—Sí, es verdad —respondió.

—¿Cómo? —gritó su marido asombrado y furioso— ¿Entonces anoche me mentiste?

—Exactamente —Charlotte se inclinó sobre el respaldo de la silla para coger la cámara y ofreció a Desmond una exhibición de sus piernas cubiertas por medias de seda—. Sí, mentí. —Se irguió y habló con voz dura y agria—: La gente siempre miente. Yo lo hice anoche. Sé que es imperdonable y lo siento —se apresuró a decir cuando Desmond comenzó a hablar.

—No es conmigo sino con Laura con quien debe disculparse —dijo el comandante.

—¡Maldita sea, Laura! ¡Y maldita sea usted! —gritó Charlotte y se dirigió hacia la puerta.

—Charlotte, ¿a dónde vas? Exijo una explicación —chilló Stewart Curtis.

—¡Iros ambos al infierno! —exclamó ella y salió dando un portazo.

Los dos hombres se miraron en silencio. Sin pronunciar palabra Curtis se acercó a una mesa arrinconada contra el mamparo. Extrajo una hoja de su maletín y comenzó a escribir.

La sensación de inquietud provocada por el pasajero suizo permanecía en la mente de Ian Smallpage. Al entregar los formularios de registro mencionó el asunto a su supervisor.

—No había nada evidente, supongo que se trata de una corazonada. Simplemente no parecía lo que afirmaba ser.

El supervisor respetaba lo suficiente la sensatez de Ian para prestarle atención.

—¿Una especie de refugiado?

—No, señor. —Ian estaba seguro—. Era un trabajo demasiado bueno y el hombre estaba muy seguro de sí mismo para ser un refugiado. Si se trata de una falsificación, es un trabajo profesional.

—No merece la pena iniciar ninguna acción —dijo el supervisor después de meditar—. Como dice, el hombre sólo estaba en tránsito y tendrá que hacer frente a un control mucho más severo cuando llegue a Nueva York. Agregue una nota sobre el incidente en su informe y más tarde se lo pasaremos a la sección especial de la policía.

Aliviado por haberse quitado aquella responsabilidad de encima, Ian se apresuró a

cumplir la orden. Salió del edificio de la terminal a tiempo de ver despegar al *Caterina* de las aguas de Southampton en dirección a Irlanda y a su cita con el avión cisterna.

POR DESGRACIA PARA Paul Rintlen, el cuerpo del agente al que había disparado en el tren cayó en la boca del túnel y, en consecuencia, fue divisado por el maquinista de otro tren que pasó poco después de las tres. Eran cerca de las cuatro cuando una unidad de mantenimiento enviada para investigar localizó el cadáver. Entonces se llevó a cabo un registro de todo el túnel y descubrieron el cadáver del segundo agente. Inmediatamente se inició una investigación de asesinato y el inspector jefe Bill Moyers, de la policía de Hampshire, quedó a cargo de las diligencias.

Cuando Moyers llegó al lugar, los cadáveres habían sido retirados del túnel y estaban junto a las vías, sobre la hierba del desmonte.

—Señor, lamentablemente tuvimos que moverlos tan pronto como pudimos —explicó disculpándose el sargento de policía que hasta entonces se había hecho cargo de la situación—. Es una línea muy utilizada y no podíamos mantenerla bloqueada. Hice que se realizara un registro completo de ambos lados de la vía y hemos traído todo lo que encontramos.

—Será mejor que primero les eche un vistazo a ellos —respondió Moyers. Era un hombre corpulento y de hablar pausado; más que policía parecía un granjero, con su ancho rostro curtido por la intemperie y su traje desgachado, y sin embargo, gozaba de mucho prestigio—. Después podrá enviarlos al depósito para la autopsia.

Treparon por la cerca de alambre de la parte superior del desmonte y se deslizaron por la pendiente hasta donde se encontraban los cadáveres cubiertos por sábanas. Otros policías seguían ocupados en revisar las vías más allá de la boca del túnel y a poca distancia tres guardagujas provistos de banderas rojas y un teléfono portátil de campaña estaban listos para advertir de la llegada de cualquier tren.

—Éste es el que encontramos primero, señor. —El sargento levantó la sábana y dejó el cuerpo al descubierto—. Como ve, le han disparado una vez en el pecho y por lo demás no está en mal estado, sólo un poco apaleado. El otro es un desastre, debió caer bajo las ruedas, está destrozado.

—¿Algún indicio del arma? —inquirió Moyers.

—No, señor, pero mire esto. —Se agachó y levantó el costado izquierdo de la chaqueta del muerto—. Lleva una sobaquera. Hemos registrado todo el túnel a ambos lados de la vía hasta unos quinientos metros, pero hasta ahora no hemos encontrado rastro de una pistola que coincida. La policía ferroviaria está registrando los vagones de todos los trenes que pasaron durante las últimas seis horas, de modo que podría aparecer.

—¿Algún documento? —preguntó Moyers y cubrió el cadáver con la sábana.

—Ambos alemanes y, por lo que sabemos, vivían y trabajaban aquí. Se llaman

Keller y Scherf.

—Será mejor que se ponga en contacto con el consulado alemán en Londres y pida información sobre estos dos. —Mientras subían los cadáveres a una camioneta policial, Moyers bajó a las vías y preguntó al guardagujas—: ¿Hay algún problema si entro en el túnel?

—No, no esperamos ningún tren en los próximos diez minutos —respondió uno de ellos a gritos—. Detendremos el tráfico hasta que salga —dijo levantando el auricular del teléfono.

Como había dicho el sargento, no había casi nada que ver en el túnel: sólo algunas manchas oscuras de sangre sobre las traviesas y la grava señalaban el sitio donde habían encontrado al segundo hombre. Moyers las examinó a la luz de las linternas, volvió a la entrada e intentó dar forma a la secuencia de los acontecimientos.

—Ambos cuerpos fueron encontrados a la izquierda de la vía, alejándose del túnel, lo que significa que cayeron o fueron empujados desde un tren que avanzaba en dirección a Southampton. Los vieron por primera vez alrededor de las tres y diez. ¿Ya hemos demostrado si alguien los pudo ver antes de esa hora?

—No, señor —el detective negó con la cabeza—. Por el momento, sólo logramos rastrear a los conductores del tren anterior, el expreso de la una desde Londres. Están bastante seguros de que el cuerpo no estaba en la boca del túnel cuando lo atravesaron. Opinan que lo habrían visto.

—En tal caso, quizá sea sensato suponer de forma provisional que ambos hombres viajaban en ese tren. Dos alemanes en el expreso de Southampton. ¿Eso le sugiere algo, sargento?

—Que estaban de camino para tomar un barco —contestó el sargento.

—Sí, o un avión. Quizás el responsable de sus muertes hacía lo mismo. Conseguiremos las listas de todos los pasajeros que hoy pasen por Southampton. —Al subir por el desmonte Moyers tuvo otra idea—. ¿Qué tipo de hombre lleva una pistola en bandolera? Sargento, en cuanto regresemos nos pondremos en contacto con la sección especial. Quizá sepan algo de este asunto.

EL «CATERINA» VOLABA a mil metros de altura, por encima del exuberante paisaje irlandés y la amplia desembocadura del río Shannon. La tripulación estaba preparada para realizar una de las maniobras más difíciles, antes de iniciar auténticamente la travesía atlántica.

Establecieron contacto con el avión cisterna. Desde un bombardero bimotor Harrow, de la RAF, convertido en avión cisterna, pasaron una manguera hasta el hidroavión y trasvasaron a sus tanques entre 3600 y 4500 litros de gasolina. La operación transcurrió sin incidentes y poco después Desmond comunicó a todos:

—Todo perfecto. Sentaos y reanudemos la rutina normal de vuelo. Ralph,

¿puedes darme el trayecto hacia Terranova? —pidió al radiotelegrafista mientras dirigía al *Caterina* hacia el disco rojo del sol que se ponía lentamente sobre el océano.

Mensaje radiofónico: IMPERIAL AIRWAYS SOUTHAMPTON INGLATERRA A G-ADHO CATERINA. VUELO IMPERIAL 109 A BOTWOOD TERRANOVA, MONTREAL Y NUEVA YORK. 19:00 HORARIO DE GREENWICH. MIÉRCOLES 15 MARZO. SERVICIO METEOROLÓGICO CANADIENSE INFORMA IMPORTANTE DEPRESIÓN DESPLAZÁNDOSE ESTE EN ATLÁNTICO NORTE CENTRAL DESDE LABRADOR GRAVES CONDICIONES TORMENTOSAS SOBRE ESTRECHO DE DAVIS Y SUR GROENLANDIA. VIENTOS FUERZA 9 CRECIENDO 10. IMPORTANTE CONGELACIÓN Y NIEVE. BASE NUBES MIL METROS. ACONSEJABLE ALTERACIÓN RUTA PROPUESTA PARA PERMITIR DESVIACIÓN SUR. COMUNIQUEN VARIACIONES. FIN.

Desmond analizó con creciente ira el contenido del mensaje que Kendricks le pasó. Las condiciones climatológicas habían cambiado radicalmente desde que recibieron el último pronóstico de Canadá. La depresión que habían notado dos días atrás sobre el mar de Beaufort había avanzado por el distrito de Franklin, al norte de la bahía de Hudson y encima de la isla de Baffin para unirse con una segunda depresión cerca de la costa de Groenlandia, aumentando a medida que avanzaba hasta convertirse en un frente de tormenta de considerables proporciones.

Desmond lo sabía cuando despegaron de Southampton, pero en ese momento parecía que el recorrido del centro de la tormenta quedaría bastante al norte de la ruta de vuelo propuesta. Ahora parecía que todo el frente había cambiado de dirección y viraba hacia el sur, acercándose peligrosamente al recorrido del *Caterina*.

Con suerte, podrían eludir la zona peligrosa si realizaban un amplio desvío hacia el sur en medio del Atlántico. A menos que la velocidad de la tormenta aumentara notoriamente durante el período intermedio, lograrían pasar. Desmond sospechaba que, en Southampton, Jack Priestly había guardado a propósito este último informe hasta que el hidroavión estuvo mar adentro. Si lo hubiese transmitido cuando el aparato aún estaba cerca de la costa irlandesa, quizá Desmond habría decidido suspender el vuelo.

Probablemente también era cierto que Priestly estaba presionado por el Gobierno de Londres, para el cual la urgencia de la entrega del oro parecía lo único importante.

Desmond se resignó a la situación y pidió a Ralph Kendricks que hiciera las alteraciones necesarias en el plan de vuelo. Parecía que el radiotelegrafista tendría que hacer frente a una prueba peor de lo que había imaginado.

En la cocina del *Caterina*, Andy Draper lo disponía todo para la cena. Aunque sólo Desmond, entre todos los tripulantes, había realizado la travesía con anterioridad, sabía por su experiencia previa en los vuelos de larga distancia así como

de su época de camarero de la Cunard, que era importante prever correctamente la actitud de los pasajeros. Por el momento, mostraban un estado de ánimo relajado y alegre. El vuelo trasatlántico aún contenía un elemento de aventura y romanticismo. Al fin y al cabo, sólo era la sexta travesía regular, sin contar los realizados por el malogrado dirigible «Hindenburg», cuya catastrófica pérdida en Lakehurst, Nueva Jersey, hacía dos años, había detenido el desarrollo de los grandes dirigibles.

Durante la última hora y media, había estado ocupado con la coctelera y servido ronda tras ronda de bebidas mientras los pasajeros celebraban el comienzo del viaje. Las buenas condiciones atmosféricas habían permitido que Desmond abandonara la cubierta superior e hiciera de anfitrión en el brindis celebrado en el salón de paseo, organizado por Sandy según instrucciones de la compañía. Hasta los Curtis aceptaron participar y, tras una cierta tensión inicial, la atmósfera se tornó inesperadamente agradable.

Andy sabía que a pesar de ello llegaría un momento en que la diversión decaería. Aún faltaban doce o trece horas para llegar a la costa de Terranova y, gracias al avance constante hacia poniente, la tarde parecería larga. En consecuencia, su tarea consistía en anticiparse al momento en que comenzaran a aburrirse y ofrecerles una magnífica cena. Había decidido que la comida sería memorable. Según el reloj adosado a la pared sólo eran las siete. Ya había preparado algunos platos fríos y puesto el pollo a cocinar. Pasaría otra hora hasta que los pasajeros se dispusiesen a cenar; con suerte, lograría prolongar la cena hasta las diez y a esa hora ellos comenzarían a pensar en irse a la cama.

La puerta de la cocina se abrió y Sandy asomó la cabeza.

—Andy, ¿puedes pasarme otra botella de champán? La señora Curtis y la baronesa están sedientas. Creo que será mejor que hagas otra ronda con la coctelera.

—Iré en seguida, en cuanto termine de organizar el salmón —le respondió mientras abría la nevera y cogía una botella de la provisión que había puesto a enfriar—. No me molesta que beban mucho antes de cenar porque así dormirán mejor después. Menos problemas para ti y para mí si hay mal tiempo.

—¿Crees que habrá mal tiempo? —preguntó Sandy preocupado mientras descorchaba el champán.

—Ya viste el pronóstico, las tormentas son normales en estos viajes. Pero no te preocupes demasiado por ellos, estarán muy bien en cuanto se acuesten.

El corcho salió con un estentóreo chasquido y Sandy sirvió el champán burbujeante en una copa.

—El jefe me dijo que quiere sacar a los Curtis de la cabina de popa durante la noche. ¿No se enojarán?

—Tienen mala suerte —replicó Andy con indiferencia—. Podemos preparar todas las camas en las tres primeras cabinas y dejar la de popa para los que no quieran dormir. Así será mejor para todos.

—Me parece que tienes razón —coincidió Sandy—. Además, es la que está más

lejos de los lavabos. A los Curtis y los D'Este podemos instalarlos en el salón de fumar. Así no se meterán con nadie... ¿Cómo acomodaremos a los demás?

—Los King, el profesor y su hija en la cabina del medio.

—¿Laura no querrá estar con los King? —inquirió el sobrecargo.

—No, ya hablé con ella. Opina que los Wienzman se sentirán mejor en el cuarto más pequeño con los King.

—Y los cinco restantes en el salón de paseo. Si los Curtis lo soportan será un buen plan.

Después de que Sandy saliera, el camarero de a bordo rió entre dientes. El plan era bueno. En el almacén de la ropa blanca había un colchón especialmente incómodo que sólo se utilizaba como repuesto. Andy había pensado adjudicárselo a Stewart Curtis quien, de este modo, quedaría condenado a pasar una noche bastante incómoda.

Mientras bebían, el profesor agradeció a todos la ayuda que le habían prestado y comentó que aquella mañana, para celebrar la huida, había comprado un vestido para Siegret y un nuevo instrumental para él, ya que se había visto obligado a dejar en Austria el que tenía. De un bolsillo interior de la chaqueta sacó un documento cubierto de sellos y atado con una cinta adornada con borlas.

—Nuestros visados para Estados Unidos —explicó—. Las autoridades consulares fueron muy amables. Temí que tuviéramos que esperar muchos días.

—¿Espera poder regresar a Austria algún día? —preguntó Harold King—. Quiero decir, ¿cree que cesará la persecución contra los judíos?

—Eso espero. Viena es mi hogar y me gustaría regresar algún día. No creo que este mal continúe. En Austria aún quedan muchas personas buenas. Hombres como *Herr Meyer*, que nos ayudó a huir; y en Italia también, como mi viejo amigo Farenzi. Espero que no sufra ningún daño. Ahora, al menos, Siegret y yo podremos volver a vivir en paz.

Paul Rintlen había escuchado atentamente los comentarios, aunque fingía atender a la conversación entre la señora King, Laura y Luca D'Este, en la que éste explicaba cómo habría ganado la carrera hasta El Faiyum si no se hubiese visto obligado a abandonar la carretera. Hasta entonces Rintlen había evitado deliberadamente a los austríacos. Aunque ni ellos ni ninguna de las personas que viajaban a bordo le habían visto con anterioridad y no tenía motivos para suponer que sospecharían de sus falsas credenciales, se proponía no correr riesgos innecesarios. Los Wienzman seguían alertas, sobre todo la muchacha, y dado su acento germano y su origen claramente continental, no deseaba asustarlos.

Pero no pudo dejar de sentirse interesado ante la mención de Meyer. Entonces había tenido razón al considerar desde el principio que el jefe de policía era responsable de la huida. Si finalmente lograba cumplir la misión con éxito, le ajustaría las cuentas. Se esforzó por seguir escuchando al viejo profesor y oyó su descripción de cómo habían pasado ante los guardias fronterizos sus apuntes de

investigación y sus historias clínicas camufladas como cuadernos de Siegret. En su mente aparecieron las palabras de Heydrich cuando ordenó el arresto de los Wienzman: «Traiga sin leer todos los documentos personales que encuentre».

Durante la persecución para capturar a la pareja que huía, esas palabras habían parecido poco importantes, pero de pronto adquirirían un significado especial. ¿Y si el profesor tenía en su poder algún secreto vital? Evidentemente, se trataría de un secreto político, que era lo que Heydrich había dado a entender. Información secreta sobre una persona de elevada posición en el Reich.

Mientras Rintlen especulaba, Desmond se había dedicado a observar la conducta de los Curtis. Al principio no esperaba que aparecieran y quedó sorprendido por la cordialidad que mostraron hacia sus compañeros de viaje. Charlotte había evitado su mirada y era algo forzada la alegría con la que conversaba con Jacquetta D'Este y el tranquilo turco de Alejandría. También notó que bebía mucho champán, ya que Sandy Everett le llenaba la copa por cuarta vez.

Su marido, al mismo tiempo, sostenía una discusión con Van Smit. Al igual que su esposa, Curtis parecía hacer un esfuerzo para mostrarse afable y actuaba como si la desagradable escena que se desarrolló en la cabina de popa antes del despegue no hubiese tenido lugar.

Andy Draper apareció con una nueva bandeja llena de cócteles. Los viajeros parecían divertirse y Desmond pensó que podía regresar a la cubierta superior.

—Ahora recibiremos un informe del barco meteorológico que está en el océano —comentó con Laura.

—Comandante, ¿espera toparse con mal tiempo? —inquirió Van Smit de manera directa en el mismo momento en que Desmond se disponía a salir.

—En absoluto —respondió. No tenía sentido alarmar innecesariamente a los pasajeros y aún no se sabía con certeza si la tormenta atravesaría la trayectoria del avión—. Por motivos de navegación es importante que contemos con toda la información posible sobre la fuerza y la dirección de los vientos que encontramos, dado que pueden afectar enormemente nuestra velocidad. Es posible que nos retrasen potentes frentes que no son excepcionales en un vuelo este-oeste.

Stewart Curtis, que miraba por la ventanilla e ignoraba ostentosamente la conversación, intervino:

—¡Retrasos! ¿Cuánto tiempo de retraso?

—Sólo he dicho que existía la posibilidad de una demora y todo el tiempo que podamos perder durante la travesía, casi siempre puede compensarse al día siguiente. Ocurra lo que ocurra, llegaremos a Nueva York mañana por la tarde.

Tranquilizó al financiero y se encaminó hacia la cabina de vuelo. Le pareció llegado el momento de comprobar la marcha del *Caterina* y ver cómo soportaba Ralph Kendricks las exigencias que se le planteaban.

A decir verdad, Ralph había estado demasiado ocupado desde que partieron de Irlanda para pensar demasiado en los temores que le habían perturbado unos días

antes. Aunque tanto Desmond como Frazer eran oficiales de vuelo diplomados, la mayor parte de las tareas concernientes al viaje recaían en Ralph. Sobre su mesa estaba extendida una carta del Atlántico Norte, bordeado a cada lado por las orillas de los dos continentes a los que separaba. Desde el extremo derecho salía una línea roja para trazar el principio de la gran ruta circular entre Irlanda y Terranova. A su alrededor aparecían otros instrumentos utilizados para trazar el recorrido del hidroavión: un sextante, placas de deriva, un cronómetro, reglas para trazar paralelas, compases de división, libros con tablas astronómicas y hojas de papel cubiertas de complejos cálculos.

Como en aquel momento se encontraban a una distancia aproximada de quinientos kilómetros de la costa de Irlanda, Ralph todavía confiaba primariamente en el radiogoniómetro Marconi para establecer la posición de la nave, y sólo utilizaba la técnica de estima y observación astronómica como comprobación de seguridad y para descubrir la velocidad del viento. Más tarde, cuando la distancia fuese demasiado grande para poder realizar con exactitud señalizaciones por radio o si las condiciones climatológicas interferían, tendría que recurrir a los métodos más antiguos.

Cogió una regla y un lápiz, se inclinó sobre el gráfico y con meticulosa precisión extendió la línea roja fraccionada del rumbo del *Caterina* hasta unirla con la minúscula cruz trazada a lápiz que representaba su última posición. La navegación exigía esfuerzo, notable capacidad para el manejo de los instrumentos y del equipo, facilidad para los cálculos y suma meticulosidad. Era una tarea que a Ralph le resultaba en gran medida gratificadora. Conducir un avión a través de tres mil doscientos kilómetros de océano amorfo —la mayor parte del tiempo a oscuras o con mala visibilidad y frente a vientos constantemente cambiantes— no sería un logro fácil pero podría sentirse orgulloso. Además, al ocupar de este modo su mente esperaba anular las imágenes corrosivas de sus sueños.

Ralph se estiró para coger el plan de prevuelo del *Caterina* sobre el trayecto trazado en Southampton según la información de que disponían antes del despegue y una hora de película transparente en la que había trazado una síntesis de los detalles transmitidos por el «Jacques Cartier», apostado en el océano, y el servicio meteorológico del Canadá. Al comparar los tres gráficos, era posible ver que el centro de la tormenta avanzaba hacia el sudeste más rápido de lo que suponían y que a su velocidad presente interceptaría el rumbo propuesto del hidroavión al cabo de unos novecientos sesenta kilómetros. Evidentemente, el desvío que habían previsto tendría que ampliarse hacia el sur para que el avión pudiese rodear la zona de peligro ampliada. Ralph se inclinó una vez más sobre el gráfico y comenzó a calcular la alteración.

—¡Diablos! —exclamó Frazer disgustado cuando le mostró el cambio propuesto—. Eso agregará un mínimo de dos horas al horario y ya nos hemos desviado bastante.

—Lo sé —reconoció Ralph—. He cortado hasta donde me he atrevido, pero todo el frente atravesará nuestro camino. Creo que aun así las pasaremos moradas.

—No sé de qué tienes tanto miedo —dijo Ken maliciosamente—. Sólo se trata de una tormenta eléctrica y ya hemos volado en medio de muchas.

—Pero no sobre el Atlántico Norte. Y no se componían de vientos de sesenta nudos que arrastraban nieves desde el Ártico —respondió Ralph—. Hay nubes hasta los seis mil metros, serio congelamiento y vientos con fuerza de tormenta que cubren una superficie de quinientos dieciocho mil kilómetros cuadrados entre el estrecho de Hudson y la costa de Groenlandia, y todo eso se interpondrá en nuestro camino en medio del océano. Si realizamos la alteración que propongo, podremos evitar lo peor.

—¿Quieres decir que pretendes que nos desviemos quinientos sesenta y cinco kilómetros de nuestro rumbo porque tienes miedo de volar en una tormenta?

El tono burlón del primer oficial era inconfundible pero Ralph lo ignoró.

—De todos modos, la decisión corresponde al jefe y sabes condenadamente bien lo que ordenará, así que no tiene sentido discutir.

—Tienes suerte, ningún otro comandante llevaría a un oficial de radio que se ha venido abajo —se mofó Ken—. Para ti debe ser mucho más fácil.

Esta vez Ralph reaccionó y apretó furioso la mandíbula.

—Eres un cabrón traidor. Espera a que te agarre en tierra. Entonces veremos quién está asustado.

Frazer sorbió por las narices en un gesto desdeñoso.

—Mejor será que veamos primero si tienes valor para aterrizar, ¿no? Sólo hace dos horas que salimos de Irlanda y ya te has venido abajo.

Temblando de ira, Ralph volvió a sentarse ante la mesa. Intentó ocuparse de los gráficos, pero las líneas y los números danzaban ante sus ojos y su mente se negaba a registrar los cálculos. Al mirar el trayecto de la tormenta que había bosquejado en el mapa y los informes meteorológicos que completó, supo que Frazer tenía razón. Estaba asustado, profunda y espantosamente asustado. Asustado de la inmensidad vacía del interminable océano que se abría bajo ellos y de las olas frías y devoradoras que le esperaban.

Desmond percibió el cambio de actitud del radiotelegrafista en cuanto llegó y, aunque no hizo ningún comentario, no pudo dejar de preocuparse. No obstante, respaldó los consejos de Ralph sobre la necesidad de un cambio de trayecto y luego de analizar los gráficos ordenó a Frazer que realizara las alteraciones necesarias para ampliar el desvío del hidroavión hacia el sur.

Sabía que ni siquiera así estarían al margen de todas las consecuencias de la tormenta. Volvió a ocupar su asiento, recorrió con la mirada el panel de instrumentos y evaluó la situación. El *Caterina* volaba a una altura de mil metros y el indicador de velocidad marcaba doscientos sesenta kilómetros por hora, aunque Ralph explicó que los vientos frontales reducían esa cifra a doscientos veinticinco. Al otro lado de las ventanillas, el cielo comenzaba a cubrirse de cúmulos a la deriva, que se fundían en

una sólida línea sobre el horizonte. La temperatura de la atmósfera era de cinco grados y medio, por lo que aún no había peligro de congelamiento.

Desmond desconectó el piloto automático y dirigió la aeronave durante un rato, comprobando su respuesta a los mandos. En aquellos momentos la pesada carga de combustible estaba desigualmente repartida, lo que imprimía lentitud al hidroavión, pero cuando se encontraran con la tormenta buena parte del exceso se habría consumido. Con suerte, para entonces los pasajeros estarían cómodamente acostados.

Ante ellos el sol se sumergía lentamente en el mar y daba un resplandor amarillo a las altas olas coronadas de blanco y a la imponente fila de nubes que aumentaba en el oeste, manchándolas de un color rojizo y malsano.

EN LA COMISARÍA DE POLICÍA de Southampton, Bill Moyers obtenía nuevos resultados en la investigación a su cargo. Un registro del expreso de la una que salía de Londres reveló manchas de sangre en el vagón de cola así como un proyectil encajado en la madera del interior del pasillo, a cuarenta y cinco centímetros del suelo y cerca de una de las puertas.

—Nueve milímetros —le comunicó el experto en balística—. Si el arma pertenece a un alemán, como se supone, probablemente se trata de una Walther o una Luger. Es más probable la primera, pues el año pasado la P38 reemplazó a la Luger como arma de uso militar corriente.

Además, aunque el consulado alemán no se mostró servicial y aparentemente se incomodó cuando le expusieron el incidente, una llamada a la sección especial de la policía metropolitana —encargada de los delitos políticos— proporcionó la información de que Keller, que había sido encontrado en la boca del túnel con la herida de bala en el pecho, era un conocido agente.

—Más bien un asesino de la policía secreta —explicó a Moyers el oficial de servicio—. Creemos que lo utilizaron como espantajo para mantener a raya a sus compatriotas que están aquí. Supuestamente se encontraba bajo vigilancia, pero debió escaparse y subir al tren. De momento ignoramos el motivo, pero hacemos todo lo posible para averiguarlo.

El inspector jefe informó a Dewhurst, el sargento de policía que trabajaba con él en el caso, cuando entró en el despacho con un fajo de papeles en la mano.

—Enviarán hombres para establecer enlaces. ¿Ha conseguido las listas de pasajeros que le pedí?

—Aquí las tiene, señor. —Dewhurst le entregó los papeles por encima del escritorio—. El hecho de haber logrado demostrar definitivamente en qué tren viajaban las víctimas ha sido de gran ayuda. Nos permite excluir al *Queen Mary*, que transporta más de mil pasajeros. Hay un gran vapor italiano que salió con destino a Génova a las cuatro de la tarde y tenemos la lista completa; el *Oriana*, de P & O, partió aproximadamente a la misma hora y media hora antes salió un barco sueco con

destino a Copenhague y Estocolmo. Tiene ante sus ojos los nombres de todos los pasajeros de esos barcos.

—Supongo que el *Oriana* se dirigía a Australia —comentó Moyers mientras hojeaba las listas—. ¿Esto es todo?

—Creo que no, señor. En el período en cuestión salieron varios barcos de carga y cabotaje y aún intento conseguir los detalles. También están los ferris, pero no tenemos listas. Además, salieron dos aviones: el Imperial 109, un vuelo trasatlántico a Canadá y Nueva York y otro de la Pan American a Lisboa.

Moyers examinó pensativamente una de las listas.

—¿Sabemos cuáles de estas personas tuvieron más posibilidades de viajar en el expreso de la una?

—Tenemos cierta idea, señor, pero no una lista. Cualquiera de los pasajeros de los ferris del canal pudo cogerlo, pues se trata de una excelente conexión. Algunos de los del *Oriana* y del barco italiano pudieron hacer lo mismo, pero probablemente la mayoría cogió un tren anterior. Sin embargo, sabemos algo con certeza: la Imperial Airways reservó un vagón para los pasajeros de su vuelo trasatlántico, pero sólo son trece personas de un total de cerca de seiscientas.

—Bueno, será mejor que pongamos manos a la obra. Haré una llamada para que cualquier persona de la localidad que haya viajado en ese tren y oído o visto algo sospechoso se ponga en contacto con nosotros. Mientras tanto, revisaremos las listas en busca de alemanes y esperaremos que la sección especial pueda encontrar algo sobre los motivos. Estarán aquí a las nueve.

Los dos hombres se instalaron en sus escritorios y comenzaron a leer las columnas de nombres.

LOS MISMOS VIENTOS QUE IMPULSABAN la tormenta hacia el Atlántico Norte habían despejado el cielo sobre Nueva Inglaterra y el cálido sol de la tarde derretía la nieve de las colinas que rodeaban el lago Warren. Susie no estaba en el café cuando llegó Jarrett para almorzar y cumplir con la cita. En su lugar, una anciana agria y desaliñada atendía la barra y le miró de mala manera cuando le preguntó por la muchacha.

—Se ha ido, yo misma le hice liar el petate. ¡Vaya picara mal hablada! Le dije: «te enseñaré a hablarme correctamente: puedes coger tu dinero y largarte». Me hizo caso. Esta mañana se largó.

Desconcertado por la inesperada noticia, Jarrett terminó de comer sombríamente y regresó a la camioneta. Apenas la había puesto en marcha cuando alguien abrió la portezuela del lado del copiloto y vio a Susie de pie, con un sucio abrigo negro y una maleta destartada.

—Pensé que se había olvidado de mí. —Pat sonrió mientras la ayudaba a subir—. La mujer del bar me dijo que se marchó definitivamente.

—Esa vieja rata. Quería que me quedara esta tarde para limpiar su mugrienta cocina. Le respondí que limpiara ella su maldito suelo y por eso me echó. —Suspiró resignada—. De todos modos, pensaba irme. Pensé que quizás usted podría llevarme hasta Bellows Falls después de visitar el lago.

—Por supuesto, lo haré encantado. ¿Vuelve a casa de su padrastro? —Jarrett puso la primera marcha y comenzó a conducir calle arriba.

—Tal vez, ya veré. —Susie se encogió de hombros—. Él no quiere que permanezca mucho tiempo, pero podría encontrar un trabajo cerca de allí.

Poco a poco, mientras subían hacia el lago, le habló de sí misma. Su padre había llevado una vida de trabajo agotador para levantar su pequeña granja en los bosques de Vermont. Se casó ya mayor y Susie sólo tenía diez años cuando murió, un invierno, prematuramente consumido a causa de la lucha por la vida. Menos de un año después su madre se casó de nuevo con un hombre duro y malhumorado, que descuidó la tierra mientras se dedicaba a beber y cazar con sus compinches. Su padrastro nunca le había caído bien y él, por su parte, se sentía molesto con la chica y protestaba por el dinero gastado en su manutención. Susie abandonó su casa a los quince años, cuando él entraba a la fuerza en su dormitorio por la noche.

Ahora, tres años después, su madre también había muerto y pronto vendería la granja para pagar las deudas de su padrastro. Ya no tenía adónde ir. Lo único que podía esperar era conseguir otro trabajo servil como el que acababa de perder. Contó todo esto filosóficamente, pero detrás de sus palabras Pat Jarrett percibió la amargura y la frustración que sentía. La vida nunca le ofreció muchas cosas, pero lo que una vez tuvo le había sido arrebatado.

Una vez en el lago, su estado de ánimo se hizo más alegre. El Supermarine fue todo un éxito. Jarrett le permitió sentarse en la carlinga y le explicó el funcionamiento de los mandos mientras ella jugaba deleitada con la palanca de control y apretaba con los pies el timón de dirección. Luego le pidió que se sentara en el malecón para verle volar y realizó una serie de vuelos acrobáticos sobre el agua, terminando con un rizo superficial en medio del lago y un recorrido a bajo nivel a través del principio del malecón que la obligó a tenderse sobre las tablas.

—Un poco más, un poco más —suplicó Susie después de que él posara el avión sobre la superficie y carreteara—. Nunca vi un espectáculo de vuelos acrobáticos dedicado a mí.

—Más tarde —prometió al bajar y amarrar la nave—. Si eres buena y te portas bien.

El calor de su sonrisa le produjo un cosquilleo de placer.

—¿Lo prometes realmente si soy muy buena? —preguntó con un tono deliberadamente provocativo.

Pat la atrajo hacia sí y por un instante sintió su boquita voraz apretada contra la suya y la firmeza de su cuerpo entre sus manos. Ella rió, se liberó, se separó de su abrazo como una anguila, volvió a reír y corrió por el sendero hasta la casa.

Él la alcanzó cuando cruzaba la puerta de la cocina y forcejearon en el interior hasta que la arrinconó contra la pared, besándola y acariciando ansiosamente su cuerpo. Durante unos instantes ella siguió forcejeando, agitó la cabeza de un lado a otro e intentó soltarse. Luego se relajó lentamente y su boca volvió a buscar la de Pat.

LA CENA A BORDO DEL *Caterina* no tuvo el éxito que Andy esperaba. La razón de ello no se debía a la calidad de la comida ni a los cuidados puestos en su preparación. Ciertamente, habría sido difícil criticar algún detalle. Contra un fondo de mantelería blanca almidonada y margaritas recogidas por la mañana, la plata bruñida y el cristal brillaban bajo la suave iluminación de las cabinas. La noche había caído y se habían corrido las cortinas para ocultar la oscuridad exterior, en la que a intervalos brillaba la Luna entre los bancos de nubes que pasaban velozmente y creaban una inquietante tracería de plata en las agitadas olas.

Gran parte de la anterior euforia de los pasajeros había desaparecido y ni siquiera la excelente comida de Andy logró que recuperaran el buen humor. Comenzaban a comprender el pleno significado del viaje que habían emprendido.

Mientras el hidroavión cruzaba el océano aparentemente ilimitado, miraron por las ventanillas el mar nunca cambiante que se extendía mil metros abajo, atenazados por la conciencia de su propia fragilidad e insignificancia frente a semejante vacío e inmensidad. Inglaterra ya había quedado atrás y América aún estaba lejos; todavía faltaban dos tercios del viaje: dos mil quinientos cincuenta kilómetros sin ver tierra. El sentido del tiempo y del movimiento había desaparecido y quedaron protegidos en una minúscula burbuja de calor y luz suspendida sobre un mundo a oscuras y sin vida.

Jacquetta había cenado en la cabina de popa con su marido y los Curtis, en un ambiente de apesadumbrada melancolía pese a los intentos de Luca por mantener la conversación. El champán había producido en Charlotte una agria depresión que bastó para estropear la comida, mientras su marido se mostraba hosco y retraído y apenas se molestaba en responder cuando le dirigían la palabra.

Jacquetta sólo anhelaba que la cena concluyera. Sabía que Rashid comía en la cabina de al lado, irónicamente en la misma que Van Smit, y estaba febrilmente angustiada por temor a que se derrumbara la fachada de indiferencia que había entre ellos. A eso se sumaba el temor constante que la dominaba cada vez que el joven jeque se presentaba cuando su marido estaba presente. Al igual que Rashid, ahora Luca iba armado, ya que había conseguido una pistola en la embajada al recibir el telegrama de Roma, lo que convertía la situación en un barril de pólvora que una sola palabra incorrecta podía hacer estallar.

Hubo una suave llamada a la puerta y entró el camarero con una bandeja; retiró los restos del postre y el café.

—Supongo que quiere que nos demos prisa y dejemos lugar a los demás —

comentó Charlotte disgustada.

Andy sonrió amablemente. Sabía que los Curtis habían prolongado deliberadamente la cena para postergar el momento en que tendrían que ceder el paso a los demás pasajeros.

—Señora, no es necesario que se preocupe ahora —respondió condescendiente—. Hemos preparado las camas para ustedes en el salón de fumar y en seguida nos ocuparemos de la cabina del centro de la nave, pero probablemente dejaremos el salón de paseo hasta que más personas quieran retirarse. Desde luego —agregó distraídamente mientras retrocedía hacia la puerta con la bandeja cargada—, el sobrecargo y yo tendremos que pasar muchas veces por aquí para retirar de la bodega trasera las maletas de los pasajeros. Tal vez estarían más cómodos en su propia cabina de proa.

—Maldita insolencia —protestó Stewart Curtis en cuanto Andy salió—. Se esfuerza por hacernos imposible la vida.

—La culpa es del comandante —afirmó Luca, que consideraba a Desmond un enemigo declarado desde El Cairo—. Nosotros cuatro le hemos caído mal y permite que su tripulación nos trate con descortesía.

—No sin motivos por lo que a algunos de nosotros se refiere —comentó Charlotte secamente y se estiró para tocar el botón de la pared de la cabina. Jacquetta disimuló una sonrisa al ver el color que adquirirían las mejillas de su marido ante aquel comentario—. Personalmente estoy bastante cansada y supongo que lo mismo le ocurre a Jacquetta. Cuando llegue la criada le diré que prepare nuestros maletines. Ah, estás aquí, Arlette —dijo cuando la francesa se detuvo silenciosamente en el umbral—. *Bien, écoutez, Madame la baronesse et moi...*

Charlotte y Jacquetta no eran las únicas personas a bordo que deseaban retirarse temprano. La mayoría de los pasajeros tenían sueño después de la copiosa comida y de las siete horas que llevaban volando. El espectáculo de las cómodas camas en hileras gemelas provistas de sábanas, mantas y almohadas de pluma —astutamente diseñadas para que cada pasajero dispusiera de su ventanilla, lámpara de lectura y cortina individual— que el sobrecargo y el camarero preparaban con gran eficacia, bastó para que iniciaran los preparativos para acostarse.

Rintlen observó los cambios particularmente interesado. En cuanto quitaron a los Curtis y a los D'Este del medio, Andy Draper abrió la puerta de la cabina de popa que comunicaba con la cola del avión y extrajo el equipaje que el resto de los pasajeros necesitaba para pasar la noche. En medio del Atlántico, la seguridad del cargamento de oro detrás de las parrillas de metal provistas de cerrojo en el extremo trasero de la bodega era menos inquietante, y varios pasajeros pudieron entrar en el recinto retumbante y cavernoso para identificar su equipaje.

Mientras esperaba turno para utilizar el lavabo, Rintlen pensó que era posible que el profesor tuviera la precaución de llevar consigo los documentos o papeles con los que había escapado. Por otro lado, mientras vigilaba con disimulo a padre e hija, se

enteró de que, como mínimo, una de sus maletas seguía intacta en la bodega. Estaba decidido a intentar registrarla en cuanto el resto de los viajeros se durmiera. Probablemente aquellos cuadernos tenían la clave de lo que buscaba.

Ocupados en cambiarse y prepararse para ir a dormir y atraídos por la novedad de las nuevas disposiciones, pocos de los que se encontraban en la cubierta inferior repararon especialmente en la creciente turbulencia que había comenzado a atravesar el hidroavión.

Sin embargo, en la cubierta superior, la tripulación se veía sometida a una tensión creciente. El *Caterina* volaba entre bancos de densas nubes mientras Desmond luchaba por mantenerlo firme frente a los vientos arremolinados cuyas fuertes contracorrientes hacían que la aeronave se agitara y desviara. Como un mal presagio, la temperatura de la atmósfera había disminuido a un grado sobre cero. Desde que salieron de Irlanda, había mantenido a plena potencia el calor de los carburantes, pero los tres sabían que sólo se trataba de una cuestión de tiempo y que se verían obligados a reducir la altitud para evitar el peligro de congelación.

En la ventanilla de navegación de babor, Ralph Kendricks acomodó el sextante y observó por el ocular la imagen reflejada de una estrella, fugazmente visible gracias a un claro en las nubes. Hacía media hora que trataba de obtener sin éxito una posición según Rigel y ahora, desesperado, pasó a Aldebarán, en la constelación de Tauro. Acomodó el brazo del instrumento y logró descifrar el ángulo antes de que el puntito de luz del espejo desapareciera de nuevo.

Volvió a situarse ante la mesa y se obligó a concentrarse mientras trazaba la posición según su propia estima. Era indudable que el *Caterina* ya rozaba el borde de ataque de la tormenta. El frente propiamente dicho, de seiscientos cuarenta o más kilómetros de ancho, aún se encontraba a una hora de distancia. Detrás, ventiscas de intensidad huracanada arremetían sobre seiscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados de océano. Le temblaron los dedos mientras trazaba los trayectos convergentes del hidroavión y la tormenta. El margen de seguridad se reducía aterradoramente.

EL EQUIPO DE INVESTIGADORES de la sección especial llegó a las diez en punto, encabezado por un inspector elegantemente vestido, algunos años menor que Moyers, el cual dijo llamarse MacLain y declaró que le habían designado para llevar el caso.

—Desde luego —agregó fatuamente—, agradeceremos cualquier ayuda que su gente pueda prestarnos.

Moyers observó con recelo el elegante traje del hombre y vio que el aspecto de los que le acompañaban también contrastaba con su propia indumentaria holgada. Vio claramente que había sido relegado a desempeñar un papel secundario; sin embargo, opinaba que los policías debían parecer policías y no agentes de bolsa.

—Señor, por el momento el único hecho que hemos descubierto y que podría

estar relacionado —comunicó al inspector cuando éste volvió de realizar una exhaustiva revisión de los cadáveres, de sus ropas y otras pertenencias— es que en el vuelo Imperial 109... —en beneficio del visitante, cogió del escritorio la hoja que contenía los detalles— viajan los dos refugiados que escaparon de Roma. Ya sabe, los que aparecieron en la prensa. Se apellidan Wienzman. Además, el avión también transporta una considerable suma en lingotes de oro.

Hablaba ligeramente nervioso. Debido a la mala comunicación entre las diversas unidades de la fuerza, hacía muy poco que había recibido esa información.

—Estoy convencido de que nos será de gran ayuda —respondió altivamente el inspector—. Aunque dudo de que un viejo y una joven pudieran dar cuenta de dos agentes entrenados. Al margen de los demás asuntos que tratemos aquí, ciertamente no se trata de un caso de simple robo. No se preocupe. Naturalmente, le mantendremos informado de todo lo que averigüemos.

Moyers y el sargento ocultaron su malestar ante este tratamiento despectivo y reanudaron sus intentos de reconstruir una lista de pasajeros del tren a partir de la información que tenían sobre los que habían pasado por el puerto. Su venganza llegó alrededor de las once, cuando ya se disponían a suspender el trabajo deprimidos por la ausencia de progresos, y uno de los hombres del inspector entró en el despacho.

—Inspector jefe, parece que finalmente tenía razón con respecto a ese vuelo de Imperial Airways —dijo algo incómodo—. El hecho es que Scotland Yard ha proporcionado un informe enviado por uno de los funcionarios de inmigración de la terminal. Uno de los pasajeros a bordo de ese vuelo podría tener un pasaporte sospechoso. Un hombre llamado Perler, Ernst Perler.

—¿Y por qué demonios lo dejaron pasar? —preguntó Moyers—. Se trataba de un vuelo con lingotes de oro. ¿Acaso no era motivo suficiente para investigar a fondo?

—Al parecer, nadie les habló del oro —respondió el oficial—, se mostraron demasiado reservados. La cuestión es que ahora parece que puede existir una conexión entre esos refugiados austríacos que van a Estados Unidos, los agentes muertos y quienquiera que sea este Perler que subió al avión bajo un nombre falso. Tenemos que ponernos en contacto de inmediato con el empleado de inmigración que lo vio.

Ian Smallpage llegó a la comisaría de policía de Southampton en un estado próximo a la conmoción. Poco antes había estado en casa de los padres de Helen y festejó dichoso el anuncio formal de su compromiso dándose el lujo de acercarse a la borrachera como nunca lo había hecho. Después la sirena de un coche patrulla sonó en la calle, llamaron a la puerta y la fiesta finalizó bruscamente con la entrada de varios policías que le exigieron que los acompañara de inmediato a la comisaría.

Se desató un pandemónium cuando Helen rompió a llorar y ambas parejas de padres intentaron averiguar furiosos de qué delito se acusaba a Ian. Los agentes sólo respondieron que habían recibido una orden de la sección especial para llevárselo inmediatamente, pero no sabían nada más. Como respuesta, dejaba mucho que desear

y sólo sirvió para acrecentar la congoja de los parientes y amigos reunidos.

De modo que un Smallpage que recuperaba rápidamente la sobriedad fue acompañado hasta la comisaría por su nueva y compungida prometida y por los padres de ambos. Su llegada en masa desató al instante un caos en la recepción, ya que todos intentaban hablar a la vez con el desconcertado sargento de guardia; el caos duró hasta que apareció Moyers. Explicó que sólo necesitaban a Ian a fin de contribuir a la identificación de un viajero, apaciguó los ánimos y se llevó al joven para interrogarlo.

Por suerte, Smallpage estaba dotado de una gran memoria y no sólo pudo proporcionar una descripción exacta del hombre que se hacía llamar Ernst Perler, sino también detalles tales como la ropa arrugada, el rostro amarotado y la información de que provenía de Roma.

—Ciertamente, parece el tipo que andamos buscando —afirmó el inspector MacLain después de escuchar la descripción—. Ignoro qué hay detrás de todo esto, pero parece claro que este Perler siguió a los Wienzman desde Roma y es un agente. No sé por qué mató a sus dos colegas pero será mejor que enviemos inmediatamente un mensaje al avión.

Moyers dirigió la mirada al reloj colgado de la pared del despacho. Eran las once y cuarto. El hidroavión llevaba ocho horas en el aire y estarían a unos mil seiscientos kilómetros Atlántico adentro.

Llamaron inmediatamente por teléfono al personal nocturno de la Imperial Airways y les explicaron la situación.

—Al menos la tripulación está armada gracias a que transportan lingotes de oro —murmuró MacLain mientras aguardaban noticias y la compañía aérea intentaba establecer contacto por radio con el Imperial 109.

Poco después de medianoche, un preocupado Jack Priestly se puso al teléfono, después de que lo sacaran de la cama a causa de la emergencia.

—Tengo que decirle que nosotros no podemos comunicarnos con el avión y los canadienses tampoco. Hemos perdido totalmente el contacto. En este momento atraviesa una zona de fuertes tormentas que debe bloquear nuestras transmisiones.

—O eso, o se ha caído —comentó alguien después de que Moyers transmitiera el mensaje.

—¿VAS A SECUESTRAR UN AVIÓN? ¡No te creo, estás loco! —Jarrett y Susie estaban abrazados en la estrecha cama del piloto e intercambiaban confidencias de amantes cuando su súbita confesión la obligó a erguirse y lanzar aquella exclamación de incredulidad—. ¡No te creo! —repitió y le miró con el ceño fruncido—. Me estás tomando el pelo.

Jarrett le sonrió. Desconcertada, Susie había dejado que las ropas de cama cayeran de su espalda y él la acarició desde la cadera, pasando por el estómago hasta

sus pechos altos y firmes.

—Es verdad —afirmó suavemente—. Mañana, a las tres en punto de la tarde, voy a secuestrar un avión y a despojarlo de dos millones de dólares en oro.

La muchacha le apretó fuertemente la mano como si temiera perderlo, con expresión seria y preocupada mientras percibía el propósito contenido en sus palabras.

—Cuéntame —ordenó—. Cuéntamelo todo.

Acostado y sometido a la mirada de Susie, Jarrett reveló hasta el último detalle de su plan y sus preparativos.

Si alguien le hubiese preguntado por qué había elegido confesarse de este modo con una chica a la que veía por tercera vez, probablemente habría sido incapaz de responder. Había hablado casi sin pensarlo a conciencia; a decir verdad, en ningún momento le pasó por la cabeza que al hacerlo podría correr peligro. Simplemente dio por sentado que la muchacha lo comprendería todo cuando se lo explicara.

—Cuando tengamos el dinero, tú y yo nos iremos juntos y empezaremos una vida decente en alguna parte —concluyó.

Por un instante se observaron seriamente y en silencio, estudiaron con atención sus expresiones para confirmar sus sentimientos. Jarrett vio que la convicción y la esperanza gradualmente reemplazaban a la incredulidad que había expresado la muchacha, y supo que su instinto no le había engañado. Al igual que él. Susie había experimentado la amarga decepción de un mundo que parecía prometer mucho pero sólo ofrecía amargura y humillación.

Él esperó sus preguntas, dispuesto a disipar sus últimas incertidumbres pero, con sorprendente fatalismo, Susie aceptó todas sus propuestas sin titubear. Sólo quería saber una cosa.

—¿A dónde iríamos?

—Iremos al sur, hasta México. Pero después podemos ir adonde tú quieras. Tal vez a Europa, a ver Inglaterra o Francia.

—¡Francia! —El rostro de Susie se iluminó y sus ojos centellearon—. ¿Realmente podremos ir a Francia, incluso a París? Tú estuviste allí durante la guerra, cuéntame.

Volvió a meterse en la cama, se abrazó a él y se cubrieron con las mantas. Durante un rato, la dejó descansar mientras recordaba para ella las imágenes de la ciudad que había conocido en tiempos de guerra, cuando era un osado y joven as de la aviación que disfrutaba de permiso.

—Continúa —le apremió cuando se detuvo, pero Jarrett sacudió la cabeza negativamente.

—Vamos —le palmeó suavemente el trasero—. Más tarde habrá tiempo para eso pero ahora tenemos que trabajar si queremos estar listos mañana.

EN MEDIO DEL ATLÁNTICO, las condiciones atmosféricas habían empeorado considerablemente una hora antes de medianoche. El primer indicio del deterioro fue la rápida acumulación de densos bancos de nubes bajas hasta tal punto que la tripulación del *Caterina* descubrió que volaban a ciegas, totalmente rodeados por oleadas opacas de vapor. En un principio, Desmond intentó subir por encima de las capas de nubes. La temperatura exterior disminuía de manera nefasta y en esas condiciones de bruma húmeda el peligro de congelación estaba muy próximo. Atacó los motores e hizo subir el avión hasta cuatro mil metros; durante un rato la atmósfera estuvo relativamente despejada.

Luego, a la luz de la Luna que aparecía a través de las turbulentas aglomeraciones, vieron un inmenso banco de nubes oscuras, tan sólidas como una cadena montañosa, amenazantes y tempestuosas que llegaban hasta una altura de seis mil metros o más. En cuanto entraron en esas capas, encontraron fuertes chubascos, ráfagas de viento y una considerable turbulencia. Poco después la temperatura estaba por debajo de cero y las alas quedaron cubiertas por una costra de cellisca congelada. No tuvieron más remedio que descender.

Atravesaron una negrura tan intensa que en ocasiones las puntas de las alas e incluso los motores externos quedaron ocultos. La turbulencia aumentó y los golpes y los baches de aire sacudieron el avión. Desmond confiaba totalmente en los instrumentos; incapaz de distinguir el mar o el cielo, sólo lograba saber lo que le ocurría al hidroavión vigilando con atención el horizonte artificial, el inclinómetro y el indicador de giro. Se había descubierto que sin esas ayudas la fuerza centrífuga provocada por un giro en medio de las nubes causaba en los oídos del ser humano una pérdida tan plena del equilibrio dimensional que era propenso a creer que su aeronave estaba recta cuando en realidad se encontraba en un ángulo muy acentuado con respecto a la horizontal. A él le parecía, desde luego, que la horizontal estaba en el interior del avión. Si entraba en una espiral o en un giro, no tendría modo de saber cómo salir.

Los relámpagos centellearon momentáneamente en la proa de estribor y el frío resplandor dejó ver un escenario de nubes tormentosas que se agitaban bajo la fuerza de gigantescos remolinos a través de los cuales los pilotos intentaban divisar el océano. El altímetro indicaba que menos de doscientos sesenta metros separaban al avión de la superficie y, en esas condiciones, Desmond no se atrevía a continuar el descenso a menos que la visibilidad mejorara.

Los relámpagos volvieron a iluminar el cielo, esta vez a muy corta distancia. Una doble pulsación abrasadora tan cercana que durante varios segundos sus retinas quedaron dolorosamente enceguecidas y el *Caterina* se agitó violentamente en medio de las ráfagas de aire. Los chubascos se convirtieron en granizo mezclado con nieve y les atacaron desde la negrura con malévolos furia. La temperatura exterior había

descendido a cinco grados bajo cero y por la ventanilla Desmond vio extensiones de hielo en la superficie sobresaliente del ala y en la tapa del motor interior, que resplandecían opacas a la luz de la cabina.

Vieron más relámpagos y el *Caterina* se estremeció tan violentamente que el comandante tuvo la convicción de que había sido alcanzado. Atrapada en una monstruosa corriente descendente, la aeronave descendió aterradoramente y mientras lo hacía la aguja del altímetro retrocedía hasta las quinientas revoluciones. Los propulsores absorbieron el aire mientras Desmond accionaba la palanca y abría los aceleradores para sacar el aparato del picado. El ala de babor se hundió bruscamente, amenazando con hacerles entrar en barrena y el comandante accionó a fondo el timón de dirección para enderezarla, sintiendo que el aparato vibraba a causa del esfuerzo.

Después, en apariencia casi milagrosamente, atravesaron la parte inferior de la capa de nubes y la superficie del océano resultó débilmente visible.

—¡Dios mío! ¿Qué demonios es eso? —exclamó Frazer y miró a través de la nevisca que azotaba las olas que ahora se encontraban a ciento veinte metros bajo la quilla del hidroavión.

Los otros dos siguieron la dirección de su mirada y Ralph Kendricks se inclinó por encima del hombro del comandante para mirar por el parabrisas.

Cuatrocientos metros más adelante se distinguía una enorme masa blancuzca contra el fondo más oscuro del océano, la cual se aproximaba rápidamente mientras el *Caterina* sobrevolaba las aguas embravecidas. Desmond se agachó a la izquierda del panel de instrumentos, accionó un par de palancas y poco después, desde el morro y el ala de estribor, la luz de un par de proyectores atravesó la noche. En la bruma, su potencia de diez mil bujías era penosamente insuficiente para atravesar los mantos casi sólidos de lluvia y cellisca, pero sus rayos permitieron que los asombrados aviadores divisaran los acantilados relumbrantes y perpendiculares y la abrumadora cresta encorvada del gigantesco iceberg que se interponía en su camino.

—¡Vamos a chocar! —gritó Frazer y durante un instante Desmond coincidió con él, mientras la montaña de hielo manchada de gris parecía cubrir las ventanillas.

Movió la palanca y sintió que el hidroavión se elevaba y pasaba por encima, esquivando por muy poca distancia la amenazante mole de hielo a la deriva.

—¡Dios mío! —repitió Frazer y en el resplandor de la luz de la cabina su rostro parecía verde a causa del miedo—. No sabía que los icebergs de ese tamaño llegaban tan al sur.

—¿No has oído hablar del «Titanic»? —inquirió Desmond, que apenas disponía de tiempo para hablar a causa del esfuerzo que le exigía el control del avión. Al hacerlo le recorrió un escalofrío, pues recordó el vapor de la *White Star* y sus mil quinientos pasajeros que se perdieron en aquella misma zona, una noche de abril, veintisiete años antes. Si el tiempo empeoraba, el *Caterina* también podía sucumbir en las gélidas aguas del Atlántico.

En la cubierta inferior, varios pasajeros lograban dormir a pesar de la tormenta y

de las fuertes sacudidas.

Paul Rintlen pertenecía al grupo de los desvelados. Ocupaba una de las cinco camas instaladas en el salón de paseo: las dos más próximas a la puerta de proa estaban ocupadas por Laura Hartman y Arlette —la criada de Charlotte Curtis—, mientras las demás habían sido asignadas a Rashid al Senusi, Van Smit y Rintlen. En la parte trasera del avión, aislada de la otra cabina por una gruesa cortina, la de popa continuaba iluminada e intacta para que la usaran aquellos que no podían dormir ni permanecer en la cama. En aquel momento estaba vacía.

Rintlen podía distinguir el cuerpo de Rashid bajo la débil luz, que se agitaba inquieto en la litera. Más tarde, cuando la nave se moviera más suavemente y existieran más posibilidades de que todos los demás estuviesen profundamente dormidos, el oficial del SD intentaría abrirse paso a través de la cabina iluminada y llegar hasta la bodega. Con un poco de suerte, lograría llevar a cabo un profundo registro del equipaje de los Wienzman sin que lo detectaran.

EN INGLATERRA, AÚN INTENTABAN comunicarse con el hidroavión, pero las preocupaciones por su seguridad crecían ante los repetidos fracasos para obtener respuesta. Los informes que provenían de los barcos meteorológicos y otros próximos a la zona de la tormenta proporcionaron una lúgubre imagen de las condiciones predominantes mil seiscientos kilómetros Atlántico adentro. La tormenta había atravesado directamente la ruta que el *Caterina* se proponía seguir, y aunque tuvieran en cuenta el desvío que debió de realizar en su intento por eludirla, era indudable que la aeronave debía soportar serias dificultades.

En Ja comisaría de policía, Moyers y los demás oficiales aguardaban noticias. El aire del despacho estaba cargado de humo y las mesas cubiertas de ceniceros llenos y tazas de café a medio terminar. Aunque la conversación no tenía ilación y estaban agotados, nadie estaba dispuesto a retirarse antes de tener algún informe concreto sobre el destino del hidroavión. De vez en cuando sonaba alguno de los teléfonos del escritorio de Moyers y despertaba a los reunidos pero el mensaje era siempre el mismo: «Aún no hay noticias».

A las dos de la madrugada, cuando en circunstancias normales y con buenos vientos el *Caterina* debería aproximarse a la costa de Terranova, informaron al Gobierno de la situación, pues aún no había noticias. Después transmitieron instrucciones a dos cruceros ligeros de la clase Royal Naval Aurora que soportaban la tormenta en alta mar, aproximadamente a setecientos kilómetros al sur del rumbo proyectado por el avión, a fin de que acortaran distancias e intentaran establecer contacto con sus propios equipos de radio a pesar de la interferencia de la tormenta. Además, se pidió a las naves del servicio de guardacostas de Estados Unidos que estuvieran alertas y comunicaran cualquier novedad sobre el avión desaparecido.

Pero aún no había respuesta del Imperial 109.

LA FUERZA DE LA TORMENTA aumentaba. Desmond había comenzado a sospechar que su rumbo le llevaba al mismo centro de la turbulencia. Aún volaban a una altura de menos de trescientos metros, en medio de implacables ráfagas de cellisca y de nieve. Los vientos violentos agitaban la aeronave y amenazaban a cada instante con cuartearla y hundirla en el mar. La temperatura exterior había disminuido aún más y el peso del hielo acumulado en las alas y el fuselaje comenzaba a crear una resistencia perceptible. En gran parte se debía a los densos bancos de bruma congelada con que tropezaban.

Desmond estaba preocupado, sobre todo, por la imposibilidad de establecer su posición de navegación. Ralph había realizado la última representación gráfica exacta hacía más de tres horas y ello había indicado que derivaban hacia el sur mucho más rápido de lo que esperaban. Desmond había intentado compensar esa tendencia en el período posterior, con el resultado de que sólo tenían una vaga idea de su rumbo real, calculado por el sistema de estima sin comprobación por ningún otro medio.

A intervalos frecuentes, intentaban establecer contacto por radio con *Terranova* o con algún barco que navegara en la zona, pero el estatismo de las descargas eléctricas de la tormenta hacía imposible que supieran si respondían a sus emisiones; también anulaba toda esperanza de que pudieran utilizar el equipo de radio de dirección.

A menos que pudiera estar más seguro de su posición, Desmond no estaba dispuesto a correr el riesgo de dirigirse más al sur y tratar de esquivar la tormenta o, al menos, deslizarse por sus bordes. Hacía casi diez horas que volaban a una velocidad media de doscientos cincuenta y cinco kilómetros por hora según el velocímetro. En realidad, él estaba seguro de que la verdadera velocidad había sido notoriamente inferior durante la mayor parte de ese período, gracias a los efectos del viento: doscientos diez o incluso ciento noventa kilómetros por hora, por lo que aún estaban a mil cien o mil doscientos kilómetros de distancia de su destino.

En ese caso, la situación no era crítica en modo alguno. El *Caterina* había despegado con un margen adecuado de combustible a fin de compensar el consumo extra debido a los vientos frontales, pero desde el principio del viaje se habían visto obligados a modificar la ruta original para tratar de esquivar la tormenta, lo que sumaba entre trescientos y quinientos kilómetros a la distancia del recorrido total del viaje. Esa cifra se veía incrementada por el ímpetu de los vientos, que los arrastraban constantemente hacia el sur, y era posible que hubiesen llegado al punto en que el hidroavión ya no tuviera combustible suficiente para permitirles otro desvío más amplio en medio del océano.

Otro banco de niebla se extendía ante ellos. Era prácticamente imposible determinar qué era mar y qué nubes de vapor. Los cristales de hielo ya podían formarse en los delicados accesos del carburante; desde que entraron en la tormenta, Desmond había estado atento al temido tartamudeo y a las falsas explosiones que

indicarían la existencia de una boquilla de combustible bloqueada. En cuanto eso ocurriera allí, en medio del océano, el fin estaría muy próximo.

El cinturón de bruma era estrecho, pero en cuanto salieron de él fueron atacados por un turbión tan violento que todo el avión tembló, y a través de las ventanillas vieron que las alas se inclinaban y flexionaban de manera alarmante, mientras el granizo tamborileaba contra el cristal y chocaba estrepitosamente contra las placas metálicas. Debajo de ellos se deslizaba una masa de hielo flotante, cuyos bloques serrados eran más pequeños que el gigantesco iceberg que vieran antes, pero también eran más numerosos, lo que indicaba la temperatura enormemente fría de las aguas. Luego los envolvió otra capa de bruma húmeda que durante varios minutos bloqueó toda visibilidad, mientras el aire cargado de humedad se condensaba en la estructura metálica de la nave.

Repentinamente, Desmond tomó una decisión, ya que era imposible continuar en esas condiciones durante mucho tiempo. El peligro de congelación era intenso y, además, el hidroavión soportaba terribles sacudidas. Sandy le había advertido que los pasajeros comenzaban a mostrarse inquietos y asustados, y aunque su comodidad no era una cuestión primordial cuando se evaluaba la seguridad del avión, también se trataba de un factor a tener en cuenta.

—Haré otro intento de sobrevolar las nubes —anunció—. Si continuamos así más tiempo, dentro de poco transportaremos tanto hielo que nos caeremos. ¡Ralph! —Volvió a medias la cabeza para llamar al radiotelegrafista—. Quiero que tengas el sextante preparado e intentes trazar una posición a partir de las estrellas apenas se produzca alguna grieta en la capa de nubes. Necesito tener una idea de nuestra posición. —El sonido de los motores aumentó cuando Desmond incrementó su potencia para elevar la aeronave entre las capas de nubes. Observaba atentamente el cuentarrevoluciones—. Ralph, ¿me has oído?

—Sí, sí, jefe, le he oído.

La voz del radiotelegrafista sonó débil. Aunque Ralph parecía cansado y viejo, Desmond lo apostaba todo a favor de su capacidad de superar el miedo. Todos confiaban en él para que encontrara el modo de salir de la tormenta.

Desde que los elementos atmosféricos les habían cercado, y a partir del momento en que realizó la última posición de navegación, Ralph había estado sentado ante su escritorio manipulando los equipos de radio con una convicción interior de desesperanza. El *Caterina* contaba con un transmisor telegráfico Marconi para bandas de onda corta y media, así como con un receptor de telefonía de onda media y un radiogoniómetro. Además, estos tres elementos del equipo estaban apoyados por un aparato auxiliar transreceptor, destinado a servir de sustituto si el sistema principal fallaba; no obstante, las aterradoras condiciones atmosféricas ahogaban todo sonido en una marea de estatismo y hacían inútil este conjunto de complejos equipos.

A medida que se internaron en la depresión, los temores de Ralph aumentaron, le cubrieron como una ola lenta y fría, embotaron sus miembros y anestesiaron su

mente. Se sentía como si fuese absorbido por una ciénaga oscura y sin fondo que le rodeaba con su gélido brazo y lentamente le despojaba de la vida. Agarrotado e inmóvil, miraba con detenimiento los inútiles y parpadeantes indicadores que tenía delante. Sabía que tanto para él como para todos los que se hallaban a bordo, la muerte estaba muy próxima. Se sentía casi resignado.

Las palabras de Desmond atravesaron su letargo como si vinieran desde una gran distancia, como una voz que retumbaba en sus sueños. Con gran esfuerzo, logró responder. Alargó la mano hacia el sextante que había dejado junto al montón de gráficos. Sus propios movimientos le parecieron lentos y distorsionados, como los de un sonámbulo. Fue levemente consciente de que Frazer le observaba, con una mezcla de venganza cumplida y de desaliento. ¿Qué importaba?, pensó, quedaba muy poco tiempo y ya nada importaba.

Ascendían doscientos metros por minuto, la atmósfera se enfriaba y ello acrecentaba el peligro de congelamiento del carburador y sumaba peso al hidroavión. A pesar de la calefacción de la cabina, la temperatura había disminuido notablemente, de modo que ambos pilotos temblaban en sus asientos. Sandy Everett les llevó desde el compartimiento postal un par de chaquetas de vuelo de badana y se unió a ellos para observar por las ventanillas cualquier indicio de la anhelada desaparición de las nubes. La temperatura exterior estaba por debajo de cero, el altímetro marcaba una altura superior a los cuatro mil metros y Desmond se vio obligado a abrir al máximo los aceleradores de los motores con el propósito de mantener la altura. Cinco mil metros... Seis mil... Los motores acusaban el impacto y ahora se sumaba un nuevo peligro. Los indicadores de temperatura de los motores se acercaban a la zona roja de peligro, existía el grave riesgo de un incendio o de una dificultad dentro de los motores, así como el temor constante de una acumulación de hielo en las entradas de aire. La tensión aumentó en la cubierta de vuelo.

Frazer fue el primero en estallar.

—¡No sirve de nada! —gritó—. Estamos recibiendo demasiado hielo, el avión se recalienta y encima de nosotros podría haber otros tres mil metros de nubes.

Desmond no replicó. Podía percibir que los nervios de los demás también se encontraban al borde del estallido, pero estaba decidido a continuar. En lugar de dar la vuelta, arrojaría parte de la carga, era mejor eso que perder las vidas de todos los que estaban a bordo. La aguja del altímetro casi no se movía: en aquel momento apenas ascendían: 7000, 7050, 7100 metros: la aguja seguía oscilando. Los motores estaban sometidos al máximo de potencia. Los indicadores de temperatura habían entrado claramente en la zona roja; perdían velocidad y en cualquier momento el hidroavión se volvería ingobernable a causa de un descenso de la velocidad mínima de vuelo. Los mandos ya resultaban lentos.

—¡Vamos a perder la velocidad mínima de vuelo! ¡Debe quitarle potencia, no lo logrará! —volvió a gritar Frazer.

—Cállate y ayúdame —replicó Desmond sosteniendo la palanca bien echada

hacia atrás.

El primer oficial le miró boquiabierto.

—¡Está loco! Le digo que el avión no resistirá. ¿Quiere matarnos a todos? Si entra en barrena, nunca lograremos salir en estas condiciones.

—Te he dicho que me ayudes —repitió Desmond furioso.

Al ver que Frazer no se disponía a obedecer, se estiró hasta el asiento del otro y movió la palanca. Los motores rugieron instantáneamente gracias a la intervención de los compresores y la aguja del altímetro volvió a descender. Tembloroso por estar sometido a su máxima potencia, el aparato ascendió mientras Frazer miraba boquiabierto los indicadores sobrecargados.

Después, increíblemente, en el mismo momento en que Desmond estaba a punto de perder las esperanzas, vieron un haz de luz y durante un instante la luna brilló a través de un agujero en el manto negro que los cubría.

—¡Ralph! —gritó—. Prepárate, aquí está.

Ralph Kendricks fue incapaz de moverse. La desesperada ascensión a través de la lluvia y las nubes había llevado su miedo hasta una cumbre de intensidad que le dejó paralizado y sin voluntad. Ahora que había llegado el momento de que cumpliera su deber, parecía atado en su sitio, rígido y transfigurado. Sabía que la única esperanza de supervivencia dependía de que él trazara una posición a través de las estrellas. Era consciente de cuán vital era y de cuán poco tiempo les quedaba. Deseaba actuar pero sus miembros se negaban a obedecer las órdenes de su cerebro. Oyó gritar a Desmond y vio el sextante apoyado sobre la mesa, junto a su mano, pero sus dedos se negaron a avanzar los centímetros que le separaban del instrumento. Volvió a oír la voz de Desmond:

—¡Ralph, acércate a la ventanilla!

—¿No se da cuenta de que está terriblemente asustado? —preguntó Frazer a continuación, presa de temor.

¡Asustado! ¿Morirían porque él estaba asustado? Desmond, Sandy, Andy Draper e incluso Frazer; los pasajeros; Laura Hartman y los Wienzman, que habían escapado por los pelos. ¿Estaba a punto de abandonarlos a todos? También a Anne, que le había suplicado que no realizara ese vuelo, ¿le fallaría ahora? Con suma lentitud, tanta que le pareció que podía medir el tiempo en minutos, los dedos de su mano derecha se doblaron, se movieron y cogieron el sextante. En lo profundo de su ser, un pequeño residuo de voluntad luchaba contra el miedo abrumador que intentaba ahogarlo.

Con un esfuerzo supremo, Ralph se apoyó en la mesa y se puso de pie para mirar por la ventanilla que tenía a la altura de la cabeza. Al hacerlo, el hechizo se rompió y la chispa de resistencia de su interior se convirtió en una llamarada. En lo alto, los vientos habían abierto el velo de nubes y en la grieta brillaba un triple grupo de estrellas, la más brillante muy clara y resplandeciente con un ligero tinte azul.

—Ralph, ¿puedes ver algo? —preguntó Desmond.

Una oleada de alegría recorrió a Kendricks al saber que por fin había enfrentado y superado su miedo. Había experimentado el espantoso, espeluznante y descarnado terror de la certeza de la muerte y sabía que nunca más volvería a temerle. Movi6 el sextante y atrap6 en el espejo la imagen de la estrella brillante.

—Un momento, jefe —respondió nuevamente con voz serena—, tengo para usted una toma de Vega.

Pocos minutos después Ralph había hecho tres tomas distintas de la estrella, calculado la posición de la nave y la cantidad de combustible. Aunque estaban doscientos cincuenta kilómetros más al sur de lo previsto, aún les quedaba reserva suficiente en los tanques para intentar apartarse del trayecto de la tormenta. Desmond aflojó los aceleradores y se ladeó hacia babor, aliviando a los esforzados motores mientras el aparato descendía.

El hecho de que su decisión había sido acertada resultó evidente menos de una hora después, cuando se encontraron viajando sin dificultades sobre la capa de nubes, a dos mil quinientos metros, cubiertos por la brillante luz de la luna y aunque todavía soportaban vientos frontales, estaban fuera del alcance de las peores consecuencias de la tormenta y el peligro de congelamiento se debilitaba.

Reinaba un clima de alegría y satisfacción en la cabina, con excepción de Frazer, que permanecía hosco y deprimido ante la capacidad de recuperación del radiotelegrafista después de su debilidad. Desmond se sentía agotado por el prolongado forcejeo y le delegó el mando, mientras se iba a descansar dos o tres horas en una litera del compartimiento postal.

—¿Has tenido suerte con la radio? —preguntó a Ralph mientras pasaba junto a la consola del telégrafo.

—Lamentablemente, no, jefe. Abajo todavía debe de haber mucha interferencia eléctrica. Estará más claro dentro de una hora. Seguiré intentándolo.

—De acuerdo, infórmame si hay algo importante.

No era necesario que ninguno de los dos mencionara lo ocurrido hacía un rato. Ralph había justificado plenamente la confianza depositada en él. Desmond se acostó en la litera, en medio de las sacas de correspondencia y se quedó dormido instantáneamente.

La reanudación del vuelo normal también supuso un considerable alivio para los pasajeros, algunos de los cuales se habían sentido preocupados e indispuestos durante la prolongada lucha del hidroavión con la tormenta. Tranquilizados por el zumbido constante de los motores en la atmósfera en calma y por la luna que brillaba plateada sobre los lomos de las nubes que se extendían abajo, volvieron a dormir cómodamente.

Una de las excepciones fue el profesor Wienzman. Había dormido profundamente durante la primera parte de la noche y sólo despertó cuando el avión comenzó a ascender a través de las nubes. Durante un rato conversó serenamente con su hija, que ocupaba la litera de arriba, y con los King, acostados al otro lado, pero los demás

fueron poco a poco dominados por el sueño. Incapaz de seguir su ejemplo, el profesor se sentó y buscó su bata. Si no podía dormir, tal vez lograra leer. Sus historias clínicas estaban en su bolso, en la bodega; si lograba conseguirlas, quizá le ayudaran a conciliar el sueño.

Se levantó silenciosamente y salió de la cabina. Habían apagado el máximo posible de luces y apenas podía ver a dónde se dirigía. El largo salón de paseo estaba lleno de durmientes, ninguno de los cuales se movía. Al entrar en la cabina de popa, el profesor la encontró vacía y su potente iluminación le hizo parpadear después de la penumbra de las cabinas de proa. Abrió la puerta del mamparo más alejado y entró en la bodega.

Algo sorprendido, vio que la luz también estaba encendida y divisó la figura de un hombre inclinado sobre una de las maletas. El profesor pensó que debía tratarse del sobrecargo o del camarero, por lo que comenzó a justificar su presencia allí y por qué había ido. Entonces notó que la maleta que estaba abierta sobre el suelo le pertenecía y que el hombre que se erguía y se volvía hacia él no era miembro de la tripulación. Se trataba del suizo, Ernst Perler, y en la mano sostenía un arma.

—Pase, profesor Wienzman —dijo suavemente en alemán—, cierre la puerta. Me ha obligado a una prolongada persecución desde Viena.

A DESMOND LE PARECIÓ que apenas había dormido cuando Sandy le sacudió para despertarlo.

—Jefe, hemos logrado ponernos en contacto telegráfico con Saint John. Tienen un mensaje urgente para usted. Durante las últimas cuatro horas han intentado comunicar con nosotros.

Desmond maldijo soñoliento y lo siguió hasta la cabina, colocándose la chaqueta de vuelo mientras caminaba.

—Parece algo serio. —Ralph le entregó una copia del mensaje—. Al parecer en Inglaterra sospechan que hay un asesino a bordo.

Desmond analizó el texto y leyó en voz alta las frases oficiales:

—Ernst Perler, viaja con pasaporte suizo que se supone está falsificado. Subió a bordo en Southampton. Se le busca para interrogarle con relación al asesinato de dos hombres. Casi seguramente armado y peligroso, hay que acercarse con suma cautela. ¿Quién demonios suponen que somos? —exclamó exasperado— ¿Los marines americanos?

—¿Qué cree que deberíamos hacer? —preguntó Kendricks.

—No tengo la menor idea —Desmond volvió a estudiar el papel—. Supongo que lo mejor es que dos de nosotros bajemos ahora y lo cojamos mientras existe la posibilidad de que esté dormido. Podemos encerrarle con el oro, detrás de la parrilla del compartimiento postal.

—¿No podemos dejarlo y que la policía se ocupe de él cuando lleguemos a

Botwood? —propuso Sandy.

—No —Desmond rechazó firmemente la idea—, las autoridades no habrían estado tan deseosas de comunicarse con nosotros si no consideraran que ese hombre es una amenaza. Si tiene un arma y comprende la situación o que la policía le espera. Dios sabe qué podría suceder. Será más seguro que actuemos de inmediato. —Se volvió hacia Ken Frazer que estaba sentado ante los mandos y preguntó—. ¿Cómo se porta nuestro avión?

—Bien —respondió el primer oficial sin levantar la mirada—. Está firme como una roca.

—Opino que tiene razón, jefe —coincidió Ralph—. ¿Cómo quiere hacerlo? Sandy dice que Perler está alojado en el extremo posterior del salón de paseo.

—A estribor, en el extremo, litera de abajo —intervino el sobrecargo—. Arriba está el doctor Van Smit y enfrente el turco.

—¿Hay alguien más ahí? —Desmond abrió el armario de su asiento y extrajo las dos pistolas.

—Laura, bueno, la señora Hartman, y la criada de la señora Curtis —explicó Sandy—, una a cada lado del extremo de proa.

—Pues tendremos que correr el riesgo ya que en ningún momento estará totalmente solo —Desmond entregó una de las armas a Ralph—. Bajaré primero, me seguirás y entre los dos lo cogeremos. ¿Estás totalmente seguro de que ésa es su cama? —preguntó mirando inquisitivamente al joven.

—Sí, jefe —afirmó Sandy—. Controlé todos los camarotes pocos minutos antes de que llegara el mensaje y el hombre estaba allí. Además, parecía dormir.

—De acuerdo. —Desmond comprobó el mecanismo del arma—. Ralph, vuelve a llamar a Saint John y explícales lo que nos proponemos hacer. Luego bajaremos.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando el sonido de un disparo perturbó el silencio de la cubierta inferior.

El HORROR Y el ASOMBRO dominaron gradualmente al profesor al comprender la situación.

—¿Es usted alemán? —preguntó incrédulo, reacio a creer en la prueba que tenía ante sus ojos.

—*Standartenführer* Rintlen, del *Sicherheitsdienst*. —El hombre sonrió—. Profesor, ¿realmente creyó que podría escapar de nosotros?

—Por favor, ¿qué quiere de mí? ¿Por qué no nos deja en paz? —suplicó el profesor—. Mi hija y yo no hemos hecho daño a nadie.

—Sí, ha hecho un daño inconmensurable, como sabe perfectamente —replicó Rintlen—. ¿Por qué otro motivo huyó del Reich secretamente e hizo tantos esfuerzos por evitar nuestros intentos de detenerlo en Italia?

—Estábamos asustados. Mi hija estaba asustada y ese cerdo de Gerdler estaba con

usted.

Rintlen hizo callar al profesor.

—Ya está bien, no hay tiempo para charla. Usted tiene en su poder algunos documentos. Son documentos importantes. Le exijo que me los dé inmediatamente.

—¿Se refiere a mis notas? Están en la maleta, etiquetadas como cuadernos escolares. Si eso es todo lo que quiere, cójalas. Se las habría dado de buena gana. Créame, jamás tuve intención de hacer públicos los nombres de mis pacientes. Cójalas y déjeme ir.

El oficial del SD rió entre dientes.

—Dejarlo ir —se burló—. Oh, no, profesor, no es tan sencillo. Hemos llegado demasiado lejos para dejarlo ir. Además de enemigo del Reich, usted es ahora una amenaza para mí.

—¡Pero no puede tocarme aquí, en el avión! —el profesor elevó la voz angustiado al comprender el significado de las palabras—. Podrían descubrirle. ¡Iniciarían una investigación y le arrestarían!

Rintlen volvió a reír.

—Mi querido profesor, no encontrarán nada porque no habrá nada que encontrar, salvo las pruebas de un accidente sumamente desdichado. —Rodeó el equipaje colocado en el suelo y se acercó a la sólida puerta de la escotilla de carga, situada a un lado de la bodega—. Está a punto de dar un paseo, profesor, un largo paseo hasta el fondo del mar. —Se estiró y abrió el más alto de los cuatro pesados pestillos que cerraban la escotilla—. Venga hacia aquí —ordenó con un movimiento del arma. El profesor obedeció como en un sueño, hipnotizado por la pistola y la dura mirada del hombre del SD. Avanzó un par de pasos titubeantes y se detuvo—. Acérquese un poco más. —Rintlen había abierto otros dos pestillos y se agachó para manipular el de abajo, apuntando al pecho de Wienzman. Agregó cruelmente—: No se preocupe, su hija pronto se reunirá con usted. Me ocuparé de ella cuando llegemos a Estados Unidos.

Gruñó por el esfuerzo y abrió el último de los pestillos.

David Wienzman había sido toda la vida un pacifista, un hombre que creía que las guerras, los antagonismos y la violencia podrían evitarse si las personas estuvieran dispuestas a reunirse y hablar racionalmente. Jamás le había levantado la mano a alguien ni amenazado con hacerlo. Pero ahora, al oír la promesa de destruir a su hija de labios del matón que durante tantos días los había perseguido, un odio airado se acumuló en su interior.

El alemán había comenzado a mover la manija de la portezuela. Junto a Wienzman, encima de un baúl de cuero, se encontraba una sombrerera de piel de lagarto que pertenecía a Charlotte Curtis. En un rapto de temeraria valentía, el profesor la cogió y la lanzó contra la cabeza del nazi.

Sorprendido por ese movimiento repentino, Rintlen apretó el gatillo instintivamente. En el espacio cerrado de la bodega, el estrépito del disparo resultó

ensordecedor. Wienzman se agachó y sintió que el proyectil pasaba a pocos centímetros de su cabeza mientras intentaba protegerse en medio del equipaje esparcido por el suelo. En ese mismo instante Rintlen lanzó un tremendo grito y, con un ruido ensordecedor, una violenta bocanada de aire recorrió la bodega.

El profesor levantó la cabeza para mirar y fue testigo de una visión atroz: la maciza puerta metálica de la escotilla de carga se había abierto y de ella colgaba, aferrado al pasamanos, el agente nazi, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta en un aullido cuyo sonido fue inaudible, arrastrado por la corriente retrógrada del aire.

Mientras Wienzman observaba transfigurado, los dedos del alemán resbalaron, se soltaron y su cuerpo cayó hasta desaparecer en la gélida oscuridad exterior.

Aún miraba horrorizado la escotilla vacía, cuando segundos después Desmond y Ralph Kendricks entraron en la bodega.

—El viejo debe de ser más fuerte de lo que supuse —comentó Ralph más tarde, cuando junto con Desmond volvieron a sus asientos de la cubierta de vuelo—. Se necesitaban muchas agallas para hacer lo que hizo.

Desmond pensó que sin duda el profesor era fuerte. Cuando cerraron la escotilla de carga y le ayudaron a pasar a la cabina de popa, despidiendo a los demás pasajeros que se habían despertado a causa del disparo y se habían reunido allí, el anciano pudo dar una explicación lúcida y clara de lo sucedido en la bodega, al mismo tiempo que consolaba a su hija.

Desmond le tomó declaración, que envió a las autoridades, y al recibir una larga respuesta pudo aplacar el temor de los refugiados a una nueva persecución.

—En Londres tienen la certeza de que el hombre actuaba por su cuenta, sin órdenes de nadie. También parece probable que agentes de su país habían intentado impedirle que se acercara a ustedes —les explicó—. Al parecer, los dos estarán seguros a partir de ahora.

Fue necesario dar explicaciones a los agitados pasajeros y ocuparse del torrente de mensajes que seguían llegando desde las estaciones de Canadá. Eran las cinco cuando Desmond al fin pudo volver a tomar el mando.

Las nubes habían desaparecido durante el tiempo que pasó en la cubierta inferior y la luz comenzaba a trepar por el cielo desde la brillante línea del horizonte. Faltaba poco para el amanecer.

De vez en cuando, sobrevolaban gruesos cinturones de bruma marina que pendía sobre el agua, prueba segura de que se encontraban en la zona de los bancos pesqueros, donde la fría corriente de Labrador, que bajaba desde el Ártico, se unía a una rama de las aguas más cálidas de la corriente del golfo.

Junto a Desmond, Ken Frazer miraba a través de los prismáticos. Enfocó y lanzó un grito de entusiasmo:

—¡Allí está! Cinco grados a estribor —exclamó jubiloso—. ¡Tierra! ¡Hemos cruzado!

Mensaje radiofónico: 14:00 HORA LOCAL. JUEVES 16 MARZO 1939. CONTROL TRÁFICO AÉREO MONTREAL CANADÁ A TERMINAL NAVAL LA GUARDIA NUEVA YORK. AVIÓN CORREO TRANSATLÁNTICO IMPERIAL AIRWAYS VUELO 109 INSCRIPCIÓN G-ADHO CATERINA SALIÓ AQUÍ. HORA PREVISTA LLEGADA NUEVA YORK 16:00 HORA STANDARD DEL ESTE. FIN.

El sol de la tarde brillaba sobre las aguas del lago Champlain mientras el *Caterina*, abandonaba el San Lorenzo y sobrevolaba la frontera canadiense para entrar en Vermont. Viajaban a dos mil metros y seguían la línea del lago, entre las largas crestas de las tierras altas a ambos lados. El aire estaba despejado, sin turbulencias. Sólo había algunos cúmulos blancos a la deriva.

Desmond bostezó; conectado el piloto automático, poco podían hacer él y Frazer, salvo controlar de vez en cuando los instrumentos y mirar el paisaje nevado que se desplegaba bajo ellos.

Desmond luchó contra el cansancio, se concentró en el diario de navegación y comenzó a apuntar los detalles que faltaban relativos al vuelo desde Europa. Habían llegado a Botwood, en medio del lúgubre y pedregoso paisaje de Terranova, a las seis y cuarto de la mañana, en el mismo momento en que el sol se elevaba sobre el horizonte dichosos de poder descansar y estirar las piernas. Habían dedicado la mayor parte del tiempo en tierra a revisar el casco del hidroavión, que afortunadamente no resultó dañado por la tormenta, y a preparar informes para la policía sobre los acontecimientos de la noche y la muerte del agente nazi. Al parecer, era necesario abrir una investigación, aunque no se sabía si en Inglaterra o en Canadá.

Al mediodía aterrizaron en Montreal, donde fueron tumultuosamente recibidos por un enjambre de periodistas y fotógrafos. Al parecer, cualquier información sobre el *Caterina* era de gran interés periodístico.

Desmond había sido uno de los blancos principales de los periodistas. Se alegró cuando llegó la administración de la compañía para rescatarlo junto con toda la tripulación. Dado que los informes meteorológicos para el último tramo del viaje eran buenos, todos deseaban partir y a las dos en punto los últimos pasajeros subieron a bordo y el *Caterina* avanzó hacia el centro del río mientras una multitud de espectadores que saludaban se apiñaban en la orilla para verlo despegar.

CIEN KILÓMETROS AL SUROESTE, Pat Jarrett y Susie ultimaban los preparativos. Ellos también estaban en pie desde el amanecer, controlando los intercambios por

radio entre Botwood, Montreal y Nueva York, que había señalado la llegada segura del vuelo con los lingotes desde Inglaterra hasta territorio canadiense y su paso posterior por el río San Lorenzo hasta Montreal. Gracias a estos mensajes y a los noticiarios, habían sabido algo sobre las dramáticas aventuras de la travesía nocturna y sobre el gran interés que el vuelo Imperial 109 despertaba en el mundo.

La publicidad que el vuelo recibía había provocado algunos momentos de angustia en Jarrett, el cual pensó en una ocasión que quizá deberían abandonar su intento. Sin embargo, un minucioso análisis de los planes le convenció de que las noticias tendrían, en la práctica, un efecto mínimo por lo que a ellos se refería. Era posible que debido a los informes de la prensa el hidroavión fuese localizado mucho antes de lo que en un primer momento pensó, pero aun así contarían con tiempo suficiente para cubrir eficazmente las huellas de su fuga.

Juntos sacaron el hidroavión del cobertizo para botes y lo amarraron al malecón, donde Pat hizo una última inspección al motor Napier y Susie, vestida con uno de sus monos, lustró diversas partes del exterior del aparato. Una vez terminada la inspección y realizados los precisos ajustes en el carburador y en el mecanismo de encendido, los dos acarrearón los barriles de combustible hasta el extremo del malecón y llenaron los tanques situados en los flotadores gemelos.

—Así podré volar quinientos kilómetros, siempre que tenga cuidado —explicó Jarrett a Susie mientras tapaba los tanques.

—¿Por qué necesitas tanto? Pensé que el avión pasaría cerca.

—Así es, relativamente cerca. Lo interceptaré a unos sesenta y cinco kilómetros de aquí, entre Hudson Falls y Saratoga Springs, pero quiero tener bastante combustible por si no lo diviso inmediatamente. No será difícil, pues conozco su altura, su recorrido y velocidad, pero quiero tener ese suplemento por si necesitara buscarlo.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

Hicieron rodar los barriles vacíos sobre el malecón hasta la parte trasera del cobertizo para botes.

—No más de tres cuartos de hora, si todo sale como espero, pero no te preocupes si me retraso.

Regresaron a la casa y Jarrett llevó a cabo el laborioso ritual de prepararse para la empresa que estaba a punto de iniciar. Se lavó y afeitó, se puso ropa interior y camisa limpias y el viejo uniforme del cuerpo aéreo del ejército. Luego la muchacha le ayudó a calzarse las botas forradas en piel y a ponerse el grueso gabán de cuero que había usado por última vez en combate en el frente occidental, hacía veintiún años. Sabía que a pesar de esa ropa, de las manoplas y del casco de vuelo de cuero, se helaría al volar a más de dos mil metros de altura, en la carlinga abierta, a una velocidad de trescientos ochenta y cinco kilómetros por hora.

Cogió la ametralladora ligera Thompson y le mostró a Susie cómo poner en funcionamiento el mecanismo y cambiar la cámara.

—¿Estás segura de que sabes lo que tienes que hacer? —preguntó al tiempo que se la entregaba.

La muchacha aferró con fuerza el arma.

—En cuanto el hidroavión se pose en el agua, bajo hasta el malecón y cubro a la tripulación con la ametralladora mientras amarran.

Mientras hablaba golpeaba la culata de la Thompson.

—Exactamente —asintió Jarrett—. El malecón es muy bajo y la nave podrá posar sobre su parte superior el ala de estribor y las hélices, colocando el morro a lo largo, mientras el muelle encajará fácilmente entre el casco y el flotador del ala de estribor como un amarre de pontón. Asegúrate de no entrometerte en su camino hasta que el comandante haya apagado los motores. ¿Qué harás luego?

—Después tú les dirás por radio que bajen, yo les haré formar en fila y los cubriré mientras aterrizas en el agua con tu avión y lo amarras del otro lado, entre ellos y la orilla. —Susie repitió la información que había recibido.

—Sí, lo he calculado, habrá lugar de sobra. El hidroavión no puede llegar hasta el final porque el cobertizo se interpone en su camino —afirmó Jarrett—. En cuanto salga de la carlinga, tomaré el mando y los haremos trabajar descargando el oro.

—¿No podemos dejar el oro en el avión e irnos con él? —propuso Susie—. Tú sabes cómo pilotar y entonces podríamos ir a cualquier parte. Además, sería más rápido.

—No, lo que buscarán será el avión —explicó Jarrett—. Hasta que lo encuentren no tendrán la menor pista de lo que ha ocurrido durante el vuelo y hasta ese momento tú y yo estaremos seguros. Supongo que probablemente creerán que ha caído en algún punto de los Adirondaks. No, seguiremos con los planes trazados.

Al cruzar la cocina para salir se detuvo un momento y conectó el equipo principal de radiotelegrafía. Se llevó los auriculares a las orejas y prestó atención unos segundos.

—¿Puedes oír al hidroavión? —preguntó Susie mirándole mientras giraba delicadamente el disco.

—Sólo el tráfico común entre las estaciones de tierra —respondió mientras se quitaba los auriculares y desconectaba el aparato—. El comandante envió el último informe al girar hacia el sur por el valle de Champlain poco después de cruzar la frontera. No es probable que vuelva a comunicarse hasta que se acerque a Nueva York. —Miró la hora por centésima vez—. Son casi las dos y media, hora de que suba al avión. —Ella caminó junto a él hasta el muelle y le sostuvo los apuntes de navegación mientras Pat se ponía el casco y las gafas—. Ya está. Si quieres abandonar, ahora es el momento.

A modo de respuesta, Susie le abrazó y le besó.

—Estaré lista —prometió—, no te preocupes por mí.

Una vez en la carlinga, Jarrett hizo una rápida revisión de las conexiones: todo parecía estar bien. Conectó el encendido principal y sintió que su entusiasmo se

renovaba a medida que los instrumentos y los indicadores cobraban vida. Los observó meticulosamente uno tras otro: indicadores de combustible, de la presión del aceite y de la gasolina, cuentarrevoluciones, brújula, altímetro, indicadores de temperatura del aceite del motor y del líquido refrigerante del radiador, indicador de la velocidad del avión con respecto al aire... Todo funcionaba a la perfección. Apretó el botón negro de encendido.

Sin vacilar un solo instante, el motor se encendió con un rugido y de los tubos de escape surgieron bocanadas de humo gris azulado. Lo dejó correr unos instantes y manipuló el acelerador para calentarlo. Mientras el motor ronroneaba uniformemente, levantó la mano para indicar a la muchacha que desatara los cables de popa y el pequeño avión comenzó a carretear a través del agua.

Despegó y Jarrett pensó que estaba a punto de mostrar al mundo lo que era capaz de hacer. Para eso había trabajado durante mucho tiempo: el momento en que le compensarían los años de frustración y pobreza, el rechazo y la indiferencia. Nuevamente estaba donde merecía: en el asiento de un caza de gran rendimiento, lleno de combustible y provisto de armas. Con la boca rígida, fijó un rumbo para interceptar al Imperial 109.

POR FORTUNA PARA LA tranquilidad de Stewart Curtis, todavía ignoraba los movimientos que se estaban realizando para provocar su caída. Con la entrada del avión en el espacio aéreo estadounidense, había recuperado su confianza y con ello la arrogancia y el desdén hacia sus subordinados que habían resultado tan notorios en etapas anteriores del viaje. Se dijo que pocos hombres habrían sido capaces de sostener lo bastante bien la fachada de la prosperidad de Klerksdorp para convencer a un grupo de banqueros de que participaran con veinte millones de dólares simplemente por el derecho a explotar minas en sus proximidades.

Ya se había mostrado sumamente desconsiderado con Andy Draper a causa de la incomodidad de la cama en la que había dormido.

—Quizás el comandante pueda protegerle mientras está en el avión, pero le prometo que en cuanto lleguemos a Nueva York me quejaré personalmente a la gerencia de la compañía —agregó con tosca complacencia—. Si puedo lograr que se cambie el horario de uno de los vuelos, seguramente seré capaz de hacer que despidan a un miserable camarero.

Después de haber tratado a Draper de este modo, Curtis volvió su atención a Laura. La llamó a la cabina de popa, que le habían devuelto para su uso privado, y en presencia de Luca D'Este la sometió a una larga arenga en la que volvía a acusarla de traición y robo. Mientras tanto, el barón observaba la escena y sonreía ante la evidente incomodidad de la mujer. No había olvidado todavía que Laura tomó posición a favor de su esposa durante el almuerzo en Atenas.

—Señor Curtis, creía que el comandante O'Neill le había dado una explicación —

intentó protestar Laura.

—El comandante O'Neill no ha explicado nada —la interrumpió Curtis—. Vino a contarme un montón de mentiras que me exigió aceptar o, de lo contrario, cancelaría el vuelo. Bien, ya no puede hacerme esa amenaza y no dudaré en repudiar mi acuerdo. Usted queda despedida desde el pasado domingo, cuando cometió el robo, y en cuanto lleguemos a Nueva York tengo la intención de que la policía los arreste y los acuse.

—Creo que tiene toda la razón, Curtis —Luca le miró aprobadoramente—. Al fin y al cabo, uno tiene un deber moral en estas cuestiones.

Al principio, Laura había quedado desconcertada por la agresión. Cuando Curtis la llamó supuso que le pediría disculpas. Pero entonces reaccionó impetuosamente:

—No pierda el tiempo tratando de asustarme con la policía —dijo con desdén—. Sabemos perfectamente bien que sólo dice mentiras y el reconocimiento que firmó lo demuestra. No piense que puede despedirme, porque ya he renunciado a mi puesto. Estoy harta de sus frases jactanciosas y de sus fanfarronerías. Ustedes dos forman un buen par. —Incluyó a Luca en su mirada despectiva—. Un estafador internacional que debería estar en la cárcel y un vulgar asesino. —Curtis se ruborizó al oír esta descripción y, por contraste, la cara del italiano adoptó un enfermizo color gris. Laura no les dio tiempo a replicar—: Ambos sirven para maltratar a los criados y a las personas que dependen de ustedes, pero resulta fácil ver que en el momento en que se topan con alguien de su talla, se muestran como los cobardes que son. Bien, de ahora en adelante no tendré que preocuparme por ser amable con ustedes, de modo que tengan cuidado al hablarme porque de lo contrario es probable que me dispare de un modo que no olvidarán en poco tiempo.

La vehemencia de sus palabras cogió por sorpresa a los dos hombres. Laura los dejó boquiabiertos y se dirigió a la puerta; ésta se abrió de repente y entró Charlotte.

—Hola, Laura —saludó alegremente y al ver más de cerca el rostro de la joven, agregó—: Se la ve bastante trastornada, ¿se encuentra bien?

—Señora Curtis, si estoy trastornada —respondió Laura fríamente—, sólo se debe a que las personas de esta cabina creen que pueden tratar a los demás como si fueran de su propiedad y acabo de decirle a su marido que soy una persona a la que ya no posee.

Sin esperar respuesta, se dirigió al salón de paseo.

En la cabina, Charlotte abordó a Luca y a su marido.

—¿Qué demonios le han dicho? ¿Han vuelto a hablar de ese reloj?

—No hace falta que te preocupes. —Curtis intentó restar importancia a la cuestión—. Simplemente le dije a la chica que quedaba despedida por robo y que pondría el asunto en manos de la policía.

—¡Dios mío, tienes valor! —estalló su esposa—. Supongo que comprendes que después de lo que has dicho acerca de ella, podría demandarte por calumnias. Ya te expliqué que yo cogí el reloj y que Laura no tuvo nada que ver con ello. Tendrás que

pedirle disculpas inmediatamente.

—No me digas lo que debo hacer —replicó Curtis furibundo—. Nada de esto habría sucedido si no hubieses hecho la tonta con ese puñetero piloto. Ya no puedo dar trabajo a la chica.

En ese momento, Luca D'Este cometió el error de interrumpir en favor de Curtis.

—Charlotte, debería saber que su marido tiene razón; uno debe tener plena confianza en sus empleados.

Sus palabras lograron que Charlotte volcara toda su ira sobre él.

—¡Cállese, payaso, este asunto nada tiene que ver con usted! ¿Por qué no se larga de aquí? Estoy harta de tenerlo siempre como un moscardón a mi alrededor.

Azorado, Luca sólo logró tartamudear con embarazo. Se puso rápidamente de pie y salió de la cabina al tiempo que pedía disculpas en un murmullo.

—Sapo ridículo —agregó Charlotte desdeñosamente mientras el italiano cerraba la puerta—. No comprendo por qué lo tienes aquí.

—El barón te parecía bastante divertido en El Cairo, cuando yo no estaba —comentó ácidamente su marido—, hasta que el comandante O'Neill entró en escena y decidiste que era una alternativa más interesante.

—Por Dios, deja de meterte con él —respondió Charlotte, que súbitamente se sentía cansada—. Ese asunto está terminado, dejémoslo así.

Después de ser expulsado con tanta brusquedad, Luca se dirigió al salón de fumar. En el salón de paseo estaban el doctor Van Smit y los dos Wienzman mirando por las ventanillas el paisaje de abajo y pasó junto a ellos sin pronunciar palabra. En la cabina central encontró a Laura Hartman, que evidentemente relataba a los King lo que acababa de ocurrir. Los tres le miraron con desprecio y se dirigió apresuradamente al pasillo.

En el salón de fumar, Jacquetta y Rashid estaban por primera vez a solas desde que el miércoles por la tarde abandonaron Londres en el tren. Hasta pocos minutos antes, la presencia de Harold King les había obligado a mantener una aparente indiferencia, pero éste había sido llamado por su esposa para que escuchara el relato de Laura sobre el último crimen de los Curtis.

Jacquetta corrió inmediatamente a los brazos del joven jeque y se abrazaron, tensos y temerosos ante la idea de que les sorprendieran, pero sin ganas de separarse.

—Rashid —susurró—, ¿qué haremos? Pronto estaremos en Nueva York y en dos días Van Smit irá a ver a Luca.

—Si lo hace, los italianos presentarán una demanda para que me devuelvan a Roma a fin de someterme a juicio por rebelión.

Habló con naturalidad, pero sus palabras produjeron un escalofrío a Jacquetta.

—¿Los americanos harían eso? Significaría enviarte a la muerte.

Le abrazó con más fuerza, presa de temor.

—Tal vez. ¿Quién puede saberlo? —Rashid se encogió de hombros—. No tengo intención de correr el riesgo.

—Rashid, por favor —suplicó ella—, hazlo por mí, olvidemos a los dos y regresemos a Egipto. Harás más bien allí.

—Escucha —dijo Rashid seriamente—, no hay otro camino. ¿Aceptarías realmente que no cumpliera mi palabra, que olvidara a mi padre y a mi hermana? Para mí, ese juramento tiene más significado que el miedo a lo que después podría ocurrir.

Con un sollozo de desesperación, Jacquetta hundió la cabeza en su pecho y le abrazó apasionadamente. Aún estaban abrazados cuando Luca entró en el salón.

Jacquetta había estado en lo cierto al suponer que su marido tenía conciencia de la atmósfera tensa que existía entre él y el joven noble turco que había subido al *Caterina* en Alejandría. En varias ocasiones había notado que el hombre le observaba con una intensidad sumamente inquietante. Sin embargo, en ningún momento le había pasado por la cabeza la idea de que su esposa tuviera una aventura en el avión, ante sus narices, y menos aún que su rival fuese en realidad el príncipe Senusi cuya venganza tanto temía.

Sorprendida por la súbita aparición de la persona que más deseaban evitar, la pareja se separó. Encendido de furia y de orgullo ultrajado, Luca cogió a su esposa del brazo y la sacudió bruscamente, lanzándola contra las sillas, al lado de la puerta. Al tropezar y caer, Jacquetta lanzó un grito de dolor.

Era la excusa que Rashid necesitaba. Avanzó y asestó al italiano un terrible golpe en la cabeza, que le lanzó contra el mamparo. Luca, atontado, resbaló hasta el suelo y Jacquetta, al verlo a los pies del árabe, gritó frenéticamente:

—¡No, Rashid, no! —Estaba convencida, en medio de la confusión, de que el árabe se disponía a cumplir su amenaza de matar a Luca—. No le hagas daño.

Al oír sus palabras, ambos hombres quedaron inmóviles. El italiano había comenzado a levantarse pero al oír el nombre de Rashid se tensó y observó al hombre que estaba ante él con el rostro pálido y sudoroso de temor.

—¿Rashid? —graznó con la boca seca— ¿Rashid al Senusi? —repitió lentamente, como imposibilitado de creer en lo que había oído.

—Sí, así me llamo —contestó Rashid secamente—. Soy el hombre cuyo padre y hermana asesinaste y cuyo pueblo esclavizaste —dijo lleno de odio—. He recorrido medio mundo para encontrarte y vengar tus delitos.

Luca seguía mirando boquiabierto la figura que se cernía sobre él pero, de súbito, como si saliera de un trance, buscó su pistola en la chaqueta. Al ver que Rashid también buscaba su arma, Jacquetta se interpuso entre los dos con otro grito de desesperación.

PAT JARRETT TUVO MÁS dificultades de las que esperaba para localizar al *Caterina* sobre Vermont y Nueva Hampshire. Cuando llegó a la zona donde esperaba ver la nave, sólo encontró el cielo vacío y comenzó a temer que había cometido un error de

cálculo de navegación. Escudriñó a los cuatro vientos desesperado y buscó entre las nubes dispersas el resplandor de la luz del sol sobre el metal.

Finalmente divisó al *Caterina*. Visto a distancia, había algo imponente en el inmenso aparato. Por primera vez, Jarrett se sintió dominado por la sensación de la enormidad que estaba a punto de cometer y de los colosales obstáculos que se presentaban. ¿Lo lograría realmente? ¿Podría obligar al gran avión a que se rindiera a su minúscula máquina? Ése era el gran momento para el cual se había preparado. Con un movimiento del pulgar de la mano derecha, accionó la palanca de disparo.

Aplicó un leve toque al timón de dirección de estribor y apretó ligeramente el acelerador para colocar su aparato casi al mismo nivel que el del hidroavión. Deliberadamente, apuntó al extremo de la punta del ala de estribor. No quería provocar verdaderos daños sino sólo demostrar a la tripulación que tenía armas y que estaba dispuesto a usarlas. Volvió a respirar y apretó el disparador.

Lo sostuvo durante medio segundo y apuntando de modo que alcanzara la importante aleta del ala. El Supermarine se estremeció por el mecanismo de retroceso y en el anillo de mira aparecieron brevemente una serie de puntos rojos.

Ahora que estaba de lleno en la operación, Jarrett ya no dudaba. Delante de él vio que el avión alcanzado se inclinaba hacia abajo mientras el piloto lo ladeaba frenéticamente para alejarlo del agresor. Repitió la maniobra y accionó el botón de transmisión de su radio, colocado de antemano en la frecuencia normal de comunicación del hidroavión.

—*Caterina, Caterina* de la Imperial Airways. No utilice la radio. Repito, no utilice la radio. Repito, no utilice la radio —entonó mientras rezaba para que la transmisión se oyera y el comandante obedeciera. Su equipo era de baja potencia para reducir al máximo las posibilidades de que las estaciones de tierra lo oyeran—. Cambie el rumbo doscientos setenta y tres grados. Repito, doscientos setenta y tres grados. Mantenga altura y velocidad presentes. No utilice la radio.

Durante un periodo que para el angustiado aviador pareció de varios minutos pero que, en realidad, sólo fue de treinta segundos, la aeronave continuó su descenso ladeado. Al fin, para alivio de Jarrett, las alas del hidroavión se enderezaron al erguirse y adoptó el nuevo rumbo. Lo había logrado. El comandante obedecía. El vuelo de los lingotes, el Imperial 109, estaba ahora bajo su mando. En el asiento de la carlinga abierta del pequeño Supermarine, Pat Jarrett gritó triunfalmente.

—JEFE, TODOS LOS PASAJEROS están bien —comunicó Ken Frazer a Desmond en la cubierta de vuelo—. Los hemos reunido en el pasillo de la cocina, como ordenó. Están asustados y nerviosos pero, hasta el momento, bajo control.

—Bien, allí estarán más seguros, con la protección del compartimiento postal por encima y las paredes adicionales de la cocina y los lavabos, por si ese cabrón decide volver a disparar contra nosotros. Será mejor que subas al compartimiento postal y

vigiles desde las ventanillas.

—¿Qué cree que se propone? —preguntó Ralph Kendricks. Estaba sentado ante la radio, preparado para recibir nuevas instrucciones del agresor. Éste ya les había dicho que bajaran trescientos metros y ordenado dos modificaciones de rumbo.

—Supongo que él y sus amigos nos harán amarar en algún sitio en el que puedan apoderarse del oro —replicó Desmond. Miró por la ventanilla la región densamente boscosa que atravesaban—. A juzgar por su aspecto, esta es una zona bastante aislada. Ideal para semejante operación.

—¿Qué harán con nosotros y con los pasajeros? —inquirió Ralph.

Desmond meneó la cabeza.

—Ignoro qué pueden hacer en cuanto lleguemos a la orilla. Pero de algo estoy seguro: prefiero hacerles frente en tierra antes de correr riesgos aquí arriba con ese caza. Convirtió en un infierno nuestra ala de estribor. Utiliza armamento pesado y es un buen tirador.

—Definitivamente, es de tipo Supermarine —gritó Ken Frazer desde el salón postal—. No logro descubrir el modelo, pero creo divisar dos cañoneras en el ala izquierda.

Desmond recordó que el Supermarine había sido el prototipo del nuevo Spitfire, que volaba a más de quinientos sesenta y cinco kilómetros por hora. Dudaba de que el aparato pudiera alcanzar una velocidad superior a los cuatrocientos ochenta kilómetros debido al arrastre de los flotadores. De todos modos, sería lo bastante veloz para alcanzar y destruir al lento y desarmado *Caterina*. Sintió un odio profundo por la figura oscura y protegida por un casco que estaba en la carlinga de la nave atacante, un sentimiento de ultraje personal ante el hecho de que alguien se atreviese a disparar contra el *Caterina*, sentimiento que en ese momento superó en gran medida a sus temores. Si tuviesen algún medio de disparar, de defenderse...

—Jefe, llama de nuevo —dijo Ralph de repente—. Dice que debemos ver un pequeño lago aproximadamente dentro de tres kilómetros y diez grados a estribor.

—Ya lo he visto —dijo Desmond—. ¿Ahí quiere que amaremos?

—Sí. Debe hacerlo desde el extremo sur, sin trazar círculos. Afirmo que el lago es transparente y profundo.

—Será un descenso muy en pendiente si no me permite trazar círculos y perder altura. Las colinas están más próximas de lo que me gustaría. Será mejor que le digas a Frazer que baje y envíe a los pasajeros a sus asientos para el aterrizaje; así estarán más seguros.

Ajustó las aletas de las alas, aflojó las palancas de los aceleradores e inició el descenso hacia el lago Warren.

Susie nunca había visto un gran avión de pasajeros. A decir verdad, el Supermarine era el único aparato al que se había acercado. En consecuencia no estaba preparada para el inmenso tamaño del hidroavión que apareció súbitamente sobre el borde de las colinas hacia el sur y descendió en picado hacia el lago.

Al desconcierto porque realmente habían logrado su objetivo se sumaron el miedo y cierto grado de respeto ante la inmensa y pesada masa que apareció rugiente, mientras el sonido de su descenso retumbaba en las laderas. En comparación con el delicado amerizaje del avión plateado, el hidroavión se posó en el agua con una chapoteante oleada de espuma que se extendió tanto a lo alto y a lo ancho que al principio Susie pensó que había caído y estaba a punto de hundirse. Luego vio que el aparato avanzaba uniformemente por la superficie del lago, ileso, y evidentemente obedecía las instrucciones del avión que lo sobrevolaba. El hidroavión giró hacia la punta y comenzó a carretear en dirección a la orilla. Susie aferró firmemente la ametralladora y se dispuso a recibirlos.

—¡Dios mío, ese tipo está absolutamente loco! —maldijo Desmond mientras Ralph le transmitía las últimas órdenes del caza— ¿Cómo demonios cree que puedo maniobrar un aparato de dieciocho toneladas en un minúsculo malecón como ese y sin la ayuda de una lancha? Llámalo y dile que no se puede hacer sin dañar el avión.

—En este momento se posa sobre el agua, detrás de nosotros —gritó Frazer—. Seguramente esperó a que disminuyera nuestra perturbación aerodinámica.

Hubo una espera de breves segundos y luego Ralph se volvió hacia su comandante con un gesto de impotencia.

—Dice que hagamos lo que ha ordenado o volverá a disparar.

—¡Demonios! —volvió a maldecir Desmond—. Si me obliga a dañar el *Caterina*, lo despellejaré aunque sea con mis propias manos. —Apretó los dientes y comenzó a preparar el hidroavión para el intento—. Ken, haz el favor de desconectar la potencia de los motores exteriores. Entraremos tan lentamente como podamos.

En la cubierta inferior, los pasajeros estaban acurrucados en el estrecho pasillo existente entre el salón de fumar y la cabina central, lugar al que Sandy Everett y Andy Draper los hicieron regresar en cuanto el hidroavión se posó en el lago. Nadie se había opuesto a la orden, aunque todos sabían que, en la práctica, las delgadas paredes de separación les proporcionarían una escasa protección adicional contra los proyectiles de ametralladora. Pero existía la ilusión de la seguridad y a ella se sumaba el hecho de que preferían estar juntos en lugar de esparcidos por las diversas cabinas.

El pánico que los dominó cuando el Supermarine abrió fuego quedó rápidamente controlado por los dos tripulantes de cabina, que contaron con la ayuda de Frazer. Ahora los pasajeros estaban apiñados y a veces susurraban nerviosamente, pero la mayor parte del tiempo compartían un temeroso silencio. Imposibilitados de ver qué sucedía, se esforzaron por percibir todos los sonidos: el agua que acariciaba el casco, el lento palpitar de los dos motores interiores cuando Desmond viró cautelosamente hacia el muelle y el ocasional intercambio de voces apagadas en la cubierta de vuelo.

Cerca del extremo del pasillo. Laura estaba apretada entre Charlotte Curtis y Siegret Wienzman e intentaba, sin éxito, dominar el intenso temblor de sus miembros. Sentía que Siegret también temblaba: la muchacha había hundido la cabeza en el pecho de su padre y Laura veía cómo se estremecían sus hombros

mientras el anciano la abrazaba con fuerza. Se volvió para mirar hacia el otro lado y se encontró frente a Charlotte. Pese a que estaba pálida y aterrorizada, la mujer de más edad se esforzó en sonreír ligeramente; alargó una mano hacia Laura y las dos permanecieron cogidas de la mano a modo de consuelo.

En el extremo del pasillo, Rashid abrazaba protectoramente a Jacquetta y, por el momento, había abandonado su discusión con el barón mientras se concentraba en esta nueva amenaza a sus vidas. En el pandemónium que se desencadenó tras el ataque del caza, Luca y él apenas habían tenido tiempo de ponerse de pie cuando Sandy Everett entró a la carrera y grito a todos indicándoles que se refugiaron en el pasillo.

Rashid se sentía atrapado e impotente en el avión, imposibilitado de ver a sus oponentes y obligado a confiar en el juicio de los hombres de la cabina de mando. Si logran bajar a la orilla, tal vez pudieran devolver los golpes.

—Dos de nosotros, el barón y yo estamos armados —murmuró Rashid a Sandy, que estaba en la entrada del salón, miraba por las ventanillas e intentaba averiguar dónde estaban—. Dígale al capitán que puede contar con mi cooperación.

—Nosotros tenemos dos pistolas en la cubierta de vuelo —respondió el sobrecargo, pero el capitán teme lo que puede ocurrir si alguien comienza a disparar. Somos un blanco muy fácil para las ametralladoras de ese caza.

—¿Qué ve afuera? —inquirió Rashid.

Sandy volvió a asomar la cabeza.

—Hemos entrado en un pequeño muelle y como mínimo hay una persona que tiene algo parecido a una ametralladora ligera.

Rashid se desanimó. Era evidente que sus enemigos le superaban abrumadoramente en armamento. Incluso a poca distancia sus revólveres serían inútiles contra el fuego concentrado de una sola de esas armas. Una ráfaga sostenida podría derribar a todas las personas que estaban a bordo, y dado el armamento pesado del caza que tenían detrás... Rashid imaginó el avión agujereado por las balas, destrozado e incendiado que iba a la deriva hacia el medio del lago y su interior convertido en un sangriento enjambre de muertos y heridos.

—Será mejor que bajes al compartimiento de amarre y abras la escotilla —dijo Desmond a Ken mientras el *Caterina* se acercaba al malecón con los motores en punto muerto—. Necesito que me indiques cómo virar. Desde aquí no veo bien. —El primer oficial vaciló, visiblemente acongojado por esa perspectiva—. Vamos, date prisa —agregó Desmond secamente.

—¿Puedo llevar una pistola? —preguntó Frazer mientras se levantaba lentamente.

—Si eso te da ánimos... Pero date prisa, prácticamente hemos llegado al malecón.

Frazer se colocó el arma en la cintura del pantalón, levantó la trampilla del subsuelo de la cabina y se dejó caer. Poco después oyeron que debajo se abría la escotilla.

Susie retrocedió lentamente desde la cabecera del muelle mientras el aparato recorría los últimos metros en el agua. A esa distancia, el sonido de los dos motores era tan alto que ni siquiera se oía al Supermarine que se acercaba por un lado, trazando círculos hacia el extremo del malecón más próximo a la orilla, y ella percibió la vibración en las tablas que pisaba. Visto desde tan cerca, el enorme tamaño del hidroavión resultaba abrumador y le hacía sentirse pequeña y asustada. Aferró con fuerza la ametralladora y deseó que Jarrett amarrara su avión y bajara a ayudarla. Miró nerviosa hacia atrás y vio que él había llegado al malecón y se disponía a detener el motor y amarrar la nave.

La súbita abertura de la escotilla la cogió por sorpresa. Al ver salir la figura de un hombre apuntó la boca del arma hacia él. La secuencia de los acontecimientos que se desencadenaron fue tan rápida que resultó imposible saber con certeza su orden. Nunca se sabrá si Frazer vio la ametralladora ligera y se aterrorizó o si vio que la muchacha estaba sola y decidió cumplir un delirante acto heroico. Lo único seguro es que sacó su pistola y disparó.

Su puntería desde la plataforma poco firme de la nave era mala y el disparo se perdió en el agua, en el lejano extremo del malecón, a más de medio metro de la muchacha. Sin embargo, a Susie le bastó para saber que le disparaban. Apretó el gatillo y envió una ráfaga hacia él.

La reacción de la muchacha fue instintiva. Disparó sin apuntar y el estruendo del arma estuvo a punto de ensordecirla. Las balas pasaron por encima de la cabeza del hombre y se empotraron en un lado de la cabina. Las delgadas placas de duraluminio no eran un estorbo para las grandes balas disparadas a tan poca distancia y éstas atravesaron la cubierta de vuelo. Por milagro, ninguna alcanzó a Desmond, aunque el parabrisas lateral de su izquierda se desintegró en una lluvia de cristales y un proyectil atravesó el acolchado respaldo de su asiento. Ralph Kendricks tuvo menos suerte. Los dos equipos de radio que tenía delante recibieron varios impactos y un trozo de metal dentado rebotó en una de las cubiertas y se encajó en su pecho.

Instantáneamente, Desmond abrió los aceleradores de los motores interiores, apretó a fondo el timón de dirección y giró el hidroavión a babor en un intento desesperado por evitar el malecón. Oyó el grito de dolor de Ralph, pero no había tiempo para pensar en lo que le podía haber ocurrido. Ahora la única posibilidad que les quedaba era alejarse de la orilla y retornar al centro del lago, para poder maniobrar.

Retumbó otra ráfaga de disparos y volvió a sentir los impactos de las balas que alcanzaban la nave, esta vez más abajo, en el fuselaje. Apretó los botones de encendido de los dos motores exteriores. El *Caterina* giraba, aunque no lo bastante rápido: chocarían con los pilotes de madera del extremo del malecón. Desmond vio que delante de él el piloto del Supermarine giraba el morro del avión a fin de poder apuntar con las armas: en cualquier momento dispararía contra el desvalido avión de pasajeros.

Susie perdió totalmente el equilibrio mientras la enorme proa del hidroavión avanzaba hacia ella, recorriendo un camino que le hacía chocar contra el malecón, debido al súbito rugir de los dos propulsores que volvían a funcionar y a que Frazer aún le disparaba desde la escotilla del morro. La muchacha apretó a fondo el gatillo de la Thompson y vació el cargador de cincuenta balas. El poderoso mecanismo de retroceso de la ametralladora ligera le impedía apuntar con precisión pero el *Caterina* era un blanco demasiado grande para errar. Vio que la figura del hombre con la pistola retrocedía súbitamente bajo el impacto de los disparos que le habían alcanzado, luego tropezaba y perdía el equilibrio hasta caer al agua, debajo del aparato, pero el terror que sentía era tan grande que no podía dejar de disparar.

Comprendió demasiado tarde el peligro que corría. Antes de que tuviera tiempo de volverse y correr, la proa inclinada del avión de pasajeros chocó con el malecón. Las viejas y gastadas maderas cedieron ante las dieciocho toneladas del hidroavión. El morro del *Caterina* se elevó un instante en el aire y luego atravesó el obstáculo, convirtiendo más o menos un metro del malecón en un montón informe de maderas astilladas y escombros que se alzaron en la estela espumosa que dejó a su paso. El ronco repiqueteo de la ametralladora cesó bruscamente cuando Susie, atrapada en la devastadora colisión, desapareció en medio del agitado remolino.

En la carlinga, Desmond sintió que la conmoción del choque sacudía toda la nave, pero no tuvo tiempo para preocuparse de los probables daños que había causado. Los cuatro motores cortaban el aire con creciente potencia y comenzaban a tomar velocidad. El ala de estribor giró y hubo otra pesada sacudida cuando el flotador rozó los restos del malecón. Desmond se asomó y vio que se hundía bajo el impacto. El caza Supermarine también giraba, pero el *Caterina* pasó y, al mover la cola, el minúsculo avión comenzó a corcovear y revolcarse en la conmoción del aire producida por el gran aparato. Desmond vio chispas en sus cañoneras, pero los disparos no les alcanzaron y un instante después la terrible corriente retrógrada del aire del avión de pasajeros arrastraba al caza hacia la orilla y lo hacía girar de morro, por lo que su armamento ya no les apuntaba.

Como Desmond sabía que el aparato había sufrido serios daños, sólo podía rezar para que aún estuviera en condiciones de volar. El flotador del ala de estribor se arrastraba inútilmente y amenazaba con hundir el ala en cualquier momento, pero al menos los mandos parecían intactos. Dio máxima potencia a los motores, abrió las aletas hasta la mitad y recorrió la anchura del lago, desesperado por despegar y alejarse antes de que el piloto del caza recuperara el control de su aparato y los persiguiera. Apenas había distancia suficiente para despegar, pero no tenía tiempo para modificar el rumbo y realizar un carreteo más largo. Aguardó hasta el último momento y, casi sin poderlo creer, sintió que el *Caterina* despegaba, pasaba por encima de los árboles y rasaba las cumbres de las colinas circundantes.

—Ralph, ¿estás malherido? —preguntó Desmond, pensando que si lograban mantener esa velocidad durante veinte minutos, llegarían a Nueva York y estarían a

salvo.

Aliviado, oyó que el radiotelegrafista respondía:

—Me parece que estoy bien, jefe. Al parecer la metralla se ha detenido en una de las costillas, pero no creo que sea grave. Intento pedir ayuda por radio; el equipo principal está fastidiado pero parece que el auxiliar se puede reparar.

Sandy subió la escalera a saltos, seguido por el profesor Wienzman con su maletín de médico y de Laura.

—Hemos perdido un pasajero —informó rápidamente mientras el anciano se ocupaba de curar la herida de Ralph, ayudado por Laura—. Van Smit murió en el acto, de un disparo en la cabeza. Andy ha sido alcanzado en la pierna, pero según el profesor no es grave. Y la baronesa D'Este tiene un hombro herido. Todos los demás están bien, salvo algunos rasguños. Tenemos un montón de agujeros pero por ahora parece que estamos enteros, con excepción del flotador de estribor y, al parecer, el casco ha sobrevivido al choque con el muelle.

—Frazer ha caído —le informó Desmond—. Lo vi hundirse en el lago antes de que chocáramos contra el malecón. Por lo demás, hemos salido mejor parados de lo que me parecía posible. Sandy, quiero que vayas al fondo y vigiles por si ese caza intenta hacernos otra pasada. Abre la escotilla de carga y mantente en contacto a través del intercomunicador para repostar. Aún parece funcionar.

—Desmond, ¿cómo está? ¿Se encuentra bien? —preguntó Laura en cuanto el sobrecargo se marchó. Tenía un rasguño en la frente, se había arremangado y sus manos estaban ensangrentadas a causa de que había ayudado al profesor.

—Estoy bien —sonrió—. ¿Y usted?

—Sólo he recibido un golpe en la cabeza —replicó—. ¿Cree que el otro avión nos perseguirá?

—Está loco si lo hace, pero sospecho que es posible —respondió con seriedad—. De todos modos habría tenido bastantes dificultades para situarse en posición de despegue gracias al oleaje que desencadenamos al salir. Calculo que hemos obtenido varios minutos de ventaja que, con suerte, nos permitirán estar muy cerca de Nueva York cuando nos alcance.

A decir verdad, la situación en el lago era mucho peor de lo que Desmond suponía. La corriente retrógrada producida por el hidroavión había arrastrado al Supermarine hasta la fangosa orilla. Jarrett saltó a la orilla, ignoró por un instante al avión que escapaba y corrió por el malecón hasta llegar a la maraña de maderos rotos. El casco del *Caterina* había destruido un tercio del malecón y en las aguas todavía arremolinadas sólo quedaban unos pocos fragmentos de tablas destruidas para demostrar dónde había estado. De Susie no había rastro. La muchacha había desaparecido por completo. Indudablemente la estela del hidroavión había absorbido su cuerpo así como el del tripulante que inició el tiroteo, arrastrándolos hasta el centro del lago. No quedaban huellas de ninguno de los dos. Una furia profunda y amarga creció en el interior de Jarrett mientras observaba las desoladoras

consecuencias de la breve pero violenta batalla. Nada de eso había sido necesario. El hombre que había muerto se mató a sí mismo, a Susie y probablemente a muchos otros sin el más mínimo sentido.

La ira y la frustración ante el fracaso de sus planes, sumadas al dolor por la muerte de la muchacha y la destrucción de los sueños que había albergado para ambos, lo dejaron vacío y sólo con el deseo de vengarse del hidroavión y su tripulación que eran los responsables. Corrió malecón arriba, apartó al caza plateado del barro y subió a bordo.

Dos bombarderos torpederos Devastator TBD-1 del cuerpo de infantes de marina acababan de despegar de la base aérea de Floyd Bennet Field y, a una altura de tres mil metros, se dirigían hacia el campo de prácticas de artillería próximo a la costa de Nueva Jersey. Los Devastator, bombarderos normalmente utilizados por la marina y la infantería de marina norteamericanas, eran monoplanos totalmente metálicos y de alas bajas, con un motor de ochocientos caballos de fuerza, que alcanzaban una velocidad máxima de cuatrocientos veinte kilómetros por hora. Normalmente llevaban una tripulación de tres hombres: piloto, bombardero y radiotelegrafista/artillero trasero, sentados uno detrás de otro en tándem, en esta ocasión volaban sin el bombardero, que no participaba en las prácticas de artillería.

En la carlinga del primer aparato, el teniente Phil DeMartino oyó que la voz del hombre de atrás —el sargento Al Murray, de veintiún años— sonaba inesperadamente a través del intercomunicador:

—Jefe, la base acaba de comunicarse con nosotros —dijo entusiasmado—. Debemos desviarnos e ir hasta Manhattan. Parece que un loco con un caza casero dispara contra un avión de pasajeros y tenemos orden de darle la despedida.

—¿De darle qué? —preguntó Phil desconcertado. Había oído claramente las palabras de Al, pero casi no podía creerlo— ¿Habla en serio?

—Absolutamente —replicó con euforia el joven sargento—. Han dicho que somos los aviones en vuelo más próximos, cargados de municiones, y que debemos acercarnos.

La idea parecía entusiasmarlo; Phil lo imaginó en la carlinga trasera abierta, sonriente mientras acomodaba el arma y, evidentemente, la perspectiva de tener la posibilidad de disparar contra un blanco real era algo que deseaba.

El armamento del Devastator se componía de una ametralladora fija de calibre 30, que disparaba hacia adelante, montada a la derecha del parabrisas de Phil, y de un arma semejante situada en una montura dentada que proporcionaba una línea transversal limitada con respecto al puesto de Al, de disparo hacia atrás. No eran armas excesivas para abordar un caza, pensó Phil, mientras se disponía a amartillar su ametralladora. Al mirar el aparato que volaba a lo largo de su ala de estribor, vio que Bob Wood, su compañero piloto, acababa de realizar la misma maniobra y le hacía una señal con los pulgares hacia arriba. Evidentemente, estaba confiado.

—De acuerdo —respondió a Al—. Vamos a Manhattan.

Ladeó a babor y puso rumbo hacia el norte.

Habían acomodado a Jacquetta D'Este y a Andy Draper en unas camas en el camarote central del hidroavión. El profesor se ocupó de sus heridas y trabajó imperturbable, aparentemente despreocupado por cualquier idea de que su persona corriera peligro. Laura y Charlotte habían actuado como sus ayudantes y enfermeras.

Con la llegada de los dos Devastator como protección, habían permitido que los pasajeros volvieran a sus asientos. El profesor y Laura retornaron a la cubierta de vuelo para echar otro vistazo a la herida de Ralph Kendricks que, aunque no era grave, le causaba dolor. Habían administrado una inyección de morfina a Draper que yacía drogado y casi en coma; la herida de Jacquetta era menos grave: la bala había rozado su hombro izquierdo, raspando y abriendo la piel, pero eso era todo. Sentada en la cama, discutía con Rashid su situación ahora que su esposo conocía la verdad con respecto a ellos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntaba abatida— Queda tan poco tiempo. Prácticamente hemos llegado a Nueva York. ¿Qué ocurrirá cuando Luca te denuncie a las autoridades?

La nave sobrevolaba el distrito de Queen, en Long Island, y perdía altura, deslizándose mientras seguía la línea del río Hudson hacia el aeropuerto de La Guardia. Aunque la panorámica era magnífica, Jacquetta sólo podía pensar en la detención y deportación inminentes de su amante.

Como a una indicación del apuntador, Luca apareció en el umbral; una vez superada la emergencia, había recuperado sus acostumbrados modales y, con una sonrisa afectadamente complaciente, respondió a la pregunta de su esposa:

—Querida mía, puedo decirte exactamente lo que sucederá. Los americanos no tendrán más alternativa que deportar a un hombre que no sólo ha entrado en el país con pasaporte falso sino que, además, ha atentado contra la vida de un diplomático. En este caso yo, actuando en nombre de nuestro Gobierno, solicitaré inmediatamente que sea devuelto a Italia a fin de que sea juzgado por sus delitos. Creo que no será difícil prever el resultado.

—Barón, quizá no le resulte tan fácil librarse de mí —respondió Rashid. Se puso de pie y se acercó amenazadoramente al italiano—. Puede estar seguro de que, pase lo que pase, de algún modo me vengaré de usted.

Luca seguía sonriente.

—Preví su actitud —comentó fríamente. Apartó la mano de la espalda y apuntó al joven jeque con la pistola que llevaba oculta—. Por eso no pienso correr riesgos. Ahora será tan amable de entregarme su arma. Si se niega —agregó mientras Rashid lo miraba desafiante—, le aseguro que no tendré el menor reparo en dispararle ahora mismo.

Mientras hablaba, Pat Jarrett volvió a abrir fuego contra el hidroavión.

A pesar de la velocidad superior del Supermarine, Jarrett había subestimado la ventaja que tenía el hidroavión y cuando estuvo en condiciones de iniciar el segundo

ataque, el *Caterina* ya sobrevolaba el Queensboro Bridge y Welfare Island a poco más de trescientos metros de altura, y Desmond O'Neill se preparaba para la llegada a La Guardia, situado a diez kilómetros de distancia después de seguir el recodo del East River.

Jarrett vio los dos Devastator que volaban en formación cerrada escoltando al *Caterina*, pero sentía tal odio y amargura patológicas que ya no le preocupaba quiénes ni cuántos eran sus oponentes. La panorámica de la inmensa ciudad que se extendía bajo ellos logró, curiosamente, acrecentar su desesperada necesidad de venganza. Era como si toda Nueva York hubiese sido escogida como gigantesco telón de fondo contra el cual se representaría el último acto del drama.

Al llegar desde el oeste a una altura de dos mil quinientos metros, estaba perfectamente situado para descender contra los tres confiados aviones. En esta ocasión carecía de motivos para dejar de disparar o atenerse a planes predeterminados; colocó su aparato en posición de picado y se lanzó sobre el aparato que avanzaba lentamente.

Toda idea sobre su propia supervivencia o seguridad desapareció mientras el Supermarine atravesaba el aire, absorbido por una roja bruma de frenesí bélico. Mientras el cerebro le zumbaba por la fuerza de la aceleración, sostuvo el picado hasta que el casco del hidroavión cubrió sus miras y el punto negro del centro del anillo quedó en el medio del lomo del *Caterina*, entre las alas. A una distancia de cuatrocientos metros apretó el botón de disparo de la palanca y lanzó un torrente de balas contra el desvalido avión.

Sintió que una poderosa vibración recorría el caza mientras las cuatro Colt lanzaban sus mortíferas descargas. A una velocidad de novecientos quince metros por segundo, las enormes balas se empotraron en el fuselaje blanco con un estallido pulverizador que llegó hasta el compartimiento postal y la cubierta de pasajeros. Jarrett elevó el morro del Supermarine y observó la línea de impactos que cubrían el casco y llegaban hasta el más interior de los dos motores de estribor. Instantáneamente salió de la barquilla una estela espesa y oleosa de humo negro.

Las tripulaciones de los Devastator no habían logrado divisar al mortífero avión plateado que se lanzó sobre ellos desde el sol. Sólo cuando oyeron el repiqueteo de las armas de Jarrett y vieron que el avión de pasajeros se estremecía a causa del terrible impacto de los disparos, comprendieron lo que ocurría. Mientras el *Caterina* caía hacia el río envuelto en humo, vieron que el caza pasaba a poca distancia y los dos pilotos accionaron los aceleradores para iniciar un apresurado ascenso de persecución. Jarrett elevó bruscamente el Supermarine y, mientras perdía velocidad, viró a estribor y trazó un círculo sobre ellos. Los dos artilleros traseros habían girado sus armas y le daban batalla, pero los lastimeros disparos de las ametralladoras de poco calibre y un solo cilindro erraban fácilmente. Puso nuevamente el caza en picado y bajó sobre ellos. Luego, incluso antes de que los infantes de marina comprendieran el peligro que corrían, comenzó a disparar sobre el aparato de Bob

Wood.

Hundió el pulgar en el botón y acosó al bombardero con una ráfaga completa de cinco segundos. El Devastator no tenía posibilidad alguna contra una potencia de fuego tan asombrosa. Con una brillante llamarada anaranjada de los tanques de gasolina que habían estallado, explotó e instantáneamente se desintegró en una lluvia de fragmentos que cayeron al río.

Horrorizado ante esta dantesca visión, Phil DeMartino hizo dar un giro brusco a su máquina, tratando de escapar de su ángulo de tiro antes de que el caza pudiera cogerlo por la cola, pero el Devastator no tenía nada que hacer ante la capacidad de maniobra del Supermarine. Se produjeron una serie de sacudidas en la parte trasera del fuselaje y por los auriculares escuchó un grito de agonía de Al. Los mandos de los elevadores se pusieron rígidos y el avión comenzó a caer en barrena.

El *Caterina* seguía en el aire. La fortaleza del hidroavión le había permitido soportar el ataque inicial de Jarrett y, afortunadamente, el oro y las sacas de correspondencia habían absorbido un considerable porcentaje de los impactos. Pese a ello, había sufrido serios daños. Un motor ardía y el exterior del ala de babor había recibido una serie de disparos y funcionaba espasmódicamente. La lluvia de balas también había cortado los cables de las aletas de las alas, por lo que la velocidad de descenso era casi imposible de controlar.

En la cubierta inferior, Andy Draper y Luca D'Este murieron en el mismo instante, con los cuerpos ensangrentados por los disparos. Sólo la protección de los embalajes de oro colocados encima de ellos había evitado que Jacquetta y Rashid corrieran una suerte semejante.

En la carlinga, Desmond luchaba desesperadamente por controlar el avión. Su única idea consistía en posarse sobre el río antes que el caza hiciera una segunda pasada o que fallaran los motores que aún funcionaban. El Triborough Bridge, en Ward's Island, creció ante sus ojos; detrás estaba Hell Gate Bridge. Había colocado las aspas del motor exterior de babor en la dirección de la marcha para tratar de que siguiera funcionando, pero las llamas se diseminaban por el ala a lo largo de los conductos de combustible. Debían resistir dos o tres minutos más, hasta encontrar una extensión de agua donde posarse.

Laura gritó repentinamente desde la consola de la radio, donde había ayudado al profesor a vendar la herida de Ralph.

—¡Se acerca de nuevo a nosotros!

Por la ventanilla de la escotilla de navegación había visto a Jarrett que se abalanzaba otra vez sobre ellos.

Simultáneamente, Ralph gritó:

—¡Salte a babor, jefe! ¡Salte a babor!

Sin detenerse a pensar en lo que podría soportar el *Caterina*, Desmond hundió a fondo el timón de dirección y accionó la palanca, atravesando a poca altura el norte de Manhattan y rezando para que la repentina maniobra los librara del Supermarine.

Sin embargo, antes de que logran ponerse fuera de su alcance, sintieron la violenta conmoción de los proyectiles de la ametralladora que chocaban contra el ala de estribor y la cola mientras el caza los sobrevolaba.

Por encima del ruido de metal aplastado que llenó la cabina, Desmond oyó que ambos motores de estribor iniciaban un estremecedor ronquido y sintió la inmediata pérdida de potencia. En el mismo momento, el montaje de la dirección se aflojó bajo sus pies mientras el fuego concentrado arrancaba la cola del hidroavión.

Con un fallo casi total de los motores, con fuego en muchas partes y con una acelerada pérdida de altura, el *Caterina* cojeaba desmandado sobre los tejados de Spanish Harlem. Desmond supo instintivamente que, encima de ellos, el Supermarine volvía a trazar un rizo para darles el golpe de gracia. En pocos segundos, el avión de pasajeros se convertiría en una llameante ruina que caería a plomo sobre una de las regiones del mundo más densamente pobladas.

Milagrosamente, ningún otro pasajero había resultado herido durante el último ataque, ya que la mayoría de los proyectiles no alcanzaron el fuselaje principal sino que se concentraron en las superficies de control y en los motores y sus accesorios. En el sangriento desorden de la cabina central, Jacquetta se aferró enloquecida a Rashid mientras el mar de tejados marrones extendido bajo ellos ascendía para recibirlos.

Mientras Jarrett impulsaba su máquina sobre el Bronx para realizar la última pasada, vio desconcertado que el *Devastator* que quedaba se acercaba en línea recta hacia él, disparando con su única ametralladora. Pese a que su aparato estaba seriamente dañado y el artillero trasero muerto en su asiento, Phil DeMartino sabía que debía evitar a toda costa que el caza derribara al avión de pasajeros sobre el centro de Manhattan. Apuntó el *Devastator* hacia el morro del agresor y mantuvo apretado el botón de disparo.

Las llamas surgieron a lo largo de las cañoneras del caza y Jarrett sintió que las balas le alcanzaban pero mantuvo su rumbo sin vacilar. Vio demasiado tarde que el piloto del otro avión trataba de ascender en un último intento por sobrevolarlo. A una velocidad conjunta de setecientos veinticinco kilómetros por hora, los dos aparatos chocaron y estallaron en una terrible bola de fuego que pareció colgar suspendida del aire unos instantes antes de caer sobre los muelles de Harlem Riverside.

En ese momento el *Caterina* rasaba los tejados de las casas de Harlem. Desmond sabía que no había esperanzas de llegar al otro lado de Manhattan. Sólo el hecho de que los edificios de esa zona de la ciudad eran notablemente más bajos que los del sur había impedido hasta ese momento un choque violento. Sólo les quedaba una ligera posibilidad mientras descendían los últimos metros.

Al ver que la extensión verde de Central Park se interponía en su camino, gritó a los demás que se sujetaran. Con muy poca distancia de separación, el *Caterina* sobrevoló los edificios de Cathedral Parkway y los antiguos fortines de Harlem Meer. Brilló el verdor del prado que se extendía más allá, a punto de tocar la quilla, y ante

ellos apareció la amplia extensión transparente del Receiving Reservoir.

El *Caterina* no resistía más. Con tres propulsores que giraban inútilmente y las llamas que se extendían hasta cubrir toda el ala de babor, se zambulló en el agua con una terrible violencia que lo hizo rebotar estremecedoramente dos veces y levantar chorros de espuma de sesenta metros de altura. Surcó las olas creadas por el amaraje y se deslizó impotente hacia la orilla azul para elevarse con otro impacto aplastante que lo colocó a medias sobre la hierba. Allí, destortalado y cubierto de impactos pero milagrosamente intacto, se detuvo.

Embotados y atontados por los diversos golpes del aterrizaje, pero con el instinto de supervivencia aún despierto, los pasajeros se pusieron de pie y atravesaron las cabinas llenas de humo hacia las escotillas.

El choque provocado por el amaraje había sacudido a todos los que estaban a bordo como si fuesen juguetes, y el suelo estaba resbaladizo por la sangre de los muertos y los heridos. Además de matar a Andy y a Luca D'Este, la última pasada del Supermarine había herido gravemente a Stewart Curtis, la señora King se había roto el hombro al caer pero, con su característica decisión, rechazó los ofrecimientos de ayuda y, en compañía de su marido, se hizo cargo de Siegret Wienzman que estaba sumamente conmocionada. Los tres lograron llegar hasta la escotilla del salón de paseo, que en ese momento Sandy había logrado abrir.

La espuma levantada por el aterrizaje del avión en la superficie del Reservoir apago las llamas que emergían de las alas y, más que cualquier otra cosa, fue esto lo que salvó las vidas de los pasajeros del hidroavión. Rashid cogió en sus brazos a Jacquetta y se apresuró a salir detrás de los King. Seguidos de cerca por Arlette Ducroix, se dejaron caer agradecidos en la hierba del parque ante una multitud de asombrados espectadores que crecía constantemente y que se acercó a ayudarlos.

En la cabina de popa. Charlotte Curtis se había salvado de la ráfaga que derribó a su marido, pero la dura sacudida del aterrizaje la hizo chocar contra el mamparo trasero y perdió el conocimiento durante unos segundos. Al volver en sí en la cabina cubierta de humo, vio a Stewart caído de costado cerca de una puerta y una sola mirada a las manchas oscuras que se extendían agorramente por su traje bastó para demostrarle la gravedad de sus heridas.

Se sintió aterrorizada al pensar que quedaría atrapada en el avión en llamas e intentó arrastrar a su marido hacia la escotilla. El hombre herido gimió y en su boca apareció una espuma de burbujas rojas. Era demasiado pesado, pero los frenéticos gritos de Charlotte pidiendo ayuda llamaron la atención de Sandy.

POCO DESPUÉS DESMOND contemplaba la última ambulancia que se abría paso lentamente entre la multitud. Todo el extremo norte del parque parecía cubierto por hordas de curiosos que habían ido a ver el enorme casco humeante del hidroavión, situado a medias fuera del lago. Cerca estaban aparcados cuatro coches de bomberos

y sus miembros esperaban ociosamente a que el combustible que quedaba fuese retirado de los tanques del *Caterina*. A su alrededor se agrupaba una maraña cada vez mayor de coches de la policía y de vehículos pertenecientes a las autoridades municipales y de la compañía aérea, además de los coches llenos de periodistas y fotógrafos que se habían trasladado al escenario del accidente.

Probablemente Stewart Curtis sucumbiría a causa de las heridas. Si sobrevivía, tendría que hacer frente a una serie de acusaciones de fraude. Al mirar la nave que había estado bajo su mando, Desmond movió asombrado la cabeza; resultaba casi imposible creer que alguien hubiese podido salir con vida de allí o que un aparato pudiera soportar tantos castigos. De repente rió entre dientes.

—¿Quieres decirme de qué te ríes? —preguntó Laura a su lado. Desmond la cogió del brazo al tiempo que respondía sonriente:

—Simplemente me preguntaba cómo lograremos sacarlo de aquí.



Richard Doyle (10 de enero de 1948 - 22 de junio de 2017) fue un autor británico de novelas de suspense.

Doyle nació en Saint Saviour, Guernsey, y a los tres años se trasladó a la corte del emperador Haile Selassie. Vivió de diversas maneras en Trípoli, Etiopía, Kuwait, Kenia, Marruecos, Libia, Beirut, Barbados, Antigua, Francia, Grecia, Irlanda y los Estados Unidos. Vivió durante varios años en una casa en unas plantaciones en las Indias Occidentales, luego en Cape Ann, seguida de una fortaleza fortificada en la Gascuña. Pasó poco tiempo en la Escuela de Rugby antes de completar sus estudios en la escuela del ejército británico en Trípoli. Luego pasó a ser lector de leyes en el Lincoln College, de Oxford. De joven enseñó inglés al escritor colombiano Gabriel García Márquez.

Deluge, la primera novela de Doyle, se publicó en 1976. *Imperial 109* se publicó al año siguiente y se convirtió en un éxito salvaje tanto en el Reino Unido como en los Estados Unidos, vendiendo más de un millón de copias. Su novela de 2002, *Flood*, fue un *bestseller* y en el 2007 fue adaptada para la película del mismo título. Fue considerado un experto en asuntos relacionados con el cambio climático y las inundaciones de Londres. Fue invitado a la conferencia «London Under Water» de la serie «21st Century Challenges» de la Royal Geographic Society en junio de 2008.

Doyle fue expulsado de Trípoli por participar en un golpe militar, dio clases de entrenamiento de combate a la Fuerza Aérea Italiana y sobrevivió a varios terremotos, dos huracanes y un tsunami. Apareció regularmente en la radio y la

televisión, hablando sobre la amenaza de las inundaciones, el cambio climático, la escritura y su propia vida.

Doyle vivía con su esposa Sally y su hijo Caspar en Oxford. Tanto Doyle como su hijo Caspar eran entusiastas de los yates.

Bibliografía:

Deluge (1976)

Imperial 109 (1977)

Pacific Clipper (1987)

Especial Habana (1982)

Executive Action (1998)

Flood (2002)

Volcano (2006)